ROBERTO BRODSKY

LITERATURA MONDADORI

VENENO

Veneno

ROBERTO BRODSKY



Índice

Al recuerdo y la amistad de Roberto Bolaño (1953-2003)

Has huido del aliento del mundo retirándote a una mazmorra suntuosa donde no sopla brisa alguna, y mucho menos un hálito. ¡Oh!, aléjate de todo lo que te es familiar, personal y seguro, desecha toda intimidad, sé valiente, ¡cuánto tiempo hace que duermen ya tus cien oídos! Quédate solo y pronuncia para ti las palabras no destinadas a nadie, otras, nuevas, tal como te las brinda el aliento del mundo. Toma los caminos trillados y rómpelos sobre tu rodilla. Si hablas con algún humano, que sea de aquellos que no volverás a ver. Busca el ombligo del mundo. Desprecia el tiempo, deja escapar el futuro, ese miserable espejismo. No vuelvas a decir cielo. Olvida que ha habido estrellas, deséchalas como si fueran muletas. Prosigue solo e inseguro. Deja de cortar frases de papel. Desbórdate o calla. Tala los árboles de la simulación, no son más que antiguos preceptos disfrazados. No te rindas, el hálito del mundo volverá a atraparte y a conducirte. No pidas nada y nada te será dado. Desnudo, sentirás los dolores del gusano, no los del amo. Salta por los huecos de la clemencia, desciende a mil pies. Abajo, en lo más hondo, sopla el aliento del mundo.

ELIAS CANETTI, *APUNTES*

1
DESCOMPOSICIÓN

El aparato dio tres tumbos en el vacío y Shapiro se incorporó con un respingo.Vaya manera de comenzar el viaje.Acababa de dormirse, y sintió el cuerpo estragado, invadido por una furia sin objeto cuando la barriga del avión corrió a lo largo de la pista y oyó un tibio aplauso que se elevaba desde las filas de los asientos contiguos. Al fin en casa, dijo aliviada la señora que viajaba a su lado, en la fila del pasillo. Shapiro torció una sonrisa. Enseguida la voz del piloto dio la bienvenida a Santiago y pidió disculpas por el enorme retraso con que llegaban a destino, mientras el aparato, ya seguro, se deslizaba hacia las mangueras de estacionamiento.

Pensó en incorporarse, pero hubo que esperar todavía veinte minutos detenidos en el mismo sitio ante una desinfección ordenada por la aduana, tras lo cual la vecina del asiento se atropelló por delante con sus paquetes de regalo.

Era diciembre, aunque no parecía verano. Una neblina pegajosa cubría la zona del aeropuerto a primera hora de la mañana y un cielo no menos tenaz, inmóvil, lo escoltó durante el trayecto al centro como esos amaneceres en la costa que condenaban las vacaciones de su infancia a una tristeza de olas y pájaros hasta pasado el mediodía. Miró afuera con gesto cansado, no sabiendo si debía alegrarse. Conocía bien el agobio de esas calles, pero ya no había alarma ni urgencia en los baldíos que divisaba del otro lado del río, junto a la autopista que corría hacia el oriente. La miseria era una mancha quieta, disfrazada en el orgullo de las nuevas urbanizaciones de color gris levantadas por delante de las casuchas derruidas que se apretaban hasta casi desaparecer en la basura. Acaso también su propia vida se borraba, empujada contra los márgenes del río. Es lo que sentía a pesar del corto tiempo que llevaba residiendo fuera, mientras la ciudad prosperaba, fiel a sí misma, de espaldas y desdeñosa como las maquinarias de construcción abandonadas en los peladeros y sitios eriazos. Sobre la superficie, una demolición constante saturaba las calles y dejaba en el aire un polvo nauseabundo que picaba los ojos,

mezcla de hollín y nube ácida estacionada en el cielo, mientras el tráfico se hacía más difícil conforme avanzaba la mañana y los puentes se atochaban entre bocinazos y el paso de los camiones cementeros. Se hacía necesario delimitar el revoltijo, cartografiar otra vez el espacio que tenía al frente para ubicar los puntos de referencia básicos y orientarse a medida que el furgón del Ministerio se sumergía en el tráfico. Santiago seguía siendo la ciudad sin cabeza donde se había criado, nerviosa como cola de lagartija, pensó. Una ciudad desarticulada, llevada por la prisa.

Recogió el periódico que colgaba de una bolsa en el respaldo del asiento y revisó los titulares al desgaire. Un rato después el vehículo lo dejaba en la puerta del hotel.

Luego de registrarse y recoger los mensajes que le habían dejado en portería, subió a la habitación y acomodó la maleta sin deshacerla. Sentado en la cama, revisó su agenda, la dejó a un lado y echó el cuerpo boca arriba. Estaba transido de fatiga. Su vuelo había sido desviado hacia Dallas, donde a última hora de la noche fue suspendida la conexión con Santiago debido a la persistencia de las tormentas.Allí debió esperar hasta las cinco y media de la mañana en un hotel cercano, donde durmió poco y mal, cuando un bus de la empresa recogió a los pasajeros para una segunda gran espera en el aeropuerto, desde donde su avión había despegado solo en horas de la noche debido a un desperfecto del aparato. Un itinerario de doce horas se había extendido a casi treinta, descalabrando su ánimo. Ahora ni siquiera se hallaba en condiciones de buscar el sueño. Una debilidad general le impedía relajarse. Todo le parecía de pronto confuso y desgraciado.

Era raro estar de visita en su propia casa, además, solo y hospedado durante una semana en un hotel del centro de la ciudad para hablar de los chilenos de la diáspora. ¿Lo habrían escogido por sus méritos o era el cupo habitual de la oficina de Estudiantes del Mundo el que había garantizado su presencia? Se lo preguntaría a Nadia cuando se vieran, aunque las decisiones del Ministerio resultaban tan insondables como sus laberínticos corredores. Alguien debía hablar de cosas ligeramente inoportunas en el coro de satisfacción que

entonaban los encuentros oficiales, y Shapiro daba el tipo: había vivido aquí y allá sin quedarse demasiado tiempo en ninguna parte, de modo que su experiencia contaba.

¿Contaba realmente?

La pregunta lo rondó un instante y luego quedó en vilo, suspendida de un trajín de martillos que subía de forma persistente y aguda desde alguna parte del edificio. Se incorporó con desgano y fue hasta la ventana, desde donde descubrió la maestranza con la cuadrilla de obreros circulando en la terraza, diez pisos más abajo. Movían tablones y claveteaban montados en un andamio justo debajo de su ventana.Al parecer, la tarima principal estaba requiriendo la instalación de un toldo en caso de lluvia, algo no infrecuente en esa época precisa del año. La cuadrilla iba y venía entre golpes de martillo. Observó a sus pies los movimientos en la terraza y la colocación de la lona con una impresión de irrealidad, como si se tratara de un sueño o una escena lejana sucedida en un corredor interior y minúsculo respecto al espacio donde desembocaba la vista del ventanal. La cuadrilla parecía operar un efecto hipnótico sobre su atención y dejó vagar la mirada sin fondo unos metros más abajo, mientras su fijeza aumentaba con los golpes. De pronto tuvo la inquietante sensación de que la obra se desplomaba a sus pies, con esa vacilación lenta de los grandes derrumbes, y permaneció atento, abducido, como si estuviera muy lejos de allí y al mismo tiempo se observara a sí mismo a través de un microscopio.

Las piernas le flaqueaban, presas del *jet lag*. Afirmó un brazo sobre el ventanal buscando apoyo y levantó la vista.

El hotel estaba emplazado sobre la Alameda, pero desde su cuarto, orientado hacia la cordillera, lograba distinguir con claridad la línea continua que formaban el costado del edificio, la plazoleta de adoquines y el muro lateral de la iglesia de San Francisco, topografía que por alguna razón imaginaba orientada hacia la calle Londres, con su siniestro historial de casas de tortura y los nostálgicos lamparones de alumbrado público que serpenteaban hacia el sur con un vago aire colonial. Más allá, mirando en dirección oriente, la ciudad trazaba un dibujo irregular de volúmenes en construcción, edificios chatos y

plazoletas desnudas que se extendían desde el edificio de la Biblioteca Nacional hasta los pies de la inconcebible cadena de montañas vigilando el paisaje ahora invisible en el aire de ceniza. El contraste de la perspectiva planteaba un enigma de escalas: o era todo muy bajo y reducido, o bien muy grandioso e inabarcable. Mientras más extendida era la ciudad, más insignificante parecía el dibujo urbano bajo la montaña. Era necesario adecuar los tamaños, como ante una ofensa, y desde su posición distinguió con claridad la plaza con la estatua de Barros Arana a un costado de la biblioteca, frente al paradero saturado de buses que se detenían a tomar pasajeros para dirigirse hacia el lado norte de la ciudad.

Allí había estado dos años antes para recoger las copias judiciales de manos del abogado. La oficina quedaba en uno de esos edificios resecos bajo el hollín, entre los altos de una panadería y una tienda óptica, con la vista enfrentada al vuelo de las palomas en torno a la cúpula que les servía de nido. Recordaba su visita como un sueño repentino y descendente que lo conducía por vueltas de pasillos hasta una pequeña oficina sin placa, en un tercer o cuarto piso, y luego el ruido inalterado que llegaba de la calle y el ahogo de las voces al interior del bufete. Habían intercambiado datos y luego él se había retirado llevando las compulsas en un pesado archivador que el abogado le tenía preparado. No había vuelto a saber de él, y se prometió telefonearle apenas tuviese un momento libre. Por lo menos para saludarlo.

Desvió la vista hacia el creciente traqueteo en la terraza.

Las tablas silbaban en las manos de la cuadrilla, y pronto las pruebas de sonido llenaron el espacio con golpes de percusión que bajaban y subían buscando el ajuste del volumen. En algún momento, Shapiro pensó llamar a la recepción y balbucear una queja, pero no se sentía capaz de acciones drásticas y en cambio desvió su atención hacia el bolso institucional que le habían entregado al momento de registrarse, junto a la tarjeta de Nadia donde anunciaba que se verían esa misma noche en la fiesta de bienvenida. Fue a sentarse junto al velador de luz, donde revisó la papelería, los blocs de notas y el juego de lápices corporativos incluidos junto con su chapa de identificación,

hasta dar con el impreso del programa. Descubrió al sesgo, sin sorpresa, que no conocía a ninguno de sus colegas invitados. Entre ellos había biólogos y científicos que venían de Europa, alguno que otro empresario o ingeniero afincado en California, y hasta un filósofo que residía en Toronto y asesoraba en cuestiones de ética un programa gubernamental de reconversión energética. Lamentó la escasa información que acompañaba su propia presentación en el folleto: Alberto Shapiro, escritor. Aquello significaba muy poco, cada vez menos. El temario del programa era variado: uso de energías alternativas, comercio internacional, innovación tecnológica, microbiología, medio ambiente, agroalimentación. El emprendedor y correctísimo siglo XXI. Él hablaría del territorio. Esa era su especialidad. Los chilenos de la diáspora, rezaba el título. Los márgenes habían sido adornados con el emblema tricolor, y si bien su charla estaba agendada para el viernes en la mañana, último día de las sesiones, los organizadores esperaban que los conferenciantes mantuvieran reuniones paralelas antes de suscribir el documento final.Tendría tiempo para ocuparse de sus propios asuntos.

Aun así, el persistente malestar por el desfase horario aumentó una vez que terminó de revisar el impreso.No era solo el largo y desafortunado trayecto en avión. La presentación de los expertos internacionales era cuestionable por donde se lo mirara. Las fiestas del Bicentenario se desarrollarían en unos cuantos meses más, por lo que todo, incluido el llavero de regalo con la imagen del cóndor de cobre, daba la impresión de una junta de camareros de lujo reunidos para llevar a la mesa un ramo de flores con el presupuesto sobrante. El Foreign Brain Storm, así llamaban, con sádica pomposidad, al equipo encargado de cumplir la digna misión de elaborar algunas ideas previsoras para los próximos doscientos años de la República. La estadía consideraba cinco días laborales con gastos pagos, prorrogables hasta siete con aviso previo, y entre los contactos para consultas y emergencias, Shapiro leyó una larga lista de nombres con sus respectivos teléfonos. Nadia figuraba casi al final de la columna. Su hada madrina, pensó. Su mujer de fantasía, de algún modo. Miró la hora: eran apenas las diez de la mañana.Volvió a ponerse de pie. El

embotamiento aplastaba su cabeza contra las faenas de maestranza en la terraza.

Solo entonces recuerda qué era lo que buscaba en la agenda dejada a un costado, sobre la mesa del velador. Había decidido llamar a Frank para notificarlo de su llegada, aunque ahora ignore su determinación y haya vuelto la mirada hacia el ventanal. No sabe bien por qué desea llamarlo, pero admite que terminará haciéndolo tarde o temprano. Debiera tener un motivo preciso para querer hablar con Frank, sin embargo; al menos el impulso natural de la amistad o el deseo de darle una sorpresa a un compañero de ruta; finalmente acaba de volver después de dos años fuera del país, tiene muchas cosas nuevas para contar, encuentros que valdría la pena relatar e incluso situaciones de las cuales mofarse juntos, pero en rigor no encuentra nada que justifique a Frank como casero favorito y receptor privilegiado de sus novedades; ni el tiempo transcurrido ni los diálogos telefónicos que ha mantenido con él desde el extranjero con una frecuencia indeseada, al menos de su parte, ni tampoco el hecho más bien pueril de que Frank haya sido su primer lector para la edición del libro de ficción documental donde Alberto llegó a depositar tantas esperanzas en un primer momento, que esa es su especialidad; el pasado, la esperanza y el territorio, temáticas privilegiadas por donde, desde su punto de vista, transitaba la ficción documental, como llama a su trabajo cuando le preguntan por él, si acaso le preguntan. De modo que por más que se esfuerce,Alberto no encuentra respuesta al desasosiego por comunicarse con Frank a primera hora de esa mañana de diciembre tras su llegada, fuera de la ya mencionada ficción documental que los vincula de manera tan particular desde mucho antes de que le diera a leer el manuscrito para que él, Frank, sopesara sus chances editoriales aquí y allá.

Quizá, piensa, también tenga que ver el hecho de encontrarse de vuelta en el país, sin saber por ahora si aquello significa estar de regreso en el dolor o en la indiferencia, o en ambas a la vez. Una cosa va con la otra. Admite sentirse paradójicamente en casa viviendo fuera y preso de un ahogo que no sabe nombrar como su patria cuando regresa, posiblemente debido a que viviendo en W. se permite ser un

completo desconocido, mientras acá se obliga a representar un linaje inexistente, dispuesto a merced de los demás. Sabe que el país tiene algo de trampa, por otra parte, pero una trampa natural cuyo atractivo es idéntico al de las fieras que la habitan y medran en sus rincones. Por eso no la puede evitar. Alberto piensa en ella todo el tiempo; incluso a veces cree vivir fuera solo para poder pensarla, imaginarla a su lado en el asiento del metro, dejarla caer sobre las aguas del canal y perderla en las salas de los museos, hacerle hueco en el atolondramiento de una cena convocada en la calle Reservoir y desnudarla en compañía de los Marios que suelen traer vino chileno a la mesa, entregados todos a plantarle juicio a la patria y añorarla con flagelante sumisión, fétidos de amor y odio por ella; incapaces de hablar su lengua, en suma. Por eso Alberto la dibuja en sueños o la visita de incógnito como ahora, aprovechando la ocasión que le ofrece Nadia desde su puesto en el Ministerio, cortejado por solicitudes equívocas a las cuales accede con desconfiada curiosidad, receloso de la dicha civil que exuda la ciudad nada más poner un pie en el aeropuerto y echar una mirada al periódico que reposa sobre la mesa del velador.

Un malestar indefinible acompaña su repaso de los titulares de portada. Problemas de transporte. Reformas y fútbol. Polución. Insidias del día. Máscaras de máscaras que le hablan al oído con crispada exigencia, mientras él responde mentalmente como ante un frontón de pelota rápida.Ya está; ha vuelto a Chile en un abrir y cerrar de ojos, mientras su ánimo comienza a bajar con espinosa dificultad al llano de las emociones inconfesables. Apoya la palma abierta de una mano sobre el vidrio como si aquietara la furia del relámpago que sube por su esqueleto. Sabe bien lo que trae: una descarga oscura, ciega, que cubre la piel y el entendimiento pero a la vez unifica sus sentidos como un milagro. El agravio del terruño se aloja como un sapo en el estanque de los recuerdos, y allí se alimenta y canta.Alberto lo escucha atento, incapaz de eludir ni retrasar un segundo más su aparición en la trama. Sin darse cuenta siquiera, acaba de arrepentirse de estar aquí otra vez. Bastaba considerar el asunto de cerca, junto al ventanal desde donde observa el trabajo de la maestranza, atraído por

el eco regular de los yunques, para salir corriendo de vuelta a la calle Reservoir. Pero es mentira; no hay escape porque no hay asedio visible, empezando por el hecho simple de que nadie sabe de su llegada, si exceptúa a su hermano mayor que conoce su itinerario de manera tan imprecisa como Frank o la propia Nadia. De manera que decide templar su ánimo y no apresurarse. Debe aprovechar los siete días que lo esperan con una férrea disposición al simulacro. Mejor quedarse quieto, suspendido. No es tan difícil. De hecho, así es como atraviesa algunas jornadas en W.: se levanta y comienza a flotar en dirección fija a ninguna parte, especie de cosmonauta soviético extraviado en el espacio exterior luego de haber perdido contacto con la nave madre hace miles de años, en tiempos del imperio rojo, convertido por un accidente de la historia en vagabundo del planeta, sumergido en un silencio cósmico dentro de su traje de astronauta y sujeto a la realidad terrestre por una manguera espacial extensísima que lo aleja un poco más de casa cada vez que amaga un nuevo movimiento de aproximación hacia ella. Porque W. es el olvido, la disolución en lo distante y ajeno, el futuro, en una palabra, mientras que Santiago es lo inmediato, la saturación, el chasquido del látigo familiar. En ocasiones, la imagen del polvo cósmico se vuelve un mal sueño en la magnitud del espacio que lo circunda, y Alberto levanta un brazo en cámara lenta, luego otro, abre la boca y apunta con un dedo refrigerado hacia la extensión oscura en señal de necesidad, abducido detrás de su máscara espacial, extraño pasajero colgado de su propia fuga y definitivamente abandonado en su estatus de inquilino universal.

El lento devenir de aquella imagen lo aturde. Mira y remira detrás de la ventana del hotel, con la mente perdida de pronto en una interioridad difusa como el resplandor de la palabra patria. ¿De dónde le venía ese patético sentimiento de expulsión? ¿Dónde estaba el misterio? Shapiro siempre había querido ser chileno, proposición rara esta última pero auténticamente sentida desde que aprendiera en las aulas del colegio francés la gesta de la Independencia y memorizara a los próceres nacionales al compás de *La Marsellesa*. Un cuerpo extraño había quedado incrustado desde entonces en su interior, a través de

aquellas lecciones de ida y vuelta que se continuaron en el tiempo, mientras él miraba por un espejo retrovisor el incendio que cubría el barrio de su infancia. Ni el aprendizaje de juventud ni la edad adulta habían logrado cambiar esa impresión, intensificando más bien sus primeras extrañezas escolares. Estuviese donde estuviese, hiciese lo que hiciese, sería siempre un chileno fuera de Chile. Estaba condenado a regresar, siempre; de hecho, vivía regresando cada vez un poco más cerca no sabía de dónde, mientras la línea del horizonte se alejaba confundida en un infatigable murmullo. Lo había probado todo, y después de muchos desacatos, resistencias, fugas, desprecios y arrepentimientos, había decidido encajar, ponerse al día con su entorno, incorporarse a la corriente fresca del territorio. Siempre era posible hacer de la vida algo útil. Por eso había escrito su libro, para dar cuenta de una situación imposible y acordarse una chance a través de ella misma. Construir un puente, volver a casa, permitirse el abrazo.

Qué ingenuidad. En vez de eso había terminado por convertirse en un testigo incómodo, alguien enojoso, intratable para los demás; un ser irreal y estacionario, intransitivo, aislado en la biografía. Se había transformado en un caso especial cuando precisamente todas sus ansias declaradas u ocultas apuntaban en dirección opuesta: necesitaba una filiación, quizá la patria, una tierra segura donde pisar; justamente él, que no tenía otro cielo que la imperiosa necesidad de llenarlo.

Para peor, ahora el Ministerio le cursaba una invitación para hablar de la diáspora chilena justo cuando empezaba a renunciar a su esfuerzo. Cierto que el diasporismo venía siendo su costumbre más arraigada, pero no por habitar en los extramuros el tema que graciosamente le adjudicaban era menos comprometedor.Acaso el convite llegaba por ese mismo motivo, como si el hecho de no haber podido encajar constituyera razón suficiente para adjudicarle un lugar. Él no iba a dejar pasar la oportunidad, en cualquier caso. Finalmente, quizá todo era mucho más simple y sencillo de lo que imaginaba: bastaba con abrazar su parte en la indiferencia general y pasar silbando entre los yuyos.

Pensó con nostalgia en los imposibles de la pertenencia. Cuánto mejor habría sido para él quedarse quieto como un pensamiento, no moverse nunca más y apoderarse del rincón que a cada uno le ha tocado respirar en este mundo. Servirse del hábitat y tejer la tela para sí mismo. Eso era la sabiduría: convenir con el espíritu de la araña. Alberto carecía de esa disciplina, o la había dejado en el camino mucho tiempo atrás. El cálculo nunca había sido su fuerte. Quizá por eso mismo se acordara ahora de Frank, de su actitud ante la vida, tan opuesta y a la vez cercana de la suya en otros aspectos, se dice a sí mismo de pie ante el ventanal, dubitativo mientras no deja de observar a sus pies la cuadrilla yendo y viniendo en el cuadrilátero de la terraza. O es la representación que me hago de él, de la sombra que trae su nombre, concluye con la insistencia malsana de olfatear un viejo hueso enterrado en el patio.

Porque Frank no es Frank, evidentemente, o no solo Frank, sino un afecto que se remonta en la línea del tiempo hasta los bordes de la juventud, cuando la amistad era una posibilidad entre muchas y ambos compartían trato con las pruebas y los originales de imprenta, los vistos buenos, las correcciones y los reemplazos de última hora que alimentaban una prematura complicidad en las mesas de edición.

—Échales una mirada —le decía Frank, dejando caer a su lado la última remesa de suplementos literarios llegados desde Madrid, Buenos Aires, Ciudad de México—. Me los devuelves antes de que termine la semana.

Alberto cumplía los plazos y comentaba en busca de más. Ya entonces volverse indispensable había sido una de las características de Frank, recuerda, como ahora que él desenterraba su familiaridad con la brusca duda del recién llegado.

¿Quería confirmar sus lazos y aprensiones ahora que estaba de regreso? ¿Entrar por donde había salido dos años atrás? Lo que fuera, no parecía mala idea apoyarse en Frank para desatorar la ansiedad que le apretaba el cuello. Quédate tranquilo, aprovecha, le decía Frank cuando hablaban por larga distancia, meses atrás. O bien deslizaba escenas, retazos, sinopsis de tramas más densas que él debía imaginar al otro lado de la línea mientras Frank soltaba breves y

enigmáticos mensajes del tipo alguien preguntó por ti, luego te cuento, no me hagas caso, si vienes avísame.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —preguntó Alberto en una ocasión.

—No, no pasa nada, justamente —explicó Frank—.Aquí nunca pasa nada.

—Te voy a mandar el libro —había anunciado él con cierto apuro, sintiéndose en deuda—. Estoy esperando un envío que encargué a España.

—Tómatelo con calma —aconsejó Frank—.Hay tiempo.

—¿Ya te llegó?

—Aprovecha que estás fuera —siguió diciendo Frank, como si no lo hubiese escuchado—. Disfruta, camina, haz un poco de ejercicio, visita los museos. Olvídate un rato.

—Sí, a eso vine —había contestado él, lacónico, rendido ante el elusivo estilo de Frank que parecía hablarle desde su escritorio a través de tres o cuatro líneas conectadas al mismo tiempo, o como si hubiese llamado a su lado a otras personas para escuchar la conversación con el micrófono abierto y prefiriera no comprometerse en esas circunstancias.

Desde siempre sus relaciones con Frank habían tenido ese carácter correctivo, por lo demás, y Alberto se había dejado hacer; sonreía, perdonaba, recibía sus reproches como un viento tibio que se disipaba con las cervezas que compartían una hora después. Muy pronto aprendió a distinguir en Frank su don por la exactitud de lo que otros interpretaban como pura maldad. Fue su primera fama entre los redactores, aumentada por una resistencia incombustible a los reclamos y su capacidad de sacrificio personal, combinación nada común en el oficio periodístico, donde seguía siendo un debate abierto el momento exacto en que su prestigio de editor había corrompido y finalmente cancelado sus ambiciones de autor. Esto en caso de que las tuviera, algo de lo cual Shapiro nunca había estado seguro hasta que comprendió que el *nom de plume* de Frank eran los otros. Parecía bastarse en los demás, aunque no fuera cierto. Entre sus compañeros de generación, Frank había sido efectivamente el único en arremangarse los puños de la camisa para quemarse las pestañas por

la gloria y el brillo ajenos. Mejoraba, reducía, amplificaba según qué intención, y los más agradecidos eran los buenos periodistas pero desabridos redactores que maltrataban el idioma y luego aplaudían sus técnicas de corrección. Entretanto, Frank pulía hasta llegar a la página final. Su resarcimiento, si alguna vez existió, consistía en sembrar ligeros favoritismos y cosechar lealtades o enemigos juramentados, nunca términos medios. Desde entonces, Francisco Pulido fungía simplemente como Frank a secas para los amigos y Pulido —dicho con un leve énfasis de desprecio— para los contradictores, promoviendo de paso su misteriosa autoridad. No, por favor, decía él con recargado histrionismo y las manos juntas en un rezo invisible. Soy solo un empleado de la compañía. Mi tarea es que cada uno se sienta cómodo con lo que escribe.Y sonreía con astucia de huaso que avanza entre grandes apellidos.

Los nombres eran importantes en su actividad, por otro lado.A veces, incluso, eran lo único importante. En esto coincidían Alberto y el mismo Frank, quien calzaba su máscara con placer y un cierto orgullo por hacerse notar en los correos electrónicos y las pruebas de imprenta con una simple «f» mayúscula en forma de pluma o sombrero a pie de página. Muy de cuando en cuando aparecían sus dos iniciales bajo una opinión lateral, que no por su ubicación era menos lacerante, y su figura napoleónica y algo destartalada pasaba rauda como un enigma hacia la oficina del director cada vez que se le pedía consejo para responder a un reclamo, mover alguna pieza o traer a un nuevo colaborador.

Alberto había llegado a ver en esta tendencia un recurso de Frank para crear dobles y triples y múltiples personalidades que sirviesen a un vago interés nunca explicitado por su ciencia oculta, fantasmas de carne y hueso con los que trataba diariamente y que corregían solícitos aquello que él les dictaba desde su cuchitril en *El Nuevo Día*. Había algo cómico en él, una especie de malhumor profesional que lo hacía al mismo tiempo temible y entrañable.A veces,Alberto pensaba en un caso de heteronimia aguda; alguien sometido a un impedimento o resguardo que obstaculizaba la realización de su verdadera naturaleza expresiva y que, en lugar de luchar contra el obstáculo, lo

transforma en su aliado y herramienta más poderosa.Así era como se habían conocido, por otra parte: uno actuando de artista cachorro y el otro haciendo de mutilado de guerra, sin que la mutua vigilancia amainara desde entonces.

—Si quieres escribir, mejor lee. —Fue el irónico reproche de Frank tras revisar el primer trabajo periodístico de Shapiro.

—Me gusta la calle —respondió el otro, mañoso—. Para leer te tienen a ti.

Desde entonces jugaban a las zancadillas. Huaso, le decía Alberto para molestarlo, trabaja un poco y corrígeme esto, ¿quieres? Te la voy a cobrar, Shylock, judío analfabeto, lo que hago es protegerte pero tú no te das ni cuenta, ya vas a ver, lo asustaba Frank.Y era cierto, considerando que durante aquella época un adjetivo mal puesto podía acarrear la censura y el cierre de la publicación.

Entre ellos, el cumplimiento de la amistad había rivalizado desde siempre con asuntos de jerarquía, más la ascendencia de Frank sobre Shapiro que al revés, pero con el correr de los años el trato había cambiado hasta alcanzar un cierto equilibrio técnico. Para Frank seguía siendo importante que Shapiro concibiera sus tosquedades verbales como un problema a solucionar, realzando de paso su propia autoridad, mientras que Alberto consideraba imprescindible tener de su lado al escritor que Frank no había querido ser, para así beneficiarse de su renuncia. Era un negocio tirante, pero ambos lo habían mantenido entre concesiones cariñosas y una afilada intuición sobre los movimientos de cada cual.

Incluso más: conociendo por Nadia (¿a través de quién, si no?) la invitación del Ministerio para hablar de la diáspora chilena, Frank había tomado la iniciativa de llamar a Alberto, insistiendo por teléfono y el correo electrónico para que se reunieran sin falta durante los días de su estancia en Santiago. Podía contarle en persona algunas cosas útiles sobre su libro.Ya en otro momento se había encargado de transmitirle con pausas bien colocadas ciertos comentarios oídos al pasar, entre un café y otro, que circulaban a propósito del mismo asunto. Había rumores, infidencias. ¿Por qué se había ido de Chile de esa forma casi intempestiva? Se hablaba de oportunismo, deslealtad.

Pero ¿hacia qué o quiénes? El propio editor, Ruiz, no había querido saber nada del tema y solo por compromiso había accedido a distribuir la publicación. Por su parte, uno de los críticos de la prensa local, Florenciano, publicaba su comentario en *El Nuevo Día* con un retraso de meses, manifestando así su falta de entusiasmo por el texto. La recepción que estaba teniendo era de lo más ambigua y recelosa. En suma, si acaso ahora se le ocurría aparecer, que Alberto haría bien en no tomar ninguna iniciativa sin antes hablar con Frank. De modo que eso era lo que debía hacer. Coger el teléfono, marcar el número y decir: Frank, soy yo, Shapiro. Alberto Shapiro. Acabo de llegar. Cuéntame la verdad. Dime qué ha pasado.

Algo lo retiene junto a la ventana, sin embargo.Y al instante se da cuenta de que toda la situación tiene los visos de una intriga; está a punto de iniciar su participación en una trama cuyo secreto último desconoce, empezando por pedir ayuda cuando no la requiere. Hacerse necesario era el juego favorito de Frank, no debía olvidarlo, así como el suyo es el pasado, la esperanza y el territorio. Puede que Frank busque desbaratarlo por completo, convertir a Alberto en un perverso instrumento de autoaniquilación. Empujarlo al precipicio solo para poder salvarlo. No sería descabellado interpretar de esa forma su insistencia en mantenerlo al corriente de su mala fortuna literaria, describiendo con maniática obstinación las maledicencias deslizadas en su contra durante todo ese tiempo, como si a través de esos telefonazos al extranjero hubiese querido aliviar alguna mala conciencia. Muchas veces había percibido en Frank una urgencia ciega por oír su voz en la línea solo para saber que seguía allí, ausente y tal vez de espaldas, como si él, Frank, hubiese tramitado su ruina apenas unos minutos antes y por un raro pudor final decidiera alertarlo, sacudirlo, devolverlo incluso de su hartazgo del país tanto como del destino de su bendito libro.

Una retirada banal, además, no era algo que Frank pudiese tolerar. Era necesario coser el cuerpo a la tierra.Y es que Frank —todo hay que decirlo— ha sido para Alberto no solo su lector sino también su objetor literario por excelencia, aquel sujeto ubicuo y bien posicionado que por alguna razón aún indiscernible para él se ha

convertido en su némesis y sosias por partes iguales. Armado de esa doble figura del destino, y resignado a desempeñar un rol correctivo en la carrera de Alberto, con cariño y dedicación Frank ha decidido evitarle los beneficios de su influencia (que no es poca, dadas las variadas fuentes de ingreso y redes profesionales que dispone) mientras realiza un seguimiento al milímetro de los tropiezos de su amigo escritor (que son numerosos, considerado un solo libro). El resultado práctico de todo ello ha sido desconcertante, según lo entiende Alberto, porque Frank suele ser enfático en señalar los peligros que lo acechan y escandalizarse hasta la exageración frente a las glorias que rehúyen su talento, abusando sin empacho del servicio de larga distancia cada vez que ha necesitado darle una pésima noticia. La voz quieta, el bulo metido en un guante y con la amenaza del puñal escondido entre fundas de algodón, Frank ha sido todo lo puntual que se necesita a la hora de noticiar a Alberto sobre su infortunio. Raro, porque reiterada en el tiempo dicha conducta ha logrado convertir la complicidad de Frank en un agravio permanente, proyectando sobre Alberto la sombra ominosa del secuestro.Al menos así comenzaba a verlo. Como un médico que administrara su veneno en dosis perfectamente calculadas para garantizar la sobrevida del paciente.

De modo que ese es Frank, piensa Alberto con furia apagada cuando considera los motivos para realizar esa primera llamada después de dos años de vivir fuera. De modo que por eso lo va a llamar, y hasta se diría que por eso ha venido aquí, aprovechando la invitación del Ministerio que Nadia se procuró para él. Quiere encontrar a su negador, enfrentarlo como si se tratara de una bestia enloquecida que busca su muerte en el laberinto. De pronto la revelación lo sacude con un latigazo en el cerebro todavía embotado. Está de vuelta en el lugar del crimen, esa es la verdadera razón de su regreso a Chile. Por eso aceptó la invitación a una conferencia que adivinaba híbrida y se avino a cumplir con el protocolo exigido. Quiere indagar a quienes propiciaron su descalabro, responsabilizar a Frank si es necesario y enrostrarle su conducta ahora que rebobina y distingue con claridad la metodología empleada, y que gruesamente consistía en acusarlo de

algo sin hacerle acusación alguna. El inocente debía entonces probar su inocencia contra la vaguedad del cargo o su pretexto pueril (en este caso: acuerdos de conveniencia, cambios de última hora del texto, e incluso levantar falso testimonio en su libro de ficción documental), a sabiendas de la dificultad de rebatir y demostrar una acusación destinada a negar al acusado más que a enjuiciar sus actos.

Alberto torció una mueca amarga. No había de qué extrañarse. Negar al otro era un deporte nacional, pero aislarlo como al loco en esta negación, convertirlo en un extraño hablante de sí mismo y de nadie más, estaba en la más pura tradición del enorme caballo muerto de Chile que los poetas describían recostado al pie de los Andes. Por una extraña conjunción de apresuramientos y equívocos, ese mismo relincho, punitivo y cruel, volvía a salpicar ahora el ventanal donde él erigía su propio balance patriótico. Estaba pellizcando el vidrio sin darse cuenta. De la noche a la mañana se transformaba en el viejo del saco.

Carraspeó, prevenido.Tendría que examinar mejor la situación, serenarse. Cuando existe culpabilidad pero no hay falta, piensa, la acusación viene a confirmar su existencia; la culpabilidad siempre se presenta en relación a sí misma, y para que ella florezca debe haber por lo tanto algo que la provoque, una falta previa o anterior, piensa Shapiro. Debe remontarse al origen, entonces, pero enseguida considera desmedida la proposición; esa primera falta es inaccesible, hay demasiada religión y comentario psicológico estorbando alrededor. Para identificar a su bestia negra debe hacer foco en lo real, en la superficie de los hechos, de alguna manera; es decir, cuando le entregó el manuscrito a Frank, hace más de dos años de eso, lo recuerda bien, fue antes de decidir la partida, y él lo miró con cierto desdén, con una leve repugnancia que se convirtió en asco puro cuando Alberto se retractó semanas más tarde y anuló el trato. Podía identificar allí una falta gruesa de su parte, visible en ese vaivén. Primero, al ceder el destino de su manuscrito a un intermediario resbaloso como Frank, confiriéndole poder para decidir sobre él, y luego, al retirar esa misma autoridad tras un lapso de tiempo muy breve. Es decir, había dado origen al resentimiento. Había *ninguneado*

a Frank al elevarlo un día como juez supremo y hacerlo caer al siguiente como un tinterillo incompetente. La fórmula era sencilla:bastaba con dar confianza un segundo y luego retirarla sin razón aparente para comenzar a odiarse, porque entretanto Frank había logrado entusiasmarse con el manuscrito y cogerle cariño al esfuerzo literario de Alberto. No es que fuera algo inmediato, para nada. Esos arrebatos fulminantes no se daban en Frank. Pero el rechazo inicial había remitido hasta convertirse en un deleite secreto por las virtudes del texto, la ocurrencia de la trama y la posibilidad cierta de perfeccionar la sintaxis y los giros mediante su propia intervención de escritor fantasma. Tenía el archivo a mano y su amigo agradecería por lo bajo que él se prodigara.

De todos modos, se tardó más de lo necesario en dar una opinión. Sin duda retrasó el veredicto para dar una impresión de disgusto, enervar un poco a Alberto y hacerle saber su imprudencia por confiarle el manuscrito. Luego dijo que estaba dispuesto a recomendarlo para que Ruiz lo incluyera en la colección estrella de la editorial, discurriendo un informe preliminar de unas cuantas páginas. Pero antes de que llegara a redactarlo,Alberto llamó por teléfono y dio aviso de retractación. Fue un golpe bajo. Alberto se disculpó como pudo, torpemente. Sin entrar en detalles, adujo tener una mejor oferta que no podía dejar pasar.Aprovecharía la ocasión para introducir algunos cambios. Lamentaba el tiempo perdido y agradeció a Frank la buena disposición para comentar su trabajo. Solo eso.

La tarde que pasó a recoger el anillado, Frank lo esperaba para soltarle con fruición, con dedicado placer, la anécdota de Juan Eduardo Gallo, un escritor de la plaza que acababa de ganar un concurso internacional y estaba molesto por el poco cuidado en la difusión. La editorial había ideado una cinta publicitaria para destacar el libro, pero la letra era pequeña y el nombre de J.E. Gallo no se leía todo lo bien que debía leerse. Estaba enfurecido, y con razón. Qué se creían. Él pertenecía a otra liga. Golpeó la mesa con el puño izquierdo, clavándose un dedo en su propio pecho con la otra mano, rotundo. Él, Juan Eduardo Gallo, era el relevo, lo nuevo de lo viejo en América Latina. Que lo entendieran de una vez: ¡¡¡Yo-soy-Mario-Vargas-Llosa!!!

¡¡¡Yo-soy-Gabriel-García-Márquez!!!, soltó literalmente fuera de sí en el momento climático de la discusión, golpeando la mesa del escritorio de Ruiz, ante lo cual este solo había atinado a balbucear con los ojos blancos de pavor y asombro: claro, por supuesto, voy a ocuparme ya mismo.Te das cuenta, se reía Frank esa tarde que Alberto fue a buscar su manuscrito: el muy huevón se creía Vargas Llosa, se creía García Márquez, y Frank hundía su índice recto y endurecido sobre el pecho de Alberto, rememorando la escena contada por Ruiz mientras hacía la mímica de Gallo: ¡¡¡Yo-soy-Mario-Vargas-Llosa!!! ¿Te das cuenta?, exclamaba Frank, con su estilo indirecto libre más afilado que nunca: ¡¡¡Yo-soy-Gabriel-García-Márquez!!! Y empujaba el dedo con fuerza sobre el esternón de Alberto, hasta que doliera. Un brillo criminal asomaba en sus ojos. ¡¡¡Él-era-Juan-Eduardo-Gallo!!!, ¿entiendes?, repetía, colérico, enredando las famas.

Alberto apenas se sonrió. Luego, buscando sin duda relajar la tensión, propuso que Frank escribiera la solapa de lo que eventualmente sería la edición local. Fue un desacierto absoluto, pero fue lo único que se le ocurrió en ese instante para suavizar la ira del dedo de Frank. Enseguida sacudió el anillado en su mano para dar a entender que lo mejor era olvidarse del asunto. «Haz cuenta de que nunca pasó nada; es una tontería», dijo con una ligera vergüenza.

Quizá fueron esas palabras las que terminaron de ofender a Frank, pensó, el eslabón perdido en una interminable cadena de vejaciones y maltratos prodigados el uno al otro y sin mayor intención que la de liberar orgullo. ¿Era eso? Dudó. Estaba disculpando a su amigo sin siquiera haber hablado con él. Debía ser cuidadoso y evitar la patriótica tendencia a flagelarse en favor de los argumentos ajenos. El país mismo se había convertido en un argumento ajeno, una fértil humillación dispuesta para innumerables escenas de crueldad y sufrimiento. No había forma de pasar por allí sin mancharse por completo, aparte de que Frank sabía que Alberto sabía que Frank sabía, y eso lo complicaba todo entre los dos.

Tuvo un sobresalto.

La Bovary c’est moi, se dijo; cómo negarlo. Los males que le atribuía a Frank se inspiraban en los suyos. Qué era para un hijo de la

provincia llegar a la ciudad a los dieciocho años sino algo muy semejante a desembarcar del exilio para un muchacho judío a comienzos de 1980. Fue lo que debió sucederle también a Pancho Pulido, cuando se obligó a igualar con astucia agrícola el equipaje social de sus sosegados compañeros de la Universidad Católica donde había recalado. Cómo no iba a desmarcarse con la mayor rapidez e inteligencia posible de los buenos deseos que marcaban al joven llegado del sur. En esas circunstancias, quedarse en el montón significaba morir, todo lo contrario de la actitud reproductiva del entorno que lo recibía. Francisco Pulido iba a ser Frank o nada; era obligatorio competir y ganar desde el primer examen de gramática que había caído bajo sus ojos como una moneda que él debía dominar y voltear.

Se habían conocido a mediados de los ochenta, en la sala de redacción de una de las tantas revistas opositoras al régimen, y para entonces Frank ya cargaba sobre sus hombros la desgracia de ser el mejor de su generación. Se sabe lo que es eso. Devoraba libros de mil páginas y luego comparaba ediciones, escribía poemas visuales, creaba enigmas de ingenio superlativo, se reía del mundo que dejaba atrás. Parecía el adolescente con boina y pipa de una novela de Onetti. Firmaba sus propios puzles con acertijos que había que descifrar con ayuda de algún diccionario fabuloso. Pero quién no lo hacía.Todos esos muchachos del Campus Oriente de la Universidad Católica iban a refundar el país, reconquistar la libertad perdida en el nombre del pueblo llano, y lo mejor era que acometerían la tarea con distancia e ironía, de manera sofisticada, elegante, con cierta resignada supremacía por el rol de liderazgo que debían asumir. Ellos marcarían el camino, por eso estaban allí: no para hacerse fuertes —que ya lo eran— sino para elevar el nivel de la discusión. Iban a inaugurar un *estilo* y abrir un paréntesis en sus propias vidas, sacrificando sus talentos individuales por una obra colectiva en la cual apenas creían, sin duda menos interesante que las ideas recibidas, si se quiere, pero más afín con las enseñanzas ecuménicas, convocando, eso sí, a un nuevo espíritu que sería polo de atracción intelectual irresistible para los pobres idiotas que trabajaban como empleados a sueldo en las

empresas de la burguesía criminal.

Una promesa magnífica se elevaba entonces, de refundación total, digna de la ignorancia en que se criaban, habría dicho Frank, y que Alberto había mirado de lejos, con irreprimible envidia cuando pasaba por los exteriores del Campus, aminorando la marcha para deleitarse frente a las torretas y jardines estilo colegio británico que destacaban en el frontis principal. Aquella entrada bucólica y majestuosa le recordaba sus días escolares, cuando iba en bicicleta temprano en las mañanas y todo parecía límpido y claro alrededor, atravesando una ciudad que ya no existía por ninguna parte. La imagen se disolvía rápido, en efecto, y daba paso a su contrario, porque al espiar de refilón la fachada del Campus católico con su edificio en forma de castillo —algo que le daba un aura de distinguida inaccesibilidad al conjunto—, Alberto no podía evitar cierto remordimiento al pensar en lo que había dejado atrás a cambio de esas palabras más grandes y largas que en un momento también habían ocupado su ambición. Aventura, poesía, rebelión… ¡¡¡Ahhh, qué juventud desaforada la suya!!! Todo parecía entonces al alcance de la mano, y confluía en un instante prodigioso que su memoria rebobinaba en una rápida sucesión de imágenes sin ilación ni continuidad. Distinguía con nitidez, llevado por un tramposo efecto autobiográfico, la expulsión del mundo conocido y la incerteza feliz del día a día, el trabajo en las ciudades, la multitudinaria universidad pública donde había cursado sus estudios en el extranjero para sacar adelante un oficio que ahora necesitaba poner en alguna parte de manera urgente, de regreso ya del entusiasmo. Así es como se habían conocido.

—No está mal —le había dicho Frank, mostrando una sonrisa maliciosa, todavía juvenil detrás del escritorio donde fungía de secretario de edición antes de cumplir los veintitrés años. Recogió de la mesa los folios del extenso reportaje que Shapiro había entregado sobre el lumpen politizado de los barrios marginales, y agregó —:Vamos a tratar de publicarlo, pero cambié el título. «Pato, el Malo», ¿te gusta?

—Por qué no mejor «El pato malo» —dijo Alberto.

Frank volvió a sonreír de esa manera extraña, los labios chuecos en

un gruñido inaudible, y cabeceó mostrando aprobación.

—Bueno, como quieras. —Y engavetó los folios al desgaire, sin demostrar ninguna contrariedad.

Por supuesto, el artículo nunca apareció y Alberto comprendió que había cometido un error al sugerir un título mejorado. Eso no se hacía con Frank, y menos cuando se andaba en busca de trabajo. La diferencia entre un título y otro, además, ilustraba dos aproximaciones a la realidad muy distintas, según lo pensó después: la estilosa puntuación de Pato, el malo, era un refinamiento impropio, un artificio literario en la mesa del Pato Malo donde él había visto desfilar las quiscas antes de salir a protestar.

Luego separaron caminos y volvieron a juntarse con la intermitencia propia de los arrepentidos. El suelo se movía rápido bajo sus pies en aquellos días. Las revistas y los diarios que iluminarían la República comenzaron a cerrar sus oficinas por falta de recursos, mientras sus directores y administradores buscaban negocios más lucrativos en la publicidad. También el espíritu de normalización se apoderó rápido de las jóvenes promesas periodísticas, y los rebeldes muchachotes de la Universidad Católica se sorprendieron un día en la calle mirando con avidez los edificios de la prensa tradicional, todos en busca de empleo bajo el aire cada vez más ligero y frío del mercado. La crueldad se cernía sobre ellos, pero a Frank no le costó nada aclimatarse al desencanto. Conocía bien ese patio de provincia. Hizo llamadas, tomó ventaja, aprovechó contactos y sacó partido de la experiencia. Fue invitado a una estadía de meses en Navarra y conoció las oficinas de El Verbo Divino. Al comienzo se detestó a sí mismo por llevar tan lejos la oferta, pero luego temperó los escrúpulos con una reconversión aún más audaz que la de sus antiguos compañeros de estudio que por entonces almorzaban sin chistar en los casinos de la prensa criminal. Cuando le ofrecieron un puesto en *El Nuevo Día*, ya estaba harto de oír hablar de los viejos tiempos de la dictadura en que fundarían la ciudad del futuro.Ahora prefería enfocarse en las cuotas de la casa propia al pie de la montaña donde se había mudado con mujer e hijos, de modo que aceptó enseguida.

El diario era un matutino de última línea que durante años había

servido de desaguadero policial para las brutalidades del régimen, y que luego, con la llegada de la democracia, había adaptado su vocación de escándalo a los usos menos ofensivos de la farándula y el espectáculo. Pero *El Nuevo Día* siempre había sido un bazar de insidias, una mezcla exquisita de las peores intenciones atribuidas a los personajes más llamativos de la página social. Su objetivo misional era ver llorar a ricos y famosos, con un indudable valor antropológico radicado en lo peor de cada uno. Frank detestaba a los famosos, y para ser elocuente necesitaba a los ricos. «Lo quiero a usted, Frank», le había dicho el director y dueño del diario. «Véngase conmigo». O bien: «Usted que conoce este negocio, Pulido, ayúdeme a sacarle un poco de brillo a *El Nuevo Día*».

Y él aceptó; Frank dijo SÍ para empezar a decir NO.

Una novela social, pujante y ejemplar, acompañaba su historia de ascenso y conquista, pero de seguro a Frank nunca le interesó el género. Más bien lo despreciaba. El terruño de origen, ese campo desolado donde cabalgaba un solo patrón, quedaba muy lejos de los libros de culto que siempre habían sido su pasión. Él prefería experimentar, y se abocó a cruzar palabras y personajes sin moverse de allí. A veces, incluso, creía haber dado vida a un nuevo credo al prodigarse en su puesto. Multiplicó dobles y borró su nombre de los escritos de juventud, fungiendo en las posiciones más diversas al interior de la empresa con tal de que fuesen anónimas, desde afanoso reportero hasta editorialista principal, y sin otro horizonte que un desaprensivo gusto por el espectáculo de la ambición ajena.

Ya fuera por astucia o convicción, o ambas cosas a la vez, lo mismo daba, durante más de una década había derrochado energía al servicio de las combinaciones periodísticas más atrevidas e inesperadas. Hizo traer reporteros de la televisión y metió a gente de la farándula para que abriera la llave del chisme como una droga que muy pronto inundó los quioscos del país, mezclando lo sucio, lo divino y lo asombroso en un solo carnaval de comadreos y traiciones. El poder lo tentaba, pero su única concesión fáctica consistió en reservar para sí mismo un plan hecho de tinta y papel, sin duda más modesto que las portadas de escándalo que había que sazonar con una insidia final.

No tenía motivos para sentir vergüenza, después de todo. *El Nuevo Día* no era prensa amarilla ni roja ni azul, sino simplemente un periódico local, espejo fiel del pueblo remoto donde se había criado.Todos sus viejos compañeros lo seguirían hasta allí, dejando en la puerta de entrada las extravagancias ideológicas tanto como las sofisticadas enseñanzas del señor Pulitzer. En *El Nuevo Día* no había espacio para las medallas, y quizá por lo mismo las páginas comenzaron a llenarse de firmas célebres, despachos del extranjero y entrevistas exclusivas. Al cabo de unos pocos años, Frank tocaba la gloria y cosechaba la perseverancia con el periodismo caníbal. Podría haber llegado hasta lo más alto en la burocracia editorial, pero demostró carácter en ese punto exacto de su ascenso y rechazó todas las ofertas que se le hicieron para ocupar puestos de dirección. Él ya tenía su lugar, se excusó, no deseaba cargarse de mayores responsabilidades. Al escucharlo, sus superiores consideraron más que ventajoso tener a un hombre así en la jefatura intermedia, mientras que sus subordinados vieron en él un ejemplo de dignidad y cariño al trabajo.

Con los años, y premunido de semejante ascendencia, había decidido una suerte de retiro lírico donde gastarse las tardes en lecturas que consumían su desafecto, sin otra responsabilidad que la matutina asesoría editorial y un llamado telefónico antes del cierre.A eso de las nueve, cuando mucho a las nueve y media, el timbre de una voz femenina con fondo de tonada popular sonaba en el portátil de Frank para que él se pusiera al habla y oyera la propuesta de portada, corrigiera al editor de turno y aconsejara la pizca de vulgaridad necesaria para mantener el morbo de los lectores que vindicaría la buena literatura. Porque Frank era poeta, finalmente, y aquello no se quitaba. Lo había sido en sus años mozos y lo seguiría siendo a través de los apoyos y empujones que prodigaba. La poesía había sido primero su ombligo, luego su escondite, y últimamente su radar. Suficiente con eso, y no había nada que hacer al respecto salvo recomendar y supervisar alguno que otro proyecto editorial que sonara interesante, asistir a las pautas de la mañana en *El Nuevo Día* y atender el teléfono por las tardes.

En eso estaba cuando Alberto lo visitó con su manuscrito anillado bajo el brazo, como si devolviera con un interés acumulado por años el recuerdo de aquella crónica del Pato Malo nunca publicada. Es posible que para entonces ya todo se redujera al exceso de pasado que se acumulaba entre ellos.Tiraban de la misma cuerda desde hacía casi dos décadas, primero en las revistas de oposición, luego en los bares, y finalmente en la negación de lo que eran o habían soñado ser algún día. Parecía natural que la amistad los mordiera hasta convertirlos en compañeros inseparables de la Guarida del NO.

¿Era suyo el rencor, entonces? La pregunta rondaba, maliciosa, buscando la línea final.Abrumado, ensordecido por los golpes de la cuadrilla de trabajo en la terraza,Alberto levantó la cabeza. Una fijeza dolorosa lo retenía junto a la ventana. Del otro lado, cruzando la calle, había una guerra. Lo admitía. Incluso más: esa guerra nunca había dejado de estar allí, persistente como el aserto colonial que alguna vez comparó la geografía del territorio con la vaina de una espada.Todo lo que podía hacer al respecto era deslizarse dentro y evitar ser alcanzado por los filos del acero. Pasar desapercibido, hacerse el judío en Chile. No era mala idea delante de la fusta de su amigo huaso. Allí viviría tranquilo, colocaría su propio negocio y prosperaría inadvertido entre revanchas irrealizables y murmullos ahogados por el polvo del combate, a salvo del largo desierto que se extendía, centenario, periférico, acumulando saberes y astucias bajo la quemante canícula del sol que empezaba a despuntar en el aire fétido de esa mañana gris. Pensó en una escena de arranque para una película del oeste. A pesar de su rol secundario, él ya no podría seguir esquivando el papel; debía ir al encuentro de esa escena y sostenerla como parte de la incoherencia general que enmarcaba sus relaciones con el territorio. El resentimiento como causa y efecto al mismo tiempo, una pandemia no declarada pero virulenta e insidiosa, dispuesta a devorar los órganos interiores apenas se abriera paso hacia la conciencia de que, justamente, aquello era lo que correspondía hacer: salir, volcarse en busca de su enemigo íntimo, y dar batalla hasta morir en el aire de ceniza que intoxicaba la luz.

Era insensato precipitarse así, en la bruma de esa mañana de

verano, pero un rumor incontenible crecía en su interior a medida que le daba más vueltas a la situación, como si caminara de vuelta a una trampa y se rindiera a la fatiga de esa primera jornada, girando con ansiedad en busca del teléfono para marcar de memoria, ahora sí, y después de mucho agobio, el teléfono de Frank.

A medio camino, sin embargo, le dan ganas de colgar; llamar primero a Nadia y anticipar, quizá con unas palabras coloreadas, el encuentro en la terraza donde la cuadrilla trabaja contra reloj para la fiesta de recepción. Pero es demasiado tarde para arrepentirse de lo que está por hacer, de cada cosa ocurrida y por ocurrir; de haber venido a este hotel para hablar de la diáspora chilena, de dejar atrás sus precauciones, de entregar la oreja a la voz de Frank y saludar más tarde a Nadia entre blandos topetones y risas para compartir unas horas de bienvenida y luego salir a la calle en busca de algo más, siempre algo más; pecador arrepentido de su memoria y hasta de escribir la tremebunda historia donde renovaba a su modo la condena por culpa presunta hasta que no se demostrara lo contrario, cosa que nunca se podrá demostrar porque en eso consiste precisamente la acusación. Sí, el mal ya está hecho; todo el mal posible ha sido diseminado desde mucho antes de que llegara, o se fuera o se quedara, sin importar ya lo que hiciera para disminuirlo o acrecentarlo, porque es el régimen del rencor quien reina sobre los actos propios y ajenos, haciéndolo venir hasta aquí. Alberto lo sabe; por eso se apresura en revolver el veneno, apura la cicuta, agita el cordón del teléfono y espera con la boca caliente, anhelante, premunido de la esperanza cierta de que no sea él mismo, Alberto, quien responda del otro lado, por supuesto; no es cosa de tomar la iniciativa al precio de volverse loco durante esas primeras horas después de dos años de ausencia, ya que, a pesar de todos los sinsabores que comienza a depararle este retorno al país, todavía considera que la esperanza tiene algo que enseñarle cuando gira hacia el ventanal, se aclara la voz y, con la vista perdida en el lento viaje de la ciudad por sus rutinas, con voz casi neutra, como si se tratara de un relato de terror puro donde el inocente busca su castigo antes de entrar al callejón, dice, sin más: Aló, Frank; soy yo, Shapiro. Alberto Shapiro.Acabo de llegar. Cómo te

va.

2

GUARDIAS DEL NO

—¿Para mí? —dijo Frank, sin poder creerlo, levantando una sonrisa infantil que chorreaba entre los labios. Sus ojos se abrían con desmesura bajo el volumen en rústica sostenido sobre su cabeza.

Alberto asintió en silencio, esperando una indicación donde depositarlo, y en ese momento se alegró de haber recogido el libro después de hablar con Frank desde el hotel. Seguramente él apreciaría el gesto y aquello serviría de recordatorio a los buenos tiempos. Lo había comprado al paso en el quiosco del aeropuerto de Dallas como una mercancía impensable hacía tan solo un par de años, y había cargado con él sin saber a quién se lo entregaría cuando comprendió esa misma mañana que sería Frank y ningún otro el meritorio receptor. Ahora la resolana hiriente del cielo impedía que se saludaran de otra manera que a través del obsequio tendido sobre la cabeza de Frank.

Alberto balanceó el volumen sobre la superficie de la piscina, dando a entender una premura.

—Allá, en el estudio —dijo Frank, los brazos apoyados sobre el borde de la piscina y con más de la mitad del cuerpo todavía sumergido en el agua. La cabeza sobresalía de la superficie y los pelos estilaban sobre sus hombros en la transparencia azulina.Tenía cierto aspecto de cuervo agazapado al centro del riñón de agua. Acababan de estrechar las manos para luego separarlas con cierto displacer, mojada la de Frank y seca la de Shapiro, y ahora este sostenía el libro con la izquierda, procurando salvarlo de las salpicaduras.

Frank indicó hacia una puerta corredera en un extremo de la terraza.

—Ahora salgo —anunció.

Alberto se alejó del borde y cruzó el patio en dirección a la casa. A mitad de camino se desvió, siguiendo las indicaciones de Frank.Atravesó la puerta corredera y quedó de pie al interior de una habitación cuadrada, no muy amplia, que hacía de biblioteca, con estantes abarrotados y un escritorio de tamaño regular al centro. Un

orden perfecto reinaba en lo que podía llamarse el gabinete de Frank: diversos tipos de diccionarios a un lado y, en el costado opuesto, una bandeja de madera para contener lápices con papelería variada. Una carpeta cerrada de color rojo brillante ocupaba el centro de la mesa. Examinó de refilón y sin detenerse los estantes con los lomos clasificados por autor y lo que parecía ser una subcategoría editorial. Alberto dudó un instante entre dejar el obsequio encima o al lado de la carpeta brillante. Decidió recostarlo junto a la pila de diccionarios y sintió de paso una irresistible curiosidad frente a la cubierta roja.

—Ruiz me encargó que corrigiera su propia novela, ¿puedes creerlo? —Frank estaba parado detrás de él indicando hacia la mesa. Había apoyado el cuerpo en el marco de la puerta, la cabeza cubierta por una toalla grande que lo cubría hasta la cintura—. Estoy por mandársela de vuelta, pero paga muy bien.

—Debe ser dinero de la nueva colección —observó él.

—Por eso mismo es bueno para todos —repuso Frank.

—¿Van a publicarla?

—Sí, una vez que termine con ella.

—Mala no debe ser…

Frank se alzó de hombros, dando a entender que el trabajo no comprometía su opinión. Un manuscrito, un libro, qué más daba. Su oficio era corregir a los demás. Seguía observándolo con sus pequeños ojos escrutadores, extremadamente filosos cuando se trataba de recibir visitas en su cadalso personal.

—¿Quieres echarle una ojeada?

—No creo que sea una buena idea —dijo Alberto, inquieto.

Hubo una pausa que Frank aprovechó para acercarse a la mesa. Dejó caer una mano abierta sobre la lisa portada del libro que Alberto había traído de regalo.

—Qué bien —murmuró con voz apenas audible. Parecía asombrado —. Dicen que allá es un fenómeno.

—Sí, gusta y vende mucho.

—Bonita tapa. —Seguía con la palma apoyada sobre la cubierta blanca con manchones negros de letra manuscrita atravesada a lo ancho. Leyó el título en inglés con acento deplorable y agregó,

lacónico—: Gracias.

—Era tu amigo, ¿no?

—Hum…

Se quedaron inmóviles un instante frente al escritorio, con el mugido de Frank como una desfalleciente banda sonora que acompañaba la aparición de los créditos. Alberto sabía traducir ese desgano: pasado, incomodidad, cierta melancolía indefinible por la ausencia del amigo que delataba el obsequio.

—¿Tomamos algo?

—Claro —dijo, y ambos salieron al aire de la terraza.

Afuera el sol ardía. Salvaron rápido las primeras torpezas con una ironía sobre el delicioso clima del valle y caminaron hacia la mesa de cristal instalada bajo el toldo, junto a los vasos y las botellas que reposaban en la sombra. Una caja fría con un pack de cervezas y dos vasos impolutos, dispuestos simétricamente y con sendas corbatas de papel alrededor, esperaban junto a un plato de aceitunas verdes y trozos de queso perfectamente cuadrados. Alberto notó que la exactitud maníaca de Frank no había declinado, e incluso podía ser que se intensificara con el tiempo libre. Sí, esta última posibilidad era más que verosímil. Aparte de una empleada que daba vueltas alrededor, asomando cada tanto unas mechas grises en la terraza para ofrecer otra ronda de picadillo y quesos, no había otros signos domésticos ni familiares que importunaran el entorno de Frank; los hijos estaban crecidos y al parecer no exigían mucho más de él que la remota garantía de sus cincuenta años, mientras Amparo, su mujer, no se veía por ningún lado, consumida por su trabajo en un estudio de abogados donde plausiblemente aprovechaba de eludir cuanto pudiera el fastidioso humor de Frank, un humor goteado que la edad y el confort habían comenzado a espesar hasta convertirlo en hiel pura.

—Tengo tu libro —se apuró a decir, como un elogio esquinado que fuera incapaz de proferir de otra manera, y agregó enseguida, en recuerdo de su propia desconfianza—: Pero todavía no lo leo. Quiero decir, la nueva versión.

—No es muy distinta a la que conociste —dijo Alberto.

—*Siempre* es distinta —recalcó Frank.

—¿Cómo te llegó?

—Me lo trajo Ruiz —mintió—. Un día se vino para acá y me lo mostró. Le había llegado de España. ¿Todavía no se ven?

Alberto negó con la cabeza, y pareció recapacitar.

—¿Te dijo algo más?

—¿Quién?

—Ruiz… La vez que te trajo el libro.

—No, nada. Quería que te hiciéramos una nota en el diario.

—Qué buena persona —dijo Alberto, y él, Frank, devolvió la ironía con una mueca.

Hubo una pausa incómoda, larga, como si ambos hubiesen agotado el juego tras ese primerísimo intercambio de cartas y el desaliento se abriera paso ante otras apuestas que esperaban su turno. Necesitaban una excusa para seguir adelante, y pronto la encontraron en Hermosillo, un poeta emparentado generacionalmente que publicaba en *El Nuevo Día* columnas de opinión sobre los temas más diversos, mezcla de extravío ideológico y sentimentalismo doméstico. A las señoras del barrio alto les encantaba, y Hermosillo se hacía más y más célebre conforme su lacrimógeno estilo escurría hacia programas de radio y televisión, captaba adeptos al por mayor y se transformaba en una empresa de lágrimas y versos con facturación en línea. Shapiro y Frank lo explotaban como un motivo de escarnio recurrente, casi gozoso. Podían caer sobre él con la garantía de no ser alcanzados por las burlas y los chismes, tan lejos se sentían de Hermosillo, lo que permitía además una aproximación segura hacia ellos mismos, el olfato afinado por la cautela mientras intercalaban breves comentarios sobre las bondades de la cerveza y el clima.Al rato parecían dos animalitos sedientos que se inclinaban a beber del mismo estanque. Hablaban de los otros, por supuesto; qué otra cosa podían hacer sin mostrar demasiado énfasis durante ese primer encuentro, sentados en la terraza de la casa de Frank, al pie casi de la montaña en el barrio de La Reina, dos años después de la partida de Alberto. Se animaban entre bromas y comentarios, hasta que Frank interrumpió la charla de manera un poco unilateral para ir a zambullirse en la piscina.

Se puso de pie con gesto cansino, como si le doliera una rodilla o un

codo después de tanto pisotear cabezas, interrumpiendo a Alberto en medio de una frase cuando este buscaba desarrollar su punto de vista, quizá molesto con lo que decía o asqueado del contraste entre un cuerpo vestido (el de Alberto) y otro semidesnudo (el suyo), caminando impertérrito y sin aviso hacia el fondo del jardín, donde se dejó caer con lasitud en el riñón de agua. Hubo un pequeño estruendo al pie de los ciruelos y naranjos que rodeaban la piscina, y Alberto notó la indolencia contenida en el gesto de Frank, casi una reacción epidérmica al compañerismo un poquito demasiado regalado exhibido hasta entonces, resbalando todo el peso del cuerpo sobre la quieta superficie del agua, queriendo sacudirla o quebrarla, y haciendo ostensible cierto malhumor por la situación.

Como si ensayara un paso en falso al borde de la piscina, pensó Alberto, observando el revoltijo de agua que escurría sobre las baldosas.

Desde su posición, sentado junto a la mesa de vidrio, distinguía sin esfuerzo las sutilezas de la luz en torno al súbito remolino formado por aquella masa pálida del cuerpo de Frank, yaciente y olvidada como una fuerza en reposo, hasta el momento en que emergió del riñón de agua y lo vio venir con los brazos estilando y levemente inclinados hacia adelante. Recogió al pasar una toalla que se calzó sobre los hombros y tomó asiento con las mechas disparadas sobre la cabeza. Un campeón que sube al ring, se dijo Shapiro. Quizás había decidido refrescarse antes de iniciar el ataque, ahora que estaban en confianza.

—Dejé de fumar —soltó Frank,no sin una pizca de orgullo.

—Entonces fumemos —lo provocó Alberto, y aunque no deseaba realmente hacerlo, encendió un cigarrillo—. No te molesta, supongo.

—Para nada —replicó Frank. Se levantó y volvió enseguida con un cenicero que dejó sobre la mesa. Se detuvo, de pie a su lado, y mantuvo un segundo el gesto suspendido antes de volver a tomar asiento, buscando atento en el aire tibio las palabras más adecuadas para el humo azulino que pinchaba su olfato—. Es raro —explicó, didáctico—, pero antes todo resultaba más interesante cuando fumaba, quizá justamente *porque* fumaba —y luego ejemplificó con *el*

tema de Alberto, así lo nombró, porque en otro momento habría *despachado* de inmediato la nueva versión de su libro, y no por ser de Alberto o porque le interesara particularmente, sino porque nunca había dejado de leer lo que se publicaba, fuera o no una completa basura, eso era otro tema; pero, en fin, ya encontraría tiempo para *retomar* su libro y podría comentárselo, aunque no estaba seguro de si sería este invierno o el siguiente, eran tan poco interesantes las novedades chilenas, y esa *novelita* suya o testimonio de ficción o como quisiera llamarlo Alberto no tenía por donde competir con Ungaretti, con Leopardi, con Valéry—. Hay tantos libros buenos esperando ser leídos que no vale la pena distraerse con los nuevos, y no lo digo por ti, claro, pero hoy día a quién le interesa perder tiempo con los líos de un dentista, de un hijo con su padre o de una mujer enamorada de su perro, aunque este debiera ser el más interesante de los tres, ¿no te parece?

—Seguro que sí.

—Pero el tuyo ya lo voy a revisar —prometió—. Es más corto ahora, ¿no?

—Igual que antes.

—¿En serio?

—Un poco más de doscientas páginas.

—Ah, estándar —observó Frank—. Se liquida rápido, entonces.

—Supongo…

—A ver si lo saco de una sentada, antes de que te vayas.

—Cuando quieras —dijo Alberto, ya definitivamente incómodo.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Cinco o seis días. Salgo de vuelta el sábado.

—Hoy es viernes —dijo Frank. Pareció calcular y sorprenderse—. Eso hace una semana completa.

—Hay un día de maletas y despedidas familiares —mintió a su vez —.Ya sabes cómo es eso.

Quería eludir a toda costa el interés de Frank, y comenzaba a considerar una completa falta de criterio esa visita inicial en honor a las llamadas de larga distancia.

—Claro, la familia —recapacitó Frank, y fue como si se diera el

tiempo de atrapar un insecto que sobrevolaba su cabeza antes de abrir la boca para soltar la proposición—: ¿Y si lo revisamos ahora, juntos?

—No entiendo —dijo Alberto, desconcertado.

—Tengo el libro en el escritorio —replicó Frank. Sus ojos se agrandaban, colmados de un entusiasmo vidrioso—. Lo leemos juntos, o tú me lo vas leyendo en voz alta y comentamos, como se hacía antes con las fábulas, en el tiempo de los juglares. La prueba del ácido. Mira qué buena idea: tú declamas y yo escucho.Voy a traer el libro.

Frank saltó de su silla con empuje juvenil y Alberto lo vio irse hacia el estudio sin saber todavía si esperaría que regresara o se iría de inmediato.

No se sentía ofendido sino desorientado, y al verlo del otro lado de la puerta corredera donde estaba su gabinete tuvo una sensación de ridículo. Reparó que la semidesnudez de Frank en traje de baño contrastaba con la compleja armadura de humores que cargaba, al revés de como se sentía él mismo, vestido y con zapatos mientras su piel se abría indefensa bajo el tajo implacable del sol.

—Aquí está —venía diciendo Frank, sonriente, agitando el volumen en su mano derecha—. Lo encontré en el lote de la literatura nacional. Estarás contento con la ubicación, ¿no?

—Es tu biblioteca —reaccionó Alberto, disimulando su incomodidad —. ¿Al lado de quién me tenías?

—Con Ruiz, por supuesto —dijo Frank, jovial, deteniéndose en seco y los brazos abiertos con manifiesta teatralidad. Deshizo la mímica y fue a sentarse con el libro entre las manos.Al fin lo estaba pasando bien, se estaba divirtiendo en serio.

—Horrible destino —dejó escapar Alberto, y se dio cuenta de que cometía un error al decirlo—. Ojalá me dejaras en el estante de la cocina.

Frank soltó una risotada. Extendió el brazo y el libro quedó delante de Alberto como un pájaro recién derribado, con el vientre todavía tibio y las alas tiesas.

—¿No vas a leer nada?

Alberto miraba la cubierta. Parecía perplejo ante la consistencia de un objeto para él intangible y cuyo trasunto de vida le había tomado

suficientes desvelos como para reducirlo a un lote más bien escaso de páginas. Además, difícilmente podía atribuirse de manera exclusiva los buenos o malos resultados del libro, a no ser por las señas de los seres y sitios perdidos que habitaban allí dentro. Aquel mundo conocido seguía siendo perturbador para él, quizá por haberlo recreado y corrompido tras vivirlo, y negó con la cabeza como ante una caja testamentaria que contuviera los últimos deseos del difunto relativos al heredero. Pero sobre todo echaba en falta la ligereza necesaria para incursionar desapasionadamente con Frank en las representaciones que él mismo había sellado, y tuvo miedo de encontrar erratas en cada comienzo de capítulo, nombres cambiados, párrafos fuera de sitio.

—Preferiría no hacerlo, dijo Bartleby —dijo Alberto como un chiste añejo.

Frank sonrió ante la inventiva, decepcionado o divertido por la oportunidad que se le ofrecía. Recogió el brazo y se puso a dar vuelta las páginas con el libro por delante, rastreando algo que a todas luces nadie excepto él podría encontrar. Su actitud no era la del lector distraído, ni mucho menos. Alberto pensó en un oficial de aduanas o inspector de inmigración —personajes odiosos y despreciables donde los hubiera, y a los cuales él repudiaba en silencio, con los zapatos en la mano y el pantalón caído delante del detector de metales—, siempre alertas en busca de alguna irregularidad, olfateando una oportunidad en el timbre de agua oficial antes de estampar su propio visto bueno en el documento de entrada. ¿Qué pretendía con semejante actitud? ¿Quería descalificar el texto en una primera lectura veloz, acaso? Porque fumaba, alcanzó a recordar Alberto. ¿Y ahora qué sentiría?, ¿qué provecho sacaría de ese fotometraje ocular que realizaba, ya que las novelas habían dejado de interesarle e incluso prefería aquellas que de entrada no exhibían interés alguno?

Eran cosas que un escritor documental como Alberto debía forzosamente preguntarse. Conocía bien los hiperbólicos rechazos de Frank, por otra parte, y hasta cierto punto los disculpaba. Una combinatoria casi química, de ofensa y desprecio al mismo tiempo, surgía a la menor provocación y regulaba su conducta, doblemente

intoxicado por aquello que amaba por sobre todas las cosas y que odiaba más que ninguna. Porque Frank no veía ni leía a nadie. Es lo que decía. Estaba harto del país, de los que tenían éxito y de los que fracasaban, de la cursilería de unos y del arribismo de otros; él vivía retirado en su terraza y apenas salía para revisar las páginas del periódico. Solo el horror al tedio absoluto le daba fuerzas para cumplir su jornada, aseguraba.

En los oídos de Alberto, sin embargo, el amargo relato del lobo apenas calzaba con su cueva, como un radioteatro que distorsionara las voces de un modo intencionado. Frank recibía invitaciones de no pocas universidades, colaboraba en las nuevas colecciones literarias y estaba perfectamente al tanto de todo cuanto se hacía o dejaba de hacerse en materia de ediciones. Su autorretrato de anacoreta y prematuro jubilado no encajaba con el prestigio que se había construido a base de astucias y severidades.Viajaba constantemente a Europa, era solicitado para proyectos de muy diverso calibre editorial, ahorraba lo suficiente para zambullirse en la piscina los días laborales. ¿De qué se quejaba? Alberto concluyó que era la leyenda de Frank quien hablaba, no su realidad.

Pero había más. Sin quererlo, o deseando hacerlo a su manera, los énfasis de Frank transmitían lo que en verdad parecía su programa de vida bajo cuerda, su definitiva realización como expoeta, experiodista y exhombre de letras. Al oírlo hablar, Alberto tenía la impresión de que ni la literatura ni el periodismo, ni menos la edición de libros, significaban ya mucho para él, a menos que viera en todo ello una utilidad de otro orden. Porque si hace ya tiempo que Frank ha decidido sus renuncias, esta determinación también ha resuelto los motivos de su esfuerzo futuro. Es lo que Alberto creía ver bajo su falso pozo sin agua. Infinitamente más fantasioso y obsesivo en comparación con sus despreciados autores de novelas, secretamente Frank ansiaba *ser* la literatura *porque* no escribía, del mismo modo que fumar se hacía tanto más placentero para él cuando dejaba de fumar, siendo evidente que el tabaco se disfrutaba mucho más en el recuerdo que en la enfermedad. Su propósito manifiesto era la página en blanco, o más bien borrar las páginas escritas hasta dejarlas en blanco,

como si se tratara de una moral. Su secreta ironía era gozar del aire puro del bosque cuanto más encerrado estuviese al interior del autobús que lo ha llevado hasta el mirador. Adentrarse en lo incierto resultaba muy incómodo a su edad, por otra parte, y acaso no le faltara razón en hacer de la opacidad el quieto instrumento de su tedio.

Hay instantes, sin embargo, en que cada cual resiente la urgente tentación de hacerse visible para los demás. Es lo que Alberto pensaba haber hecho; primero, al escribir su libro y luego al irse de Chile, dos movimientos que paradójicamente se traicionaban mutuamente. Había dejado la costumbre de un idioma, una casa y un entorno conocidos para convertirse en un extranjero, se había alejado del mirador y comenzado a caminar hasta perderse en el bosque, sin más, mientras Frank lo seguía desde lejos con su ojo insomne. Entonces había comenzado a crecer el recelo. Porque la partida de Alberto no era inocente, en ningún caso: quien se va por sus propios deseos y medios deja caer un juicio sobre su persona y lo hace extensivo a los demás, renuncia a algo o lo rechaza, en definitiva, ya que de otra forma no habría motivo para mudarse de barrio ni de país. La ecuación es simple.Alberto ha preferido largarse de allí con los suyos y en esta determinación hay un acabamiento. Puede ser que al decidir la mudanza con Pilar ambos escogieran la incerteza de ellos mismos como horizonte, como una pareja en trance de aniquilarse o sobrevivir durante la travesía, especie de suave suicidio compartido y vida útil para beneficio de los hijos pequeños. Como fuera, quien se va pone fin a la batalla y da por muertos no solo sus motivos, sino también a quienes combaten en ella. A Alberto le resultaba difícil explicarse al respecto, pero era evidente que algo se había clausurado para él una vez que puso fin a su manuscrito.

En parte, el resultado de aquel esfuerzo justificaba la irritación de Frank con Alberto el caminante. Su origen podía ser la envidia, aunque no una de tipo vulgar, anclada en la propia mortificación ante el logro ajeno, sino otra de rasgos más puros y absolutos; una envidia sofisticada por la complicidad y el hecho nada trivial de que Alberto se permitiera la chance de ganar con la derrota para sacar adelante un

libro, su único libro, por otra parte, donde se arrogaba el olvido y la dispersión. Al hacerlo, lo negaba también a él, a Frank, de modo que solo podía cosechar furias de su parte. Eso no se le hacía a un amigo con hijos, padres e historias tan parecidas. Eran organismos de sistemas idénticos, Alberto y Frank, aunque respondieran de manera algo distinta a los estímulos. No por nada hubo un tiempo en que ambos se consideraron a sí mismos fervorosos Guardianes del NO, menos en honor al pasado político que como rechazo al espíritu de promesa y normalización que los rodeaba. Solo el presente era de verdad. Frente a tanta mentira, acomodo, cinismo y frivolidad, solo quedaba en pie el Ángel del NO, alegaba Frank, recordando la consigna de su poeta favorito: había que actuar por negación, la literatura sería eso o nada, o sea nada, porque decir NO era el único valor que conservaban las palabras después de la muerte del hombre, es decir de Frank y Alberto, pero sobre todo de Frank tras su rutinaria caída en los trabajos y los días de la redacción de *El Nuevo Día*. Ellos serían los emisarios del NO, sus heraldos negros, llevarían el mensaje del Emperador en corceles de fuego y armados de un ardiente silencio instaurarían su secreta alianza en el territorio.Y nadie debía saberlo.

La vida transcurría entonces como dentro de un reloj de arena. El cono de arriba vaciaba su falta de sustancia sobre el cono de abajo en un flujo continuo e indistinto; Alberto ocupado en administrar la oficina de Estudiantes del Mundo y Frank en ejercitar sus muchos talentos en la edición de *El Nuevo Día*, donde además aprovechaba de traficar con la aparición de los novísimos talentos literarios. El Ángel los inspiraba, según la fórmula repetida y celebrada en los bares donde solían fantasear con la guerra de papel que se libraba en Chile por aquellos años. Ser un Guardia del NO exigía paciencia, camuflaje, valor, resistencia, confidencialidad y secretismo; por eso debían quedarse quietos y no ceder terreno a la banalidad reinante. Cada uno en su trinchera, inmóvil en la batalla que *no era* y cuya frontalidad había que evitar a cualquier precio, porque se trataba justamente de NO hacerse notar, restarse y pasar desapercibido, ser ignorado, mientras otro orden, el auténtico orden, era vuelto a crear subterráneamente con el negativo de lo que había.

Frank era el mitólogo de ese canon de balas perdidas, mientras Alberto ejercía de Guardia del NO de forma más o menos literal, agazapado detrás de un computador en la oficinita de Estudiantes del Mundo, donde oficiaba desde hacía años como burócrata cultural. El cargo llevaba por título el de representante oficial y director de la organización, nominación categórica donde las hubiera, y bien podía ser considerado bajo ojo crítico como un puesto de fachada para la cesantía internacional, pero que permitía a Alberto el ejercicio embozado y sin riesgo de las tareas inherentes a un Guardia del NO. Ocasionalmente, cuando la gravedad del momento exigía su intervención, Alberto escribía bajo seudónimo algún artículo marginal en publicaciones marginales para público marginal en un país marginal; pero eso era lo de menos, porque el sentido de lo que hacía *no* era marginal. Lo importante era decir NO en el momento justo con el medio adecuado, para que así cada uno recordara de dónde venía y quién era, si acaso lo había olvidado y ya no sabía hacia dónde dirigirse. Llamar a filas, decir NO tanto a las ilusiones del populismo narrativo como a los artefactos del yo; oponerse a los profetas de la verdad y a los entusiastas de la mentira, citaba, esa era la misión y para eso servía un Guardia del NO. El resto del tiempo, Alberto se lo pasaba organizando concursos escolares.

—¿Sigues ahí? —llamaba Frank desde su puesto en *El Nuevo Día*, en horas más bien flojas de la tarde, mientras el eco de las paredes vacías de Estudiantes del Mundo llenaba la línea del teléfono.

—Claro, qué te crees. Precisamente estaba leyendo una *opinión de mierda* en un *diario de mierda* —y Alberto recalcaba su desprecio con el tema favorito de Frank—: Un tipo escribe lo feliz que lo hace una *noticia de mierda* sobre la feria de primavera en el Parque Forestal.

—¿Cómo se llama el diario?

—*El Nuevo Día*…

—Ahhh, claro, lo publicamos nosotros, y el que firma es Hermosillo.

—Página 42, a la derecha.

—La estoy viendo.

—Cómo no, si es tu sección.

—Es asqueroso.

—Una indecencia.

—Pero a la gente le gusta. Incluso le voy a pedir otra en el mismo estilo. —Parecía decirlo en serio—. No te imaginas las reacciones que provoca ese idiota. Un país donde domina la siutiquería está podrido y perdido, no tiene vuelta, y si alguien lleva la iniciativa en esto es Hermosillo. Es experto en secreciones glandulares… Un lamebotas de primera, además; un llorón, una galleta mojada, eso es lo que es. Un lugar común; no, peor que eso: un izquierdista kitsch, lleno de lugares comunes, redundancias, versos que sabe de memoria y recita a voz en cuello con la cabeza vacía, ¿te das cuenta? Enamorado del arte y la poesía, el muy tontón.

—Y tú lo publicas religiosamente —insistió Alberto, disfrutando del estilo anguloso de esos diálogos sin salida.

—Mi tarea es heroica, justamente porque nadie imagina lo que significa editar las columnas de Hermosillo, y todo para poner en evidencia lo mal que escribe, lo imperfecto del estilo y falto de talento que puede llegar a ser. Se trata de enseñar por error, no sé si me entiendes. Pero claro, tú disfrutas de la vida en las Termas del Mundo, subsidiado por el cero coma uno por ciento del presupuesto europeo, mientras te pasas el día mirando fotos de liceanas con jumper.

—Son escalofriantes.

—¿Quiénes, las liceanas?

—No, los jumper.

—Es increíble que te manden fotos.

—Es parte del procedimiento.

—¿Por qué no les preguntas la edad directamente?

—No puedo, tengo que seleccionarlas primero.

—Viendo sus fotos.

—O leyendo sus trabajos.

—Pero nunca dejas de ver las fotos.

—Solo como orientación general.

—¿Y después?

—Hago contacto.

—Y ellas felices.

—Se ponen contentas, sí.

—Un trabajo perfecto.

—No me quejo.

—Eres un abusador.

—Soy un profesional, eso es lo que pasa. No como los iluminados que escriben columnas en tu diario.

—Eso no se discute.

—¿Nos vemos hoy, entonces?

—En eso habíamos quedado.

—A las ocho.

—Para ti, ocho y media —agregaba Frank antes de colgar, casi como cláusula de la cita.

Alberto llegaba siempre tarde,en parte porque cambiaban de local cada mes y a último momento debía cerciorarse de la dirección, cuando no corregirla en el camino.Al igual que los espías, los Guardias del NO estaban en tránsito constante aunque no se movieran de la silla, cuidaban mutuamente de las espaldas del otro sin proclamarlo abiertamente, y evitaban dar pistas anticipadas de sus encuentros a quienes preguntaran. Eran Guardias del NO y si estaban allí era para decir NO incluso a quienes sintieran curiosidad o quisieran sumarse a la mesa del NO. Ellos mismos se repelían en ocasiones y se decían NO el uno al otro, difiriendo sus citas de un trimestre al siguiente. La frecuencia, en cualquier caso, se adecuaba a las necesidades de la agenda, como llamaban al temario de nombres, hechos y circunstancias que confluían en la mesa del Galindo, junto a la barra del Parrón, en la terraza del Hemingway o acodados en los barriles de algún bar de Catedral, locales llenos de humo y saliva en una conversación infinita que podía perderse sin que se extraviara nada importante de lo que allí se decía: la política de los autores y las novelas de los políticos, los comentarios de Florenciano, la inopia de la Academia, las torpes mafias de género, las iras de Jota Gallo y los rankings más disputados, girando todos en un carrusel de nombres y citas y argumentos debatidos dentro de una botella con la minuciosa felicidad de los gusanos.

Con el tiempo, podrían haber llegado hasta el altar de la crítica siguiendo ese camino, pero el entusiasmo de Alberto había comenzado

a decaer conforme incursionaba más y más en su propia urgencia documental. Se distraía con facilidad, la conversación languidecía, su atención quedaba en vilo esperando el momento para marcharse y volver a sus papeles. Trataba de no hacer ruido ni hacerse notar en su tarea, tomando distancia de a poco, excusándose, diciendo discretamente NO a la Guarida del NO, evitando manifestar su creciente aburrimiento durante esos cónclaves y resignado a servir de oreja para el látigo de Frank que lo espiaba con su tercer ojo insomne y quien, al cabo, no sin sorpresa, un día se había encontrado con el manuscrito de Alberto en las manos para evaluarlo y considerarlo en un plano profesional.

—Tú también —ironizó, bastante receptivo en principio—. Qué interesante. Lo voy a leer.

—Con pinzas —dijo Alberto, o lo pidió.

Semanas más tarde, sin embargo, ya no eran los mismos. Hiriente, burlón, Frank se ofreció a prestarle dinero o sacarle una foto al devolverle el manuscrito y enterarse de los nuevos planes de publicación en España.

—Vas a cazar búfalos en Extremadura —le dijo cuando lo despidió —. Lo sé todo.

Alberto prefirió callar. El comentario era inapropiado, aparte de injusto. Pero qué podía esperar. Más que nada en el mundo, Frank detestaba a quienes tomaban la delantera sobre sus propias pasiones, y si en otro tiempo había resultado aleccionador verlo desbaratar con suave crueldad la gloria de los escritores locales, sus víctimas predilectas en la barra del NO, transformase en objeto de su inquina era bastante menos atractivo.

Frank estaba muy disconforme, en efecto, pero no solo por el detalle de ver traicionado el juramento de la Guarida del NO.También lo mosqueaba, y mucho, que Alberto trasuntara nombres y personas reales para sus personajes, y lo nombrara a él, a Frank, como al ser de carne y hueso que todos conocían sin necesidad de atender más detalles que los rabiosos surcos de espuma que este iba dejando a sus espaldas como cintas coléricas en el laberinto literario de Santiago, porque no había otro como Frank en toda la ciudad, en todo Chile

quizá, ni en Buenos Aires ni en Barcelona, hasta donde su fama se había extendido como una monumental resaca tirada por la justicia poética.

Semejante manipulación era del todo discutible para Frank. La verdad es galopar sin manos, decía; hacer piruetas y sofisticar los trucos. Cuanta más sinceridad, alegaba, más grande era la mentira.

—Una peste —dijo conclusivo—. La honestidad es el peor artificio del escritor.

Era un ataque directo, y parecía ser también una palabra de despedida. Alberto apenas intentó un acercamiento los días que siguieron. Conocía demasiado bien aquella pasión sangrante de Frank para oponerle un argumento, y solo lamentaba la confusión. Ahora nunca sabría si atribuir el rechazo de su amigo a los defectos del texto o a los celos del propio Frank. Lo único cierto es que en algún momento, que Alberto podía situar antes de su partida o incluso *mientras* decidía dejar el país, Frank se había revelado en su papel de objetor y antagonista temible, uno cuyo filo rajaba la piel en razón de su cercanía, como ahora que pasaba páginas y meneaba la cabeza con aire fatal, diciendo NO-NO-NO.

La imagen lo golpeó de vuelta, sobre la terraza donde se calentaban las cervezas. Frank era su cómplice o lo había sido en otro tiempo, se daba cuenta de eso, pero uno cuyo alcance iba más allá de la vieja camaradería del NO a la que parecía arrimarse, y desde donde lo desafiaba en busca de reconocimiento. Porque esa era la clave del asunto: yo también existo, soy, parecía decir el reclamo de Frank. Si el lazo se rompe o queda en el olvido, si Alberto evita la ruta conocida y deja de remitir a ese Ángel del mirador que ha quedado a sus espaldas, ya ni las infidencias ni los libros ni el ojeador tendrán sentido alguno para el que se queda y dice NO. Es así la soledad. Al menos en Chile. De otra manera, Alberto no se explicaba la insistencia de Frank en telefonear a W. para reportar las prescindibles novedades locales, mientras él se distraía en la terraza de la calle Reservoir con la vista perdida en el continuo y sugerente tráfico de aviones que extendían los cielos sobre el río Potomac. Si lo había buscado era para impedir que escapara del todo. No abrigaba dudas al respecto. La

amistad era el veneno favorito de Frank. Desde la primera llamada de larga distancia su voz había propagado la amenaza del testigo como un gas. Los codazos y guiños tenían ese solo propósito (*Sí, soy yo, Frank; qué tal, cómo va todo, me alegro-me alegro; llamaba para avisarte; alguien anduvo preguntando; sí, bueno, pero yo no dije nada, no hay que decir nada por ahora, lo mejor es que nadie diga nada*).

Y Alberto lo había dejado hacer, en parte como retribución a la Guarida del NO y en parte con el genuino deseo de ofrecerle algo que consideraba justo, haciéndoselo saber antes que a nadie. Decir NO al NO había constituido para él la primera etapa de una aventura liberadora. ¿Por eso había puesto el libro en manos de Frank y luego lo había retirado? Lo ignoraba, pero ahora, ante él, debía extremar los cuidados. Ni mostrarse demasiado apegado ni excesivamente distante. Equilibrar el recelo. Por eso también —y recién entonces comprende su apuro con un ligero escalofrío— había telefoneado desde el hotel nada más llegar (*Aló, Frank, soy yo, Alberto: acabo de aterrizar. Dime qué ha pasado. Dime la verdad*). Frank había sido su página en blanco y también su primer lector al momento de llenarla, por lo que tenía cierta lógica reunirse con él, restañar con su presencia las desconfianzas de la llegada. Era casi una responsabilidad empezar por ahí. Además, ¿con quién iba a sentarse a conversar en Santiago si no era con Frank? ¿Quién otro iba a entender mejor que Frank su asfixia y alivio confundidos al pisar de nuevo la ciudad?

—Bueno, qué más da —sentencia Frank, con un hastío jocoso al terminar la inspección. Cierra el libro, levanta la vista y deja el volumen a un lado mientras sonríe, ufano. Extiende el brazo para tomar un sorbo de cerveza y enseguida devuelve el vaso con parsimonia, como si hubiese esperado este momento preciso para introducir la vieja querella—. Nadie se va a enterar.

—No entiendo. —Alberto sonríe, aunque se trate más bien de una mueca.

—Sí —dice Frank, quitándole énfasis a la acusación, buscando que la hoja del cuchillo entre sin resistencia en la carne perpleja—. Esos cambios, supongo que te los pidió la editorial, ¿no? Bueno, es lo habitual; los dos sabemos cómo se negocian estas cosas. Igual es mejor

no abrir mucho el tarro. Cuenta conmigo para eso.

—Yo no hice ningún cambio —replica Alberto,secamente.

Frank suelta entonces una risita doméstica, de roedor asomado, y se echa un cuadrado de queso en la boca. Enseguida se yergue, ignorando cualquier réplica. Él no se va a prestar para un alegato. Un Guardia del NO poco y nada tiene que ver con la opinión de la calle. Conoce a todo el mundo en las editoriales y los concursos, sabe cómo se manejan unos y otros, por qué y para qué, y quiénes le han dado un espaldarazo a Alberto, así sea de modo provisional. Frank sonríe con un insufrible aire de perdonavidas: cuenta conmigo, todo está bajo control, soy tu testigo, yo soy el Guardia del NO. Era innecesario dar nombres. Lo de Frank es el arte de la negación. De pronto, sin aviso previo, acaso un poco molesto con él mismo, camina recto hacia el fondo del jardín y se deja caer nuevamente en el riñón de agua, entre los ciruelos y naranjos que hacen sombra en la terraza. Un pequeño estruendo cristalino salpica las baldosas cuando el cuerpo se sumerge por completo.

Clavado en su silla, sin despegar la vista de la piscina, Alberto sigue a Frank con la mirada mientras evalúa la situación. De modo que era esto. Por eso Frank ha insistido tanto en las llamadas de larga distancia. Finalmente, hay un secreto *suyo* que Frank cree guardar entre los dientes. O es lo que este, en su infinito egotismo, desea transmitir. Alberto tenía una deuda, le debía algo, una infidencia; su logro editorial, si existía, dependía de la discreción y el silencio de Frank. Por supuesto que sí. Frank es su primer lector y confía en que la sola mención de un acuerdo entre ambos tendrá la paradójica fuerza de confirmar la existencia de una complicidad refleja, un secreto cuya naturaleza *acusativa* depende justamente de que *no se diga* en qué consiste el secreto.

Siendo así, su culpabilidad estaba asegurada, pensó con horror.Así es como la gente se volvía loca y vuelve locos a los demás. En efecto, Frank estaba a punto de apoderarse de él, y Alberto se crispa con la idea de dejarlo hacer. Por un instante la imagen de la captura se cierne de manera obsesiva sobre los dos. Frank secará su pozo, arruinará su siembra, demolerá su árbol, borrará su estirpe, y todo al

compás de una jovial y despreocupada camaradería. Qué espanto, qué pesadilla.

—Hay un traje de baño en el living —le grita Frank desde el otro extremo del patio, sacudiendo la inmovilidad casi paranoica de Alberto, que niega con la cabeza como si dijera no te preocupes, Frank, ya sé lo que quieres, yo sé tu secreto, sé adónde quieres llegar.

Decide entonces seguir sentado donde está, viendo impasible las chispas de luz y agua que Frank levanta mientras nada de un lado a otro con movimientos inarmónicos pero eficaces. Por su mente cruza la escena de Ripley, cuando el futuro impostor de la saga levanta el remo y golpea la cabeza de su compañero hasta matarlo.Tomar el lugar de Frank, piensa: usurpar su desprecio y su confort.

La idea permanece un segundo en su cabeza por absurda y deschavetada. A diferencia de Ripley, sin embargo, entre Frank y Alberto no hay ninguna atracción fatal escondida en la violencia de la suplantación. Es cierto que ambos se odian, se aman, pero más bien se trata de enemigos íntimos que rivalizan con llegar al mismo lugar por distintas vías, y está descartado que la Guarida del NO esconda un tipo de pulsión inconfesable del uno hacia el otro. La sola mención de esta posibilidad provoca un cierto escalofrío en Alberto, que rechaza la idea con la mirada y encuentra a un costado la varilla de metal con la red de alargue para extraer bichos, hojas, pelos flotantes, objetos inertes sobre la superficie. No le resulta difícil imaginar el cráneo de Frank incrustado contra la filosa punta del gancho, en el extremo de la varilla. Ser Frank que no es Frank y llevar consigo la máscara de la literatura nacional, su mejor disfraz. Sería el modo más seguro y rápido de condenarse, piensa, como una forma de autosecuestro inducido en la Guarida del NO.

La idea vuelve a asaltarlo con su sombría promesa. ¿Para qué y con qué fin, además? Misterio total. Y sin embargo, solo aquí se le ocurre que podían suceder esas cosas. Ceder a la tentación de anularse a sí mismo y borrar su nombre por el de Frank. Bien pensado, parecía un modo extremo de sobrevivencia en medio de la seca hostilidad del territorio.Algo similar resentía en su infancia con su hermano mayor, al que visitaría con seguridad el día domingo. Una suerte de

exposición a la crueldad con el único objetivo de salir airoso del maltrato. Posiblemente era una estrategia de hermano menor, siempre preocupado de eludir golpes y patadas dadas en secreto y a escondidas, mientras en público cualquiera diría que estaba siendo protegido por Caín. ¿O acaso Abel era el hermano mayor? En ese caso, pobre de él. Qué confusión. Estaba perdiendo el hilo. Pensar en frases cortas no le convenía.

Entonces descubre que ya no puede continuar; lo que tiene que hacer es levantarse de la silla, hacer un ligero saludo con la mano y largarse de allí. Dar por concluida esta visita en falso; salir a la calle y sentarse a mirar el día en un café cualquiera para aclarar sus ideas. Suficiente con lo que ya ha tolerado durante estas primeras horas de reencuentro con su ciudad. Adiós, Frank. Ha sido bueno empezar por aquí, no hacerse ninguna ilusión de lo que pueda ocurrir en los días que tiene por delante. Es lo que debe hacer; ahora, ya mismo.

Algo lo retiene, sin embargo. No es la firmeza de la acusación que confirma su culpabilidad presunta, o no con exactitud, sino el recuerdo que surge de la luz quemada en las baldosas, o de la combinatoria entre esta y el espejo quieto de la superficie, mezclados ambos con la resolana que baja del cielo como un pájaro que se quiebra en pleno vuelo. No sabe lo que es ni lo que trae, pero Alberto sostiene el instante aferrado a una indecible dilatación de los sentidos mientras remoja su magdalena en el venenoso pantano de Frank.

Sobre todo, se dice, no debe tener miedo; el miedo al miedo que todo lo puede y lo invita a distraer la atención en vez de fijarla sobre la superficie que retiene su inquietud. Abrirse al dolor que ha comenzado a masticarlo por dentro, porque de pronto la piscina no es más que un tajo de agua por donde se cuelan las epifanías del regreso, los motivos posibles, la ausencia que se hace evidente en la quieta oscilación de la luz sobre la superficie.

Alberto se abisma en ese hueco sin tiempo, pero todo ocurre como si su posición quedara invertida y el abismo se abriera *hacia arriba,* en el cielo, mientras él permanece al fondo del agua, sumergido por el pensamiento de la muerte que lo inmoviliza en la contemplación del pequeño cuerpo de color pardo que flota hinchado en la rigidez del

amanecer. Casi enseguida repara que es su propio pensamiento el que yace boca arriba, inerte, esperando que un revuelo sacuda su tumba de agua, el cofre de cenizas donde se obstinó en reunir y sellar el mundo irrevocable de los padres. Ese descaro suyo con el pasado lo clava y libera al mismo tiempo, exactamente como si flotara sobre la superficie de un líquido espeso en una laguna de sal. Quizá la verdadera imprudencia había sido publicar el texto que Frank insistía en negar y maltratar. No debiera volver a hacerlo nunca más; así no se vería obligado a defenderse. Renunciar no solo al miedo, sino también a la tentación de ejercerlo. Narrar a los padres había sido el fin, y de alguna manera, tras el recuento, él siente haber muerto con ellos. Por eso se ha ido, por eso ha elegido irse sin tener donde ir, pequeño vampiro de cajón que ha elegido una urna de agua como medio para transitar entre la vida que se fue y la amplitud de la muerte que lo espera.

Su atención dilata el instante de inanidad como si hubiese encontrado un fragilísimo punto de retorno hacia la claridad del día en la luz que cae sobre la terraza, inunda las baldosas, escurre hacia la sombra y lo rescata de la tumba donde se piensa a sí mismo, estupefacto y consumido por un riguroso luto narrativo, en el umbral mismo de la Guarida del NO donde Frank relaja sus armas con el ombligo al sol.

¿Cuánto tiempo más podrá seguir abducido en su fosa? Llevaba dos años fuera del país y su resistencia comenzaba a mostrar signos de fatiga. Se cansaba en las esquinas, dormía mal por las noches y demasiado después del almuerzo, su potencia sexual decaía a un ritmo preocupante, el idioma no se adhería del todo a su lengua.A veces se detenía a mirar un punto en el vacío como si buscase un ancla o un timón al cual aferrarse en los cielos de la calle Reservoir. Sí, en Santiago se había quedado sin plan y la salida a W. ofrecía la chance de ganar tiempo sin hacer nada particular. La evasión *era* el plan. En eso estaba, al menos mientras recuperaba empuje para el siguiente paso. De todas formas, no podría haber permanecido en Chile luego de cerrar el libro donde narraba a los padres. Irse formaba parte de la trama, tanto como el hecho de escribirla, un acto que acaso se

completaba con este regreso. ¿Era la prefiguración del círculo donde se encontraba ahora lo que Frank rehuía y provocaba su ojeriza? ¿Qué era lo que había visto allí para darle las espaldas de ese modo? Al cabo, esto era lo más chocante de su encuentro con Frank, cuya desconfianza confirmaba que no había testigo para el testigo que era él, Alberto. ¿Por qué, si no, lo negaba de esa forma sumaria y levantaba en su contra el expediente de la Guarida del NO donde habían morado los dos? ¿Así había sido también él en otro tiempo, mirado desde fuera? ¿Un bicho de rincón? ¿Un hombre del resentimiento cuyos estallidos obedecían a oscuras premoniciones sin justificación?

Se resiste a admitirlo. Frank no es así, por lo demás, aunque la literatura confesional lo enferme. Entiende que su amigo ha tomado los efectos por sus causas, como si juzgara una fotografía solo por lo que expone, olvidando lo que *no aparece* en el revelado. Tendría que haberlo explicitado ante él. Era una lástima que lo más significativo quedase fuera, pero así funcionaban las representaciones, animadas por un núcleo ausente que hacía intransferible el secreto, y la imagen del cachorro flotando rígido en la superficie vuelve a sobreponerse al lechoso cuerpo de Frank expuesto al centro de la piscina.

—Si quieres puedes llamar a Ruiz desde aquí —empuja la voz desde el riñón de agua—.A esta hora debe estar en la editorial.

No hay registro de lo que sucede a continuación, en la piscina de la casa de La Reina, cuando el remo de Ripley golpea con una varilla la cabeza de Frank. Es un agujero en la continuidad, un pliegue oscuro, o así lo percibe Alberto cuando se incorpora de la silla y tras desaparecer por largos minutos regresa a la terraza, se para junto a la mesita de vidrio y concentra su atención en la postura de Frank a pleno sol. Luego acontece el golpe que se hunde en la nada como el palo de un ciego. Por fortuna se trata solo de un artificio, una imagen, y esta se desvanece de inmediato en los reflejos hirientes de la luz. Por fortuna, Frank no es Frank, mi amigo, alcanza a pensar Alberto.

Aun así, su autoridad ha quedado deshabilitada. Se siente ligeramente mareado. Ha colgado el teléfono y ha vuelto a la terraza trayendo la mentira de Ruiz en los oídos («*Ahhh, eres tú… Qué*

sorpresa… Ya te abrás enterado, supongo…»), y en un abrir y cerrar de ojos Alberto comprende que acaba de zanjar su fatigosa complicidad con Frank. La débil continuidad que han procurado establecer tras dejar la Guarida del NO, ahora yace muerta a sus pies. Observa un instante su figura atrapada del otro lado de la piscina y adivina con un súbito sentimiento de pesar que ya no tendrá nunca más nada que decirse con él, al menos de un modo sincero.Apenas da fe a lo sucedido, precisamente porque nada ha sucedido. Es como si un rayo hiciera pedazos la página de los años que ambos han compartido o disputado juntos. Quizás ha venido a comparecer delante de su amigo justamente para soltar el nudo que todavía lo sujeta a la Guarida del NO. Puede sentir la descompresión alrededor del cuerpo, mientras una cuerda invisible se afloja y balancea delante de él.Ahora solo queda la voz que nombra y apunta y describe la situación cuando Alberto hace un ligero saludo con la mano en señal de despedida. Adiós, Frank, parece decir, mientras observa de refilón la superficie como si ojeara la tumba de agua por debajo del cuerpo que flota, impasible, hinchado por toneladas de cerveza a esa hora ya pasada del almuerzo, casi desprendido del mundo por la luz blanca que cubre la terraza.

El otro devuelve el saludo con la mano en el aire. Vamos a comer unos sándwiches, anuncia Frank desde el otro extremo de la piscina, sorprendido de la brusca retirada de Alberto. Él responde con una excusa. No quiere demorarse, explica, pero la verdad es que *no soporta* extender la visita un segundo más, parado allí junto a la desconfianza que lo hostiga y revela mientras Frank insiste en mantenerlo atado al poste de su guerra de papel. Nos llamamos, promete Alberto sin énfasis, y hace la mímica de marcar un número de teléfono (*Frank, soy yo, Alberto: acabo de aterrizar, dime qué ha pasado, dime la verdad*). Da unos pasos y atraviesa el jardín para dirigirse a la puerta principal, seguido por la repentina ansiedad de Frank que se agita y amaga retenerlo desde la piscina, pero enseguida renuncia y se resigna a seguir donde está, apoyado contra el borde de las baldosas y el agua hasta la cintura, súbitamente inmovilizado en el triste papel del anfitrión en su castillo vacío. A mitad de semana, alcanza a gritarle de vuelta.

Frank comprende que algo falló en su representación, un gesto exagerado que sin duda lo descalificó ante Alberto, o bien este se enteró por Ruiz de algo indebido durante los largos minutos en que salió de la terraza para hablar por teléfono. Un brusco acceso de arrepentimiento lo enerva. Puede que sobreactuara su mezquindad solo para reducirlo durante las dos horas que duró la visita. Como fuera, le han retirado sus privilegios. Peor aún: ha dejado escapar a su presa, y para él ahora no queda más que lavar y estrujar la máscara del NO mientras descifra los signos de esa destitución sumaria.

—¿Vas a juntarte con Ruiz? —lanza casi con desesperación y fingida indolencia.

—En la tarde, en un rato más —dice Alberto, y se vuelve antes de cruzar la mampara del living que da sobre la entrada de la casa.

Se quedan un instante mudos los dos, a la espera de un dato revelador que no llega, y enseguida Alberto sale de allí como si aprovechara la pausa para zafar de un apaleo de bienvenida entre viejos camaradas. Adiós, dice de nuevo con un gesto de la mano levantada, y Frank, efectivamente, ya no parece estar delante de él. Se ha desvanecido en la punta del dolor que lo apura a caminar solo por las calles abrasadas del verano, bajo los ciruelos de su infancia, ya de vuelta al hotel que cubrirá la intuición de su llegada. Frank no es más Frank, reflexiona. Ha quedado atrapado en su tumba de agua. Como todo, como él mismo cuando hace dos años se marchó de allí. O eran veinte. O doscientos.

3

ÜMWELT, O LA PRUEBA DEL CARÁCTER

—¿Usted sabe, m'hijita, de dónde vienen los Acuña, los Arroyo, los Alfaro, los Avendaño y los Aliaga?

Apoyado en la barra, la mirada del hombre seguía pegada a la cintura de la muchacha mientras hablaba, como si ambas acciones —mirar y hablar— fuesen divergentes y mantuvieran propósitos opuestos delante de la joven de piernas largas y falda brevísima que atendía a los clientes sin detenerse a escuchar.

El hombre era de estatura regular, empaquetado en un traje de oficina, posiblemente un contador público o empleado bancario, y por alguna razón de comodidad didáctica había elegido la primera letra del abecedario para exponer su punto. La joven acercó un vaso con soda al rincón donde Alberto se había apostado, en diagonal a la posición del otro, y recogió su pedido dejando la propina a un costado. Los ojos del hombre encimaron con descaro las caderas de la joven cuando ella se giró por entero para entregar la orden al operador de la máquina de café, y enseguida retomó su parlamento:

—De los judíos, pues… Todos esos apellidos, igual que los Maluenda, los Medina y los Méndez, vienen de los judíos, ¡son marranos! —concluyó, y el giro del ejemplo subrayó el énfasis final.

—Yo no tengo idea de esas cosas —dijo ella y se volvió hacia el hombre, coqueta, extendiendo ambos brazos sobre el borde de la barra como si lo sujetara de las caderas. Dobló el cuello y agregó—: ¿Qué es un marrano?

—Es la gente que se cambió de nombre, m'hijita: son judíos pero disfrazados de católicos como usted y yo, ¿me entiende?

—Yo no soy católica —dijo ella, desafiante.

—¿Ahhh, no?

La muchacha negó dos veces con la cabeza, todavía con los brazos extendidos y las palmas de las manos apoyadas en el borde, sosteniendo imaginariamente las caderas del hombre que se apretaba del lado opuesto de la barra.

—No me diga que es Testigo de Jehová —dijo él, sin malicia esta

vez.

—¿No lo parezco?

Se sonrieron, él dijo algo así como póngame otro cafecito, no sea mala, ¿ya?, y ella asintió con un gesto indicativo hacia el fondo del local: un cortado, Juanjo, dijo ella, calentito, murmuró él con una picardía rancia, sin brillo.

Alberto terminó su taza y miró hacia la calle. Fuera el sol picaba tenaz en la boca del metro, sobre la concurrida esquina de Providencia hasta donde había llegado caminando por las sombras de la calle Lyon, buscando sin éxito una huella que lo devolviera al mundo conocido. Necesitaba desplazarse, recuperar la movilidad que Frank le quitaba con sus costumbres vegetativas y que ahora se le aparecían bajo un aspecto agobiante. La enceguecedora luz de la resolana había disparado su caminata de una manera un tanto insensata, como si huyera despavorido y tomara por error un atajo hacia las regiones inferiores.Ayer y hoy, regresar siempre había significado volverse un poco loco: caminaba cuadras enteras como alienado en las furias, sofocando iras y discutiendo consigo mismo en voz alta hasta cubrirse por completo de explicaciones y argumentos. ¿Por qué se había ido? ¿Por qué se iba uno sino para contarse a sí mismo?

Miró el reloj. Aún tenía un poco de tiempo antes de su cita con Ruiz. Frente a él debía mostrarse firme e inconmovible por más que su esqueleto todavía temblara bajo el prolongado efecto del *jet lag*. Sabía que Ruiz lo detestaba, y que jamás habría accedido a publicar su libro si la decisión hubiese dependido únicamente de él.Al final, solo la condición de empleado editorial se había impuesto sobre sus compadrazgos literarios, aceptando que Alberto se incorporara al catálogo donde Ruiz destacaba con las ficciones históricas que Frank corregía en su gabinete. Sus libros no eran malos, por lo demás, pero barrosos, pegoteados con ciertos tintes degenerativos que sacaban ronchas en el humor disciplinario de Frank, cuya colaboración con Ruiz, por otra parte, siempre había constituido un misterio mayor para Alberto. ¿Quién dominaría a quién en esos tratos? De Ruiz podía esperar cualquier cosa, incluso un súbito ataque de interés como del que había hecho gala por el teléfono para que se reunieran sin mayor

tardanza.Tenía unas horas de la tarde libres para él, le había dicho. Que se juntaran. Podía serle de mucha ayuda.

Alberto consideró necesario extremar la cautela. Por primera vez se le ocurrió, forzando las sospechas, la posibilidad de que los rechazos de Ruiz tuviesen su origen en sentimientos de tipo antisemita. ¿Sería posible? Un antisemitismo natural, inocente, a imagen y semejanza del hombrecito que intentaba explicar el alcance de los apellidos marranos a la mesera del cafetín. Un antisemitismo chileno, pensó, sin intención y más bien deportivo, aplicado por defecto cada vez que se necesitaba rasgar una tonada popular. Pero aquella acusación era demasiado manida para ser efectiva contra Ruiz. Su encono llevaba más bien la seña de la profecía autocumplida. No sería la primera vez que un judío alimentara a su antagonista. ¿Acaso Frank no era judío también? No; a sus ojos, Frank no era judío ni católico ni Testigo de Jehová ni protestante ni nada: Frank es un renegado y un santo del NO, pensó Alberto, evocando sus maneras esquivas y maldiciéndolo brevemente al recuperar la imagen del secuestro que se cernía sobre él.

La insensata visita a la casa de La Reina le había dejado un sabor amargo, qué duda cabía. Se había expuesto innecesariamente a una salida en falso, con el indeleble tufillo de la intriga sobando sus espaldas, como si en la epifanía del cachorro que lo había asaltado en la terraza entreviera también el pliegue amarillo de la mentira donde Frank había querido meterlo con sus llamadas de larga distancia (*Alberto, soy yo, Frank*. C*ómo has estado, qué ha sido de tu vida. Alguien me habló de ti. Alguien me dijo no sabes qué*). Un recordatorio de cobranza, pensó. O algo peor. ¿Por qué otra razón Frank se había esmerado en mostrarle el original de Ruiz sobre su mesa de trabajo si no era con el fin de hacerlo partícipe de una complicidad, cualquiera que fuera? ¿Qué esperaba que dijera? Y Ruiz, ¿sería también parte de la jugada? ¿Qué tipo de rendición esperaban de él, y para emprender qué batalla?

Las preguntas habían revoloteado caóticamente en su cabeza mientras se alejaba, entre abrumado y presuroso, de la casa de Frank. Había cogido un taxi hasta Providencia, donde bajó para poder

fisgonear entre las librerías que encontró a su paso, husmeando las vitrinas para ver si descubría el título de su libro entre los lotes de novedades que abarrotaban los estantes. Por supuesto, el volumen no estaba en ningún lado. Los empleados con los que habló tampoco dieron noticia de que hubiese pasado antes por allí. Era irritante y ofensivo. Lo peor era que, si confirmaba sus aprensiones entre las cinco o seis tiendas que se apiñaban en el rectángulo central de Providencia, podía estar seguro de no existir fuera de la Guarida del NO. ¿Habría pasado ya a los puestos de libros viejos, hundido en los pasajes de Manuel Montt o Diez de Julio? Pero ¿no era eso lo que correspondía tras marcharse sin aviso? Había dejado su libro y desaparecido del mapa; ¿cómo era posible? Pero ni siquiera eso: el libro había llegado desde España, como una botella que atravesara el mar. ¿Acaso esperaba oír aplausos y sones de orquesta en la bahía para decidirse a venir? Si ese era el caso, evidentemente la última parte del plan había fallado. Cosechaba la indiferencia, o ni siquiera: estaba borrado, era un Don Nadie. Había quedado anulado. Encararía a Ruiz por haber minado su desembarco. Pero sin perder el tipo; si buscaba signos vitales entre los estantes, era solo para estar seguro de lo que diría en un rato más. Estaba haciendo la prueba del cliente. Solo eso. Por ahora debía controlar su hiperestesia; de otra forma le darían una paliza.

Pidió otro vaso de soda fría, ya desentendido por completo del diálogo entre la joven mesera con su gris cortesano, y decidió esperar, inventariar el mundo de siempre mientras se buscaba en la abismada epifanía de la piscina que lo había asaltado en la terraza de Frank, expuesto cara al sol bajo la hiriente resolana que lo fijaba frente al pequeño cuerpo que flotaba sobre la superficie.

Esa vida no volvería, de eso sí podía estar seguro.

El cachorro había muerto de hipotermia, de manera que él apenas podía considerarlo un accidente. Era un descuido, y peor aún: *su descuido*. Ellos lo iban a proteger y cuidar, diría después, usando el plural. Es lo que habían prometido una o dos semanas antes al dueño del criadero cuando fueron a buscarlo en las afueras de Santiago, cerca de San Bernardo. Lo vamos a cuidar bien, no se preocupe,

dijeron todos en coro familiar y asintiendo sucesivamente con la cabeza, mientras la madre, una hembra oscura y de finísima raza policial, saltaba furiosa detrás de su corral. La perra había olfateado en la felicidad de los demás el destino de su crío. Lo iban a cuidar, claro que sí. Por eso habían puesto una rejilla de protección al borde de la piscina nada más llegar de vuelta a la ciudad con el cachorro y enseñarle el patio que sería su casa. Las separaciones entre celda y celda eran lo suficientemente ajustadas para que no se entrometiese, a pesar de su tendencia a escabullirse y esconderse bajo las plantas, dar brincos por el patio y retorcerse sobre el lomo con las patas levantadas pidiendo afecto. Recién comenzaba a responder al nombre propio cuando lo recogieron del agua.Todo había sucedido muy rápido, además, arrastrando consigo distancias improbables que hasta ese momento parecían perfectamente quietas en el dulce aire de noviembre.

Desde la cocina, junto a la ventana donde se había sentado con las manos quietas alrededor de la primera taza de café del día,Alberto podía ver la buganvilla florecida en lujurioso desorden sobre un costado del patio. El jardín lucía pletórico de luz esa mañana. El arbusto trepaba por las canaletas del desagüe hasta alcanzar el borde de las tejas del techo y desde allí parecía caer sin disimulo, convertido en el ojo de una primavera salvaje que se recostaba sobre las olorosas flores plantadas junto al muro. Los brotes derramaban un estallido de rojos y morados sangrientos sobre el sendero de pastelones, cubriendo la vista hacia el fondo y dejando el resto del jardín y la piscina algo separados de la casa. El empuje de las plantas formaba un breve pasaje de sombra que crecía y se ensanchaba conforme el calor del verano aumentaba, mientras el intenso aroma del jazmín escurría dentro cada mañana cuando los niños abrían la puerta del patio y corrían en busca del cachorro.

Era la rutina del día. Desde su llegada, dos semanas atrás, el desayuno incluía ese rápido saludo de reconocimiento: sus hijos salían fuera, correteaban un minuto en el patio, abrazaban al cachorro y luego volvían a la mesa empotrada junto a la ventana donde Alberto miraba distraído el alboroto de la buganvilla. Sentada así en sus

rodillas, la belleza podía ser mucho menos amarga de lo que él creía. Era excepcional, en verdad, y paseó una vista distraída sobre el aire vaporoso de la mañana cuando descubrió al niño que regresaba del jardín.

Caminaba recto e imperturbable, los brazos muy pegados al cuerpo, como si estuviese herido, y Alberto notó de inmediato su desaliento.Traía una expresión ausente y la cara bañada en lágrimas tan solo un instante después de haber salido fuera.

—Se ahogó… Está muerto —soltó entre dos hipos, sin detenerse a explicar mientras dejaba caer el cuerpo sobre la silla, inequívoco, derrumbándose con los brazos inmóviles sobre el regazo. No era una pregunta lo que traía del patio. Su pecho se sacudía, inconsolable.

Hubo un segundo de incredulidad en que Alberto y Pilar intercambiaron miradas, pero luego el puro terror los dominó a ambos, como si al frente de ellos irrumpiese lo impensado, lo que nunca sucedería. ¿Qué podía haber visto fuera? Enseguida Pilar fue sobre el niño para protegerlo y abrazarlo, aún sin entender (*¿Qué hay? Dime. Cálmate, ¡por favor*!). Un revuelo sin dirección dominó sus gestos, moviendo sillas y volcando vasos.Toda la cocina parecía temblar y crujir entre lamentos. Fer apareció desde el segundo piso y arrugó el gesto, sin entender: ¿Pasó algo?, mientras Alberto reaccionaba y se levantaba de un salto, daba la vuelta alrededor de la mesa e iba hasta el umbral de la puerta que el niño había dejado abierta. Se paró y entre las sombras de la buganvilla vio a su hija parada junto al borde de la piscina. Sus zapatos y las calcetas azules quedaban ocultos por el soporte de la reja protectora, de modo que la pequeña figura era visible solo desde las pantorrillas a la cabeza. Un faldón rojo cubría el cuerpo de la niña que parecía flotar en la luz. ¿Por qué seguía allí, impertérrita como si hubiese quedado congelada en la fantasía de una edad? Alberto tuvo un escalofrío. No lograba situarla en la línea de su mirada. La llamó, gritó más bien, con el corazón batiendo acelerado (*¡Quédate ahí! ¡Quédate ahí! ¡No te muevas*!), y luego atravesó a la carrera los pocos metros del patio que separaban la entrada posterior de la casa con el borde de la piscina. La niña ni siquiera levantó la vista, hipnotizada por la turbulencia del

motor que hacía circular el agua hacia la bomba de reciclaje.

La hélice emitía un sonido de gomas trajinadas cuando Alberto llegó a su lado y descubrió al cachorro que flotaba tieso sobre la superficie. Se mecía con el hocico a medias sumergido. Pensó en un leño carbonizado, quebradizo. Debía llevar muchas horas tirado y dando vueltas en el tenue remolino que subía desde el motor, probablemente desde la madrugada, porque el cuerpo estaba gélido cuando se inclinó a recogerlo y lo levantó del agua.

La niña seguía de pie, observando con fijeza el cuerpo como si se tratara de una estrella caída en un rincón.Alberto movió el brazo hacia atrás, instintivamente, buscando alejar a su hija del borde.

—¿Qué le pasa? —dijo ella—. ¿Por qué no se mueve?

—Anda a la casa —ordenó, pero ella permaneció quieta, impasible delante del cuerpo rígido que estilaba sobre la cinta de cemento que recorría la piscina. Miraba a su padre y al cachorro fundidos en una sola escena imborrable ya, viendo cómo él palpaba su vientre y presionaba sobre el lomo para traerlo de vuelta.

Alberto nunca supo —y se lo preguntó muchas veces de modo obsesivo en la soledad de la reconstitución— si fue ese gesto —presionar, secar el cuerpo, cubrirlo— lo que hizo del cadáver del cachorro allí tendido algo imperioso y acusador, un evento cuya importancia no podía ser degradada a una condición puramente doméstica, aun cuando lo fuera o precisamente por esa causa. ¿Cómo era posible? Los perros, averiguó más tarde, tienen jerarquizados sus sentidos de manera distinta a los humanos; ellos no ven los objetos con la misma precisión, sino que a mucha mayor velocidad mientras los seleccionan con el olfato, huelen el aire y miden el tiempo a través de millones de receptores distribuidos en las fosas nasales que los guían en una espesura de múltiples contornos que parpadean en la luz. Mientras más joven el ejemplar, mayor exactitud tendría el radar. ¿Cómo podía ser entonces que cayera o resbalara, incluso sorteando las celdas de acceso a la piscina? La oscuridad había jugado en su contra, sin duda.Y el vacío del agua. Lo intrigaba además la reacción de los niños. Su hijo había vuelto de inmediato al interior de la casa, desolado, quebrado en lágrimas por la visión del cuerpo inerte

flotando en la luz, mientras la niña se mantenía insólitamente encadenada al hecho, no queriendo perder detalle del incidente. Esa diferencia inquietaba el futuro, lo ponía en movimiento de alguna manera, temblaba y hacía que la caída del cachorro actuara sobre él de modo muy semejante al sistema olfativo del animal. Como una ventana abierta al paso del tiempo, así describía la vida de los perros el librito que Alberto había recogido un día en una venta garaje cerca de la calle Reservoir. Los perros *conocían* su entorno a través del olfato, y este conocimiento no era uno cualquiera, ya que incluía «no solo aquello que estaba ocurriendo en lo inmediato, sino también un fragmento o rapto —*a snatch*, decía la autora, una tal señora Horowitz — de lo sucedido y lo que está por acontecer», que era lo mismo a decir: el presente del cachorro estaba preñado por la sombra del pasado y el timbre del futuro, activado a través del olfato como herramienta de precisión. Aquello era el *ümwelt*, palabra que los biólogos y estudiosos utilizaban desde hacía años para designar el sistema de signos que orientaba al mundo animal.

Solo al leer el librito de la señora Horowitz,Alberto consideró retrospectivamente su lamentable falta de *ümwelt*. No recordaba haber poseído nunca ese timbre de alerta incrustado en sus actos presentes, ya ensombrecidos por el pasado y al mismo tiempo aclarados por la inminencia de lo que está por venir. Alberto no era perro sino hombre, y era una lástima en cierto sentido que así fuera.A diferencia de los perros, su condición natural no era predictiva; podía calcular y especular, pero la experiencia surgía una vez ocurrida, cuando el futuro ya había acontecido, tanto que a veces solo le parecía posible actuar desde fuera de los hechos y de un modo compensatorio, buscando protegerlos, enmendarlos, corregirlos. Además, una vida de perros podía ser aburrida pero no muy distinta a la de un jubilado que permanece sentado viendo televisión o alimentando palomas en una plaza. A veces él mismo hubiese preferido ladrar para no darse el trabajo de articular frases y pensamientos que nadie oía, dejándose guiar mansamente por las señales de su *ümwelt* (quizás entonces sí habría podido asistir al cachorro durante la víspera, cuando cayó a la piscina sin ver lo que no olía: el agua, el sonido del motor disolviendo

los flujos del cloro, los millones de receptores obturados por el vacío que no huele a nada).

—¿Por qué no se mueve? —volvió a decir la niña, imperativa—. ¿Está muerto?

La pregunta irrumpía, chocante y prematura. Alberto tuvo la impresión de que su hija se iniciaba en misterios que él hubiese deseado evitarle. Efectivamente, si hasta ayer mismo el cachorro estaba vivo y hoy amanecía muerto, *todo podía ser mentira*. La fábula del mundo adulto se deshacía ante la evidencia del cuerpo inerte.

Alberto asintió con un movimiento de cabeza.

Se había quedado rígido junto al cuerpo del animal mientras rebobinaba la secuencia de la víspera, montada sobre imágenes en cámara lenta cuando este resbalaba hacia el interior de la piscina. El cachorro —ahora resultaba más que claro— había atravesado la noche entre aullidos de auxilio para lograr salir de la trampa de agua, mientras la casa dormía o intentaba hacerlo sin molestarse por el llanto del animal. La larga súplica —un ladrido pueril, nonato, que se apagaba y resurgía con la terquedad de una despedida— todavía resonaba en los oídos de Alberto. Se maldijo en voz baja, rabioso. De pronto una brasa ardiente se alzaba en medio del patio donde minutos antes florecía la buganvilla.Volvió a inclinarse, queriendo reanimar el cadáver con ambas manos apoyadas sobre el gélido pelaje y aguantando el estremecimiento, presionando el cuerpo sin vida hasta que el esfuerzo resultó inútil y contraproducente. Mientras más se afanaba, mayor era el agujero que sentía abrirse a sus pies.

El incidente no ofrecía escapatoria. Tieso sobre las baldosas chorreadas, el pequeño cadáver contrastaba con la luz de la mañana que se curvaba bajo un espesor fúnebre. Comprendió que no era el cachorro, sino la noción de tiempo lo que solicitaba su auxilio. El animal ya se había ido, estaba ahogado desde hacía muchas horas, pero la oportunidad del socorro permanecía en vilo buscando una reparación (*cuándo* caía y *cómo* caía, lo que había percibido en el instante de la caída, ciego en la noche sin olor, y luego de la sorpresa y del susto inicial, el precipitado encadenamiento de la muerte: estirar el hocico y abrir de inmediato todos los sensores para identificar la

sustancia revuelta en el ciclo del motor que chupaba el cuerpo hacia el fondo, mientras la luz de la cocina debía asomar, parpadeante, algunos pocos metros más allá con las figuras nítidas de Alberto y Fer dibujadas detrás de la ventana, sombras que se movían al interior de una caverna en los instantes mismos que el cachorro sacudía las extremidades bajo la superficie, aprendía a sostenerse, flotar, resistir, y luego volvía a aullar; un largo y sostenido lamento mientras era tirado de sus extremidades por la turbina del motor que sacudía el agua y provocaba las primeras filtraciones en las fosas del hocico, cada vez más anegado, flotando horas con el cuello vuelto hacia arriba para aullar otra vez, ahora hacia la noche, a la nada del cielo, sin chance de salir, entumido, despaciosamente hinchado de muerte: la luz de la cocina se había apagado y la casa estaba a oscuras cuando un último parpadeo de esperanza se quemó detrás de la ventana, ardiendo en la punta de un cigarrillo).

No exageraba, si acaso interpretaba bien los signos de la dispersa cadena causal que comenzaba a gestarse y crecer esa mañana en el borde de la piscina. En un momento Alberto se había desprendido la camisa que llevaba puesta y la había aplicado pudorosamente sobre el cuerpo del cachorro para cubrirlo de la vista de su hija, sin duda queriendo evitarle la constatación de que *lo mismo hubiese podido ocurrirle a ella*. Se estremeció de solo pensarlo. Fregaba el cuerpo, secaba la piel que estilaba sobre el cemento y las baldosas, pujaba sobre el lomo del cachorro para darle calor, buscaba hacerlo volver, lo que fuera con tal de que recuperase temperatura y dejar de oír el lamento que comenzaba a apuntarlo con el dedo desde la víspera de aquella noche que partía las aguas.

—Espérame adentro —repitió con sequedad, incrédulo de una señal de vida pero sin dejar de agitar la camisa sobre el cuerpo frío—. No quiero que estés aquí.

—¿Qué va a pasar con él? —dijo la niña, como si temiera un peor destino para el cachorro.

Alberto se giró a mirarla. Estaba dando un pésimo ejemplo a su hija. Cuidarlo, tendría que haber dicho. Vamos a cuidarlo entre todos. Pero la respuesta correcta había caducado. Envolvió el cuerpo del animal

con la camisa y lo levantó del piso.

—Ven —dijo—.Vamos a la casa.

Llegaron hasta la puerta del patio y allí lo depositaron, mientras Pilar, Fer y el niño salían a su vez. Entre todos formaban un pequeño círculo de extraños dolientes, y Alberto recuperó la camisa dejando el cuerpo tendido sobre un pastelón. Pobrecito, dijo Fer o Pilar, y uno de los niños llamó al cachorro por el nombre que había sido el suyo durante unos pocos días. Alberto acarició por última vez el cuerpo frío y fue arriba para volver a ducharse.

Deseaba no haber visto nada y comenzar la mañana otra vez. O bien quería estar solo para reconstruir la escena inmediatamente anterior, durante la noche, cuando había ignorado los aullidos de auxilio que ahora picaban encima de su cabeza. El recuerdo se inflaba hasta adquirir proporciones gigantescas. Procuró calmarse haciendo cálculos, pero solo logró aumentar la rabia que lo poseía. Cómo era posible que una vida tan corta resistiese una muerte tan larga. El acertijo resultaba implacable. Calculó las horas. Había ladrado con distintos énfasis, pausas y urgencias, más o menos desde las diez u once de la noche hasta pasada la una de la madrugada, mientras él discutía con Fer en la cocina sobre la prueba del carácter.

La luz y los sonidos debieron llamar la atención del cachorro al otro lado del patio, distante solo unos quince metros de la piscina donde había caído.Alberto se había resistido a salir. Una mascota debía educarse y aprender a dormir fuera, bajo el techo de frazadas que le habían construido. Que ladre, pensó, en una semana más ya se habrá acostumbrado. Hacia la una de la madrugada dejó de oírlo. El insomnio, que lo visitaba de manera regular, lo había mantenido inquieto, irritable, y había ido al baño y luego bajado al living para terminar en la cocina, donde a esa hora permaneció quieto y fumando como era su costumbre, antes de subir otra vez. Recordaba haber sentido alivio cuando un súbito silencio le llegó del patio, una quietud beatífica que sumió a la casa en el sueño profundo. Quedó reconfortado por el rápido aprendizaje del animal.Ya está, pensó: acaba de resignarse.Alcanzó a oír un último ladrido, finísimo, más parecido al sonido de un frote contra un vidrio o un ronquido infantil.

Y luego el silencio total, la calma. Finalmente se había tranquilizado. Ahora el cachorro podría disfrutar de su nuevo hogar.

Es lo que también había tratado de transmitirle a Fer durante esa noche, cuando se sentaron en la cocina a discutir sobre la prueba del carácter. El muchacho debía considerar los límites, las convenciones, llegar a un acuerdo consigo mismo. Su hijo mayor debía entender lo que era aquello y actuar en consecuencia.

Alberto hablaba de identificar el momento, y aunque Fer siempre toleraba sus consejos con bondadosa simpatía filial, esta vez tuvo dudas sobre si realmente su hijo escuchaba el alegato. Pilar había regresado con los niños de una visita a sus hermanas y ya todos se habían ido a dormir, de modo que estaban solos los dos en la cocina, absorbidos como siempre en una charla que parecía inacabable, circular, aunque a veces recayera en la prédica sin retorno. Como ahora que Fer bajaba la cabeza mientras Alberto fundamentaba lo mejor que podía y con palabras simples la importancia de tomar ciertas decisiones que implicaban sacrificios cuando los caminos parecen cortados.Alegaba que la fatalidad no existía o podía ser controlada o, mejor aún, conducida hacia fines que resultaran más provechosos, hacían menos daño que la exposición inocente y a pecho descubierto de los afectos, como si la voluntad no tuviera ningún rol en la aceptación mansa de aquello que aterra y arruina, pero además tendría que haber agregado que inmoviliza y fascina, y aunque lo pensaba no lo decía, porque esa era nuestra naturaleza, somos animales en busca de techo y abrigo, y recordaba muy bien haber utilizado justamente esa expresión, techo y abrigo, objetos de elogio y manipulación al mismo tiempo, sin que podamos discernir dónde termina uno y comienza el otro. Pero ahí estaba, sin embargo, el carácter para dar prueba de uno mismo.

Eso argumentaba, más o menos, mientras Fer miraba hacia el piso y aprobaba con escasa convicción, dando cabezadas bajo la luz cruda que colgaba del centro de la cocina, donde se habían sentado a intimar como si alentaran un fuego en la intemperie.

El muchacho agonizaba de amor, o es lo que Alberto pensaba, y también de palabras como pureza o coraje que para él ya no referían a

nada inmediato o se habían convertido en algo distinto con el correr de los años. Pero Fer recién cumplía dieciocho y necesitaba sufrir. Hizo una mueca de agobio y Alberto tuvo la urgente necesidad de levantarse, aturdido por el mutismo del otro. Miró a Fer, que seguía sin levantar cabeza, y consideró necesario aplacar la ansiedad. Su interés no era tanto evitarle el dolor que llegaría de manera incontestable, sino proponerle cierta confianza para abordarlo, si tal cosa era posible; que supiese que podía mirar su propia fragilidad sin aterrarse, que los caprichos y sofocos exigían una respuesta de su parte. La prueba del carácter, se oyó repetir, golpeando la palma de la mano abierta sobre la mesa para enfatizar el gesto al ponerse de pie. Dio vueltas buscando agarrarse de algo, abrió el refrigerador, extrajo una cerveza y volvió tras la mesa de madera que los aguantaba con los ceniceros repletos de colillas.

Sin necesidad de responder, Fer mantenía la conducta impasible de una nube.Alberto reconocía el modo. Lo había advertido en otras ocasiones, y entendía que Fer refugiara su desconfianza en un mutismo de piedra, neutro en su prescindencia, dispuesto a cederle la palabra sin resignarse, como aquella vez que habían ido juntos de paseo a Buenos Aires en una expedición que prometía ser lenitiva. Lo recordaba bien. Planificaron juntos el viaje para un feriado de Semana Santa y señalaron en un mapa con marcadores rojos los puntos de interés que habían consensuado después de mucha discusión. Visitarían los parques, recorrerían las librerías a horas desusadas de la noche, compartirían el cariño que padres e hijos callaban en circunstancias normales y abreviarían las distancias que los separaban. La expectativa era prometedora.

En vez de eso, sin embargo, nada más depositar las maletas en el hotel y salir a la primera caminata de reconocimiento, Fer había tomado posición frente a un negocio de tatuajes y fierros góticos que cruzaron sobre calle Santa Fe, negándose a seguir más allá mientras no le perforaran la piel siete veces con las agujas de una picana. Del interior del local salían mujeres con pelos verdes y tipos con argollas en la nariz, de modo que la elección de Fer tenía la clara intención de sabotear la jornada. Discutieron agriamente, hasta que Alberto cedió a

los poderes comerciales de Marilyn Manson y se avino a gastar el primer entusiasmo del viaje en el salón de la basura.

La tortura duró toda la mañana y al cabo decidió el resto de los días que quedaban en la ciudad, consumidos en amargas recriminaciones por los caprichos autodestructivos de Fer, que con la nube cada vez más negra sobre su cabeza o ya instalada de plano en su espíritu, insistía en recurrir a nuevas y variadas formas de infligirse daño en cada nuevo pasaje y galería punk que cruzaban. Las tiendas estaban por todos lados, además, y Alberto notó que Fer desviaba la ruta original que habían acordado para dirigirse en cambio hacia sitios abarrotados de rarezas, ofertas de suplicio, daños corporales. Lo estaba provocando, era evidente. Le estaba diciendo que era un idiota, un biempensante en un mundo que no valía nada. Pero él no iba a transigir; no a favor de un degenerado como Marilyn Manson. Desviados del objetivo inicial, entre avances y retrocesos sucesivos, la visita a Buenos Aires se convirtió muy pronto en un combate cuerpo a cuerpo entre padre e hijo. Alberto se daba maña para desalojar por unos minutos y con mucho esfuerzo la nube de Fer, pero enseguida el muchacho retrocedía para volver bajo el manto protector del mutismo como si fuera la aureola de un santo olvidado en el perchero.

El segundo día, viernes, la tensión no hizo más que aumentar de un modo sordo entre tibias simulaciones de contento y camaradería por la elección del restaurante, la visita a la librería de rigor y el partido del domingo que, por supuesto, ellos se perderían. Decidieron aprovechar el sábado para ir de compras y llevar algo de regreso a Chile, pero esa mañana Fer se levantó amurrado y sin ganas. Solo tenía ánimos para volver a la galería punk, pero como Alberto se negara el otro no halló mejor respuesta que detenerse en seco mientras caminaban, para enseguida tenderse cuan largo era sobre la vereda en una concurrida esquina de Suipacha, cubriendo su cabeza con un cartón cual si fuese auténtica basura. Estuvo horas en esa posición de ruina infranqueable, tirado como un joven vagabundo a quien su padre, todo un caballero con chaqueta de pana, le hablaba en tono persuasivo mientras intentaba convencerlo de su buena cuna y oportunidades de educación.

Atardecía, y los transeúntes pasaban curiosos por un lado de la vereda, dando cuenta del áspero debate entre dos generaciones del NO. Así había terminado su viaje de reconocimiento a la adolescencia de Fer.

—Pobre animal —dijo Alberto, con la atención en vilo sobre los ladridos que venían del patio y arañaban la oscuridad del otro lado de la ventana.

Volvió a ponerse de pie y, con una mirada desatenta hacia fuera, sacudió la cabeza para liberarse del lamento que rompía la quietud de la cocina. Enseguida giró hacia el interior.

—Todavía no reconoce bien el lugar —agregó.

Fer sonrió, paciente. Quizás encontrara mejor compañía en el lamento del cachorro que en los consejos del padre. En ocasiones, Alberto pensaba que su hijo prefería las bestias a las personas. El mundo adulto representaba para él la verdadera amenaza que acechaba, pronta a caer sobre su presa.

—¿Tiene nombre?

—Tinto, Pinto… Por ahí va —dijo Alberto—.Tus hermanos chicos todavía no se deciden.

—El nombre es clave.A mí, por ejemplo, me habría gustado llamarme Javier.

—Puedes cambiarlo si quieres.

—Demasiado tarde. —Fer negó con la cabeza y se volvió hacia los ladridos en el patio—. Pinto no es malo, pero yo lo habría bautizado con algo más familiar. Por ejemplo, Ramón, o Rogelio. Siempre quise tener un perro con nombre de persona.

—Sí, Ramón no está mal —rió Alberto.

—¡¡Ramón!! —llamó Fer en voz alta, haciendo bocina con las manos, como si estuviese a campo traviesa en medio de la noche—. ¡¡Ramoooón!!

Se quedaron quietos, atentos al lamento descendente que llegaba desde el otro lado del patio como una bocina de pilas gastadas.

—Deberíamos dejarlo entrar —sugirió Fer.

—Ya se le va a pasar —dijo Alberto—. Es normal que eche de menos su casa.

—¿Y si no se le pasa? —protestó su hijo—. Qué pasa si se queda pegado en la pena.

—Nos quedamos despiertos con él —bromeó Alberto, y zamarreó el hombro de su hijo, más para darle valor que en señal de despedida, pero Fer lo interpretó como un llamado a irse a dormir y se levantó a su vez.

La charla había concluido, o eso parecía. Salieron juntos de la cocina y Alberto apagó las luces, no sin antes dar una última ojeada desde la puerta en dirección a la ventana del patio. Solo un quejido débil, intermitente y desmayado, rompía la tibia oscuridad de la sala.Tuvo un instante de vacilación y piedad: no estaría de más salir al patio y calmar al animal unos segundos con unos golpecitos en la nuca.Ya lo haría mañana, pensó, y se retiró a su cuarto con el último ladrido, casi un rasguño en el resplandor azulino que proyectaba la superficie del agua.

¿Qué podía enseñarle a su hijo después de eso? El cachorro había muerto pidiendo auxilio, *su auxilio*, pero él había desoído el llamado. Un hombre nunca debiera hacer caso omiso de su intuición.Acaso esa falta es suficiente para torcer un destino, en circunstancias que una sola mirada hubiese bastado para salvar al cachorro, cuando luego de apagar las luces permaneció en vilo, oyendo los gemidos en el patio sin saber si acudir fuera para cerciorarse de que todo estaba en orden o acompañar a Fer escaleras arriba. Esa torpeza se había llevado una vida puesta a su cuidado, y durante los días que siguieron se atormentó con la idea de la falta. Se culpaba del celo que había puesto en exponer la prueba del carácter, concentrando toda su atención en que Fer captara su perorata educativa. Pero la prédica se deshacía a la vista del resultado. Esa obstinación con su hijo mayor ponía de manifiesto su ceguera. ¿Y si en vez del cachorro hubiese sido uno de los niños quien caía? La pregunta lo desarmaba. Había fallado. No tenía excusas. Era él y no Fer quien tenía que dar una prueba de carácter.

Fue extraño, porque de ese encadenamiento de situaciones surgía un dictado dramático, una especie de imperativo doloroso para llevar adelante: Alberto pensaba que no podía seguir siendo el padre que era

o había sido.Tendría que dejar a Fer; dejarlo como si la prueba que le había exigido al muchacho esa noche recayera en sus propias manos para cumplirla, se volviera sobre Alberto en busca de la prenda ahogada en la piscina.

Apenas tenía valor para formular la situación en términos lógicos, pero esa primera mañana y las que siguieron anduvo con el episodio a rastras, cargando sobre los hombros la sombra del incidente y examinándolo con minuciosa precisión, como si se le fuera la vida en ello.También Pilar se mostraba inusualmente desorientada e insegura.Se citaban con Alberto en horarios de escapada, a mitad de jornada, y ambos sostenían diálogos intensos y atropellados en bares y plazas, como si no se tratara de esposos sino de personajes de película que planearan una fuga o un asalto, entre nerviosos y asustados de expresar en voz alta las ansiedades que el incidente volvía a despertar en ellos una vez que se despedían. En medio de aquellas citas reconstituían paso a paso la secuencia de la noche previa, recapitulando cada detalle con una furia hiriente, perturbadora, y luego se abrazaban con desconsuelo o caminaban de la mano hasta la siguiente esquina para despedirse, olvidados de la costumbre y del hecho aún más sorprendente de que volverían a verse dentro de unas pocas horas. Es una señal, se decían; lo decía Pilar y lo repetía Alberto; no nos engañemos, algo se cierra y algo se abre; pero qué, no sabían.

Habían quedado desencajados, y ese estado se prolongó durante todo un mes, al cabo del cual Alberto no recordaba haber hecho nada productivo salvo terminar su manuscrito sobre el mundo irrevocable de los padres y dar vueltas en torno a la piscina como ante un crimen sin resolver.Visitaba el colegio de los niños para verlos en horarios desacostumbrados, y luego llamaba a Fer a la casa de su madre, sintiéndose frágil e invadido de pronto por el miedo a perderlo en cualquier momento. Pero perderlo era exactamente lo que correspondía hacer. O al menos diferenciarlo; dejarlo en una riesgosa libertad de movimiento y permitirse a sí mismo idéntica libertad en más de un sentido. Se daba cuenta de ello. Era necesario tomar decisiones respecto a la casa, a la vida que llevaban, a la indiferencia

general de unos con otros, interpretar de una buena vez los signos antes de que la inercia impusiera su ley de ruina cotidiana.

Llegó hasta discurrir una teoría sobre el lugar que ocupaba la muerte en la cultura del bienestar, donde la irrupción del fin estaba representada por el cachorro hinchado de agua mientras ellos personificaban el bienestar que levantaba cercas de protección para evitar un incidente que desnudara la precariedad del confort. Siendo así, lo más adecuado era aligerar la carga, aceptar lo fortuito y transitorio de la existencia, en vez de alimentar aprensiones y resguardos. A esa conclusión llegaba. ¿No era esta, acaso, su lección más sustanciosa? Viajar, vivir con poco, subrayar la precariedad en vez de combatirla. Es lo que había aprendido. Más que liberarse del episodio en la piscina, debía incorporarlo y acogerlo junto al peso muerto del cachorro que había sostenido entre los brazos como si fuera el de uno de sus hijos, perdido en el pavoroso descuido del mundo adulto, sin remisión posible pero también sabiendo que lo normal era escurrir.

—Fer tiene razón —dijo un día, concluyente, saliendo de su propia nube como si bajara con un rayo de sol en la mano—. La vida debería ser más clara y simple, pero uno se niega a eso.

—Se niega a qué —replicó Pilar, sin entender.

—A aceptar el paréntesis.

—No somos nada, ¿eso estás diciendo?

—Somos un poco, eso es lo que estoy diciendo: algo que se revuelve entre dos signos.

—A mí no me lo parece —dijo Pilar, que para entonces ya había recuperado su espíritu práctico y no parecía dispuesta a ceder a los pretextos de Alberto—.Además, no creo que Fer se sienta atrapado de ninguna manera, al contrario —agregó—.A los dieciocho años no existen los límites. Salvo en la relación entre padres e hijos.

—La prueba del carácter —dijo él.

—Saturno devora a sus críos —dijo ella—. ¿Conoces el cuadro?

—Lo he visto por ahí —replicó él, sin querer abundar en lo que a simple vista parecía una filosofía de verano.

Estaban sentados en la cocina donde meses antes había estado

parloteando con Fer sobre el mismo asunto, y se quedó mirando hacia el fondo del patio con expresión vagamente ofendida.

—Mejor levanta tu paréntesis y anda al supermercado —le estaba diciendo ella—.Acuérdate de que mañana vamos a la playa.

¿Qué había sido primero, el cachorro o el perro muerto? ¿El huevo o la gallina? Las cosas se habían precipitado, evidentemente, sin tiempo para consideraciones de ensayo y error, tal como deben ser las apuestas cuando uno se hace millonario en el casino o invierte en la bolsa con acciones de altísimo riesgo y se arruina por completo.

Era fines de año y el fin de semana se presentaba glorioso para celebrar un asado de playa en compañía de los amigos. Habían llegado temprano a la casa de la costa, y Alberto servía los platos de chuletas con gesto magnánimo cuando un compañero de oficina o alguien cercano llamó entonces a Pilar desde Santiago para darle aviso. Ella soltó un largo y sonoro nooooooo; no-te-lo-puedo-creer, y de inmediato todos levantaron la vista y quedaron con la carne trinchada en los tenedores suspendidos delante de las bocas. Alberto no recordaba con precisión quiénes estaban en la mesa; posiblemente Moris y su mujer, y también los Adriazola, que se habían plegado al asado luego de que los encontraran en los pozones de la playa donde se bañaban. Era diciembre y un calor ventoso obligaba a proteger los sombreros cuando los invitados se acercaban a la terraza donde ardían las carnes con sus ristras de interiores y chuletas. Pero nadie salió fuera ni se movió de su sitio cuando Pilar preguntó con una rara expresión de incredulidad: ¿Se murió?, ¿estás seguro? (era una voz masculina la que imponía su iniciativa, ese detalle no escapaba al oído de Alberto), y al otro lado de la línea ese hombre cuya identidad Alberto ignoraba dijo sí, se murió el cabrón, acaban de dar la noticia, enciende la radio si no me crees, todo el mundo está vuelto loco por acá, ¿vienes? Pilar se movió entre las sillas de la sala, alejándose de la mesa como hacía siempre cuando necesitaba enviar un mensaje privado, y dijo: No, ¿para qué? Estamos recién empezando el asado.

Se despidieron, ella colgó el celular y se volvió para mirarlos desde la orilla de un asombro jovial, todavía con esa expresión de novedad

dibujada en los rasgos, el pelo desorbitado sobre los hombros y los labios indecisos bajo el negro siempre luctuoso de los ojos. ¿Qué pasó?, dijo Adriazola con una pata de pollo en la mano, sin atender a la gota de grasa que parecía a punto de caer y deslizarse a lo largo de su codo. Se murió Pinochet, dijo esa boca que Alberto amaba en su paladeo, aún turbada por la compleja alegría que se apoderaba de ella, los labios entreabiertos y la lengua recogida como una marea. Otro noooooooo, largo y sostenido a coro esta vez, confundió las voces, los gestos de asombro, la inmediata perplejidad que abrazó a los comensales mientras la carne comenzaba a enfriarse en las bandejas y los platos. Alguien propuso un brindis, Moris dijo que no podía creerlo,Adriazola protestó diciendo que el huevón no era inmortal, qué se imaginaban ellos, y todos celebraron, pero casi de inmediato la memoria agitó su cola y se revolvió inquieta en su jaula de banalidad, sacudida por una oscura insatisfacción que no sintonizaba con el relajo dominical de esa jornada playera entre amigos y conocidos.

Algo molestaba, incordiaba el confort de ese día de diciembre desde lo más profundo y acallado de la experiencia, como si el tiempo retrocediera o quedara detenido en el carácter oficial de la noticia, aunque nadie pudiera distinguir bien lo que significaba.Tampoco Alberto, claro. No eran suficientes las bromas ni los viejos chistes, ni alzar las copas o decirse que el rey iba desnudo desde hacía mucho tiempo. Era difícil precisarlo, pero la mezcla de júbilo, desgano e insatisfacción era evidente. Quizá vivían anestesiados ante un personaje cuya entrada en la historia les había tomado la vida, consumido la juventud, reducido sus opciones, definido sus vergüenzas y edificado sus valores para, luego, al final, enterrarlo imaginariamente en sus propósitos, cada quien a su modo y aceptando la prematura irrealidad de su fin. Ahora, sin embargo, se veían obligados a reacomodar el desenlace con el hecho mismo de su muerte física.Algo de esa abrupta concordancia no se ajustaba a la tranquilidad de espíritu que pretendían conservar.

¿Cuándo se vuelven?, preguntó Moris. En la noche, o mañana en la mañana, dijo Alberto. Pilar asintió. Los niños jugaban fuera, no había ningún apuro. Los Adriazola propusieron a Moris y su mujer que se

quedaran esa noche en el dormitorio de los huéspedes. Hay espacio en la casa, dijo Adriazola.Ya veremos, gracias de todos modos, respondió la mujer de Moris.Trataron de retomar sus puestos en la mesa, cada uno en los asientos donde habían estado trinchando su pedazo, buscando los vasos que correspondían a cada quien, hasta que Moris decidió otra cosa:Vamos a volver a Santiago, dijo, así, sin réplica posible, como si fuera un mandato: nosotros nos volvemos. Su mujer lo miró, curiosa. ¿Cuándo? Ahora mismo, dijo, sentenció más bien, y extendió el brazo para llevarse a la boca el último trago de vino antes de ponerse de pie. Estaba serio.

Alberto se asustó un poco pero lo dejó hacer en silencio, sin apenas ridiculizarlo. ¿A quién le importaba ya la muerte de un anciano demente? No a él, en cualquier caso. Ninguno de los adultos allí presentes, con sus hijos de distintas edades y diferentes matrimonios, bajaba de los cuarenta años; pertenecían todos a la generación de sobrevida, la capa del medio, como la definía Alberto, y ya estaban curtidos para darle cabida al entusiasmo de los jóvenes o a la indignación de los viejos; difícilmente podían interesarse por marchar en las calles ni aun llevando el último trofeo de guerra. Cada uno de ellos había buscado una felicidad doméstica que los exceptuara de emociones fuertes; cada uno de ellos incluso había luchado por obtenerla en contra de los demás, forjando para sí mismos una indiferencia tal que acabara de una vez con los traumas del pasado. La circunstancia era propicia, además, para recordarle a Alberto que a pesar de haber cerrado su manuscrito, él seguía siendo un Guardia del NO. Ese era su puesto, su lugar en la historia. Mejor era pasar por alto, ir a la terraza a despedir a Moris y echarse luego en la tumbona para tomar un poco de sol, mientras observaba intrigado las formaciones de pájaros que sobrevolaban en el cielo. Eso sí que era provechoso.Adivinar los vientos.

—Pensar que hizo perro muerto —dijo Pilar con un ligero temblor rabioso y cuando ya habían quedado solos.

Apoyaba el cuerpo en la baranda lateral de la terraza, vuelta de perfil hacia donde Alberto yacía tumbado, de modo que él apenas lograba distinguirla en medio de la resolana.

Él asintió con la cabeza, sin volverse ni despegar la vista del fondo de agua que se abría en el horizonte. Desde la muerte del cachorro, los diálogos con Pilar adoptaban en ocasiones ese carácter telegráfico, como si hablasen en código morse a través de un muro: ¿Eres tú? (dos golpecitos largos seguido de uno más breve). ¿Sigues ahí? (tres golpes de punta). ¿Me quieres todavía? (uno solo, pero redoblado). Frases breves pero capaces de llamar la atención sin incurrir en exposiciones demasiado minuciosas sobre el cansancio por las cosas perdidas en un largo matrimonio, los vértigos transformados en lentos descensos y los temblores convertidos en rutinas. Exactamente como cuando hay duelo en la casa vecina y se impone la discreción, pensó Alberto, mientras la frase de Pilar daba vueltas en su cabeza y proyectaba un pequeño bulto negro sobre la vasta quietud del horizonte: el perro muerto… Tenía gracia.

¿Nos quedamos?, preguntó Pilar, y Alberto dijo: Claro, por qué razón no nos vamos a quedar, qué cosa más atractiva los esperaba en Santiago que ese transcurrir de las horas una tarde de diciembre en una terraza de veraneo, con el viento que agitaba las copas de los pinos y doblaba los eucaliptos en un revoloteo sombrío, allá sobre el extremo del camino. Ese era ahora su mundo, el de los presagios, un mundo que desde el incidente de la piscina se había vuelto supersticioso y casi terminal, degenerativo en cierta manera, pendiente de una sentencia definitiva que los recogiera del crepúsculo. Se lo recordó a Pilar con una frase cariñosa: Déjalo, qué importa ahora, e hizo un gesto con la mano, pero ella no le creyó. ¿Ahhh, sí?, dijo, con un énfasis demoledor. Salió de la terraza y él consideró increíble que lo hostigaran de esa forma. Era quince años menor que Alberto, a Pilar nadie ni nada le había arrebatado quince años de su vida útil, ella nunca había vivido quince años bajo el imperio del soplonaje y el toque de queda, nada sabía Pilar del terror de entonces ni de las familias dispersas ni de las acusaciones infundadas ni de los socorros clandestinos que habían alimentado su fastidio del presente; para ella, la bitácora se reducía apenas a unas protestas con guitarreo en la parroquia universitaria y ya, pero ahora tenía la *tupé* de encararlo en su *chaise longue* mientras Alberto adivinaba la dirección

del viento. ¿De veras estás cómodo así?, insistió ella, asomando otra vez en la terraza mientras encendía un cigarrillo y se lo pasaba. Él creyó que se refería a la tumbona. Si me alcanzaras una copa con ese Syrah que trajo Adriazola, dijo, sería magnífico.

Pilar se volvió hacia el interior de la casa y en ese intertanto, mientras iba a llenarle la copa y volvía para entregársela con una indudable ironía en el gesto,Alberto pensó tres cosas. O más bien dos: levántate y anda. Fue como un ardor entre las cejas, un incendio que bajaba por la frente y le llenaba la cara, porque nubló su visión o la recortó sobre un puñado de imágenes o solo un par de ellas que se clavaban en el viento: de veras murió Pinochet, se oyó decir y repetir como un mantra, sacudido por su propia voz que subía perpleja y somnolienta, desperezándose bajo una potente capa de confort. Un flujo de acidez subió desde su estómago —pletórico de chuletas y chunchules, todo hay que decirlo— y se detuvo en la garganta. ¿Te sientes bien?, preguntó Pilar, sentándose a su lado. ¿Por qué?, dijo él. ¿Pasó algo? Sí, claro que pasó algo, replicó ella: estás pálido. Alberto soltó una risa nerviosa y luego se calló.Vámonos de aquí, dijo entonces, con sencillez pero también con humildad. ¿De qué estás hablando?, preguntó ella. Carguemos las cosas y vámonos de aquí, repitió, y fue como si ninguno de los dos estuviese seguro de interpretar en forma adecuada la proposición.

Al frente se extendía, inabarcable, un mar sin huella humana ni paisaje, solo la enorme vastedad del agua que se quebraba entre sonidos de tambor y rocas algunos metros más abajo. Se quedaron un rato así, mudos y apagados por una sensación de término, evitando abundar en ella.Tras un rato, Pilar aprobó con un cabeceo ambiguo. Luego se puso de pie, seguida por Alberto, y en actitud casi de recogimiento ambos comenzaron a empacar las cosas en el auto mientras llamaban a los niños sin apurarse, como si realmente ya no prepararan el regreso a la ciudad, sino a un lugar que solo habían conocido en los relatos que se hacían de ellos mismos, a oscuras y en voz alta, tirados boca arriba encima de la cama en los días que siguieron a la muerte del cachorro.

—Enciende la radio —dijo Alberto cuando dejaron atrás la ruta

montañosa de curvas y pendientes que los separaba de la autopista —.Ya debe haber alguna señal.

Iban dispuestos a un día de batalla, pero nada más entrar en la ciudad tuvieron que aceptar que se trataba de una rendición incondicional. Más de treinta años después de llegar al poder, Pinochet volvía a reinar. La gente se condolía en las calles, unos cuantos celebraban con visible patetismo la muerte del padrastro de la patria, las radios y la televisión saludaban contritos la figura del hombre a quien llamaban El Presidente, los diarios preparaban ediciones especiales, los militares le rendían los más altos honores y las autoridades de gobierno pasaban en puntas de pie delante del ataúd del difunto, no se fuera a despertar. Poco y nada se podía hacer; ni siquiera tocar la bocina porque los niños se ponían nerviosos con el jaleo. Después de todo, ese era el país donde vivían, *su país*. La prueba saltaba a la vista como una derrota. El país entero doblaba su larga espalda ante la derrota, y la prueba es que nadie parecía darse cuenta.

—Vámonos —dijo Alberto, como si retomara su conclusión inicial en la terraza, una semana más tarde y apoyado esta vez en la barra de un bar de Providencia donde habían quedado de reunirse con Fer en medio del bullicio oficial por los funerales—.Vámonos de aquí —insistió.

Miraba con severidad hacia la calle, espiando el momento en que el muchacho llegaría a la cita. La gente entraba y salía del bar con las risas agotadas en la quijada, entre abrazos que parecían insultos y llamadas entrantes en los celulares que sonaban alrededor, y todo aquel revuelo cubrió la voz de Pilar cuando dijo sí, vamos a hacerlo, vamos a irnos, con una reserva en el tono como si ella misma se sujetara de una cuerda antes de echar la balsa al mar.

Minutos después llegó Fer. Venía agitado. Traía bajo el brazo el pasquín satírico que Frank y Alberto habían ayudado a fundar desde la barra del NO, ocho años atrás.Acababan de sacar una edición extra y Fer se apuró en desplegar la portada. PERRO MUERTO SE FUE SIN PAGAR, rezaba el titular, junto a un retrato del cadáver ya frío en el ataúd.

—¿Qué les parece? —Fer se reía.

—Te leyeron el pensamiento —dijo Alberto, fijando la vista en Pilar.

Ella revisaba las páginas interiores, sin hacer caso.

—Le dieron justo —añadió Fer—. ¿Cómo era eso de la perra cuando iban a bombardear?

—Pregúntale a ella —dijo Alberto, fastidiado.

—Muerta la perra se acaba la leva —dijo Pilar.

—No —corrigió Alberto—. Es: muerta la perra se acaba la leva, *viejo*. Ese *viejo* al final de la frase es clave, allí está todo el chiste de Chile.

—Eliminado el obstáculo se acaba el problema —agregó Pilar.

—¿Y luego qué?

—La prosperidad, pues.

—Pero también puede querer decir que uno *se hace a la leva* —dijo Alberto—. O sea que uno se retira, levanta el ancla y se va.

—Ahhh, qué buena —dijo Fer.

—Sí, estábamos hablando de eso justamente.

—¿Están con ganas de irse?

—Hay que pensarlo.

—Hay que hacerlo —dijo Pilar.

—Por ahora es una posibilidad —dijo Alberto—. Nos gustaría.

—Súper —dijo él—. ¿Y adónde?

No sabían. Los dos se miraron y alzaron los hombros, dando a entender que el destino no revestía mayor importancia.Ya encontrarían el lugar. Ni siquiera hablaron de fechas. Luego fueron a dejar a Fer donde su novia y regresaron a la casa. Solo una vez que estuvieron sentados delante de la piscina a oscuras, solos y fumando hasta quedar roncos, se atrevieron a insinuar algo más.

¿Qué había sido primero, el cachorro o el perro muerto? Alberto no estaba seguro, pero lo que al principio no había sido más que una provocación casi infantil entre humo de cigarrillos e insomnios reiterados, pronto se convirtió en un imperativo de hierro. Había que irse, irse. Era así de simple. Irse, tenemos que irnos, repetían en voz alta y con desenfado creciente, dando espacio a un pensamiento hablado que crecía a medida que se lo representaban. El paréntesis

estaba cantado, ellos solo debían ocuparlo. Fuera no habría derrota que conjurar ni rendición que tolerar; la vida sería posible del lado que no había sido, una existencia verificada por la urgencia de las cosas inmediatas, esenciales, y de la cual ya nadie se acordaba de tan extraviada que resultaba la actual, enclavada en ese jardín a lo Finzi-Contini que los abducía en una nube de confort, con una buganvilla, un patio trasero donde los niños corrían al llegar de la escuela y una piscina al fondo, inconmovible, rodeada por un enrejado de alambre con celdas demasiado anchas para evitar una intromisión. No habría otra chance como esta.Tenían que salir de allí, perderse de vista.

Solo entonces Alberto confirmó que la apuesta no era broma ni literatura. La decisión estaba hecha, e iniciaron de común acuerdo los sondeos para proveerse de un destino. La tarea no era fácil, pero revisaron sin desmayo las alternativas aquí y allá, multiplicaron los contactos y comprometieron llamados en busca de la mejor alternativa. Era vertiginoso y casi inverosímil observarlos en esa disposición de ánimo, saber cómo se iban, lo elemental que resultaba moldear el propósito a las distintas chances que surgían con el correr de las semanas, dando prueba de que la oferta antecede a la demanda cuando está auspiciada por la necesidad. Ellos tenían esa necesidad y pronto fue correspondida en medio del frenesí que los empujaba.

Fue un momento particular, de secreta liberación, si cabe, como si en un universo paralelo los muertos dictaran un destino distinto para los vivos; ya no la negación ni el cinismo ni la espera, sino el fin de ellos mismos como un albur del cual apropiarse, un don que cada uno debía encontrar y construir sin mirar atrás. Irse, salir, llevar consigo la remoción del mundo que los había moldeado y donde habían crecido, iba siendo desde entonces la única casa que podían habitar, el hogar secreto donde irían metiendo todo lo demás una vez que salieran llevados por el entusiasmo.

Chile ya era solo un paisaje el día que abordaron el avión.

—Te voy a escribir —dijo Alberto.

—Yo te voy a escribir a ti —dijo Fer.

Estaban en el corredor central, junto al acceso a Policía Internacional, y las palabras cruzaban de uno al otro en el oído

mientras se abrazaban, sabiendo que era mentira y que era verdad, sin embargo; que la prueba del carácter estaba allí como una escena que se ensaya en privado y sin aviso previo de pronto se hace pública. Se habían despedido en muchas otras oportunidades a lo largo de los años, pero para ambos esta vez resultaba notoria la diferencia. De aquí en más iban a *separarse*.Ya no se tendrían el uno al otro, y desde el instante mismo del anuncio, Alberto había encarado el viaje con sentimientos encontrados, como si él fuese el hijo que ha decidido irse de la paternidad. Quizá trataba de ponerse en el lugar de Fer y adquirir una perspectiva imaginaria de lo que sentiría con la partida, pero el muchacho fue más sincero.

—No me voy a ahogar —lo confortó—.Viaja tranquilo.

Era lo que Alberto necesitaba oír. De otra manera jamás habría dado luz verde al proyecto. Aun así sintió terror al recordar la frase mientras el avión tomaba altura y dejaba atrás a su hijo-mundo. El muchacho lo había adivinado, eso era evidente, como si quisiera soltarlo de un deber feroz y soltarse él mismo a último momento y de manera definitiva del reflejo donde Alberto anclaba su biografía.Ya estaba bien, parecía decir.

Pero el padre dependía de Fer, en cierta medida, y no le resultaba nada sencillo dar prueba del carácter. Desde los primeros tiempos de la ruptura con la madre, Alberto había optado por ser el apoderado absoluto de su hijo: no perdía reunión escolar por tediosa que fuese, lo recibía a mitad de semana, proponía juegos y salidas cuando se quedaban juntos, se afanaba en organizar sus vacaciones para que coincidieran con las de él. Lo había seguido de muy cerca toda la infancia y no extravió su pista cuando fue creciendo, evitando confiarse en los demás para el cuidado o la atención, sabiendo que las discusiones con la madre quedaban relegadas al cuarto y quinto lugar mientras Fer ocupara las tres primeras prioridades. Llegó hasta desbaratar pasiones con mujeres que no sintonizaban con su paternidad, dejando que los privilegios de la carne entristecieran en horarios desocupados. Él no se iba a perder de vista, en parte porque sabía que le debía la vida una vez que su matrimonio naufragó sin remedio.

No lo olvidaba. La tarde que fue a retirar sus cosas había sacado una maleta del clóset y comenzado a echar ropas encima, cuando sin querer descubrió la fijeza del niño acostado en la cama que lo miraba irse desde un ángulo del cuarto. Tenía apenas unos años y lo observaba sin decir palabra, asustado por los movimientos rápidos y furibundos del padre que daba voces y maldecía, tan herido como el hijo que dejaba atrás, y tan ciego de dolor y rabia que cuando Alberto encontró la mirada del hijo permaneció quieto un instante, la maleta abierta sobre la cama y el gesto de quien vacila y queda paralizado por la imagen de su propio abandono, sin brújula, mientras veía pasar a velocidad sorprendente la película de su vida cristalizada en dos o tres escenas significativas que ahora se repetían delante del hijo que lo apretaba sin bajar los ojos. Fue solo cosa de segundos, pero suficientes para que Alberto detuviese su impulso de fuga y recapacitara en lo que hacía y ya era inevitable terminar cuanto antes.

No había vuelta atrás, y lo primero que hizo fue acercarse a la cama donde estaba el niño para tranquilizarlo. Le habló, lo consoló, midió la herida que infligía como si se tratara de una flecha lanzada desde el pasado y la turbación, clavada de pronto en un agua mansa donde su reflejo oscilaba y se aclaraba, inclinado sobre la cara llorosa del chiquillo. Era él mismo,Alberto, quien boqueaba entre hipos.Apenas lograba sostener su mirada, y se abrazaron hasta que el niño logró despegarse del miedo. Tranquilo; cálmate, dijo.Voy a seguir a tu lado. El chico extendió los brazos. Así estaba bien, ya podía marcharse. No *debía* marcharse pero ya podía hacerlo. Una hora después,Alberto salía con su maleta como si llevara el peso de un tesoro hundido en el abismo, aislando en ese punto preciso el daño que llegaba del olvido y lo salvaba de la confusión.

Sintió un raro alivio, entonces. Ya no estaba completamente solo, alguien dependía de él. Fer era su ancla, su cable a tierra. Rescatarlo, cuidarlo, aferrar la mano del hijo al tiempo que el padre se sujetaba de él, había sido su programa de acción. La educación del chico le había dado de paso un objetivo intermedio, alguna razón para permanecer, ciertas herramientas que desarrolló con los años y, al cabo, una dirección a la cual aplicarse mientras el muchacho crecía y

él, Alberto, disfrutaba de un pírrico triunfo moral en la orgullosa Guarida del NO.

Luego vendría el asombro de perderlo en medio del gentío, aun antes de decidir nada. Dejaba a Fer en plaza Italia, camino a la universidad, y lo veía alejarse por delante del auto y atravesar el semáforo con un desmaño erguido, confiado en la precaria felicidad de su promesa, no importando si la cumpliría o no, una confianza que a Alberto se le ocurría casi mitológica mientras ansiaba que el semáforo demorara todavía unos segundos más para alcanzar a retener la fragilidad del aire que lo sostenía, especie de joven funambulista sobre lo alto de su nube, en vuelo tendido sobre el vacío, indomable, alejándose de la orilla conocida hacia otro extremo imaginario pero posible, como si al atravesar el tráfico cerrado de plaza Italia y sortear obstáculos Fer metiese el cuerpo en el espejo donde Alberto se miraba por las mañanas, multiplicado por los años. Sentado frente al volante del auto, lo miraba irse antes de que el semáforo cambiara a verde y sabía que había cumplido cuando se perdía de vista y él mismo desaparecía al quedar atrás. Ser padre, estar entre el hijo y la muerte, había sido su tarea, sin dejar lamento alguno en el camino. Es lo que se decía tras decidir la partida a W. La nube que había acompañado a Fer en su adolescencia ya quedaba atrás, disipada por el mismo cielo que se retiraba. Había cumplido y ahora debía soltarse del abrazo que lo sostenía en la sala del aeropuerto, un abrazo que sin embargo era más del hijo sosteniendo al padre y no al revés, tantas veces y tantos abrazos que este otro bien podía confundirse con uno más, aunque ambos sabían que no lo era.

Sí, cortar el lazo cotidiano con Fer estaba resultando mucho más arduo y trabajoso que separar el cordón de un recién nacido. ¿Podría el daño secarse algún día? Y por otro lado, ¿no era posible acaso que él,Alberto, se hubiese precipitado?, ¿que por un apuro absurdo hubiese abandonado realmente a Fer, *al retirar de él la imagen del abandono*? Lo pensó sinceramente.Tantas veces tantos abrazos, aunque este adiós era singular; padre e hijo se saludaban desde lo alto de un péndulo inmovilizado en su punto de mayor tensión.Ya no habría más oscilación entre uno y otro. En cuyo caso,Alberto dejaba atrás el país

lo mismo que a Fer. Esta era su tierra remota, su roca y su claustro, por eso Fer era el hijo-mundo y Alberto el padre incompleto que se debatía entre la gracia y la culpa, dudaba entre dejarlo solo y sostenerlo siempre, buscaba excusas y encontraba reparos, advertido a cada paso de las trampas del abandono.

En ocasiones pensaba que solo al interior de ese sistema de correspondencias las cosas encontraban cierto orden, como en las tablas de una ley personal. El abandono dejaba atrás las ideas y eliminaba los argumentos.Podía identificar sus manifestaciones sin mayor esfuerzo, y hasta llegaba a sentirse seguro en sus dominios porque restituía la verdadera naturaleza de las relaciones. El miedo al abandono, además, reinaba sobre el interés y justificaba la humillación. Ese miedo era el mismo Padre invocado en la cruz, pero el abandono en sí, *su abandono*, se le aparecía como un Dios claro y determinado, un soberano implacable, con su principio rector («*Morirás lejos*»), sus leyes insalvables («*No creerás al prójimo*», «*No mirarás atrás*», «*No buscarás recompensa*»), su teología del sacrificio con su debida excepción a la regla («*El padre abandonará al hijo, pero el hijo no dejará al padre*»), y su retorcida perversión central («*Amarás el abandono como a ti mismo*»). Cada suceso debía someterse a estos principios doctrinarios como un decálogo del NO, y del cual Alberto se había servido sistemáticamente para no ser arrastrado por el autoengaño. Nada se le había escapado en lo concerniente al abandono durante los años de crianza; ninguna novedad propia o ajena había sido capaz de sorprenderlo, salvo quizás ese postrer anuncio del hijo que lo despedía en la losa del aeropuerto (*Viaja tranquilo; yo te escribo*), como si heredara del padre el daño de una deuda inmerecida. Como si Chile fuese el daño, pensó, y él,Alberto, dejara abandonado a su hijo allí.

La angustia lo abatió.Y él que había pensado liberar a Fer con su partida.Yéndose, calculó, lograría evitarle la condición de testigo del padre que él había detentado en otro tiempo, a contracorriente de sus entusiasmos; esa condición ante la cual finalmente se había rendido y arrancado los ojos y sucumbido bajo la luz inútil del que sabe sin saber lo que sabe, ya terminado cuando alumbra, disuelto en la

generalidad de la cosa y ofrecido desnudo entre las páginas de un libro, un único libro que lo arrojaba lejos, sobre la espuma de los días en una ciudad remotísima, con un efecto de vaciamiento tan intolerable que no concebía oír de Fer similares intenciones y motivos (*quédate tranquilo; todo va a estar bien; yo te voy a escribir a ti*). ¿Se daba cuenta él de lo que esas palabras significaban? ¿Cómo podía explicarle que no había tregua ni recompensa para el testigo del padre, que las camas de los testigos eran siempre solitarias en la literatura chilena, como decía el Mudito, y que el suyo no era un ejemplo a seguir ni a imitar?

Levantó la vista. De pronto tuvo la urgencia de llamarlo. ¿Dónde estaría? Le había dicho que partiría de viaje al sur con unos amigos en las mismas fechas que él aterrizaría en Santiago, y no regresaría sino hasta fines de mes, cuando Alberto ya hubiese regresado a W. Una lástima que se cruzaran, pero ¿acaso la discordancia en las fechas no deslizaba una queja? ¿Y qué podía hacer en ese caso? ¿Esperarlo aquí y sorprenderlo? No, aquello sería obligarlo de algún modo; mejor que su hijo quedase excluido de su descenso a las regiones inferiores. Preservarlo del trance donde su esfuerzo se había convertido en subjetividad pura, arrancado del tiempo por su novela de formación hasta llegar a un borde donde transitaba solo con su *ümwelt* que fallaba ahora de manera estrepitosa. Así también debió ocurrirle al cachorro esa noche junto a la tumba de agua. Las señales le habían llegado atrofiadas y en su radar los datos no coincidían, haciendo no solo del futuro algo incierto y resbaloso, sino que desplazando toda la estructura de la realidad fuera de su alcance, como algo irreconocible. ¿Acaso no era esa la situación ahora mismo, parado allí en la orilla de un café con piernas?

Decidió tranquilizarse. Tranquilo, tranquilo; no se agite. Se hacía tarde para su cita con Ruiz. Dejó una propina y salió del local buscando enganchar un taxi con la nariz cuando ya el funcionario experto en marranos se había alejado hacía un buen rato. Qué perro tonto, pensó una vez en la calle: venir a ahogarse en una piscina no más grande que un vaso de agua.

4

SITUACIÓN IMPOSIBLE

Habían quedado de reunirse en un cafetín del barrio Rosal, en el interior de la plazoleta del Mulato Gil, y al bajar del taxi Alberto se sorprendió de encontrar a Ruiz en compañía de Florenciano.Apenas se conocían con el crítico que de acuerdo al reporte preliminar de Frank había reseñado su libro de forma tan mezquina, y Ruiz se encargó de introducirlo para romper el hielo.Aquí le presento a un nuevo escritor, pídale un autógrafo aunque le pese la mano, dijo. Se rieron entre ellos sin que Alberto capturara el chiste. Florenciano dijo algo en tono de reproche que Alberto no entendió. El diálogo sonaba pueril, enigmático a su manera. Pensó en dos viejos compañeros de colegio que se burlaban de los días pasados frente a la maestra que conquistaba sus corazones.Te acuerdas de la señora Rojas, aquella que usaba un delantal transparente y te respiraba encima el tufo a kerosene. Cosas así. Parecían alegres de tener público y que alguien se les uniera a la mesa, aunque la conversación no merecía mayor atención, o acaso por eso mismo, como una lluvia ácida que caía en diagonal, animada por las voces graciosas que Ruiz y Florenciano intercambiaban sin esperar una reacción para continuar.

Condescendiente, Alberto acomodó su cautela a lo que sin duda constituía un rito de paso. Él era el nuevo de la clase, acababa de ingresar a la sala con aire desprevenido y sus cuadernos bien ordenados bajo el brazo. Debía ser paciente. Tenía hambre, y reparó que no había ingerido alimento alguno desde el desayuno en el avión y los quesos servidos en la terraza de Frank. Un mozo se acercó y él ordenó rápido un sándwich que nunca llegó, y cuando lo hizo no pudo disfrutarlo del todo porque el diálogo se lo impedía. Florenciano hablaba de sus dificultades para obtener una erección la noche anterior, y Ruiz se burlaba, aconsejaba métodos; si adormecía la mano presionando el brazo entre las piernas durante dos o tres minutos lograría enseguida una insensibilidad estupenda, solo tendría que entregarse al fantasma de la tercera mano para alcanzar el éxtasis, un truco viejo transmitido por un actor de teleseries cuya adicción a la

cocaína había derivado en estados parecidos de déficit atencional. Florenciano se resistía al consejo, reclamaba contra la indecencia del sucedáneo: lo había intentado todo y su bandera seguía arriada en la base, como un pañuelo sin vena. Si cada uno pudiese doblar las espaldas hasta besar su propio mástil, nadie saldría de su casa, sentenció Ruiz. Faltaba más. Por eso andas medio curco por la vida, advirtió Florenciano. Al menos lo intento, dijo el otro. Reían y se cacheteaban como dos payasos delante de un público lego, incapaz de seguir sus giros y acrobacias. Querían ablandarlo, eso era seguro. Que pensara en la vanidad de su esfuerzo; de nada servía quemarse las pestañas durante años frente a una pantalla de computador para terminar compareciendo ante semejante pareja de idiotas; ellos eran los dueños de casa, que no se hiciera ilusiones.

—Tienes que empujar tu obra —le estaba diciendo Ruiz a Alberto—. Los libros no se abandonan ni se dejan solos; hay que acompañarlos, como a las señoritas.

—Qué sinvergüenza eres —dijo Florenciano—. Pensar que eso mismo es lo que he hecho contigo, acompañarte, y tú me respondes ofendida por unas líneas de más en el diario. Eres una desagradecida.

—Y tú no tendrías que haber escrito eso —dijo Ruiz.

—Anda, anda —picó el otro, movido por el orgullo—. Revisa lo que dije de ti en la antología de cuentos, y no solo allí; todas las alabanzas que siempre te he dedicado, ¿y para qué? ¿Para que me rehúyas así? No puede ser.

—Escúchalo, escúchalo cómo miente. —Ruiz se dirigía a él solo para adornar su réplica, mientras Alberto observaba las manos de Florenciano, largas y huesudas, con manchas en el dorso y salpicaduras pecosas; verdaderas garras pero delicadas, pensó—. Hazme caso —estaba diciendo Ruiz—. Uno tiene que apoyarse en esta gentuza para salir adelante.

—Vivo fuera —dijo Alberto sin ganas—. Qué puedo hacer.

—Con eso no se llega a ningún lado —declaró Ruiz—. Aquí hay que inclinarse y agachar la cabeza hasta tocar madera. Si no, nadie te escucha. ¿O acaso crees que basta con escribir? No, señor. —Alzó el dedo índice, gordo y nudoso, para moverlo frente a Alberto diciendo

varias veces NO, eso NO se hace—. Hay que hablar con este, y luego con aquel otro, y hacerle nanái en las espaldas a este señor. —Y Ruiz acarició el hombro de Florenciano con auténtica fruición. Este hizo una mueca desdeñosa, sin importarle si era elogio o pulla, y luego Ruiz cambió de brazo para posar su otra mano en el hombro de Alberto, sobándolo a su vez—.Tienes que empujar, empujar y empujar —agregó, dando un tono didáctico al consejo—. Hasta que ceda lo que tenga que ceder, ¿me explico?

Claro que se explicaba. Ellos eran una patota y había que unirse al aire de chanza y comedia que los dominaba. No bastaba con poner la punta del pie, retirándolo luego horrorizado por los trozos de piel confundidos en el barro; no, señor, eso quedaba para los genios y señoritos, pero ninguno de los allí presentes eran una cosa ni la otra: se necesitaban no solo los pies, las manos y el pecho, sino también las uñas, los mocos, la saliva, el piñén y el ácido de los sobacos para incorporarse con plenos derechos y deberes a la mesa. Lo otro era simplemente seguir participando, estaba diciendo Ruiz.

—A ver, cómo se hace —se oyó decir Alberto con una leve impertinencia.

Ruiz abrió los brazos, como si de verdad se sorprendiera.

—Somos tus amigos, ¿o no? —dijo sin molestarse—. Por algo estamos aquí contigo, conversando.

—Sí, somos tus amigos —aseguró Florenciano—. Escúchalo a él, que sabe muy bien de lo que habla, el muy ingrato.

—No me interrumpas, estoy hablando de cosas serias —soltó Ruiz, y volvió a dirigirse a Alberto como si se tratara de un ejemplar de muestra antes de exhibir el original. Se volvió a Florenciano con gesto ampuloso—: Él es un autor concienzudo y quiere lo mejor para su trabajo, ¿estamos? De modo que el caballero aquí presente, y quien habla, podemos servir de consejeros si hay disposición a escuchar.

—Tu libro no era malo —acotó Florenciano, dando prueba de seguir a Ruiz al pie de su discurso—. Deprimente, sí. Pero malo no era.

—Incluso se ha vendido algo —concedió Ruiz—. ¿Preguntaste en la editorial?

Alberto negó con un movimiento de cabeza. Se sentía estupidizado

por el papel que le asignaban.Y sin embargo, en su fuero interno, admitía que los necesitaba. No solo eso. También estaba dispuesto a jugar ciertas cartas si se lo pedían. No eran malas personas, aunque justamente ese parecía ser el problema principal. En medio de su natural bonhomía, equilibraban tomas y dacas con aspavientos de gran croupier en un casino de provincia, voceando nombres y meneando fichas como si la administración de esas mesas fuese un asunto de moralidad patriótica. La clientela era exigua, por lo demás, y había que mantener día y noche la puerta entornada. Las sorpresas no eran bienvenidas. Sin arriesgar nada serio, acaso porque no había nada que arriesgar en absoluto, Ruiz y Florenciano mantenían en esto un servicio de crédito literario que se distinguía poco de cualquier otro sistema de funcionariado. Publicaban sus libros, editaban otros, reseñaban las novedades nacionales con esperanzada familiaridad, impartiendo aquí y allá el gusto medio con generosidad matemática según los antecedentes del postulante. Una gloria inobjetable quedaba reservada para los muertos que releían. No había otra forma de conservar el orden en la colmena, que para el caso más parecía un avispero. Adustos y mezquinos la mayor parte de las veces, solo daban muestras de liberalidad cuando un gerente entrometido alegaba cifras de inversión publicitaria por recuperar, compromisos adquiridos y famas contractuales que se debían cumplir. El negocio no era ningún negocio, pero se podía sobrevivir.

—Hay algunos concursos donde podríamos presentarte —advirtió Ruiz.

—Sí, a mí me llaman todo el tiempo para ser jurado —sugirió Florenciano—. No hay que descartar nada.

—Ni siquiera figuro en las promociones de la editorial —se lamentó Alberto.

—Eso es porque publicaste por fuera —volvió a mentir Ruiz—.Tu nombre no es un gasto que podamos asumir nosotros; digo, como filial. La caja es muy estrecha. Pero eso se puede remediar.

—Si ganas un concurso, ya estás adentro —confirmó Florenciano.

—Si te interesa, claro —volvió a decir Ruiz.

—Es interesante —dijo Florenciano para sí mismo.

El diálogo se volvía pegajoso. Salvo Florenciano que miraba al cielo con aire distraído, Ruiz y Alberto tenían aspecto de apostar a los caballos en las escaleras del metro. Interesante. ¿Le interesaba entrar? Pensó en Frank.Y Alberto que creía haber dado un paso al frente cuando dejó a su cómplice en la barra del NO. Quizá su amigo llevaba la razón con su negativa a llenar la página, cualquier página: así no se daba chances de oír marranadas. Pero de nuevo, o incluso por ese mismo motivo, también podía ocurrir que Frank estuviese al tanto de la invitación y la impulsara desde las sombras. ¿No había insistido acaso en preguntar por Ruiz hacía unas horas, cuando lo visitó en su terraza? (*Ruiz estuvo por aquí* —le había dicho—. *Dime a qué horas vas a encontrarte con Ruiz*.) No solo corregía su nuevo manuscrito; además, debía estar informado del destino que correría. Para pujar y sostener una alianza con Ruiz, necesariamente debía tener a la vista *todo el juego*. Semejante posibilidad en manos de Frank lo enfermaba de veras, y sin embargo era más que probable. *Todo el juego*, volvió a pensar, con náusea y pavor, mientras Ruiz y Florenciano seguían payaseando a su lado, esta vez en relación con un encargo académico.

—Podrías dar una charla sobre Bolaño en mi universidad —estaba diciendo Florenciano—. Yo soy el encargado de cátedra.

—Bolaño, Bolaño, Bolaño —dijo Alberto con ironía musical—. Es de lo único que oigo hablar desde que se murió.

—Pero tú lo conociste bien, ¿no?

—Nadie conoce a nadie en el manicomio —dijo Alberto.

—Es un buen punto de partida —terció Ruiz.

Alberto se contuvo. Aquellos dos habían llegado rengueando al coro de expertos que finalmente había aceptado la preeminencia Bolaño en su propio país, y si bien era mejor tarde que nunca, era asombroso verificar cuán lejos había quedado la verdad de la impostura que ahora lo celebraba por aclamación. Lo sorprendente, al menos para él, era que nadie se retractara de la antipatía y el viejo recelo hacia el autor de Blanes, y en cambio ahora su nombre corriera por esos mismos bolsillos con el peso de la ficha más prestigiosa.

—Hoy todos *se sirven* de Bolaño —dijo Alberto con cansancio, sin disimular el énfasis—. La impunidad de la fama es cosa bastante triste.

—O milagrosa —dijo Florenciano—. Deberías alegrarte que haya ganado.

—Sí, pero adivina cuántos dedos sobran aquí entre quienes lo defendieron —dijo, atrevido, y levantó una mano, la mano derecha con una sonrisa al lado para mayor espanto de Ruiz y Florenciano, que por un segundo lo miraron consternados.

—Qué te pasa, huevón… —se encabritó Ruiz—. ¿No estás contento? ¿Quieres cagarte en nosotros?

—Tranquilo, está bromeando —dijo Florenciano, como si bromeara.

—Es la verdad.

—La verdad importa un pepino —insistió Ruiz—. Estamos en Chile, pelotudo. ¿Quieres o no que te hagan hueco?

—Claro, cómo no.

—Entonces anda donde este señor y haz una charla como corresponde en la cátedra que corresponde, y déjate de pensar en las sutilezas de la escuela de Frankfurt.

—No te metas con mi familia —dijo Florenciano, que había dejado a Ruiz el rol de policía malo mientras él velaba por el buen humor de la velada—.Ya sabes que Frankfurt es mi debilidad.

—Tú no distraigas al caballero, que tiene problemas de conciencia —dijo Ruiz, ofensivo de una manera que pretendía ser cariñosa,como si no quisiera dejar pasar la oportunidad de clavar un aguijón junto con el apretón de manos—. Estamos a punto de llegar a un acuerdo que nos favorezca a todos.

—Bingo —rió Florenciano.

—El señor te abre su casa. —Ruiz indicó a Florenciano y luego a sí mismo—, la editorial lleva tus libros, y tú te presentas con tu lindo acento de extranjero para contarnos de tus viajes por el mundo.

—Bingo —volvió a decir Florenciano, cada vez más convencido.

—¿Estás de acuerdo? —lo apuró Ruiz.

Alberto no dijo no, más bien asintió con un ligero movimiento de cabeza.

¿Se miraron entre ellos? Alberto no podía estar seguro. Había puesto un pie en la jungla y ahora se le pedía que avanzara con todo el cuerpo en medio del humo y la niebla, sin reservas de paseante. Si

se enlistaba podría articular una respuesta que aparecía como urgente, aunque ello significara perder su libertad, que por otra parte era minúscula y sin mañana, tal como lo estaba resintiendo desde su llegada a Santiago. Se iba a convertir en soldado de un ejército sin cabeza, convocado por el clarinete de Ruiz y la mediocridad de Florenciano. Junto a ellos podía sentirse seguro, solvente: no habría derrota, pero tampoco esperanzas de auténtico triunfo, y en esa elocuente simetría Alberto no podía ver sino la mano de Frank. Había un plan, tenía que haberlo. Forjar alianzas confusas o caóticas había estado siempre en el interés de Frank, la invitación llevaba su firma y factura, tanto como las llamadas telefónicas a W. Si estaba siendo convocado por intermedio de Ruiz, su odiador más enconado, era precisamente para ponerlo en el secreto. Sacar las castañas con la mano del gato. O más bien ponerlas. Algo así, especuló. Cada uno luchaba por sí mismo, pero solo muy pocos sabían contra quién luchar, en qué momento y por qué. No era el discutible botín lo que movilizaba las energías de Frank, por otra parte, sino el plan mismo, la intriga como único entusiasmo. Conocía bien a su amigo. No había otra fuerza capaz de sacarlo del tedio chileno: su esfuerzo, su pulsión, su neurosis incluso, era el canon.

¿Sería posible? Al canon se llegaba de dos maneras, según lo entendía Alberto: por una posición de autoridad (lo que era una impostura por donde se lo mirase) o por una situación de debilidad (lo que no dejaba de ser un consuelo); es decir detentando algún poder o manifestando indefensión, a través de un golpe de ingenio en la mesa o de una frágil y trabajosa legitimidad.Alberto se abrazaba a la debilidad, y no necesitaba mayor esfuerzo imaginativo para saber que Ruiz y Florenciano lo miraban desde la orilla opuesta. En cualquier caso, se requería cierta certeza en el propio valor para alcanzar el canon por el que se desollaban vivos los escritores, y Frank se aprovechaba de esta convicción para reclutarlos. Él los necesitaba a todos por igual: a los tímidos y a los voraces, a los ensimismados y a los bocones, a los que quitaban el saludo tanto como a los dispuestos. Él pasaría la antorcha del NO sobre el rostro de quienes se creyeran capaces de semejante apoteosis de sí mismos. Quien diera un paso al

frente se convertiría en soldado de Frank; ganaría la gloria y estaría perdido gracias a él. La operación perfecta. ¿Sería posible? Frank se iba a apoderar del tablero, de *todo el tablero*, volvió a decirse con espanto. La única restricción que tendría entonces sería el anonimato, su rival más enconado. Frank no podía darse a conocer bajo riesgo de ser apuntado con el dedo.

Una sensación de rapto total volvió a sorprenderlo. Alberto observaba a Ruiz y Florenciano como si se tratase de muñecos enviados a parlamentar en nombre de una potencia maléfica y sin embargo colaborativa, grupal. ¿Qué de malo había en ceder y sumarse a la cuadrilla, en efecto, aun cuando todo fuera una idea obsesiva de Frank? ¿No era eso en parte lo que él había buscado al publicar su ficción documental? ¿Acaso no estaba interesado en conquistar lectores, colonizar territorios, diseminar el nombre de la cosa? ¿O solo buscaba transmitir una experiencia intraducible y escurrirla en voz baja como una mancha en un funeral? Pero, en ese caso, ¿qué tipo de insinceridad lo llevaba a hablar consigo mismo y en voz alta para que lo oyeran los demás? ¿Por qué su espíritu se retorcía de esa forma? Mejor haría en ocupar su tiempo escalando el morro junto a la tropa. Bien mirado, podía ser una oportunidad para no quedarse solo al pie de la montaña. Si no se decidía pronto en lo que a capillas, cenáculos y escritores concernía, Ruiz y Florenciano lo harían por él. Es lo que de hecho estaban haciendo en ese preciso momento: mostrarle el camino, llamarlo junto a ellos.Y además, ¿qué diferencia había entre unirse a una patota negra u otra roja si en ambos casos la impostura resultaría idéntica? Pero ¿acaso no había escapado ya suficientemente *lejos de él mismo* como para insistir en evitarse un lugar *junto a los otros*? Ser extranjero en su propia casa no tenía ningún sentido.

—Vamos arriba —soltó Ruiz, indicando un lugar impreciso fuera del patio.

—¿Nos vas a revelar un secreto? —rió Florenciano.

—Tú no digas nada —lo conminó el otro.

Se levantó aparatosamente del asiento, ahuecando bajo el brazo un lío de carpetas y papeles en los que hasta entonces Alberto no había reparado.

—Voy a empezar por regalarle unos libros al señor aquí presente —advirtió—. ¿Te parece bien?

—¿Libros? —Florenciano ya se había puesto de pie, a su lado—. ¿Qué libros?

—Tuyos y míos —aclaró Ruiz—. Y otros que nuestro novel escritor haría bien en revisar.

—Pero en ese orden, por favor: tuyos y míos —dijo Florenciano, y se volvió hacia Alberto—. Deberíamos hacerte una lista. Una especie de biblioteca. ¿Has leído mis libros?

—Algunos —se disculpó él.

Mentía de forma grosera. Apenas seguía las críticas que Florenciano publicaba en el periódico, y malamente podía recordar uno o dos títulos de su obra. En rigor, navegaba en un mar de indolencia respecto de quienes podía llamar sus colegas. Leía todo lo que caía en sus manos, hojeaba novedades y reediciones, se informaba de las visitas célebres cuando ocurrían, pero su inventario terminaba invariablemente dominado por un regusto a precariedad. O todo se parecía demasiado a lo mismo, o bien no había un rango para fijar valores diferenciados. Era extraño. Lo había discutido mil veces con Frank en la barra del NO. El estado del arte era miserabilísimo. Mirado en perspectiva, poco había cambiado el eriazo, remoto y presuntuoso territorio desde los tiempos en que el poeta Lihn enviara aquella carta a los hijos de exiliados chilenos reunidos en Rotterdam, miles de años atrás, y ante cuya lectura Alberto había escuchado el primer reproche serio a sus planes de regresar, junto con la admonición a desarrollar otros intereses y habilidades, pero sobre todo a olvidarse de Chile.Volver no valía la pena. Recordaba bien el recitado de la carta de Lihn: *un solo crítico, ninguna revista, dos salas de conferencia, un lugar de reunión, nada*.

Esa había sido también la juventud literaria de Alberto y Frank. Que ahora Ruiz, Florenciano y él mismo levantaran un quiosco a la salida de la plaza, no iba a cambiar esencialmente el fondo del asunto. La literatura chilena seguiría cerrada por inventario, con su voluminoso tráfico atascado entre la complacencia y el autoengaño, la promiscuidad de las listas y los apoyos endogámicos, los bombos

mutuos y los autobombos, como si en escena los personajes exageraran su magnetismo y declamaran eufóricos sus textos ante un teatro vacío.

¿De veras le interesaba entrar allí? Pero ¿dónde si no?

El clima interno se revestía de un optimismo industrioso, por lo demás, con gente que no tenía dónde morirse pero vivía obsesionada con la balanza comercial. Aquel país de Lihn seguía siendo chato, artero, ferozmente disciplinario. Las charlas de adoctrinamiento siempre habían sido la especialidad de la casa, y la consecuencia estaba a la vista en los énfasis burlones de Ruiz y Florenciano. Criticaban su orgullo y *amor propio*. Por esa vía no iba a dar pie con bola.

—Un pecado, el peor de todos —le estaba diciendo Ruiz, mientras retomaba su arenga con actitud profesoral ante un alumno remolón—. Al revés, aquí hay que ser un poco menos para poder ser más, ¿entiendes? Doblar el lomo; un poco, no mucho tampoco, lo suficiente para convertirse en algo no tan especial. Acercarse a los demás, aunque sea mentira, ¿me sigues?

Alberto asintió. Se habían puesto de pie y se aprestaban a marcharse de la plaza del Mulato Gil cuando Alberto dijo sí con la cabeza, claro que sí. Era lo que debía hacer: levantarse, seguirlos, obedecer. ¡*Rendición incondicional*!, pensó, y el recuerdo de Frank en la barra del NO volvió a su mente como una risa porfiada. Su amigo solía parodiar la frase en tono agudo y burlón, imitando con la garganta apretada aquella histeria del mando militar: ¡*¡¡Rendición incondicional!!*!, reclamaba Frank entre sonrisas de gato, mezclando la amenaza y el miedo, pero la orden recaía ahora sobre Alberto con un reflujo ácido.Vaciló. ¿Qué podía surgir de allí sino más esclavitud? ¿Qué había nacido entonces sino más vileza? Se le ocurrió que en el fondo la unidad de propósitos surgía de la geografía. Levantarse como una enorme montaña, volcarse como una inmensa marea humana, resurgir de las ruinas como una sola gran nación. El catálogo de imperativos atiborraba los estantes y suicidaba a quienes se salían de la fila. Debía tenerlo presente. Las explosiones eran castigadas severamente, mientras que las implosiones se toleraban con recelo. ¿Hacia allá era

donde debía dirigirse, siguiendo los pasos de Ruiz y Florenciano? ¿Convertir aquella «¡*Rendición incondicional*!» que había refundado el país en una llave de acceso para él mismo? Era raro que nadie hubiese escrito algo más enjundioso sobre ese grito pelado que colgaba de la historia de la obediencia en Chile y se había encarnado de muy distintas maneras en las vidas reales, en la suya y de los otros, a veces hasta secarlas. Quizás tendría que hablar de eso en la conferencia del Foreign Brain: ser pusilánime o ser valiente, ser un poco menos o ser un poco más, no ser nada para ser algo… ¡¡*¡Rendición incondicional!!*!

La frase empujaba su recuerdo.

Ocho o diez años atrás, Frank la había soltado por primera vez como un saludo o una carcajada en ese mismo patio de la plazoleta del Mulato Gil, donde se habían citado para asistir a la presentación de Bolaño que visitaba el país después de dos décadas de vivir fuera. Aquella visita de un elemento extraño y al mismo tiempo familiar bajo la figura del joven literato que había dejado la tierra natal en completo anonimato, para volver muchos años después convertido en un escritor cuasi prodigioso, traía oculto el imperativo de la batalla. Era lo que Frank le había dicho, tras identificar de inmediato el corte del personaje. Él no iba a engañarse respecto a Bolaño. Su presencia removía y agitaba la modosa indiferencia de la literatura chilena con un efecto ciclónico, cuando no ciclópata, dejando al descubierto sus ansias y deseos, sus flojeras y esfuerzos, las aguas turbias y las corrientes claras que venían a encontrarse, revolverse y confundirse en la recepción de aquella tarde de verano bajo las sombras del patio. ¡*Rendición incondicional*!, le había soplado Frank a su lado, en voz baja y casi en secreto después de escuchar a Bolaño.Y los dos,Alberto y Frank, habían reído; claro que sí.

Su olfato resultó infalible. No había cómo confundirse, y al final del acto de presentación un lío mayor entre los asistentes había puesto en evidencia que algo distinto se agitaba al fondo del saco.Todos se acercaban al estrado con el genuino deseo de felicitar a un par reconocido en el extranjero, pero el apuro por estrecharle la mano delataba al mismo tiempo lo que unos y otros echaban en falta para ser los escritores que eran.Ya se tratara de talentos emergentes,

reconocidos integrantes de la nueva narrativa, bulliciosos y anárquicos representantes de la contracultura o neutros comentaristas de los dioses locales, una motivación común reunía a ese enjambre de diferencias en torno al recién llegado: Bolaño leía, y leía muy bien, incluso a veces mejor de lo que escribía, y ellos necesitaban con urgencia a un lector, al más exigente y dotado posible para contrarrestar el desierto, paraíso o agonía donde cada cual persistía con no poco heroísmo. Porque en Chile nadie leía, y ellos, los escritores, entonces se morían. No de hambre ni de sed, sino de un bienestar desatento que desde hacía años les bostezaba encima.

Para entonces la literatura había dejado de ser el carro de fuego donde iban los mejores. Atrás quedaban los tiempos briosos del alumbramiento inicial tras dos décadas de censura, y lo que había sido un impulso de novedad en los años inmediatamente posteriores, ya empalidecía, recaía, extraviaba su fuerza y perdía tracción en el barro de la respetabilidad recién conquistada. Por lo demás, el público prefería el televisor a las ficciones. Los nuevos hábitos desviaban la atención hacia un consenso inocuo, sin fisuras, donde los viejos ideales se canjeaban por el derecho al consumo, alejándolo de la incomodidad del pasado. Con su éxito a cuestas, Bolaño sacudía el molde al mismo tiempo que inyectaba esperanzas a la flema literaria. Su visita era una aliada providencial contra la creciente indiferencia. Por eso, casi sin excepción, los escritores se habían dado cita en la plaza del Mulato la tarde de la presentación.

Huelga decir que Frank los despreciaba a todos por igual. Estrictamente hablando, había sido el primer lector de Bolaño en Chile, se había preocupado de introducirlo en los medios adecuados, había insistido en colocar su nombre en las listas de jurados que podía recomendar, y si ahora su personaje aparecía en cuerpo presente, era en parte porque Frank no había cejado en la pertinencia de traerlo, contar con él para fallar un concurso de cuentos, presentar la reedición de una de sus novelas, o simplemente conocerlo. Frank lo consideraba casi un logro personal. Había puesto a prueba su capacidad de maniobra y obtenido éxito en el intento, salvando todos los obstáculos que impedían un primer reconocimiento de Bolaño en

su propio país.

Podía estar satisfecho, aunque la reunión terminara a las patadas, o incluso por eso mismo: cada quien tiraba de la manga del escritor que publicaba en la serie de libros amarillos de Anagrama que Frank coleccionaba con una dedicación rayana en el fetichismo, para finalmente, sin saber cómo, terminar la jornada comiendo los tres juntos con Alberto en un restaurante. Brindaron por las amistades hechas y la buena fortuna que había traído de vuelta al remoto poeta del Biobío desde la aún más lejana localidad veraniega de Blanes, en la costa catalana, y un aire prometedor se instaló en la conversación. Hablaron de libros, revistas, grupos y movimientos con la extraña impresión de dar vuelta la página del tiempo, pero no en un sentido continuo, hacia atrás o adelante, sino en dirección ascendente o descendente, o incluso transversal según fuera la perspectiva, marcando una delgada línea de filias y fobias (*Schultz, claro que sí; y el tercer mosquetero polaco, Witkiewicz, cómo no* —decían Alberto y Frank, saboreando la sorpresiva complicidad—; *pero no me dejen fuera a Iwaszkiewicz* —retrucaba el otro—; *¿Iwaszkiewicz?, Ignatius ¿Iwaszkiewicz?* —preguntaba Frank, desconcertado, y Alberto decía que sí, pero no—; *este otro era Jaroslav* —los corregía Bolaño con el cariño del recién llegado, y las consonantes se le enredaban en la boca como hilos de alambre eléctrico).

Instalado durante horas en aquel diálogo memorioso, Bolaño demostraba ser efectivamente un lector privilegiado que admitía barrer con los ojos hasta los boletos de micro, según declaraba con orgullo.

—Todos van a pasar por ahí —le comentó Frank a Alberto una vez que se despidieron del escritor y quedaron los dos solos—. Algunos se van a quedar a vivir y otros van a seguir de largo, pero todos van a pasar por ahí.

Alberto creyó que exageraba. En un primer momento atribuyó la profecía al orgullo loco de Frank y su incurable necesidad de poner fichas en el tablero. Bolaño ofrecía esa posibilidad; ambos pertenecían al mismo linaje guerrero, aunque lo expresaran por vías muy distintas. Incluso podía decirse que Frank buscaba reivindicarse a través de

aquella distinción, aunque luego los hechos le dieran la razón. La celebridad es una carta que cada escritor guarda escondida dentro de sí hasta el preciso instante en que debe mostrarla: si falla, si calcula mal los tiempos, todo se arruinará para él y perderá en una jugada lo acumulado durante años de trabajo. Si sabe medir los ritmos propios y ajenos, en cambio, exhibirá la carta del éxito cuando otros se la exijan y ya nada ni nadie podrán derribarlo porque él mismo ha vencido sobre la promesa.

Algo así había ocurrido o estaba por ocurrir con Bolaño durante su primera visita a Chile: recibía invitaciones de personajes de derecha e izquierda, compartía con anarquistas y funcionarios, asistía a respetables cenas en su honor y a bacanales de mariscos crudos (que él apenas probaba, disculpando su cautela con el hígado averiado) con los poetas reunidos en el Mercado Central, y todo esto lo hacía sin hablar demasiado, apenas lo imprescindible para no resultar falto de tino y urbanidad, observando y asintiendo mientras catalogaba con ayuda de Frank y Alberto a sus entusiastas anfitriones. Como si el estilo reservado develara el modelo de sus personajes, aquellos poetas bárbaros que circulaban a lo largo de una línea delgadísima entre la inocencia y la crueldad absolutas. Para todos, por otra parte, Bolaño era el escritor recobrado. O más bien el escritor recobrado *en ellos mismos y ante los demás*. Como si en su nombre cada uno sumara otra chance más a la literatura, a sus posibilidades latentes y a los sentidos nuevos que era capaz de revelar. Al menos es lo que sucedía con ellos, Frank y Alberto, en la barra del NO. En ocasiones se descubrían remedando a los detectives literarios de sus novelas, buscando con avidez las napas y corrientes subterráneas que atravesaban la dócil superficie de las páginas, aplicados como dos estudiantes en práctica a la búsqueda de huellas y descendencias ahogadas al fondo de una botella. No esperaban menos que los demás, y con años de ejercicios preliminares en la barra del NO, para ambos habría resultado imperdonable dejar pasar la ocasión de encontrarse con Bolaño durante aquella primera visita en el patio bohemio.

—Hola, yo soy Frank —le había dicho Frank, presentándose sin más etiqueta, y el otro había reconocido de inmediato al amigo escondido

entre las páginas de *El Nuevo Día*, aquel que había hecho lo necesario y mucho más de lo necesario para activar su presencia en Chile. Era su quinta columna hecha presencia, y no disfrazó la alegría de encontrarlo al fin y ponerle un rostro, facciones y muecas que hicieran tangible al fantasma de su retorno. Con Frank al lado, Bolaño ya no necesitaba de nadie más para sentirse en casa.

Rebobinando, Alberto especulaba que esa primera visita, al menos en un punto, bien podía ser vista como un plan de desestabilización o inicio de hostilidades ideado por Frank.Una vez concluido el viaje a Santiago, este se había esforzado por mantener informado a Bolaño a través del correo electrónico, oficiando de espía en territorio enemigo.Traficaba novedades, deslizaba rumores, movía piezas, comentaba movimientos de tropa y abría comentarios alusivos en las páginas de *El Nuevo Día*. Al cabo de tanto secretismo, resultaba casi inverosímil para Alberto que el propio Bolaño pretendiera inocencia o desconocimiento frente a las turbulencias que desencadenaba un artículo suyo publicado en Barcelona, y donde recapitulaba su reciente viaje al país natal, con juicios sobre la patria pasillo, su literatura de taller y una cena sostenida en casa de Diamela Eltit, la escritora de vanguardia por excelencia.

—Joder, ese texto es puro cariño; si están enojados es porque en Chile los escritores no saben o no quieren leer —dijo, sin ocultar cierta malicia en el comentario—. O bien es la cursilería la que impone las reglas.

—A ver —dijo Pilar—. ¿Qué dirías tú si mañana yo publico esta misma visita a tu casa de Blanes y te describo a ti y tu familia mientras nos preparas unas torradas?

—Espérate a probarlas —retrucó él sin dejar de esparcir abundante oliva sobre los panes y el tomate—. Están buenísimas.

Todos rieron. Alberto, Pilar, incluso Fer que venía de la pieza contigua y se frotaba el vientre al percibir el tenue aroma de las tostadas que salían del horno. Estaban en el departamento del Carrer Ample, en una de las arterias principales de Blanes, sentados alrededor de unas cervezas con y sin alcohol que acababan de recoger

del almacén, y planeaban salir a comer dentro de un rato, dejando a la abuela de Bolaño a cargo de cuidar a los niños.

La señora era de Villa Alemana y había llegado al balneario catalán semanas antes en un rapto de ejemplar voluntarismo por parte del nieto escritor, que no quería dejarla sola en Chile e insistía en la posibilidad de que se quedara a vivir con ellos. El proyecto, sin embargo, iba perdiendo impulso con el correr de la convivencia, conforme la gentil y buena señora expresaba a viva voz su desacuerdo con las rutinas de los dueños de casa y soltaba un reguero de reproches de variado origen, donde mezclaba su crítica a la liberalidad de las parejas abiertas —asunto sobre el cual su nieto escritor hacía una cuestión de principios— con la más irrestricta lealtad a Pinochet, detenido entonces en una clínica de Londres. Que el desorden en la pieza del niño, que los ruidos molestos a altas horas de la noche, que la llegada de amigos y conocidos en todo momento; en fin, así no se podía vivir, reclamaba ella. Con su protesta, sin embargo, la dama en cuestión solo conseguía poner en evidencia lo descabellado del plan ante los ojos del matrimonio Bolaño, que ya comenzaba a cuestionarse seriamente si debía o no echar marcha atrás en la proyectada mudanza.

Alberto y Pilar apenas daban crédito a la decisión de traer a la vieja dama para enchufarla en la existencia cuasi monacal que el escritor y su familia llevaban en Blanes, pero el caso ilustraba su desprendimiento mejor que cualquier solapa biográfica. La determinación de Bolaño se nutría de la particular idea del rescate de los suyos, no importando la procedencia o actividad de estos: los suyos eran los perdidos y desesperados, viejos y niños, aristócratas o analfabetos que poblaban su mundo imaginario con un deslinde claro entre los que valían la pena y los que no. Los primeros habían arriesgado la vida en algo, los segundos apenas se habían enterado. El olfato marcaba la línea, y luego el trato confirmaba su elección. Por supuesto, su tribu empezaba con la familia, aunque aquella noche de las torradas la abuela agregara a su regular queja doméstica una acusación de servicio encubierto, ya que los cuatro adultos aprovecharon su presencia en el departamento para salir de noche y

dejarla como niñera de los hijos que se afanaban en un juego de guerra. La vieja mujer resistió el encargo, pero al final tuvo que ceder.Todavía podían escuchar sus reclamos mientras bajaban las escaleras en dirección al restaurante, lo que no hacía más que inclinar la balanza sobre su improbable futuro en Blanes.

Fuera hacía frío y caminaron solo unas cuadras hasta meterse en un boliche donde sentarse a conversar. Al fin estaban solos. Pero ellos,Alberto y Pilar, no habían viajado desde Santiago para gastar las horas con el escritor que solo unos meses antes había agitado la bohemia en el patio del barrio Rosal, y en un momento se oyeron a sí mismos relatando de un modo atropellado, como si los moviera un apuro que les pisaba los talones, la pequeña historia que se desarrollaba detrás del itinerario que los llevaba con destino a París, luego de recoger a Fer en Madrid.

El muchacho tendría diez años cumplidos entonces, y en su muñeca todavía cargaba el reloj con la hora chilena para dejar en claro sus preferencias. Fer comprendía y aceptaba que debía salir de Chile; sabía que su madre no podía permanecer allí luego de las llamadas nocturnas y los animales degollados que lanzaban por encima de la reja de su casa en La Reina; asentía juicioso cuando le decían que en Madrid estarían más seguros hasta tanto no sucediera algo, aunque no alcanzaba a imaginar qué cosa podía ser aquello: un estrechón de manos en Londres, una nevada en los tribunales de Madrid, un salto simétrico en los minuteros del reloj con las horas del día y la noche mágicamente alineadas sobre el tejado donde dormía. Quién podía saberlo. Por ahora, viajar y atravesar fronteras parecía una forma plausible de aquietar el tiempo que había escapado enloquecido del círculo virtuoso adherido a su muñeca. Por ahora, ciertamente, los cuatro coincidían en que también era preferible no mencionar nada de todo aquello delante de la abuela de Villa Alemana.

—Tienes que hablar con ella, Roberto —dijo la mujer de Bolaño, como si recordara un despropósito que solo en ese instante adquiriera sentido.

El otro asintió con un movimiento de cabeza, pero Alberto tuvo la certeza de que no pensaba en su familiar pinochetista, sino en las

historias reales y en las inventadas, en los cursos que tomaban unas al montarse sobre las otras, y en cómo, qué distinto, cuánto se diferenciaban las historias vividas de las escritas, y lo inútil y triste que resultaban ambas una vez sucedidas. Bolaño había escrito y daría vida a tantas otras imágenes atrapadas en la malla del horror, inermes y como suspendidas en la pupila, que oír aquella historia de boca de Alberto y Pilar, y ligar el caso con lo que ya sabía de los talleres literarios de la Vía Naranja, constituía un exceso de realidad si no giraba el crimen como un guante y se cubría él mismo de literatura.

No tenía necesidad de confirmar nombres para entender quién era la madre de Fer, o por qué ella buscaba refugio en Madrid. El abuelo del muchacho, el padre de la madre, era aquel mismo preso sin nombre amarrado a la silla en el sótano del taller literario que funcionaba en el cerro Lo Curro durante los años setenta, y que un descaminado escritor había encontrado una noche de toque de queda mientras buscaba el inodoro en los bajos de la residencia (el informe legal anotaba que el torturado en la Vía Naranja había muerto con el cuello destrozado, «*haciendo palanca contra un escaño de la escalera y por medio de la torsión de la cerviz*». Una vieja fotografía colgada en internet mostraba incluso las distintas dependencias del lugar donde funcionaba el taller mientras se interrogaba a los detenidos.



Los detalles seguían siendo pasto quemado del periodismo. De acuerdo a la crónica, las sesiones del taller literario en Vía Naranja se habían desarrollado en la sala del tercer piso bajo la atención de la

dueña de casa, mientras el marido, un norteamericano de ultraderecha que ahora vivía bajo el programa de protección de testigos en su país, presumiblemente en las laderas del valle de Shenandoah, a solo una hora y media de W., impartía torturas a los secuestrados en el sótano de la residencia).

La fotografía era un cenotafio de los años setenta: la casa estilo modernista, el auto a la puerta, característico del hogar de clase media, y las enredaderas del jardín daban al conjunto un aire doméstico que el blanco y negro resaltaba con un halo siniestro. Gente de trabajo, diría cualquier visitante.

El episodio había sido narrado por el escritor Pedro Lemebel, primero, y luego por Bolaño como un caso ejemplar de la vida literaria en tiempos de dictadura,desatando —aunque por motivos distintos a los ideológicos— las iras de sus colegas en Santiago, que se veían injustamente retratados a propósito de la participación en el malhadado taller. Bolaño nunca había hecho caso de las quejas por su artículo, hasta ahora que parecía medir con una navaja su propia incursión, mientras oía la pequeña historia que traían sus invitados. Si la opacidad del orden literario local quedaba retratada en el episodio de la Vía Naranja, proyectando laberintos y reflejos tortuosos que hacían sentido con sus ficciones de literatura nazi, ese juego de espejos se volvía de pronto una matemática negativa en presencia de Fer. La muerte bajo tortura no era literatura, aunque rimaran y se tocaran en un punto ciego. Importaba poco que el crimen ocurriese en los bajos de un taller literario, una escuela para sordos o un servicio de grúas. Lo esencial era que esas víctimas anónimas de su relato de pronto tenían nombre y apellido, sus gritos pertenecían a personas reales, y no podían constituirse en excusa de otra cosa distinta al martirio de ellas mismas. La ficcionalización del horror podía ser un fraude de la pornopolítica en el peor de los casos, o una acusación tardía en el mejor de ellos.

Bolaño debió pensarlo, o al menos considerarlo, pero se abstuvo de decir algo, acaso maravillado por las coincidencias. No parecía prudente ni oportuno. Normalmente le bastaba prefigurar las simetrías que merodeaban en su imaginación para que se materializaran de

algún modo, y él mismo se jactaba de cierto don adivinatorio que lo guiaba como un radar, pero en este caso decidió no indagar más allá. Si deseaba una composición de lugar,suficiente con seguir las noticias llegadas de Chile en los últimos meses, donde abundaban los ataques a las embajadas, las declaraciones patrióticas, las peleas en las calles.Y encima estaba el bostezo.Y su abuela que protestaba.

—En qué habré estado pensando cuando se me ocurrió traerla —soltó al fin, como si hablara con su retrato—. Seguramente me hipnotizó.

Pilar preguntó si la abuela estaría soportando bien su rol de vigilante. De inmediato, todos discurrieron distintos cursos de acción posibles, como dejarla abandonada allí mismo con los niños a su cargo, volverse todos a Villa Alemana o seguir juntos viaje a Francia.Al cabo de tanto debate y risas, sin embargo, fue la propia dama quien ofreció la solución una vez que regresaron al departamento del Carrer Ample.

—Yo no vine a España para esto, Robertito —se lamentó ella nada más verlos entrar—.Vamos a tener que hablar muy en serio.

—Qué dices, abuela; si solo estuvimos dos horas fuera —dijo el nieto, y la fue empujando hacia el cuarto con la idea de seguirle la corriente—. Lo que sea, lo decidimos juntos, ¿vale?

Ellos esperaron a que la puerta se cerrara y luego Alberto partió a buscar a Fer que dormitaba en el cuarto del televisor. Enseguida salieron con Pilar de vuelta a la calle en busca de la casa donde se hospedarían.

Habían quedado de visitar Blanes solo por unas horas, de paso hacia Girona, pero bajo la férrea insistencia de Bolaño permanecieron al final dos días en el balneario, entre caminatas por el muelle, historias no sabidas y un montón de cigarrillos consumidos a lo largo de la playa o sentados en el restaurante que miraba a la bahía.

En su cementerio marino, sobrevolado por gaviotas y un aire más bien dulce y apacible, Bolaño era otro distinto al pasajero furioso que regresaba a Chile a cobrar su lugar, o al drogadicto de los desiertos de Sonora que luego construirían con esmerado patetismo los agentes publicitarios. Generoso, afable, conversador hasta el agotamiento,

trabajaba todas las mañanas en su taller de la calle del Loro y hacía un alto pasado el mediodía para recoger a su hijo en la escuela local.Volvía a encerrarse en las tardes y de no mediar visitas regresaba al departamento para la cena familiar. Seguía en esto una disciplina literaria a prueba de imágenes descabelladas,y solo la ansiedad por retener la presencia del eventual visitante intercedía en sus horarios y lo asaltaba con una especie de incontinencia melancólica. Lo demostró al oponerse tenazmente a que ese mismo día Alberto y Pilar siguieran viaje a Girona, arreglando las cosas de tal forma que pudieran hospedarse en la cabaña que una pareja de escritores amigos había dejado a su cuidado.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, Bolaño había golpeado la puerta con el primer cigarrillo ya encendido en la boca para llevarlos a desayunar al otro extremo de la playa. Pilar deseaba no retrasar más el viaje a Girona, pero tuvo que rendirse a la insistencia. Hablaron, bebieron café (té con leche para él), fumaron, caminaron, se tomaron fotos que luego Alberto mostraría en sus charlas de W. como un astronauta que lleva pruebas de vida en otro planeta, y volvieron a subir a la calle del Loro y a sentarse ya cerca del mediodía en otro café donde seguir hablando. Era incansable, frágil de un modo difícil de precisar, y no llevaba coraza. Quizás aquello era lo más notorio y notable de su carácter iracundo, cambiante según los flujos del mundo que lo rodeaba y del hígado que lo acechaba por dentro, inundado de bilis por la atrofia del colédoco, un conducto hepático que se había transformado en su verdadero enemigo y lo llevaba tan pronto a la risa como a la furia más seca.

—Allí está el bus; por favor, vámonos —imploró Pilar, observando a través del ventanal la fila de pasajeros que se movían a pasos cortos sobre la calzada para abordar rumbo a Girona.

Un ayudante cargaba los bolsos en el portamaletas y las luces intermitían en señal de alerta, pero Alberto estaba en medio del tercer café mientras Bolaño contaba de un tal Schapiro, con ceache y judío como él, pero checo este otro y autor de un cuento llamado «La cruz» que Alberto debía sin duda leer, mira que escribir un cuento con ese título siendo judío, y él decía: No te lo puedo creer, un pariente checo,

su nombre era Lamed, creo, dudaba Bolaño, mientras Fer dormitaba con la cabeza recostada sobre los brazos en el mantel y Pilar comenzaba a desesperar y tiraba puntapiés certeros bajo la mesa. En segundos el bus a Girona levó anclas y desapareció. Pilar hizo un gesto de reproche, pero casi enseguida llegó otro con destino a Figueres, desde donde podían coger el tren a Perpignan. Ella insistió por debajo de la mesa: no era prudente quedarse más tiempo allí, parecía decir, ya vámonos. Pero por qué, pensaba Alberto; qué de malo tiene seguir sentados conversando un rato más si nadie nos espera en ningún lado, es cosa de coger otro bus en la tarde o cambiar de dirección y movernos hacia otra parte.

—Podemos salir mañana temprano —dijo.

—Acá pueden quedarse cuanto quieran —apoyó Bolaño.

—Yo me voy, no sé ustedes —dijo Pilar, poniéndose de pie.

Fer despertó y agitó la cabeza como si el anuncio rebotara en su cerebro. Empezó a desperezarse al ver que ella recogía la maleta donde cargaban todo lo que llevaban, y Alberto se encogió de hombros y abrió los brazos para mostrar que también él se rendía a su determinación. Ya retomarían en otra ocasión, sin los apuros del turista. Luego lo reconsideró. Había algo completamente *masculino* en el modo que discurría aquella conversación. La imagen de un animal recolector vino a su mente; catalogaba novedades, comparaba títulos y chismes, descifraba comentarios sin aparente relación. Era sofisticado sin resultar ostentoso. Al contrario de Alberto, que de cierta manera aborrecía de los escritores y prefería los libros, Bolaño no hacía diferencias entre unos y otros, o más bien su trabajo de escritor consistía en fijar la línea que los confundía en la obra y los borraba en la biografía. Los escritores, hombres y mujeres, eran sus héroes reales con sus batallas de papel, y quizá no hubiera otro que se ocupara de ellos con tanto humor, conocimiento de causa y abundancia. Los conocía a todos y, acaso como Frank, también a todos los necesitaba.Al contrario de Alberto, que veía en los poetas una manada de lobos que se celebraban a sí mismos, Bolaño era el lobo amigo de los lobos, su cazador más piadoso. Si Alberto huía del dolor, si su vida era un viaje de elusión por las costuras externas del dolor, el otro se

sumergía en el daño hasta alcanzar el efecto contrario. Su horizonte era lenitivo, como el de un brujo curandero, mientras que el de Alberto se hacía humo. Si en sus ficciones Bolaño fungía de detective literario, Alberto ejercía de abogado defensor en la barra del NO. Eran oficios y aproximaciones imaginarias muy distintas, y requerían también corajes diferentes. Estaba claro que Bolaño se debía al guerrero del sur, quintaesenciado en el poeta que rechaza un lugar subsidiario en el mundo y a quien la vida y los libros le han enseñado a pulir su lanza hasta convertirla en algo parecido al escalpelo de un forense, y después de correr hacia el bus y abrazarse y despedirse dejando a su anfitrión con la mano levantada como una foto que se clavaba en la retina,Alberto reflexionó si no habría allí un detalle para examinar las puntas que cruzaban su relación con Chile; no solo el país pasillo de una infancia modesta y lluviosa en la frontera del Biobío, condenado a la identidad folclórica de los pueblos de Constitución, sino especialmente el país olvido, el país humillación, el país padre, el país derrota que debía quedar atrás con un aldabonazo, hasta que a la vuelta de los años la ciudad le abriera sus puertas para celebrarlo primero, condenarlo luego, y finalmente inmovilizarlo en una estatua. La imagen era un poco descabellada, pero servía para entender las ansias y los rechazos que alimentaban la guerra de Bolaño en Chile.

—Ufff… —Pilar resopló con alivio en el asiento del bus—.Ya no daba más.

—Vive muy aislado, es por eso —replicó Alberto, queriendo disculpar la insistencia del otro para que se quedaran—.Tiene la enfermedad de todos los que viven lejos.

—Lejos de dónde —dijo Fer, arrimándose desde el asiento trasero.

—Nada, tú tranquilo —dijo Alberto.

No volvieron a tocar el tema. Llegaron a Perpignan ya de tarde, pero decidieron seguir y alquilaron un auto para llegar a Narbonne pasada la medianoche, donde finalmente descansaron como si dejaran atrás no solo la fatigosa soledad del extranjero en el exilio, como llamaban a Bolaño sus amigos de Barcelona, sino también la imposible revancha. Se internaron en el valle, visitaron Rocamadour y los

viñedos de Dordogne, hospedándose en viejos castillos y casas de paso, contentos los tres de estar finalmente solos y aprovechar los días que quedaban antes de coger un tren rápido a París, donde pasarían las fiestas del nuevo milenio y Fer volvería a encontrarse con su madre.

El viaje más desahogado de los muchos que habían tenido con Pilar, pensó después: se detenían donde los sorprendiera la noche, almorzaban en los caminos con una botella de vino y una lata de paté de ganso, no estaban en ninguna parte ni localizables de ningún modo, todo les resultaba claro y gozoso. Incluso terminaron celebrando juntos con la madre de Fer el nuevo año en París, hospedados en casa de unos amigos de Alberto, y bailaron e hicieron las paces y se reconciliaron tras la intempestiva salida del país, lejos de la literatura y lejos de Chile.

Dos meses después volverían a encontrarse todos de vuelta en Santiago como en una vieja jaula de hierro. El artículo de Bolaño sobre los escritores locales comenzaba a circular profusamente y se elevaba cual señal de humo sobre los picos de la cordillera, preparando el terreno para la batalla del sur. Porque se trataba de eso, finalmente: había que dominar, cambiar la mirada, repeler lo estatuido y aceptado para imponer lo nuevo y lo distinto, rechazando el lugar que los jefes de la tribu le ofrecían en la mesa. Él iba a forjar su propio territorito. O ni siquiera: acaso la idea de Bolaño era dejar clavada una bandera y fraternizar con quienes estuvieran en su misma disposición de ánimo.

Se encontró con el personal adecuado.Tirar del mantel había sido desde siempre la secreta esperanza de Frank, por lo que no era sorprendente su entusiasmo con alguien dispuesto a mucho más que a hibernar en la Guarida del NO. Estrecharon lazos en los meses que siguieron, y cuando Bolaño anunció un segundo viaje a Santiago, ya Frank componía el gesto de un conspirador juramentado a hacer volar el teatro en una noche de ópera. Alberto lo veía hacer con una perplejidad cercana a la resignación. Tenía suficiente con sus propios asuntos como para ocuparse de la guerrilla literaria que soliviantaba los espíritus: cuidaba de Fer procurando estabilizar el regreso familiar

a Chile, se ganaba el pan organizando encuentros culturales desde la oficina de Estudiantes del Mundo, y ajustaba su vida matrimonial a la llegada de los hijos en la casa con buganvillas como si habitara una novela de Chéjov, en el caso de que Chéjov se hubiese dado el tiempo para escribir novelas con personajes atrapados en los ciclos aspiracionales de la pequeña burguesía latinoamericana. La retaguardia era su lugar natural, por lo demás, y Alberto apenas comprendió la irritación de Bolaño cuando este aterrizó en Santiago y le soltó una andanada de acusaciones por los supuestos abandonos y traiciones que dejaban al escritor en la estacada.

—¡Jolines, y a ti quién mierda te dijo que yo vengo de vacaciones! —gritó exasperado, los dientes apretados por la cólera, mientras removía el cuerpo sobre el taburete del local donde habían recalado la misma mañana de su llegada—. A mí no me vengas con cuentos ni mensajes de nadie. Estoy hasta los cojones con todos ustedes.

Alberto lo miró desconcertado. Estaba contando algo parecido a un chiste de bienvenida a propósito de su nueva visita a Chile cuando el otro desenfundó la rabia y disparó encima con alevosía. Se dio cuenta de que no esperaba oír anécdotas de ningún tipo, y Alberto decidió despedirse apenas terminara su cerveza. Que se enojara solo el escritor salvaje.

Eran días nerviosos. La guerra tan querida y necesaria había estallado al fin en torno a Bolaño; pero lo que iba a ser un gracioso baile de disfraces en el escenario con algunos empujones de los figurantes en el foyer, pronto se transformó en amargas y destempladas acusaciones en la calle. Se le acusó a viva voz de no ser el que era.Algunos querían verlo colgado del poste y otros se contentaban con escupir hacia el lado en los cócteles.

Él respondió con furia, con instinto asesino, como si encontrara su mejor inspiración en el medio hostil que el combate requería. Mientras más empujaba, sin embargo, mayor era el trastorno que lo envolvía. Golpeaba y se hundía. Súbitamente volvía a la adolescencia; Bolaño *adolescía* de sus propias ficciones y se enfrascaba a su pesar en el vaivén del ninguneo chileno que enfermaba a hombres ya maduros y hacía prematuramente viejos a los más jóvenes. El ninguneo era una

tradición rica en provocaciones, y su rasero se confiaba a la violencia: se trataba de negar el talento del otro y que nadie pudiera sentirse por sobre los demás. Era una forma de democracia, la más canallesca sin duda, y resultó casi lógico que Bolaño quedara trabado con los pies en el pantano donde vivían tantos. Él había superado la dependencia de las sinecuras y los favores a costa de una intemperie más o menos mítica pero al fin y al cabo personal, había llevado el empeño más allá de la transacción, y eso lo volvía sospechoso. No era ejemplo de nada útil, y es probable que lo supiera. Para satisfacción de sus enemigos, en medio de la confusión del fuego cruzado y cierto desespero por sacudirse del brete, llegó incluso a calzar la máscara de sus personajes favoritos y se apuntó él mismo a la galería de escritores bárbaros que poblaban sus ficciones.

Una falla técnica, según Alberto, atribuible más bien a la sorpresa del momento. Inútil explicar por lo demás que se trataba precisamente de lo contrario; es decir, que las ficciones de Bolaño no documentaban una moral ni una psicología, y menos una identidad ideológica del autor, sino un mundo literario degradado ante quien leía y escribía.Amaba la literatura, pero sobre todo amaba la situación real de la literatura en el mundo que le había tocado. Para Alberto era difícil hacérselo ver incluso al propio Bolaño, que parecía cortar los puentes a medida que avanzaba. Recelaba de todos durante esas semanas, y terminó refugiado en un mutismo severo que dejó el campo libre a los insultos mientras partía a visitar a Nicanor Parra en Isla Negra (Parra, que no mucho tiempo después le diría a Alberto que el último hombre, el hombre moral, había sido Kafka, pero ya se había ido; y que el primer hombre, que había sido Caín porque buscaba a su hermano para matarlo, y luego lo mataba, era el hombre de hoy, nuestro momento actual, tironeado por los dos polos que sobrevivían en Caín tras matar a su hermano: el polo de la pretensión y el polo de la farándula; pero tras esto, Parra se explayaba y decía que no había escalón superior a la pretensión, porque no se puede pretender ser más que Kafka o Shakespeare y estar por encima del último hombre, mientras que la farándula sí tenía en cambio un escalón superior, y que este era el de la vulgaridad hacia la cual nos dirigíamos, o en

donde ya vivíamos de plano a juzgar por la expresión corporal, ese tic universal que era el último acto de la vulgaridad contra la presencia del último hombre. No hay esperanza, se había apurado a decir Alberto, casi por cortesía, tratando de descifrar al antipoeta, y Parra había sido enfático: sí, replicó, dando un salto y con las matemáticas perfectamente ordenadas en su cabeza: un 0,999 de esperanzas, pero no sabemos cuál pueda ser).

Para Bolaño, en cualquier caso, la visita estaba concluida a esas alturas. Algunos lo atacaban a través de los diarios, mientras otros pocos salían en su defensa movidos por la fibra emocional, dejando a la mayoría en un pie de burla frente a sus biliosas invectivas contra los escritores epigonales, como los llamaba con desprecio. Los días de los abrazos unánimes en el patio de los bohemios quedaban atrás y ya nadie parecía dispuesto a permanecer en el sitio donde poco antes había sido exaltado con palabras de admiración.

De todos, quizá solo Frank mantenía el tipo incólume y parecía disfrutar del espectáculo, haciendo su propia contribución: provocaba discusiones, revolvía la noria, publicaba columnas hirientes con firmas jóvenes que nada perdían con atreverse, como soldados rasos lanzados a la primera línea de fuego, cuidándose él mismo de no personalizar ni identificarse con la confrontación.

Así eran las guerras, y desde siempre cada uno conocía sus consecuencias: la guerra restringía la libertad, acababa con la diversión, imponía reglas de acero y obediencia que era obligatorio seguir. Las guerras eran un invento de unos pocos para matar muchos pájaros de un tiro, y Alberto las detestaba por esa misma razón. Aunque fuesen necesarias, él no sabía matar; podía herir, pero no llegaba a matar, y esa dificultad lo exponía aún más cuando las guerras se declaraban. Allí ganaban los héroes o la autoridad, y él desconfiaba de los héroes tanto como de la autoridad, no sabía llevarse ni con unos ni con otros, de modo que no le costaba nada verse metido en líos y convertir cualquier conflicto en una situación imposible.

A veces pensaba que él mismo creaba a su alrededor esas situaciones imposibles para ponerse a salvo de los elementos.

Olfateaba el peligro a distancia y adoptaba por precaución la medida del testigo, antes que involucrarse y ser llevado sin dirección conocida muy lejos de donde estaba. La situación imposible imponía una inocencia cruel a su alrededor, lo dejaba suspendido hasta que el cielo aclarara, creando un movimiento de resistencia y desgaste que disolvía la fiereza de los enemigos con la misma efectividad que sacrificaba la confianza de los amigos.

Así había sobrevivido desde que tenía memoria, distraído en la torpeza, y una vez más apeló a la situación imposible para desvincularse de la batalla que le proponía Bolaño. O quizá no era aquella su pelea, porque cada quien tiene la suya y esta otra que administraban Ruiz y Florenciano era la propia de Alberto, más manejable y doméstica, sin mucho que perder. No lo sabía del todo. La ambigüedad es la nata de los escritores y allí suelen quedar, hipnotizados como moscas. Alberto conocía bien esos pliegues, y la evidencia aconsejaba dejar que la situación imposible escurriera sola hacia la alcantarilla. Mientras el hígado dominara el ánimo de Bolaño, además, la guerra haría imposible retomar la confianza que habían compartido en otro momento. Le dejaría toda la iniciativa de la amistad a Frank. Era una decisión tomada, aunque se quedara solo y perdiera el favor de la victoria.

Pero ¿había una victoria entre manos? Al parecer sí, sin duda. Bolaño mismo se la había anticipado una tarde en el hotel San Bernardino, donde habían quedado hospedados los dos, a los pies del cerro Ávila y con vista panorámica sobre la revolucionada Caracas de fin de siglo.

—Quédate a este lado y vas a ganar —le soltó Bolaño sin más, como si lo tranquilizara antes de salir del cuarto.

—Te creo —respondió Alberto, sosteniendo apenas la cabeza, imaginando cuál podía ser esa victoria y lo que significaba.

Había llegado días antes a la ciudad, invitado por el Centro Rómulo Gallegos a sugerencia directa del escritor, premiado ese año por *Los detectives salvajes*, y quien se había ocupado de anunciarle el convite mediante un correo electrónico enviado desde Blanes.

El fallo había sido dado a conocer pocos meses después de que

Alberto regresara con Pilar a Santiago, tras terminar el periplo europeo y con Fer ya durmiendo en su cama con el reloj al día.Todos estaban de vuelta al fin. Era comienzos del nuevo año y del milenio, y el nombre de Bolaño se elevaba entonces como un cometa luminoso en el oscuro firmamento latinoamericano cuando se enteró de la noticia. No dejaba de ser asombroso que en Venezuela premiaran su novela de poetas perdidos, de modo que poco tiempo después de recibir la invitación oficial, Alberto se vio formando guardia en el estrado de una sala del Ateneo de Caracas junto a una poetisa mexicana muy bella e historiada, nieta directa del mismísimo León Trotsky, e invitada como él a presentar la obra en cuestión con sendos trabajos interpretativos. Por voluntad del premiado, curiosamente, una pareja de judíos que se consideraban lectores antes que escritores habían quedado a cargo de comentar la obra ante la audiencia venezolana.

—Chico, ¿qué haces aquí? —Un hombre de estatura media, con lentes y un bigote blanco, abría sus brazos en medio del salón, luego de reconocer a Alberto como antiguo alumno de la Universidad Central, donde todavía enseñaba—. ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy el Catire!

Claro que se acordaba. Era su profesor-guía, y había descubierto su nombre al indagar en la lista de los miembros del jurado que otorgaba el premio.

—Pensé que vivías en Chile —dijo el Catire.

—Sigo allá —replicó él—.Vine a presentar a Bolaño.

—Vaina —dijo el Catire, y azotó los dedos en señal de admiración —. Ese tipo sí es bravo. No hay forma de cazarlo.

—¿Votaste por él?

—Fui de los que peleó por él, y ganamos. —Cerró y agitó el puño con fuerza contra su pecho—.Te veo después o me quedo de pie —dijo el Catire, lo abrazó de nuevo y se confundió con el gentío que pugnaba por ocupar sus puestos en el enorme salón de actos.

La ceremonia transcurrió sin problemas, y Alberto escuchó con atención el discurso de Caracas de boca de Bolaño, aunque todavía resintiera el cuerpo lastrado por los medicamentos de la noche

anterior.Veinticuatro horas antes, un enfriamiento con fiebre alta lo había paralizado en la cama del hotel, hasta donde había llegado casi a rastras luego de visitar con la nieta de Trotsky la casa del pintor Reverón en el bulevar de Macuto, a unos treinta minutos de la ciudad.

Habían partido temprano en la mañana. Ansiaba ver la luz casi táctil que alumbraba las figuras en los cuadros de Reverón, y junto a Verónica o Carolina, el nombre exacto se había perdido en la memoria de Alberto, habían recorrido con júbilo y asombro el interior de la casa con su espacioso taller, entre bastidores arrumbados contra la pared y yacientes muñecas de tamaño humano que el pintor había confeccionado para su nostalgia o placer. Estaban hechas de saco crudo y dormían sobre el piso como amantes cosidas a una prisión, para siempre sonrientes bajo las toscas puntadas de hilo. Eran todas figuras a escala humana y ninguna escapaba al detalle de una vestimenta a medias juvenil. Alberto se inclinó ante ellas, evitando tocarlas, como si la perversión le perteneciera a él y no a las muñecas. Qué extraño personaje: había vivido allí con una india que lo acompañó y sirvió durante toda su estancia en Macuto, sin ley ni trato con los demás hombres, entregado a una condición de naturaleza exaltada por la luz y los instintos. Un místico por debajo de lo humano, capaz de extraer con la paleta toda la nostalgia del salvaje que habitaba dentro de él. Quizá debía centrar en ese reflejo su presentación sobre Bolaño al día siguiente, en vez de burlarse livianamente de los adjetivos que mataban al escritor chileno, al escritor argentino, al escritor venezolano, al escritor siempre necesitado de su nacionalidad latinoamericana para ser escritor y no desaparecer en el vasto mundo vegetal de Reverón.

—Qué bicho raro —dijo él, irguiéndose frente a las muñecas y viendo que Verónica o Carolina había llegado junto a él.

—Un genio —dijo ella, arrastrando las vocales con una ronquera poderosa.

Siguieron el recorrido y dejaron caer los cuerpos sobre las hamacas que bordeaban el patio de la casa y se mecían en el aire pegajoso. Los colores de un cielo cambiante daban vueltas alrededor, mientras las muñecas adquirían una tonalidad sombría y paradójicamente más

vívida a medida que la luz se iba.

La casa se poblaba de ecos extraños cuando un empleado anunció el fin de la hora de visitas. Salieron en dirección al bulevar y caminaron a lo largo de una playa extensísima hasta alcanzar un promontorio de rocas con un banco de arena solitario. Allí se quitaron las ropas y fueron a zambullirse en el mar antes de que anocheciera del todo. Minutos después, Verónica tiritaba y sacudía el cuerpo aterido sobre la arena. Había quedado en calzones y Alberto tuvo el reflejo de arroparla con su camisa, pero al acercarse tuvo la impresión de que en la penumbra no tocaba a la nieta de Trotsky sino a una de las muñecas humanas de Reverón. El paño cobraba vida y agostaba sus manos al bajar por los hombros de Verónica. La incursión no fue más allá. ¿Estás bien?, preguntó. Ella movió la cabeza y pataleó sobre la arena para entrar en calor. Corría viento y ella dijo algo que Alberto no entendió, como si hablara sola o leyera en voz alta una carta dirigida a un amante que había cambiado de vida, y luego comenzó a vestirse, primero los pantalones y luego la blusa sobre los pechos blancos en la penumbra, y enseguida las zapatillas y un collar que sacó del bolsillo y se amarró a la garganta.

Las muñecas tenían ese poder de hacerse lejanas mientras más cerca estuviesen, y Alberto sacudió el cuerpo y tembló mientras recibía la camisa medio empapada. Sintió un escalofrío al ponérsela. Cuántos calambres debió sufrir Reverón en compañía de todas ellas, cuando permanecía trabajando solo en su taller. Recordó los cuadros en los bastidores apilados contra la pared. Su luz era la del éxtasis absoluto, pensó, nacida de la profundidad del deseo más ciego, ardiente hasta la flagelación. Un incendio que te quemaba los órganos por dentro, loco y terrible.Así debía haber sido también su vida, como el color de aquel éxtasis. Ofrendarse a él podía significar la felicidad y la desgracia al mismo tiempo, y sin embargo, por alguna razón, a Alberto ese camino se le aparecía vedado. Solo un hombre con los ojos cerrados, un pintor, el artista puro, habría podido recorrerlo con una santidad sin pesares, dejándose arrastrar por la turbulencia que inundaba los claros de realidad. Él, Alberto, no era ese hombre. En algún momento que no alcanzaba a precisar, ese camino de éxtasis había quedado cancelado

delante de él, o era el peso brutal de la adultez el que abría sus ojos a cada instante y le impedía un olvido reparador. Como fuera, no lograba engañarse. Aun llevando de la mano a Verónica o Carolina al jardín de las delicias por unos pocos instantes, sabía que un adulto inamovible se había enseñoreado de sus gestos y posibilidades, como si ya hubiese vivido lo que la existencia reservaba para él. Pensó incluso que si temblaba no era de goce al rozar con su mano la piel de ella, sino de pesar ante las prohibiciones que corrían por sus venas.

De pronto se sintió enfermo y decaído. Se tocó la frente. Al tragar notó que tenía las amígdalas hinchadas.

Terminaron de vestirse y volvieron sin prisa por donde habían venido. En el bulevar cogieron un taxi que los llevó al hotel y, ya en el trayecto,Alberto comenzó a estremecerse con los escalofríos que recorrían su espinazo. Confiaba en llegar a tomar una taza de té y olvidar las molestias, pero apenas tuvo fuerzas para alcanzar el ascensor e introducirse en el cuarto donde se echó a dormir entre sudores fríos y mareos que volteaban su cabeza. Escuchaba pasos en los corredores y un tráfico interminable de gente que rumoreaba en los pasillos, luego se alejaba y volvía a revolotear como si alguien hubiese olvidado algo o acudiera a una cita acordada secretamente. Un eco de acentos gruesos, sin duda centroamericanos, cruzaba el corredor. Algo se quebraba contra el piso y luego unas suelas crujían sobre los cristales.

Despertó con golpes en la puerta y al tratar de incorporarse vio que el reloj del velador marcaba las diez pasadas. Todo estaba oscuro alrededor y dio voces desde la cama para que el visitante entrara.

Bolaño venía con un fajo de papeles bajo el brazo y se asustó al verlo en estado calamitoso, con fiebre alta y dolores por todo el cuerpo.

—¡Hostia, qué te ha pasado! —dijo arrastrando las eses, haciéndolas sonar de un modo particular, a medio camino entre la pronunciada zeta española y un silbido enfático, y sin esperar respuesta llamó a la recepción y pidió infusiones y aspirinas y más medicamentos mientras tomaba asiento a su lado y lo conminaba a no moverse de la cama.

Minutos después, una empleada del hotel ingresaba al cuarto y

dejaba a los pies de Alberto una bandeja de provisiones. Bolaño desplegó las hojas que llevaba preparadas y comenzó a leer en voz alta el discurso que había borroneado para el día siguiente, deteniéndose cada tanto a observar si la atención del otro reaccionaba con la elocuencia.

Alberto sentía la garganta apretada, pero ahora al menos podía enfocar la mirada, y poco a poco fue recuperando cierta templanza mientras oía despegarse los párrafos a su lado: el Manco de Lepanto, la milicia, los sueños que se volvieron pesadillas, la singladura del extranjero en el exilio, una entonación firme que subía y bajaba dibujando un arco de muchas voces que se reducían a una sola, o cuando mucho a dos.

—No estaré exagerando —se rió, poniendo fin a la lectura. Pero no era una pregunta—. ¿Qué te parece?

—Excelente —dijo Alberto—. Me dan ganas de ponerme de pie y cantar la canción nacional.

—Ni de broma, tú descansa para que puedas hablar mañana —respondió el otro, y comenzó a ordenar sus papeles antes de incorporarse.

—¿Qué es todo ese ruido de gente allá fuera? —preguntó Alberto.

—Una delegación cubana —dijo Bolaño, sin darle importancia—. Llegaron esta tarde mientras tú te ibas de paseo con mi invitada.Averigüé que andan detrás de dos maletas de Ricardo Carpani, un artista argentino que murió hace unos años y dejó de herencia un montón de dibujos y fotos sobre el Che. Era del grupo Espartaco y alguien trajo ese material hasta acá para ponerlo en manos del Estado cubano. Es un regalo para Fidel, y ellos vinieron a recogerlo.

—Tendrías que haber sido detective, uno de verdad —dijo Alberto.

—Mejor cazarrecompensas en el viejo oeste. Habría ganado muchísimo dinero.

El otro asintió desde la cama, sin dudarlo.

—Disculpa —dijo enseguida, viéndolo de espaldas cuando ya se iba —. Fue una tontería enfermarse justo ahora.

Bolaño se volvió hacia él con la mano en la puerta entornada y le

sonrió despacio antes de salir del cuarto. Fue entonces que le soltó la promesa: que se quedara tranquilo y no se agitara demasiado, le dijo; iban a ganar. Pero claro que no se refería a su deplorable enfriamiento esa tarde en Macuto, sino a la moral, o a la salud que el otro ya no tenía y cuya pérdida habilitaba la profecía. Él se iba a morir pero ganaría igual.Agitó la mano en señal de despedida y Alberto devolvió el gesto antes de que la puerta se cerrara.

Todavía la cabeza le daba vueltas, y se prometió estar de pie para la presentación del día siguiente. Se enfundó unos pantalones, camisa y chomba sobre el pecho y una toalla seca a la garganta, y comenzó a sudar y soñar en su baño de sábanas hasta despertar muy temprano en la mañana, despejado y libre de tiritones.

La premiación se desarrolló de acuerdo a lo previsto y, al regresar a Santiago, Alberto se asombró del mutismo de la prensa cultural en torno al evento. Nadie parecía darle mayor relevancia ni interesarse por lo sucedido allí, como si los escritores chilenos viajaran cada dos años a Caracas para recibir rutinariamente una nueva versión del Premio Rómulo Gallegos. Era un asunto por demás irónico pero también escandaloso, sobre todo si lo contrastaba con las loas y los homenajes que seguirían a la muerte de Bolaño y su inobjetable canonización. El episodio era un caso reiterado de desprecio hacia lo propio, y en esto la enfermedad de Chile no era muy distinta de la del escritor, que por supuesto detestaba los premios y todavía más si eran institucionales.

En cuanto a él, nadie-nada-nunca: no le habían pedido la presentación de la novela premiada, ni preguntado sobre el discurso del favorecido, y mucho menos saludado con aprecio por haber sido el único chileno que había asistido como invitado.Valorizar su presencia en la ceremonia era hurgar en la basura, sobre todo si había sido a título individual: finalmente *nada valía* y *todo daba lo mismo* en esas condiciones, tal y como el propio Alberto llegó a considerarlo con los años, cuando decidió que había llegado el momento de alejarse de la previsible industria del reconocimiento que nacía con la muerte de Bolaño.

Era imperativo hacerlo,solo que no sabía muy bien cómo. Notaba

que el episodio perdía realidad y consistencia ante él mismo, a la vez que ganaba prestigio frente a los demás conforme crecían el escritor y su leyenda. Era un absurdo, en verdad: cuando Alberto había esperado que el interés se despertara de forma natural alrededor de los libros que él había comentado, pocos parecían estar dispuestos a hacerlo ni a creer en el enorme talento de Bolaño; pero una vez fallecido, no habían parado de llamarlo e invitarlo para que hiciera recuerdos sobre sus gustos y lecturas, sus inquietudes, sus pasiones, sus humores, sus calcetines y sus jabones. Llegaron a proponerle una película donde él, Alberto, haría el rol de Bolaño, disfrazado de hígado o quizá de príncipe, mientras buscaba al fantasma de la literatura chilena en el castillo de Isla Negra y una voz en off, salida de la cavernas guturales del arte de masas, recitaba los poemas del autor. El guión era delirante no por paródico, sino porque se había tomado en serio la mitología del personaje. La enfermedad infantil del bolañismo se apoderaba de la escena por su lado más fantasioso, y no había joven poeta o literato de veinticinco años que no soñara con subirse a un Impala y viajar a toda velocidad hacia a la frontera de Juárez. En el D.F., en Lima, en Nueva York y en Berlín, a todas las charlas donde asistiría como invitado especial o conferencista regular, a Alberto le costaría no poco trabajo separar el mito de la realidad, explicando ante sus variadas audiencias que lo mejor, lo más decente, lo menos impropio era volver a leer los textos y después comentar dónde estaba y cómo era el autor que ellos buscaban. Pero eso a quién le importaba.

De todas formas, lo que al comienzo había sido un ejercicio deportivo y jovial donde Alberto mostraba fotos, hacía bromas y agitaba banderas de muy diverso tipo, pronto se volvió una carga dura y opresiva. La causa de los románticos exigía muestras permanentes y renovadas de fidelidad. Oponerse al nuevo consenso estaba resultando una pedagogía agobiante.

—Bolaño, Bolaño, Bolaño —le soltó un día con curiosidad y cansancio su hijo menor. Alberto hablaba de Bolaño con Pilar, molesto por un breve ensayo que debía entregar a la semana siguiente, cuando el niño llamó su atención y, con la voz cansada del que oye sin entender, repuso un principio de realidad—. ¿Quién es Bolaño, papá?

Alberto quedó paralizado. Respondió algo evidente para salir del paso, pero en estricto rigor se daba cuenta de que no sabía nada de Bolaño. Cómo podía saberlo. Quién podía dar por cierto que el escritor chileno de Blanes que él había conocido y tratado era el mismo que trompeteaban las portadas de las revistas, deslumbraba a los lectores y blufeaba a los editores cuando se encerraba a despachar a la carrera su siguiente novela. O que aquel autor se correspondía con el lector que rescataba la frase que más tarde serviría de epígrafe al relato del narrador. Quién puede dar fe de otro y sujetarlo a una imagen propia sin equivocarse ni falsificar moralmente a ese ser que, a fin de cuentas, siempre resultará un completo desconocido para quien lo cuenta, y constituye por eso mismo la razón principal para contarlo, la incógnita de una ecuación. De otra forma no se justificaba escribir (lo que no significa necesariamente resolver el enigma; pero esto es lo único que importa al escribir, razón por la cual también el narrador se lo permite todo al hacerlo: va de aquí para allá, confunde, llena páginas, sobre todo llena páginas, se hace narrador en primera y tercera persona, se desdobla, trasunta un yo que es él, escamotea otro, toma y tacha, confunde, es testigo y testigo del testigo a la vez, escribe del modo que fuera y a cualquier precio, olvidado de lo que sabe y de que no sabe lo que sabe, hasta abismarse en la página, pero hacia arriba, siempre hacia arriba, como Frank mientras flotaba en el riñón de su piscina o como Bolaño cuando ingresaba boca arriba a la clínica del Vall d'Hebron, la vista abismada en el cielo y con el pensamiento de la muerte invadiendo las junturas del muro que corría a su lado, blancas y cubiertas de una tibia neblina de sudor a medida que la camilla se hundía en el interior de un pálido resplandor de baldosas y tubos fluorescentes).

Deslindar al hombre de sus máscaras era como tratar de encontrar a su hermano en el manicomio equivocado, y después de mucho buscar una imagen precisa en charlas y conferencias,Alberto se descubrió incapaz de responder a la pregunta de su hijo. ¿Quién era Bolaño? No tenía ni idea. Un escritor, pensó: un escritor muy importante que había sido su amigo. Pero quien miente cuando dice la verdad no merece ser escuchado, y a partir de ese simple predicamento Alberto

fue resignando poco a poco los viajes y las invitaciones, los pedidos de artículos y las solicitudes que copaban su agenda de charlista universal.Al cabo, estaba harto de corregir retratos ajenos mientras el suyo esperaba una forma que lo fijara.

Debió ser por ese mismo período que comenzó a tientas la redacción de su libro de ficción documental, y en donde muy pronto se encontró con la reverberación de los recuerdos y las iras que Bolaño había soltado años atrás en su última visita. Escribir es imaginarse único, de alguna manera, y no fue extraño que, a poco de internarse en el bosque, el episodio surgiese ante Alberto con rasgos críticos. Si la guerra era el escenario perfecto donde sucumbir por otros y para otros, la situación imposible había demostrado entonces toda su capacidad de resistencia y sobrevida, aunque dejara flancos abiertos en la estacada.

Bolaño lo había adivinado con furia. El día que volvía a España, harto de todo, de las burlas y los sobajeos que habían acompañado su estadía, del zumbido en la cabeza que no le permitía pensar bien y atoraba su línea de respuesta, había tirado la cadena de cercanos y conocidos sin ahorrarse la soberbia. Entonces había contado los minutos para irse con un desprecio definitivo.

—No está nada contento —comentó Frank por el teléfono cuando Alberto, enterado de la situación, lo llamó esa misma tarde para saber detalles de la partida—. Contigo en particular —agregó Frank con cierta satisfacción.

—Yo qué le hice —dijo Alberto.

—No fuiste al debate con el público la otra tarde. Creo que esperaba verte aparecer.

—Estaba con Fer —explicó—. Había quedado con él.

—Tu hueso santo —dijo Frank.

—El único que tengo —aclaró el otro.

—Mala cosa.

—¿Por qué? —se impacientó Alberto—. Qué me estás contando.

—Nada, solo que no tiene muchas ganas de ver a nadie.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Acabo de hablar con él.

—Dame el teléfono y lo llamo.

—Como quieras —dijo Frank, y tras una pausa cantó siete números que correspondían al departamento donde Bolaño se alojaba con mujer e hijo. Alberto no esperó más. Iba a telefonearle y aprovecharía de despedirse. No estaba dispuesto a quedar ensartado en la desconfianza ni dejar las cosas tal como Bolaño necesitaba que estuviesen, aunque el otro chillara en su oído como una vieja desabrida. Fue tal como imaginaba.

—Batir el cobre —le dijo de entrada, tras un primer saludo frío y hostil—. ¿Sabes lo que es? Pues esto: lo que hago yo, mi trabajo, y lo hago solo; me bato el cobre solo, sin las cortesías que usan acá.

—No sé a qué viene todo eso —replicó Alberto. Buscaba ser directo, cortarle el paso al agravio—. ¿Me estás acusando?

—Eres tú quien llama, dime qué quieres —dijo Bolaño, golpeando el auricular con voz firme.

—Despedirme; pero si quieres decirme algo, dilo.

—Ya lo hice.

—Pues te equivocas.

—Sí, me equivoqué; contigo y otros más. No valen nada.

—Estás mareado —respondió Alberto—. No sabes lo que dices.

—Si me buscas, vas a oír cosas que no quieres escuchar.

—Entonces buen viaje.

—Así será.

Cortaron al mismo tiempo, sin prisa, y no volvieron a hablar más. O al menos no de la forma que solían hacerlo hasta entonces.

Alberto lamentó el desenlace, pero no lo lloró. Bolaño lo acusaba injustamente de mezquindad, la misma que Alberto había detectado alrededor suyo al volver de Caracas, y quizás ahora tuviera tiempo de reflexionar sobre los adjetivos que en vez de dar vida mataban al escritor chileno en su propio país.

Pero no era solo cuestión del territorio. Los escritores son gente rara, difícil donde la haya, ahítos de una vanidad y soberbia fuera de lo soportable para ellos mismos. Conocer a uno ya es saber cómo se comportará el resto: un mismo patrón de celos, desconfianzas, miedos

y puerilidades hacen la desmesura de cada uno, pero también el valor que los levanta cada mañana para la gloria o la miseria.Y esto sucedía lo mismo en Blanes, Santiago, Quillota y Tumbes. Igual que los toreros, los boxeadores, los funambulistas y todos los que hacen su trabajo sobre un hilo muy delgado poniendo el cuerpo por delante, los escritores son supersticiosos en grado máximo, y atienden a la regularidad de los detalles y las minucias con una fijación rayana en la superchería. Incluso el insignificante episodio con Eltit que había dividido las aguas y gatillado el enfrentamiento podía reducirse a las necesidades de esa desviación. Nada real había sucedido, en rigor: por un lado, Bolaño había tanteado en la persona de Eltit un cariño provocador hacia la patria, y por otro una de las escritoras de la plaza había ejercido la defensa del matriarcado sobre un pariente rebelde. De todos modos, para Alberto no tenía sentido darle más vueltas a un episodio que las crónicas rizaban con abundancia.

—Ocupé el lugar del maltrato que el macho reserva a la hembra en todos los países de América Latina —le comentó Eltit muchos años después, como si el episodio atravesara inmóvil los espacios y tiempos transcurridos desde aquella magra publicación catalana.

Y agregó con transparente simpleza:

—Yo me defendí. Lo único que hice fue defenderme, que es lo que hacen las mujeres en Chile y en otras partes cuando son atacadas.

Eltit había sido invitada a W. para ofrecer una charla en la universidad, y Alberto se acercó a ella sin propósito definido, pero el diálogo derivó de inmediato hacia el lejano episodio, atraído a la superficie por un imán sin tiempo.Alberto comprendió que para Eltit no había distancia posible. En rigor, para ella la disputa ilustraba los obstáculos que desde siempre había enfrentado su literatura sin lectores, acorazada de púas y dificultades.

—Me tocó ser la fea —agregó—, y no la pasé bien. Pero me defendí y salí adelante.

La explicación, o interpretación más bien, parecía no solo admisible sino madurada de su parte. Bolaño era un maltratador de látigo certero, el hermano mayor de Frank, si esto era posible, aunque no de la manera ideológica con que Eltit lo representaba. Lo suyo era más

bien un asunto de provocaciones imprescindibles, una búsqueda desesperada de contrincantes y aliados de la misma especie. Necesitaba una guerra para vivir y escribir como lo hacía, es decir con la muerte viva en su cuerpo, enfermo hasta las narices. Necesitaba —y esto Alberto lo pensaba sin decirlo, todavía algo perplejo ante el azote del personaje— una guerra para atrapar el mundo que se le escapaba sin remedio. Exigía pruebas de vida y libertad; que la libertad hubiese que ganarla cada vez y no darla por hecha, ya que para él mismo funcionaba de esa manera.Apuntaba alto, y no se iba a quedar en una pelea con misa de domingo para aquietar la polvareda.

Con todo, la guerra de Bolaño en Chile había resultado iluminadora para Alberto en más de un sentido. No solo le había servido de empujón para iniciar su retirada definitiva de la barra del NO; también descubrió lo que no le gustaba del otro, la violencia a la que nunca había querido entregarse ni admitía como revancha poética, encerrado bajo siete llaves pero dispuesto a devorar el universo a la primera de cambio. Nunca se acostumbraría a esa idea.Vivir para la página y en la página arruinaba el paréntesis donde estaban los otros dentro del paréntesis que era la propia vida, un paréntesis dentro de otro, y que la escritura prolongaba en los dioses inmediatos que eran los suyos. Mejor, mucho mejor, era vivir con la constancia del gusano de seda que batía las alas y volaba lejos en el lapso de un aliento, sin recuerdos ni lenguaje, a salvo de la continuidad.

Escribir era participar y prolongar esa transformación, unirse a sus ciclos de alumbramiento y corrupción, y se aplicó a él mientras dejaba que Frank ocupara el rol estelar en el desenlace de la comedia desencadenada por la última visita de Bolaño a Chile. Finalmente, era en Frank donde recaían con toda justicia las confianzas del guerrero de Blanes. No por nada Frank había sido el primero en abrirle paso y se mantendría como el último leal que le quedaba en el país, una suerte de síntesis contemporánea entre el primer hombre de Parra seducido por los últimos actos de la farándula. Alberto no sentía celos al respecto y más bien se admiraba cada vez que Frank contaba noticias de Bolaño, traficaba alguna influencia, hacía pasar enemigos al campo propio y recomendaba nombres para ser recibidos en la calle

del Loro. Merecía el puesto, por qué no decirlo. Frank era el sosias de Bolaño en Chile y ambos habían dicho NO a su particular manera, uniendo fuerzas para despejar el mapa interior. Atraían sangre joven, pasaban a retiro a la generación intermedia como objetivo principal, levantaban a los viejos. La literatura seguía siendo el estado natural de guerra de todos contra todos, pero ahora cada nuevo libro amarillo con la firma de Bolaño que llegaba anticipadamente al escritorio de Frank era discutido y debatido y arrancado de las manos de un lector a otro como hacía mucho tiempo no ocurría en Santiago ni acaso en ninguna otra parte. Era difícil imaginar una victoria más contundente para los hermosos vencidos latinoamericanos de los años setenta. Por un instante tenía el mundo a sus pies y el espíritu de la vanguardia soñaba despierta.

—La *Tormenta de mierda* —saludó Frank en voz alta desde el interior del local una noche que Alberto llegaba con retraso a la barra del NO.

Levantaba un pequeño volumen gris de título alegórico por sobre su cabeza a guisa de bienvenida, y esperó que Alberto tomara asiento antes de pasarle la noticia. Era la más reciente novela de Bolaño, y parecía escrita de un tirón tras la visita a Chile.

—Acabo de recibirla —se jactó Frank con no poco orgullo, frotando sus manos una contra la otra en un gesto de fruición rayano en la lujuria.

Tormenta de mierda no era ni de cerca el nombre impreso, claro, pero Frank conocía la trama de la pequeña historia escondida detrás de la publicación, ya que el propio escritor le había confidenciado su propósito original de titularla así. Quién sabe si la materia fecal era la más apropiada para volver a reinterpretar la literatura de la tribu.Todos los escritores y poetas chilenos que se preciaban de tales habían pasado por allí en algún momento de sus carreras, publicando sus propias réplicas y balances patrióticos ante la herida del rencor. El hecho de que Bolaño cumpliera con la norma tenía para Alberto algo decepcionante por lo predecible, pero Frank no estaba dispuesto a ceder el punto.

—Fíjate en *El jardín de al lado*, en *El peso de la noche*, en *A partir del fin*, en *Patas de perro*, los títulos que tú quieras —alegaba Alberto—.

Fíjate en *Los trasplantados* de Blest Gana. A cada uno le llega su minuto de amargura total con Chile, y no digamos los poetas, porque allí el resentimiento es el hábitat natural. El Estado debería crear la Biblioteca Nacional del Rencor, así todos podríamos visitar nuestros sentimientos más ocultos y aprender de los demás. El rencor es el gran tabú latinoamericano, mucho más pesado que el olvido y también más duro que la revolución. Mira si no la lista de los premios nacionales.

—Toreros muertos —dijo Frank, rechazándolo—. Esto es nuevo: *lo nuevo*. —Y repetía el título proscrito moviendo elogiosamente la cabeza de un lado a otro, *Tormenta de mierda*, qué bombazo, y paladeaba la imagen como ante una ola gigantesca que dejaba caer todo su vómito y horror—. Los liquidó a todos —agregó, conclusivo, y repasó con la sonrisa abierta, desafiante, la frase que solo él parecía haber leído y descifrado.

Enseguida, sin siquiera prestar atención a la argumentación de Alberto, recogió el libro y lo guardó en su bolso con el esmero de un joyero. El Guardia del NO había triunfado.

Alberto evitó insistir en el tema. Se daba cuenta de que Frank sucumbía al hechizo, y más cuando se aplicaba con talento. Estaba bien que así fuera.

No mucho tiempo después vendrían el silencio, la soledad, el retiro al cual Frank acomodó las nalgas con la satisfacción del deber cumplido tras acompañar a Bolaño hasta su tumba. Le quedaba la certeza del vicario que al menos ha tolerado una supremacía incontestable en su vida, haciéndola suya y conservándola como única excepción a la regla del NO. Un lustro había pasado desde el primer encuentro en el barrio de Rosal, cuando un telefonazo desde una clínica de Barcelona le anunció que su amigo había muerto luego de escribir como si ya lo estuviera realmente, un poco a la manera de Frank cuando leía, y desde entonces otras muchas cosas habían sucedido con la sobrevida del escritor fallecido —la fama, las riñas, los deudos, las amantes, los biógrafos y los agentes—, pero de ninguna de ellas Frank se había hecho cargo ni respondería a quienes lo buscaban para dar noticias falsas o agrandar la biblioteca.

Qué singulares y distantes eran esos días ahora para Frank, y lo

mismo podía decir Alberto cuando se atrevían a comentarlo en las llamadas de larga distancia. Bolaño seguía estando presente en sus libros y en los nuevos lectores que lo descubrían, en las críticas superlativas que le dedicaba la prensa literaria norteamericana una vez al trimestre y en los ensayos académicos que él debía corregir en W., pero su muerte, el acabamiento físico de la persona que había estado riendo y conversando largamente a su lado, unido a la creciente fama de su nombre, tornaban tan irreal el tiempo compartido apenas unos años atrás que los colores de Blanes, Caracas y Santiago perdían todo espesor en la memoria.

—Qué raro que Bolaño esté muerto —le dijo Pilar una tarde en la terraza de la calle Reservoir, mientras veían pasar los aviones en el cielo de W. Era domingo y luego de acostar a los niños se habían sentado en la terraza a tomar algo, mientras el tráfico en el cielo se volvía más intenso a medida que oscurecía—. ¿A ti no te lo parece?

—Muy raro —dijo Alberto, y agregó—: Quizá morirse es esto mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Eso; que la muerte pueda ser esto y no lo sepamos.

—Parece una crítica hacia nosotros —dijo ella.

—No, me estoy explicando mal —se corrigió él—. Me refiero a que la muerte puede ser también como jugar a las escondidas; la gente que uno quiere no se muere sino que se esconde, pero es una atribución del muerto reaparecer solo ante quienes desea ser visto, a ciertas horas y en ciertos lugares. El muerto está escondido, pero para el resto solo está muerto.

—Ah, como ahora mismo.

—Claro.

—Y sin embargo, apenas lo vimos durante los cuatro o cinco años desde que nos conocimos —dudó Pilar—. No es mucho.

—No, no es nada —dijo Alberto.

—Y tú, ¿tienes a alguien escondido que aparezca de repente? —dijo ella, dando un giro caprichoso al tono fúnebre que tomaba la conversación.

—No, claro que no —dijo él.

Iba a agregar algo, pero se contuvo por miedo o pudor ante una respuesta impropia. Guardaron silencio. Corría una brisa ligera, y el pensamiento de la muerte que lo alcanzaba desde lejos como hacía un momento comenzaba a enredarse con las pestilencias del canal, a unos cientos de metros del jardín. El aire tibio y apelmazado de agosto se espesaba en sus narices.

Pilar se puso de pie y entró a la casa, dejando a Alberto entregado a la mirada suplicante de ese pensamiento que insistía en quedarse, igual a un perro callejero que agitara su cola frente a un patio que intuye generoso. Él había acogido su demanda, le había hecho espacio en sí mismo y acariciado el lomo puesto de costado, pero luego no había podido sacárselo de encima. El pensamiento de la muerte le hacía compañía sin necesidad de llamarlo. Despertaba junto a él con un ladrido a primera hora de la mañana, desayunaban juntos, a veces caminaban unas horas por el margen del canal o él lo esperaba atento y despierto cuando regresaba de la universidad. Se despedía de él en las noches y en ocasiones volvía a encontrarlo en sueños, bajo la forma de extrañísimas escenas que él debía descifrar durante el amanecer. Abatido en el piso de la terraza, ese pensamiento de la muerte lo había seguido hasta W. con la mirada oscilante de quien ruega ser atendido y escuchado. Era su fiel: no dejaría que Alberto se hurtara de la tumba donde estaba su libro.

La comprobación le hizo dar un respingo.

¿Acaso no era ese mismo pensamiento el que lo acompañaba ahora, en Santiago? Consideró el recuerdo de la muerte que había dejado Bolaño, y su lucha por vencerla en cada frase. La tormenta de mierda había barrido con las buenas intenciones de su regreso a Chile, y si entonces Alberto no había capturado por completo el sentido de aquella violencia, ahora él podía cerrar los ojos y mirarse sin mayor dificultad bajo ese mismo clima interior. No era necesario pasarse dos décadas lejos del país natal; ni siquiera era imprescindible ser escritor o artista del trapecio para resentir el eriazo y presuntuoso. Comprendía bien que la metáfora no era metáfora sino simple olfato meteorológico, y se preguntó si la situación no merecía una chance distinta al baldón y la mera negación. Quizás el 0,999 de

antiesperanzas asomaba su cabeza de alfiler ahora, en ese mismo patio donde habían estado la primera vez con Bolaño, y la invitación que Ruiz y Florenciano le cursaban sin disimulo apelaba precisamente a un resarcimiento; quizá Frank estaba otra vez en campaña, los empujaba con sus buenos oficios para coronar esta vez su propio funeral y salía de su madriguera y comenzaba a trabajar, a urdir, interceder, separar, empujar, despejar el camino, alisar el terreno, a decir que sí a su manera, también él.

No había que descartar nada, había dicho Florenciano. Era interesante, de todas formas. Esa era la palabra exacta que volvía a la mente de Alberto: interesante. El solo hecho de representar un interés ya cambiaba las cosas. No era mala idea seguir a Ruiz y Florenciano para ponerse al día. Se llevaría al hotel unos cuantos libros y aprovecharía el encierro de las conferencias para leer los renovados motivos de su tierra esquiva, esta vez por mano de los propios funcionarios de la ciudad. Quizás allí descubriera una entrada.

—Usted primero, estimado —insistió Ruiz al notar que Alberto, ya de pie, se mantenía vacilante—.Vamos a la oficina.

Puso una sonrisa de aceptación y anduvieron los tres confundidos con el gentío que comenzaba a hormiguear en las calles. Un frenesí de viernes por la tarde se apoderaba a esa hora de las esquinas y golpeaba las puertas de los bares y cafetines en las inmediaciones del parque. La salida tomaba un curso caótico; los buses se atochaban entre bocinazos, los edificios expulsaban chorros de empleados que se apretaban junto a los semáforos esperando cruzar, los cuerpos empujaban en dirección a los paraderos, las veredas se hacían minúsculas para contener la presión, y lo que unos minutos antes parecía quieto y regulado a la sombra del cafetín donde habían estado, adquiría de pronto la forma de una muchedumbre turbulenta y nerviosa que amenazaba con arrastrarlos por las calles.

Tuvo un acceso de arrepentimiento. ¿Hacia dónde estamos yendo?, preguntó. Un poco más allá, señaló Ruiz sin darle importancia.Alberto siguió adelante, obediente, dejándose llevar. Pensó en un auto de fe. Caminaba escoltado por sus consejeros episcopales con la convicción de envejecer un poco más a cada paso que daba, mientras Ruiz y

Florenciano seguían a su lado de un modo que semejaba mucho al cuerpo de guardia que en otro tiempo Frank y Alberto habían impuesto en la barra del NO, como si Frank y Alberto hubiesen envejecido al interior de la barra del NO y salieran a la luz del día ya viejos y empolvados, convertidos en las figuras un poco destartaladas de Ruiz y Florenciano que caminaban sin embargo con los pechos erguidos y bien dispuestos a colaborar en su confesión. Se disolvían en una grasa humana difícil de precisar, pero luego la imagen cambiaba en una dirección más ominosa, si cabe, como si en vez de subir al edificio donde Ruiz tenía sus oficinas, hubiesen cerrado apuestas en las escaleras del metro y bajaran corriendo en medio del sudor multitudinario del túnel donde cada esfuerzo se mezclaba con otro, se confundía y desaparecía en el roce jabonoso de la espera sobre el andén, mientras la muchedumbre se estrechaba y se abría espacio con los codos para darse alivio, el cogote levantado sobre el aire fétido que impregnaba el sótano bajo los neones amarillentos.

Alberto se dejó cubrir por el cansancio y respiró hondo. La experiencia le decía que acababa de ingresar a una nueva situación imposible.

5

ESTUDIANTES DEL MUNDO

—Vamos a invitar al diablo para que meta la cola —anunció Ruiz con aire festivo, pasando hojas sobre su agenda con dos dedos carnudos y arrugados—.Vamos a correr la voz de que traes un nuevo libro entre manos. ¿Te gusta la idea?

Alberto se alzó de hombros. Estaba sentado frente a Ruiz junto a una mesa de escritorio corriente en un pequeño cubículo de grandes ventanales, exhausto y con las piernas extendidas. Notó que temblaban como gelatinas. Su cabeza zumbaba, a punto de estallar. Bueno, parecía decir, qué tengo que hacer.

—Despreocúpate. Se trata de revolver la tómbola, nada más —lo tranquilizó Florenciano, de pie a su lado.

—Si alguien llama y te pide detalles, muéstrate seguro, solvente pero reservado —dijo Ruiz, adivinando su engorro—. Eso despierta curiosidad y en una de esas alguien publica algo.

—Sería lo mejor —apoyó Florenciano—. Así justifico que hagas una parada en la cátedra.

—Puedes leer unos fragmentos —dijo Ruiz.

—No tengo nada preparado —advirtióAlberto,cuidadoso.

—Escríbelos, pus'huevón, por algo eres escritor —dijo Ruiz, y su cara cambió de la mueca a la risotada en un solo segundo—. O sácalos de tu libro, para que puedas mostrarlo.

—Ojalá nada muy depresivo —aconsejó Florenciano—. Los cabros se aburren con las cosas del exilio.

Se habían encerrado en el octavo piso de un edificio de oficinas que hacía esquina con la calle que atravesaba el puente, y a través de las ventanas Alberto distinguía las copas de los árboles en el parque y el antiguo barrio La Chimba, ubicado del otro lado del río, casi en línea recta donde había estado el despachito de Estudiantes del Mundo que le había servido de última guarida antes de dejar Chile. No había sido un mal refugio, después de todo. Resultaba sorprendente que poco después de su partida una visita sorpresa del jefe Dubois hubiera decidido la reestructuración de la oficina por parte del Consejo de

Administración en París. ¿Habrían evaluado mal su trabajo? No tendrían motivo, realmente. Había hecho proezas montado en aquella vieja carroza disfrazada de noble principado europeo.

—Concéntrate —pidió Ruiz a su lado. Tenía la agenda abierta sobre su mesa y estaba solicitando toda su atención para coordinar las citas —. ¿Tienes alguna posibilidad de alargar tu visita una semana más?

—Puedo preguntar.

—Pregunta —dijo Ruiz—.Y me avisas.

—Y a mí envíame lo que piensas leer en la cátedra —dijo Florenciano, tieso y precavido—. Es mejor asegurarse.

—¿Por qué? ¿Tengo mala fama? —preguntó Alberto.

—No tienes fama de ninguna clase —intervino Ruiz, brutal, terciando ante lo que parecía un conato de protesta—. Por si no lo sabes, esto es un negocio, Shapiro, y eso quiere decir que los textos se negocian, las palabras se negocian, las lecturas se negocian, y las famas se negocian. De modo que si quieres participar, haznos caso y negocia.

—*Voilà* —dijo Florenciano con un cantito.

—Imagino que andas trayendo tu computador —dijo Ruiz.

Alberto asintió. Se mordía el labio y Ruiz lo notó y sonrió.

—Revísalo bien y nos cuentas, ¿de acuerdo? —concluyó, y trazó unos signos donde Alberto creyó divisar el nombre de Frank sobre las páginas del martes y jueves, en la columna de las once de la mañana.

Luego se incorporó y fue hasta el estante para recoger los libros que había prometido obsequiarle, mientras Florenciano quedaba de espaldas y se distraía mirando por el ventanal, hacia el puente donde Alberto acababa de clavar su recuerdo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —dijo Ruiz.

—Tengo que ir al hotel, hay una recepción y no puedo faltar.

—Te vemos en la semana,entonces —apuntó Florenciano.

—Sí —dijo él, poniéndose de pie y dispuesto a marcharse—. Supongo que sí.Ya saben dónde estoy.

—No vamos a dejar que te quedes solo —se burló Ruiz, mostrando la ruma de libros que traía apilada entre las manos, la derecha sosteniendo los volúmenes por la base, la izquierda cubriendo el lote

por arriba. Introdujo el montón en una bolsa de supermercado, cuidando que conservara la posición, en cuyo tope Alberto alcanzó a leer un título antológico sobre una cubierta de brillos opacos.

—Igual nos vemos el próximo viernes —recordó Florenciano.

—¿Por qué? ¿Hay alguna presentación? —dijo Alberto sin saber a qué se refería.

Ruiz y Florenciano se miraron en medio de un nuevo arrebato escolar, muecas burlonas y cabeceos compasivos diciendo NO, no puede ser, en fin, qué se puede esperar.

—Tócame, hijo. A ver si te contagias —dijo Florenciano.

—No le hagas caso a este sujeto —cortó Ruiz, casi lacónico—.Vamos abajo.

Caminaron en silencio hasta los ascensores y bajaron a la planta del edificio, donde un guardia privado los saludó con una breve reverencia.Ya en la calle, y todavía sin entender la última chanza, Alberto cargó en los brazos la bolsa de libros como si se tratara de un bulto sospechoso. Se despidió con una elevación del mentón y las manos ocupadas, mientras Ruiz y Florenciano lo veían irse y murmuraban algo que él no alcanzó a oír.

Para qué. En ese momento Alberto odiaba la verdad. Quería olvidarla. Darle las espaldas, que era lo que estaba haciendo de alguna manera. Pero no era necesario. Las pruebas desbaratan la verdad, la vuelven inútil. Como una noción del pasado que ha perdido agarre sobre los hechos que ocupan el presente.A partir de allí el presente lo es todo, y el esfuerzo consiste en mantener el foco cerrado sobre sí mismo, sin continuidad ni vuelta atrás.

Fue en ese estado de insonorización moral que se dejó ver en el lobby del hotel, más o menos dos horas después de su cita con Ruiz y Florenciano, tras dejar su cargamento literario como una tarea sobre el velador del cuarto. En el lobby la animación era burbujeante. Los invitados daban vueltas con los vasos empuñados y sonriendo demasiado, moviéndose con un balido de ovejas en torno al círculo central donde asomaba la cabeza de una autoridad oficial. Alberto había tomado asiento casi de espaldas al grupo de invitados, algo pegado al piano que un hombre joven de chaqueta y corbatín negro

hacía sonar en medio del bullicio, y cada tanto miraba alrededor sabiendo que no conocía a nadie. Su apatía llamaba la atención en medio del entusiasmo de los asistentes a la recepción, como una enorme roca caída en la orilla de la playa que los bañistas observan de refilón y curiosidad. Parecía un hombre consumido por el largo viaje y los trámites de llegada. No daba muestras de querer socializar, a pesar de que también él cargaba con la carpeta institucional y la cinta tricolor que igualaba a los miembros del Foreign Brain. Un tarjetón de plástico con la identidad y afiliación de cada cual agregaba una nota de humillación al conjunto.

Alberto acababa de dejar el suyo sobre la mesita circular, junto al pisco sour de bienvenida, cuando Nadia apareció por detrás y le cubrió los ojos con ambas manos, jugando al misterio. Él intentó voltear la cara, no violentamente sino mediante un leve gesto del cuello, pero ella sostuvo la venda de las manos encima, se inclinó sobre sus hombros y enseguida le habló a la oreja entre sacudidas de pelo (*Bienvenido, colega; Cómo le va; Qué bueno tenerlo por acá; Cómo lo han tratado en su primer día*). Había intimidad en el trato, aunque no de forma explícita.Alberto la atrajo hacia sí con una especie de avenimiento, haciendo pasar un brazo por detrás para sostenerle la cabeza. Luego, ya con la cara despejada, la besó en la mejilla y susurró a su oído palabras de cansancio o disculpa. Ella enderezó las espaldas, acarició su mejilla; pobrecito, estás muerto, le dijo, no has dormido nada desde que llegaste, ven, acompáñanos un rato y te doy un premio, y enseguida lo arrastró de la mano hacia el salón mientras Alberto se dejaba llevar, obediente y aplomado.

Avanzó hacia el grupo y al rato después saludaba a los restantes invitados, confundido entre la gente del Ministerio que llegaba a la ceremonia y bandejas de camarones que huían en dirección a la terraza. Había decidido engancharse la chapa de plástico al pecho (no figuraba más que su nombre, sin mención de oficio alguno), y el primer colega del Foreign Brain que encontró a su paso bromeó sobre lo duro que podía ser el hecho de cargar un nombre como principal actividad, ya que esa parecía ser la situación, pero Alberto ni se inmutó.

En la terraza, una banda folclórica hacía sonar guitarrones y charangos subida sobre una tarima. El aire fresco de diciembre distendía la etiqueta y pronto las risas subieron hacia el cielo de la carpa instalada esa misma mañana, ahogando con un rumor voluminoso la música que salía de los parlantes. Alberto se apostó en una esquina mientras Nadia pasaba de grupo en grupo, se detenía unos minutos, distribuía besos, respondía preguntas, doblaba el cuello hacia atrás con cierto descaro y luego se alejaba con su misión cumplida hacia el próximo contingente. Era robusta, de carnes fuertes y bien distribuidas, con un andar algo pesado y empuje voluminoso. Llegó hasta un rincón donde charlaban un matemático afincado en Aix-en-Provence, un profesor de filosofía y una doctora especialista en nutrición.

—Hola, me llamo Nadia —dijo Nadia, extendiendo la mano—. Bienvenidos a bordo. Soy una de las encargadas del Ministerio.

—Ah, mucho gusto —dijo el profesor, que en ese momento examinaba con curiosidad un gajo de limón adherido al borde de su copa.

Ella simpatizó de inmediato: ¿Muy pesado el viaje? ¿De dónde vienen? Sur de Francia, dijo el matemático; Londres, dijo la doctora, como respondiendo a un listado; Toronto, para servirle, dijo el profesor de filosofía. Encantada, dijo Nadia. De inmediato quiso saber si todo estaba en orden y se encontraban a gusto y bien atendidos. No había quejas. El lunes se iniciarían las sesiones, informó, y contaban con el fin de semana para hacer lo que se les antojara. Luego se pondrían manos a la obra. La doctora sugirió la posibilidad de cambiar el menú del hotel, y Nadia se rió con la cabeza hacia atrás sin contestar, azotando la melena de esa manera perturbadora que había mostrado hace un instante. Llevaba una larga falda negra que caía muy ajustada hasta media pierna, y bajo la blusa de vuelos asomaban dos pechos firmes que buscaban contrincante. Extendió a cada uno su tarjeta de visita. Para lo que necesiten, dijo. ¿Puedo llamarla el sábado?, bromeó Toronto con una picardía gastada, de profesor antiguo. Ella le sonrió. Una boca gruesa, de labios golosos. Solo en caso de urgencia, dijo. Se despidió y siguió su camino hacia el

siguiente escuadrón de invitados.

Desde la tarima alguien llamó la atención por el micrófono. Un hombre barrigudo, de mostachos señoriales, a quien los funcionarios del Ministerio llamaban Señor Director Chamorro, se presentó como jefe del programa Chilean Foreign Brain y ofreció la bienvenida oficial. El matemático de Aix ya estaba un poco achispado y guiñó un ojo en señal de complicidad, pero la doctora se puso tan firme como si oyera los acordes del himno vibrar en los parlantes. Hubo aplausos, una nueva ronda de bandejas y una pequeña orquesta de baile tomó su lugar para amenizar la reunión. Las parejas se movían dóciles, no del todo interesadas en seguir el ritmo, como marionetas con los hilos torcidos.

—¿No quiere bailar? —preguntó la doctora que venía de Londres.

—Más rato, quizá —dijo el profesor de Toronto, definitivamente distraído con la perturbadora melena de Nadia.

La buscó con la mirada y vio que pasaba por delante de Alberto, se detenía, hablaban entre sí y ambos se trenzaban en lo que Toronto interpretó como un favoritismo, una danza inmóvil de atenciones y susurros que imaginó irreprimibles En un momento vio que Alberto dejaba su copa y se alejaba en dirección a los ascensores. Luego de un rato, también ella desapareció.

El mal llama a la carne y la somete con la furia de un reclamo. Nadia podía reconocer su urgencia mientras subía dentro de la caja del ascensor hasta el undécimo piso, las venas del cuello hinchadas frente al espejo que temblaba con el movimiento ascendente del aparato. La ansiedad bombeaba su sangre con una pulsación irregular, empapada en alcohol. Apúrate, murmuró, increpando al espejo. Salió al corredor sin preocuparse ya de ser vista por un intruso y caminó a zancadas fuertes y sonoras, llevada por el vértigo que había deslizado en el oído de Alberto veinte minutos antes (*Venga, colega; No me dejes mal con los invitados; Aguanta un poco más*), una reanimación fraterna más que una indecencia, junto con la expectativa de escabullirse sin retraso ahora que golpeaba la puerta fingiendo calma. Tan semejante a la primera vez que visitó a Alberto en la sede de Estudiantes del Mundo,

que por un instante añoró la prohibición.

Fue allí donde Nadia descubrió su gusto por los espacios muertos, vacíos, sin muebles ni sillas donde sentarse, las persianas corridas y el eco de los muros cayendo al piso. El lugar de sus sueños profanos, pensó después. Aquella primera vez estaba asustada y nerviosa, sin embargo, como si se introdujera en la profundidad de una gruta donde los pasos resonaban como relojes o campanadas en busca de un obstáculo. Una vez dentro, mientras estaba de espaldas junto a la ventana y esperaba que Alberto hiciera algo, recuerda haber pensado que su olfato la había engañado. Fue solo un segundo de vacilación, que por fortuna se desvaneció de inmediato. Su cálculo no lo habría resistido. Para entonces estaba segura de haber hallado un igual o haber coincidido en las ansias con el representante de Estudiantes del Mundo. El instinto la había guiado, y ahora se sobrecogía en la atmósfera cerrada de la oficina mientras se ofrecía con descaro. Un hombre seducido por la intimidad de una piel furtiva y lustrosa es capaz de cosas inimaginables, ¿por qué no una mujer? ¿Por qué no ella? La cabeza le daba vueltas, su voluntad se rendía: quería delinquir, portarse mal, coger y ser cogida ya mismo en la soledad del reservado ante ese sujeto que apenas conocía, respiraba a sus espaldas y ante el cual se mostraba sin entender el motivo: solo que hacía calor dentro de la oficinita; solo que el cuerpo entero había comenzado a picarle cuando abrió los brazos sobre el ventanal para sosegarse; solo que respiraba con dificultad y permanecía quieta ante su examen como una concesión al representante de Estudiantes del Mundo; solo que le gustaba su trato silencioso y que la corriente de placer, súbita y ascendente a más no poder, debía repetirse en virtud de su gratuidad, precisamente, ya que no le estaba permitido resistirse a lo que ella deseaba provocar desde el minuto mismo que vio aparecer a Alberto en los sótanos del Ministerio para solicitar ayuda; solo que era inexplicable y estaba loca en algún lugar de su cuerpo y esa locura encontraba por fin un atajo para salir de la oscuridad y devorar en un instante la nada donde su entendimiento se reconocía y desvanecía; solo que tenía suerte de enredar su miedo a un miedo parejo al suyo cada vez que se topaba con el divino prisionero de Estudiantes del

Mundo para saciar su encierro, mientras este redactaba su obra de ficción documental y mojaba la pluma con su vida, crudo como aquella primera vez en que solo quedaron las lenguas tiritando despavoridas, exigiendo del aire resuellos viciosos, mientras más sucios mejores: quiero morderte la boca, abrirte la blusa, lamerte las piernas, abrirte las nalgas con los dientes…

Pensar que en un comienzo se había sentido cohibida por la evidencia de su propósito, como una ofrenda ridícula y demasiado accesible, cuando tras la primera entrevista en el Ministerio accedió a ocuparse personalmente del problema que había llevado a Alberto hasta su oficina.

Él había pedido una reunión y ella acababa de trasladarse a la zona gris del laberinto, en los recovecos donde tramitaban los asuntos de las agencias internacionales acreditadas en Chile. Estaba harta de las intrigas en la Dirección de Protocolo y pensaba que en el sótano de los organismos de cooperación internacional hallaría un solaz donde refugiarse. Aún no terminaba de revisar esa semana la carpeta de Estudiantes del Mundo cuando Alberto llamó para solicitar un cambio de inmueble. Se quejaba amargamente por el teléfono. Habían entrado a robar por tercera vez en un año, y su decisión era mudarse de barrio. Los tratados decían que el Ministerio debía proveer una solución en caso de necesidad. Nadia prometió hacerse cargo y lo citó para dos semanas más tarde. El día acordado, Alberto se presentó y ella lo escuchó ironizar ante las alternativas que se le proponían, mientras daba vueltas como un apostador frente a su escritorio: él trabajaba a su manera, le gustaba la independencia, su puesto era de confianza y dependía de un director localizado muy lejos de allí, en el cuartel general del séptimo distrito en París; por favor, que no le destinaran una oficina compartida ni trataran de someter su liberalidad a las reglas del funcionariado.

—Y si hacemos un trato —dijo ella, después de mucho discutir—. Qué tal si buscamos algo fuera del edificio del Ministerio y pagamos juntos los gastos de alquiler. Eso se ha hecho antes, y con buenos resultados.

—¿Juntos?

—Tu oficina y la mía —dijo ella.

—¿Cuál sería el tope? —preguntó él.

—Lo fijamos según lo que aparezca.

—No es mala idea.

—Considéralo una oferta.

—Como una sociedad —dijo él.

—Buscamos y el primero que encuentre llama al otro —propuso ella,y agregó—:No necesitarás un palacio,supongo.

Alberto miró en torno. El tuteo de ella y las proporciones del acuerdo sonaban promisorios.

—Más o menos lo que tienes acá —dijo él, abriendo los brazos, y dio unos pasos a lo largo, frente al escritorio detrás del cual Nadia lo observaba sin soltar los papeles que sostenía entre las manos—. Pero lejos de este edificio.

—¿No te gusta el Ministerio?

—Aquí funcionaba el Congreso.

—Y qué hay con eso —se interesó Nadia.

—Prefiero la separación de poderes —se disculpó él con una sonrisa.

—Gracias por el detalle —dijo ella, sin ánimo de discutir—. ¿Cuántos son en Estudiantes del Mundo?

—Tres —dijo él—. Un junior, una secretaria y yo mismo.

—Tú eres el jefe.

—Yo soy el jefe acá en Santiago. El jefe-jefe está en París.

—Entiendo. Con dos ambientes más una sala de reuniones estará bien.

—Bastaría con un privado —explicó él—. La secretaria va en las mañanas, el junior a mediodía, y yo en las tardes.

—Se matan trabajando…

—Al contrario —dijo él, rechazando la burla—. Cuando en París son las cuatro de la tarde, aquí son las diez de la mañana; y cuando acá son las siete de la tarde, allá es la una de la mañana. Siempre estamos trabajando para los europeos. El único momento de verdadero descanso es cuando ellos toman desayuno y nosotros nos vamos a la cama.

—Bonita rutina —dijo Nadia, distendida, dejando a un lado los papeles y balanceando ligeramente el cuerpo sobre el vaivén de la silla reclinable. Él vio la falda que trepaba sobre sus muslos y apretaba las carnes—.Te habrás acostumbrado, supongo.

—Es como estar libre dentro de la prisión de la Bastilla —dijo él.

—Franceses, un esfuerzo más si queréis ser republicanos —recitó ella de memoria, con tono jocoso y sin poder evitar la puerilidad que se deslizaba en medio de ese diálogo, como un mecanismo de ajuste o una abrazadera que se cerraba un poco más con cada movimiento—. Lo habrás leído en alguna parte, ¿no?

—Cómo negarme a esos placeres, señora mía —dijo él, y ambos rieron, una breve carcajada de nervios seguida de un cruce lento y filudo de los ojos revelando sabores, gustos parecidos, acaso idénticos.

Alberto se movió fuera del rectángulo que proyectaba el escritorio, inquieto, queriendo comprender de qué iba ese tráfico de promesas, por qué se comportaba como un coqueto asaltante de caminos con frases puestas para quién, por qué y para hacer qué cosas, además. Cierta complacencia lo sujetaba a su interlocutora.

—Ven,acompáñame —dijo ella,incorporándose y guiándolo unos cuantos metros por pasajes interiores y cuartos desocupados hasta dar con una oficina de rincón, casi una bodega, con una pequeña ventana apaisada en el extremo superior, sobre el nivel de superficie por donde se divisaban los jardines del antiguo Congreso—. ¿Estás pensando en esto? —Y giró hacia él cuando atravesaron la puerta y quedaron solos dentro del rumor del sótano.

Había algo desafiante en su actitud, y él pensó en una domadora de fieras con las botas puestas. Luego Alberto se paró en medio de la bodega para decir que sí, estaban pensando lo mismo, justamente, sonriendo con las manos en los bolsillos y midiendo la longitud del cuarto con breves asentimientos de cabeza.

—Avísame si lo encuentras —dijo Nadia sin dejar de observarlo con atención y hasta imprudencia—. Será un gusto darte el visto bueno.

Alberto devolvió el examen en silencio. Qué estaba queriendo decirle esa mujer.Afortunadamente tenía una cita con el agregado rumano para dentro de un rato, y luego de intercambiar señas se

despidieron con la garantía de volverse a ver.

Después repasó la situación y admitió lo que ocurría. Se habían olfateado con la precisión de un *ümwelt*, y aunque entonces Alberto no supiera nada de radares, la naturaleza declaradamente sensual de esa mujer no le pasaba inadvertida. Reconocía el tipo. Detrás de la formalidad en el trato supo muy luego que Nadia alentaba fantasías y excesos a cuenta de una familia bien constituida, con un marido disciplinado que se entrometía poco, hijos a los cuales criar y un trabajo tolerable en el Ministerio. El bienestar, unido a la curiosidad, presionaban su ánimo en la curva hacia la cuarentena, donde el deseo de una mayor liberalidad personal sintonizaba con el clima de relajo y prosperidad que se respiraba fuera del severo edificio ministerial. Era una justa compensación a la que creía tener derecho después de tanto sacrificio. Por su parte, Alberto se había descubierto vivamente atraído por el tráfico entre galante y prometedor de su colega. Raro, pero no podía evitarlo. Coincidía con él de alguna manera, como una extensión de su propio anhelo por soltarse del NO y pulsar la cuerda del personaje que llevaba atrapado. Era el candidato perfecto para protagonizar una catástrofe, por lo demás. Pertenecía a esa especie de hombres agobiados por convicciones a medias desvanecidas, amontonados en la línea de fondo del nuevo siglo mientras escarban una toma de aire, y que al oír el timbre y abrir la puerta captan de inmediato la presencia de una vieja fuerza combativa, contenida en los gestos enfáticos de la recién llegada y ante la cual —sospechan— será mucho más costoso negarse que invitarla a pasar y cederle de plano la iniciativa. Hombres replegados y razonables, civilizados en los pliegues de las cosas, hombres entre dos caminos que se distribuyen y reparten por las ciudades, ocupan los edificios públicos y las compañías privadas llevando vidas gloriosas o mediocres, y que en alguna parte de sus miserias o victorias miran por la ventana y aguardan, esperan con miedo pero también con ansia la inminente remoción de la fatiga en que se han transformado ellos mismos, cediendo al deseo de convertirse en otros a través del deseo de otro, el desencadenamiento que indefectiblemente ha de llegar una tarde, timbrar con premura la puerta y atravesar la habitación donde él se

afana contra el reloj de ese momento. Hombres destinados a durar un día entre mujeres inacabables, exigentes, necesitadas de escena y satisfacción, tal vez de complicidad sentimental o incluso de privilegios de innombrable cursilería. Nuevas mujeres entre hombres viejos, pensó con sentido autocrítico; mujeres emprendedoras e inevitables, moviendo sus cuerpos febriles con el teléfono móvil en la mano, una tijera al cinto y el hambre del mundo en las rodillas.A ver hasta dónde iba esta Dora ya madura, qué extravagancia querría mostrarle al profesor de Estudiantes del Mundo.Traía en el ademán una guerra de minutos, rápida, la verdadera guerra quizá, que ningún hombre del tipo rebelde-sumiso como Alberto era capaz de eludir por mucho más tiempo una vez capturada su atención y dirigida hacia el deseo ajeno, esa presencia exigente y ligeramente ácida que comienza a invadirlo cuando ella se adelanta, deja su cartera colgando del manillar de la puerta y yergue recto el cuerpo ante el ventanal con las cortinas corridas, las piernas exageradamente ceñidas bajo la falda y los brazos en la cintura. Como una niña feroz ante el lobo asustado.

—¿Te gusta este lugar?

—Me conviene —dice él por toda respuesta.

—Es un buen escondite —asiente ella sin voltearse, y hay una insinuación en su comentario cuando agrega—: Bueno, tú eres el que manda.

Al menos eso era cierto. Alberto había llamado una semana antes, seguro de haber encontrado, por fin, tras un mes de búsqueda y negociaciones telefónicas, la oficina ideal para no incurrir en demasiados gastos ante el jefe-jefe Dubois en París.

Era un espacio de dos ambientes sobre una estrecha callecita en la frontera de los barrios Bellavista y Recoleta, casi un pasaje donde el inmueble quedaba a resguardo de la delincuencia común gracias a los barrotes en las ventanas y el tercer piso donde se ubicaba. Esto hacía improbable un asalto sin antes atravesar las plantas inferiores, ocupadas por oficinas de arquitectos recién graduados, talleres de artistas y bodegas de electrodomésticos con alarmas en la entrada principal. El dueño aceptaba rebajar el alquiler a cambio de remozar los muros humedecidos, y el aspecto sórdido del barrio al caer la

tarde, con casas de masaje a media cuadra y peluquerías con dudosos posteriores a la vuelta de la esquina, ahuyentaba cualquier pretensión de convertirlo en algo distinto de la cueva que necesitaba para su proyectado encierro.

Aunque el pretexto de los asaltos reiterados era auténtico, el cambio de oficina calzaba con su propósito de abandonar la barra del NO y aferrarse a una rutina de escritor por el tiempo que fuese necesario. Después vería si entregaba el resultado a Frank para un juicio técnico o borraba todo rastro con una ligera pulsión del índice sobre el teclado del computador. El inmueble cumplía tanto con los requisitos de aislamiento como de protección a prueba de curiosos, y quien quisiera visitarlo podía fácilmente pasar de largo de la calle Gutenberg —y no Gutemberg, como alegaba el letrero municipal que colgaba de la esquina y promovía los reclamos del cartero cada vez que depositaba la correspondencia en el buzón de entrada, maldiciendo de paso la caótica numeración del pasaje que extraviaba los caminos con la mejor buena fe del remitente—. Parecía un lugar sumergido en ninguna parte, y ni siquiera Frank, con su obsesiva tendencia al espionaje, podía despejar sin equívoco las dificultades que imponía su nueva guarida. El sitio tampoco era apto para reuniones formales ni juntas directivas de ningún tipo, pero se hallaba enclavado en medio de una extensa área de restaurantes y cafetines donde Alberto podía citarse con el agregado filipino, el encargado de asuntos rumanos o cualquier otro compasivo socio de Estudiantes del Mundo afincado en la ciudad. Desde el balconcito del reservado distinguía sin esfuerzo los techos bajos de Bellavista con su aire pueblerino, mezcla de bullicio y decadencia recostada del otro lado del río. Un talante de feria libre, a medias ruinoso, con su aspecto de trastienda y cortinaje teatral, dominaba el sector. Estaba seguro de que Nadia aprobaría la elección. Solo debía atravesar el río para llegar hasta allí.

El día que Alberto telefoneó para informarla, ella pidió una descripción detallada.

—Prometo que no vas a perder el tiempo —dijo él—. Las escaleras son un poco oscuras y estrechas, pero tienen su encanto. No sé cómo explicarlo.

—El aristócrata y su pizca de vulgaridad —bromeó ella.

—Sí, más o menos… Tienes que venir a verlo. Una vez dentro, uno se acostumbra y ya no dan ganas de salir.

Nadia disimuló las ganas de apurar la cita. Quedaron de reunirse hacia el fin de la semana, y el día convenido se descubrió a sí misma con tiempo suficiente para pasar antes por su casa, yendo del armario al espejo durante media hora mientras ensayaba vestidos y blusas hasta acertar con una camisa holgada de color blanco y botones fáciles. Soltó los dos primeros y dejó el tercero vacilante, sobre la canaleta de los pechos. Se cubriría con su chaqueta de trabajo para formalizar. Observó satisfecha el resultado y luego se calzó unos tacones que la hacían más alta de lo que era. Dio una vuelta de trompo: su postura elevaba el trabajado perfil de las nalgas. Aún estaban firmes. Hizo una mueca al espejo, dejó un mensaje diciendo que volvería tarde y se despidió de los niños.

Sentía el cuerpo abrazado por el aire tibio mientras conducía hacia el costado del parque, consciente de la repentina necesidad de aprobación bajo el disfraz de la casualidad, con el chaquetín gris y la falda ceñida a la cintura, admirablemente encajada hasta la rodilla. Excesivo. ¿Qué pensaba hacer? Ni idea; en principio solo mostrarse, insinuar que lo había adivinado en un apriete súbito y merecía una recompensa. Pinturita, chifló alguien a su lado mientras ella cerraba la puerta del auto estacionado en una de las paralelas embotelladas entre el cerro y el río.Trató de localizar la voz, pero esta ya se iba tras la ventanilla de una camioneta que se perdía hacia el oriente, entre los primeros destellos del alumbrado nocturno.

Caminó hasta el cuadrado de pequeñas calles y pasajes que se extendían entre el barrio de los tenderos y el sector de restaurantes, bajando en dirección contraria al flujo de autos que ventilaban su melena y la revolvían sobre los ojos con latigazos continuos. Algo ronco, sofocado, se agitaba en su cuerpo y hacía que palpitara cuando encontró la calle mal señalizada con su numeración dislocada a mitad de cuadra, yendo reiteradamente de un lado a otro mientras buscaba una continuidad que perdía toda lógica en el intervalo de unos cuantos metros. Debían ser pasadas las siete y media cuando al fin la

encontró. Llamó por el citófono dos veces, ya molesta. Resultaba incómodo que nadie acudiera. Un ruido de pasos en las escaleras retuvo su atención. El sonido claro de unas suelas sobre las baldosas se acercaba. Un hombre que no era Alberto abrió la puerta y salió sin saludar, mientras ella bajaba la vista con cierto pudor.Vio unos zapatos brillantes, rematados en punta, demasiado pronunciadas para su gusto, y dijo gracias cuando el desconocido sujetó la puerta antes de alejarse. Entró a un vestíbulo oscuro que hacía de recepción, cerró tras de sí y subió las escaleras sujetándose de la baranda para evitar tropezones en medio de la sofocante penumbra interior. Alcanzó el tercer piso y se paró delante del departamento con la respiración agitada. Decidió contar hasta quince antes de llamar. Preparó una mueca de falso enojo, o molestia, pero era inútil. De pronto solo deseaba que la puerta se abriera para quedar oculta y que nadie la viera parada allí delante, con la evidencia del vestido demasiado ceñido al cuerpo, una prueba flagrante si cualquier otro la hubiese sorprendido en la semioscuridad del descanso. Pero ¿por qué la vergüenza, si ni siquiera sabía si el otro aparecería a la hora acordada? O bien era justamente porque bastaba con haberse dado cita para que las cosas que deseaba que ocurrieran empezaran realmente a ocurrir. Hubo un instante en que pensó que Alberto había olvidado el compromiso, y sintió rabia. Había pecado de entusiasta.Y sin embargo, esto era parte de su trabajo. Qué idea tonta venir hasta aquí en persona. Estaba perdiendo el control.

—Nadia.

Ella pegó un salto.Alberto sostenía la puerta entreabierta, interrogativo. La confusión se transformó en alegato: el citófono de abajo estaba malo, había olvidado decírselo, y ella había golpeado la puerta varias veces pero él se hallaba al fondo del inmueble, donde apenas se oía nada, solo un sordo rumor de la ciudad contenida entre dos avenidas permanentemente embotelladas.

Torpe, avanzando delante de ella,Alberto quiso mostrarle el interior.

—Es bastante ruidoso —dijo ella de inmediato, recuperando su actitud algo desdeñosa, y se paró en medio del espacio central, abarcando los rincones con la mirada. El interior no era más espacioso

que un estudio con recepción incluida, y al comienzo se sintió algo desorientada. Buscaba ganar tiempo, y comenzaba a entender su ansiedad.Tenía terror a seguir hablando y que el tiempo se escurriera en obviedades.

—Bastará con mantener las ventanas cerradas —dijo él sin énfasis.

Pasaron al reservado. Dentro, el espacio era más reducido y hacía calor. Ella se adelantó ligeramente. Colgó su cartera en el manillar y de forma instintiva caminó hasta el ventanal. Levantó las persianas para inspeccionar el pasaje, la calle corta y sucia yendo de la montaña al poniente, y luego desvió la mirada hacia el norte, donde un sosiego provinciano cubría los tejados. Dejó caer la persiana y la sala entró en la sombra. Sabía que Alberto la observaba. Acaso medía sus caderas, el porte de las piernas asomadas bajo el talle del vestido, a la altura de las pantorrillas. Un ligero olor a encierro daba a la penumbra un espesor casi táctil, y en la poca luz una suspensión de polvo giraba alrededor. Apartó los visillos de la persiana para mirar fuera una última vez y él dijo algo a sus espaldas. Nadia respondió por qué no, con cierta indolencia incluso, sin voltearse. De pronto un gesto de Alberto resbaló a centímetros de su cuerpo. Creyó que tiritaba, pero bien podía ser el temblor de las manos. Ninguno de los dos habló, como si se tratara de un ritual conocido, ensayado en la soledad de cada uno. Pasó las manos por sobre sus hombros y se detuvo un instante en las solapas de la chaqueta, presto a removerla del cuerpo mientras ella ayudaba sin ningún énfasis, agitando apenas los brazos para soltar las mangas. Se dejaba hacer, aturdida por la corriente de calor que pasaba por sus venas. Un gesto más y tiraría de su falda, saltándose los preámbulos, o pediría que le abrocharan el tercer botón de la camisa. Quería besarlo, que indagara y se aventurara en la jaula donde ella pasaba los días remoloneando, insatisfecha y agazapada en su propia buhardilla. Echárselo encima, sin más. Respiró fuerte, soltando los hombros para ayudar, y el leve arqueo hizo que la camisa se abriera sobre los bordes del brassier. Sus tetas palpitaban en algodones húmedos. Es lo que sentía. Estaba regalada a lo que Estudiantes del Mundo decidiera. El chaquetín cayó a sus espaldas o fue a perderse en otra parte, no estaba segura. Notó que las manos de

Alberto regresaban vacilantes para luego deslizarse con precisión casi dolorosa sobre la camisa, no queriendo abrirla más de lo que estaba, escabulléndose entre los hojales. Acarició la seda como si se tratara de un amuleto, una y otra vez, haciendo del tacto el verdadero tesoro antes de apropiarse de la carne que saltaba de su envoltura convertido en un vegetal caliente bajo las palmas ahora llenas.

—Qué buen escondite —repitió ella con desvergüenza, la voz quebrada.

El cuerpo de Alberto le quemaba las espaldas. Torció el cuello y sintió su boca pegada al oído, respirando despacio en señal de acuerdo. Ella pensó que seguiría adelante; ya tenía media camisa abierta y los hombros casi desnudos, pero fue como si de pronto Alberto cambiara de idea al escucharla y decidiera ensayar otro camino, una circunvalación más enredosa o amplia de la que Nadia imaginaba como infidelidad tradicional.

—Estás casada —dijo él un poco al desgaire.

—Todos lo estamos —replicó ella—. Mejor no saber.

—Debes tener algún plan, entonces —advirtió, seguro de acertar, y ella no captó de inmediato, ridículamente estática delante de él, de pie como una esclava obligada a tomar el mando.

Hubo una pausa ocupada solo por ruidos de calle, voces de muchachos que iniciaban la borrachera y motores que pasaban deprisa y se detenían con un chirrido de fierros raspados sobre el pavimento. La ensoñación desapareció cuando él la atrajo hacia sí, invitándola con el brazo. Dime qué quieres, repitió, esta vez más persuasivo, sugerente, cerrándola contra su hombro. Ella se dejó arrastrar, intimidada por la semidesnudez que exhibía a pesar de la penumbra, y bajó la cara para cubrirse con el mechón de pelo que le caía de costado. Se mordió el labio inferior y la boca se quebró dibujando un ángulo de prodigiosa ambigüedad. Dime, repitió Alberto, ya hechizado. La lascivia los ganaba. Se dejaron caer al piso, embriagados, y él se apoyó contra la pared, alejando de un golpe la única mesa que yacía a un costado. Sentada a horcajadas sobre sus rodillas, ella levantó la cara y lo miró con una fijeza exagerada, queriendo dar por cierto su pedido. Sacaría brillo al atrevimiento. De

pronto, sin saber cómo, la iniciativa quedaba en sus manos, e inclinó la cabeza para hablarle al oído, remojando palabrotas en el hueco de su oreja (*Qué sorpresa, colega; Quieres saber lo que me gusta; Quieres que te lo cuente en serio; Quiero llevarte donde nunca has estado; Quiero cabalgarte encima hasta domarte*); o es su actitud quien lo dice, perniabierta y con las faldas subidas por arriba de los muslos —con el sostén todavía puesto, a pedido del propio Alberto— ayudada por la oscuridad cómplice de la oficinita.

Tras el incidente, como querría llamarlo después, Alberto se apuró en habilitar el inmueble de la calle Gutenberg. Hizo traer estantes nuevos y desplegó afiches en los muros, con una enorme pizarra donde se registraban las fechas de los concursos escolares y otras actividades de alto rendimiento que ocupaban sus jornadas, mientras la hacendosa presencia de Maite y del incansable Jaime Cabreo mantenían en orden la sede de Estudiantes del Mundo tal como él la necesitaba para su proyectada novela de formación. Se había dado prisa, queriendo evitar que el furtivo encuentro con Nadia colonizara su territorio, pero muy pronto descubrió que la prohibición y la literatura eran gemelas tendidas sobre un mismo horizonte. No había forma de apartarlas. La palabra de Nadia, oscura y caprichosa, las unía como un vicio en la tersura imaginaria del fetiche.

En ocasiones,Alberto la visitaba en su despacho del Ministerio a propósito de algún trámite, o bien hablaban por teléfono sin un calendario preciso ni acuerdo previo, pero no estaba señalado que esos encuentros derivaran en juegos impropios. Hasta que un breve mensaje al cierre de la jornada emergía en la pantalla con un picoteo distraído y animoso, tramando señas y señales en un idioma de gatos en agosto. La palabra del vicio renacía entonces imantada por aquellas formas irreales y quebradizas sobre el tejado electrónico. Una suprema perversión tomaba la delantera, y a través de esas comunicaciones azarosas, Alberto se asomaba a comprender lo que podía un cuerpo en su despliegue invasivo: velos, sedas, transparencias deslizantes, enaguas y terciopelos trabajados en la mente con despaciosas descripciones retenidas por el arte de Nadia (¿*Qué haces, colega*?*, tanto*

tiempo, anunciaba ella. Nada, ¿y tú Nadia?, se acomodaba él. Doy vueltas, me aburro un poco, le decía. Qué perezosa. Es el clima. Sí, está pesado. Abre las ventanas. Si tú lo dices. Nadia-Nada-Nunca, bromeaba él, y las palabras husmeaban, indecisas, rozándose unas con otras, mañosas y persistentes hasta dar con un punto de extravío irremontable, resbalando en busca de perlas tan blancas y resplandecientes como el fondo de sus muslos: ¿Tienes calor, Nadia? Sabes que sí. ¿Dónde estás? Aquí, al frente tuyo. Cierra la puerta.Ya lo hice. ¿Y si te abres un poco el vestido? Ya lo hice…), órdenes insaciables que adquirían una dimensión fantástica y vibraban alrededor, atravesando el río en busca del efecto final.

Bien pensado, pensaba Alberto, su misión multicultural en Estudiantes del Mundo era tan imaginaria como el sexo con Nadia. Sin amor el sexo era superficie, exhibición, a veces infortunio solitario y otras veces altercado feliz, pero la carnada pendía siempre de un hilo vidrioso y resistente que capturaba la atención.Allí era donde Nadia se hacía fuerte. O era la facultad que le atribuía cuando se subía la falda y dejaba caer sus descaros al oído con la experiencia de una baronesa. Mírame, le decía, y soltaba una risa endiablada, peligrosa. Pocas veces usaba pantalones, y prefería los trajes de dos piezas que le daban un ligero aire tiránico en sus costumbres funcionarias. Su cara tenía incluso cierta dureza material, y caminaba con la pesadez de quien ya ha dado hijos al mundo y abarcado costumbres regulares, sedentarias, notorias en la deformación de las caderas. Pero aun así, un furor animal la mantenía alerta, hipnótica, impaciente y como rabiosa, decidida a saltar sobre las inhibiciones y redimir su larga cuarentena cada vez que azotaba el cuello con su melena de salón. La sexo-madura, pensó Alberto, buscando perspectiva. La mujer que sabe, o mejor aún: la mujer de Sade.

¿Hasta dónde llevaría sus asaltos? A veces era una llamada para dar aviso de una valija con libros llegada desde París; otras, un roce de telas y faldas al despedirse en los laberintos alfombrados del edificio ministerial, tras las mamparas de vidrio esmerilado de las bodegas ubicadas al fondo, en uno de los infinitos recovecos que salían de su despacho hacia otros pasillos y escondites sin término, como aquel sucucho adonde alguna vez volvió a arrastrarlo en recuerdo del primer

día, materializando sombras que se agitaban en un teatro de voces, manos diligentes y espacios interiores azorados por el apuro. (*Ven aquí, le decía, ven con mami, tu mami te va a contar un secreto, y lo tomaba del cuello de la camisa, empujándolo detrás de las puertas y dentro de los clósets del sótano para arrancarle el cinturón. Show me, show me, pedía, y mascaba el aire con la cabellera revuelta, ida la mirada con la boca en vilo. ¿A qué viniste, ah? ¿Me echabas de menos?, ¿estabas aburrido en tu cueva?, dime qué quieres que haga, dime qué quieres hacer, lo increpaba y mojaba la voz para hablarle al oído, interminable y azul de deseo. Un teléfono sonaba en alguna parte, se oían pasos en el alfombrado de bordes raídos, pero Nadia no hacía caso, victoriosa con su bandera al tope en los angostos y encajonados recovecos de su carne; que vinieran a verla, allí estaba ella, la viciosa, la loca, la adúltera, la que conocía todos los trucos, y lo que había sucedido en momentos vacíos ocurría de pronto a plena luz, en un mediodía sofocante y perezoso, entre remadres y maldiciones que corrían a lo largo de los corredores y las puertas entornadas y los cristales esmerilados mientras ella ordenaba: ven, ven aquí, dime a qué viniste, dime lo que andas buscando, ¿acaso soy tu puta?, ¿quieres que haga de puta?, ¿quieres que te lo diga al oído?, ¿te gusta eso?, ¿te gusta que te diga porquerías?, dime que te gusta, soy tan puta, yo sé que te gusta, y soplaba eufórica sobre su oreja, sin oír ya los timbres de llamada ni los pitidos de fax que atiborraban el piso de mensajes entrantes sobre las viejas maderas que crujían en un disparatado instante de olvido y negligencia administrativa.Ah, qué mezcla extravagante habían dibujado entonces los dos en los cuartos traseros del edificio, digna de una escena en el manicomio de Charenton. ¿Ocurriría lo mismo en todas las oficinas públicas, detrás de todas las cortinas corridas en los edificios fiscales y del otro lado de cada teléfono que sonaba solitario e incesantemente sin ser recogido por nadie en la hora de menor flujo de atención al público? ¿Un breve paréntesis de delirio y frenesí en la organización del Estado? Mejor ni preguntar, había dicho Nadia, saltándose las formas y con la cara revuelta, erizada de mimos mientras se movía y lo templaba subiendo por sus piernas como una boa antes de devorar al murciélago del parque*).

Estaba chiflada, sin duda. O tenía propósitos muy definidos.Y él, cual Jesús en su cruz, era el hijo eterno ante la pecadora del templo,

lleno de piedad y abandono cuando miraba el rostro del padre ausente. Una fantasía verbal, insolente como el hebreo, trabajaba en su mente. La imagen se adaptaba bien al propósito de hacer balance y considerar un desenlace para sí mismo. Es lo que buscaba: abrirse al deseo de ser otro y caer aniquilado, adoptando la suprema responsabilidad de actuar con abandono ante un cielo de todas formas vacío… ¿No era acaso este su esfuerzo y hacia allá se dirigía tras abandonar la Guarida del NO? Cerrar su propia negación y acabar con las situaciones imposibles. Era lo que la palabra de Nadia demandaba también con la fuerza excitada de una herejía. Que se entregara, le decía. Que se dejara ir. Él estaba dispuesto; soltaría el freno sin desviar la vista hasta convertirse en un verdadero republicano, si era lo que ella deseaba; se dejaría arrastrar hacia los rincones más oscuros y pujaría de pie hasta sacudir la rigidez de los recuerdos que se pegaban a la piel cada tarde en el reservado, cuando ya solo y desfogado abría el archivo de su tumba familiar y un aire de crimen se apoderaba del reservado hasta bien entrada la noche.

De una forma que le costaba precisar, esos exabruptos conjuraban el horror de escribir el pasado. En algún lugar había leído que Simenon redactaba sus novelas con la misma intensidad y frecuencia con que iba de putas, equilibrando una actividad con otra. Los policiales se escribían solos, por así decirlo. Bastaba con poner un cadáver delante, al despertar o después de irse. Alberto hubiese deseado imitarlo, pero su crimen era más complicado. Narrar a los padres era fijarlos, apoderarse abusivamente de ellos para cerrar sus ciclos de vida vivida y trasuntarlos en una materia distinta de ellos mismos. Tomaba distancia, pero la culpa no demoraba nada en salirle al paso y exigir respuestas por aquellos que ya no estaban a su lado.Tan pronto como escribía a los padres, reproducía al hijo. No lograba evitar el trasiego de Edipo.

Ya se sabe lo que anuncia el mito. En loca carrera hacia la tragedia y el destino, Edipo huye de la casa adoptiva que cree su único hogar, sin saber que esa fuga lo devuelve a la verdadera patria después de una juventud pasada en el exilio. Mientras huye, más se acerca. Edipo quiere eludir la profecía del parricidio y por eso escapa sin saber que

está a salvo allí donde está. En el camino encuentra a un desconocido que obstaculiza su fuga. Discuten, se enfrentan y él lo elimina para luego desafiar el enigma de la esfinge y convertirse en soberano, quedando a solas con su madre. Es la apoteosis de su aventura. Edipo ha llegado para reinar, sin saber que en realidad ese suelo que cree ajeno es su verdadera patria. El extranjero es su patria, se dice Alberto a sí mismo con un regusto extraño, anticipatorio. Cree vivir en un país de asilo, pero en rigor se trata del hogar donde nació; Edipo ha vuelto a Santiago de Chile, por decirlo de alguna manera.

El desenlace también es conocido. En la revelación final, Edipo comprende que solo el crimen permite al hijo alcanzar la plenitud donde alumbra el horror. Alberto lo ve claro, ve a Edipo y se ve a sí mismo.Todos los caminos llevaban a ese punto ciego donde la verdad encuentra su lugar. El sexo y la muerte copulaban en su conciencia como en un crimen perpetuo. Es más, el crimen *es* el hogar donde Edipo se hace soberano y poderoso, según le parece a Alberto conforme examina mejor los paralelos. El suyo era un reino corrupto, preñado de catástrofe.

La conclusión resultaba inquietante.

¿Por eso se arrancaba los ojos? Imposible saberlo, pero él ya no podía dormir; alucinaba como al centro de un campo de batalla anegado por el humo y el fin. Quizá Nadia estaba en lo cierto cuando atribuía su hermandad a ese reconocimiento cómplice. Fornicar, follar, joder, tirar, coger y montar era todo lo que deseaba la muerte una vez hechas las presentaciones. Un poema de Parra hacía de ella una puta caliente, y recordó que Bolaño había predicado y practicado su ley durante sus últimos días sin arredrarse por la evidencia. La muerte era la batalla de los vivos, y asediaba las defensas de la ciudad como un virus lacerante bajo las faldas y los cuellos abotonados, entre las muchedumbres arrinconadas en los túneles del metro y al interior de los bares y en los ascensores abiertos de par en par hacia la calle. No había tregua para ella, y una pulsión semejante lo aguantaba en los altos del pasaje Gutenberg cuando se encerraba a trabajar.

Buscaba al personaje que era él mismo bajo ese hálito de piedra, y una tarde anotó a un lado, sobre la libreta de borradores, una simple

ecuación como un poema japonés que le permitiera orientarse en su *Bildungsroman* de jubilado:

La novela del padre (Kafka),
en verdad es la novela de la madre (Proust),
y esta a su vez es la novela del hijo (Edipo).

Luego releyó lo que quería decir, si acaso decía algo, y trató de recordar quién era Kafka, quién Proust, dónde su juventud.

—¿Todavía en el monasterio? —La voz de Frank sonaba tendenciosa desde algún lugar de la ciudad, incapaz de reprimir su curiosidad por la nueva oficina de la calle Gutenberg donde Alberto se había mudado.

—Ahora y siempre —contestaba él, como un guardia que ha logrado pasar al interior del castillo y cuida su ascenso con discreción—. Me volví creyente.

—A tu edad es una pena que todavía quieras ser un joven escritor —lo amonestaba el otro,y un eco del tráfago habitual de *El Nuevo Día* se colaba en el teléfono—. Los convertidos son los peores. Empezaron tarde, van siempre atrasados y terminan siendo unos fanáticos.

—Tengo mis compensaciones —decía Alberto, lacónico, sin entrar en detalles, dejando que Frank abundara en uno de sus característicos ataques de celos.

Desde su traslado al pasaje de la calle Gutenberg, prácticamente había dejado de acudir a la barra del NO, eludiendo con delicadeza sus compromisos con Frank. Quizá fuera cierto que su conversión lo aislara de la realidad, pero estaba decidido. Era su período especial. Llegaba pasado el mediodía, atendía lo poco que requería su atención en la oficina de Estudiantes del Mundo, y tras despachar a Maite y Cabreo, se sentaba a cavar y palear su interminable paisaje de arena en la pantalla del computador. Pasaba horas sentado y el aislamiento lo desquiciaba, pero no hallaba respiro fuera de la oficinita maloliente que lo disfrazaba hasta bien avanzada la tarde. Tenía la clara noción de trabajar con materiales de altísimo riesgo, manipulando sustancias químicas capaces de hacer volar toda la cuadra si no acertaba con las

combinaciones y dosis apropiadas, pero la promesa lo ayudaba.

A veces se quedaba con la vista fija, amarrado al escritorio como una estatua de cera, un hombre estacionado en el recuerdo de lo que no había sido,recorriendo una por una todas las vidas desperdiciadas que habían pasado a su lado y fueron él mismo sin llegar a acontecer, y entonces le parecía que esa falta era su definición, él era ese hombre que *nunca había acontecido*.Alguien sin imagen en el espejo. ¿Sería realmente así?

El olor de la víctima despertaba a su lado, engañoso.Alertado, se corregía de inmediato. No había tal invisibilidad; sin duda exageraba los hechos del pasado, era un falso mártir que poblaba con sufrimientos ajenos el examen de una existencia más bien regular, de costumbres asentadas y deslices perdonables, un padre de familia que ha hecho lo que ha podido para vivir de forma decente y piensa en el error como sistema de orientación cuando alza la pluma o levanta los dedos sobre el teclado para escribir lo que no dice.

Comprendía por sus signos que la muerte de los padres era la suya propia, un límite más allá del cual la realidad se vaciaba sin un contenido preciso.Trasuntar aquellas vidas vividas y ofrecerlas a la circulación venía a ser lo mismo que enajenarlas de su experiencia. Era el precio que se cobraba ese afán suyo, ya que, al escribirla, la pérdida física de los padres adquiría el aspecto de una transacción.Al mismo tiempo no tenía dudas sobre el éxito de su empresa, y esto era lo peor.Triunfaría sobre el enigma, pero al hacerlo también se condenaría. Un hueco sin mañana se abría entonces en su conciencia. Destruir lo que se amaba y seguir viviendo estaba más allá de cualquier situación imposible. Pero esa era la situación, precisamente: al desclavar su cruz, liberaba al hijo. Más allá estaba él mismo; un adulto, alguien terminado, en viaje hacia dónde, no sabía. El cielo se rajaba sobre su cabeza y del manto protector caía una lluvia de fósforo y ceniza.

En ocasiones se reprochaba con amargura tanto despliegue. De no haber incursionado en el bosque de Edipo, ninguna urgencia lo hubiese conmovido. Podría haber permanecido a lo largo de toda su existencia disfrazado de hijo, un hijo que escribe novelas policiales o

un hijo que hace clases y dice NO mientras ocupa sus horas en dirigir la sección chilena de Estudiantes del Mundo. Entonces nada habría exigido tanta atención ni detalles de su parte. Él podría haber sido un bufón de la corte o un fotógrafo del interior luego de pasar su juventud en el exilio, incorporándose mansamente a la vida del reino, colaborando sin llamar demasiado la atención ni levantar sospechas con las anomalías que desencajaban su comportamiento. Pero se había obstinado, había insistido en descomponer la naturaleza del hogar y destruirse. Dios mío; estaba solo y desconfiaba de Dios cuando más lo necesitaba. Echaba en falta una tierra firme mientras más incursionaba en las habitaciones de su patria. La palabra familia adoptaba un sonido extraño en su boca, como si la pronunciara en un idioma que apenas dominaba. Había llegado al límite del hijo, había alcanzado a Edipo y ahora tenía que acabarse.Todos los signos apuntaban a ese imperativo. Narrar a los padres era hundir las fantasías, secar el pozo, derribar todas las defensas que aún estuvieran en pie.Ya está, casi lo ha conseguido del todo.Ahí los tiene dibujados en el horror de sus propias palabras. Solo que no sabe cómo seguir adelante. Un hierro fuerte como el de Layo atraviesa sus tobillos e hincha sus carnes desde que tiene memoria. Está al final de un camino. Ha vivido cincuenta años para correr el velo de su ignorancia y ahora palidece ante la única certeza que ha conservado. Debiera abrirse el pecho, pero no sabe cómo. No sabe no salvarse.

Acaso Frank estaba en lo cierto cuando se burlaba de su esfuerzo literario. Perseguir a una ballena, transformarse en una cucaracha repelente, echarse a morir en una cama para reconstruir el tiempo perdido o emborracharse con mezcal desde la primera hora de la mañana, eran cosas que requerían más que el pago de un alquiler en los bajos de la Bastilla, en los altos de la calle del Loro o en los pliegues de Estudiantes del Mundo. Decir NO como Frank ya era decir algo, era decir mucho en un país que nunca decía nada o comenzaba sus frases con un no bajito: no, si yo voy para el otro lado; no, si estoy bien así; no, si yo no soy quien soy…

Rígido, con las espaldas doloridas,Alberto se ahogaba en silencio, como un nadador en la oscuridad de alta mar, y su cuerpo descendía,

pesado y vencido, hasta derrumbarse nuevamente en el frío. Esos estados de aturdimiento podían durar días o semanas, meses incluso, y solo una violencia a la altura de su crimen era capaz de desentumecerlo. Era la fuerza que extraía de sus citas con Nadia. El sexo vertical —imaginario, revuelto, intermitente, siempre brusco— lo arrancaba de la parálisis con la insistencia de una mosca zumbando en el cuarto. Era desquiciante, pero la cantárida obraba milagros en su ánimo.

Muy pocas veces hablaban de asuntos personales o de trabajo, y habían decidido excluir los sentimientos por comodidad. Lo de ellos era un acuerdo de damas y caballeros: evitar las querellas, agrias e inconducentes, según Alberto, ahogadas con furor en el caso de Nadia. El arreglo conservaba su atractivo en la medida en que las rutinas no se tocaran; ella concentrada en su trabajo del Ministerio y cada vez más convencida de las virtudes de la liberalidad, y él siempre confinado en su prisión de la Bastilla, obligado a derribar el mundo que había sido el suyo mientras sostenía el martillo del Marqués en la mano.

Eran amigos de la primera vez, y no amantes, según lo pensaba Alberto, resistiendo el calificativo por una cuestión de estética. Para Nadia, en cambio, la prohibición era una sorpresa, un chispazo que encendía el patio, la casa, el marido, los hijos, todo lo que un día le había importado hasta la desesperanza y la renuncia, siguiendo un molde familiar perfectamente concebido, sin remilgos ni mezquindades, pero cuyo orden inmutable primero la había anulado, luego la había sofocado, y finalmente excluido hasta la infelicidad. Solo entonces el vértigo se había abierto camino hacia la cueva de Estudiantes del Mundo buscando una puerta de escape. Si no lo había hecho ya, pronto saldría en busca de alguien más joven con quien terciar su rebeldía. O es lo que pensaba Alberto cuando se fingía un Simenon en potencia y descubría, no sin espanto, que las perlas del erotismo también podían convertirse en las penas de adulterio. Apestaba a derrota, después. Una calma vidriosa rajaba la piel cuando los ojos se abrían y las extremidades se sacudían contra el piso. Los cuerpos se erguían, recuperaban volumen, autonomía, se movían

deprisa queriendo ahuyentar la confusión, no arrepentidos sino aliviados de que el mismo rumor vegetal que los había estrujado minutos antes los sacara luego de allí.

Alberto admitía el disgusto. La resaca se hacía trabajosa, y el soplo que extraía de esos estallidos impredecibles se convertía en culpas y pesadeces al momento siguiente. Un día sorprendió a Nadia en un gesto dictado por la más familiar de las costumbres.

—¿Y esto?

—Un regalo —dijo ella.

Alberto dejó el pañuelo de colores a un lado y disimuló su contrariedad. Lo fastidiaba mucho que ella rompiera el trato. Cualquier obsequio, por inocente que fuese, obligaba a una retribución. No era ese el acuerdo. Ahora tendría que quemar la prenda o arrojarla al basurero. Un amago de peligrosidad asomó desde el fondo de su desconfianza. Podía proyectar sus nefastas consecuencias mientras Nadia pegaba el cuerpo y se recogía la blusa con los brazos cruzados sobre los flancos para arrastrarla por sobre su cabeza. Los pechos surgían, pletóricos y abundantes, mientras él la observaba hacer. ¿Y si ella desconocía las formas y de manera impropia comenzaba a presionar en busca de algún vínculo sentimental? La perspectiva era escalofriante. Él no se había enredado con un cable suelto para sustituir afectos ni renovar lazos que consideraba sólidos, y durante un instante el pánico se apoderó de él al pensar en las exigencias y expectativas de una amante convencional. Se veía atrapado en explicaciones balbuceantes y motivos lacrimógenos. Siempre había querido mantener a Nadia, o más bien su afán mutuo con Nadia, desenfocado y a prudente distancia, secuestrado en los recintos estrechos y agobiantes donde templaba su deseo. La lógica imponía cláusulas de estricta privacidad, y romperlas con una manifestación publicitaria cualquiera solo podía conducir al estallido.Y tras el estallido sobrevendría la ignominia. En segundos, la histeria de Dora lo tendría en un puño. Presionaría su cuello hasta hacerlo sonar.Ya mismo lo cabalgaba con un ardor desmedido en la pieza de hotel donde habían ido a refugiarse.

Ella se volvió a mirarlo.

—¿Qué pasa, colega?

—No quiero recuerdos.

—Me los llevo, no te hagas problema.

Alberto no supo si se mordía la lengua por vergüenza o ahogando una réplica. También cabían ambas posibilidades, pero no quiso averiguarlo.

—No entiendo de qué tienes miedo —insistió ella—. No te voy a comer; no si no quieres.

—¿Tú quieres comerme?

—A veces me dan ganas.

—Pero te atajas.

—El que se ataja eres tú.

—¿En serio?

—Sí… Vives a la defensiva, me seduces a la defensiva, te excitas a la defensiva, tiras conmigo a la defensiva, gozas y engañas a la defensiva.

—Vaya, no sabía…

—Sí, quizá también estás casado a la defensiva.

—¿Y tú? —dijo Alberto, picado en su amor propio.

—No me quejo; por ahora estoy bien.Aprendí a hacer lo que quiero —replicó, y dudó un segundo—. Me quedé sin marido pero ya no vivo más a la defensiva.

—Quieres ganar.

—Ya gané —dijo, y las manos bajaron y los labios se abrieron—. Cierra los ojos, no te voy a comer.

La dejó hacer. De modo que era eso. La noticia de su separación explicaba el obsequio. Había llegado el momento de salir de caza. Sabía que las relaciones de Nadia eran múltiples y de lo más variadas: colegas del Ministerio, políticos, periodistas, jovencitas en los bares de mujeres donde habían ido alguna vez y ella había bailado toda la noche aferrada a una muchacha de pelo lacio con un vestido rojo ajustadísimo, actores, abogados y hasta algunos escritores que decía seguir, quién sabe cuántos pañuelos de colores habría repartido la colega en su loca carrera al divorcio. Pensó que si ella se exponía de esa manera, voluntariamente, era en castigo por lo que dejaba

atrás.Alberto sintió pavor. Se veía reflejado en un círculo interminable de ocultamientos y proscripciones, convertido en punto de llegada para Nadia y con la crueldad como única defensa. No quiso saber más. Recorrió su cintura en busca del broche y se deslizó sin estridencias a través de la piel húmeda y lustrosa, haciendo un esfuerzo que al cabo resultó decepcionante. No hubo reclamos, pero para ambos las señales fueron claras. Mientras se vestían, ya enfriados,Alberto tuvo un estremecimiento. De pronto la sola idea de tomarle la mano bajo la luz del sol le repugnaba.

—Cariño, un esfuerzo más si quieres ser republicano —le dijo ella, notando su repliegue al despedirse.

Alberto no hizo más que sonreírle. La consigna era engañosa. El mismo atrevimiento que un día los había soltado terminaba por arrinconarlos.

¿No era esto a lo que se refería el célebre Marqués cuando predicaba la violencia de los instintos para vencer sobre las costumbres y los afectos? Su sentido de superioridad estética implicaba el libertinaje, la posibilidad de que los débiles mandaran sobre los fuertes, a condición de rebajar la libertad que decía promover. Pero el hombre debía estar muy sofocado en su prisión o engañar a sus lectores si apelaba al ejemplo de la naturaleza para dar libre curso a los instintos, y al instinto criminal en primer lugar.Vivir del cuerpo de sus semejantes, y de Nadia en este caso, era evolucionar en un sentido pero retroceder en otro. A él la debilidad no lo ensalzaba, y la exposición al rechazo agudizaba el problema. Había bastado que Nadia se pusiera en evidencia sentimental para que Alberto reaccionara con furor, aborreciera de ella, se preguntara quién era, qué hacía a esa hora encima de él y con qué intenciones, además. Si la mujer de Sade se había enamorado, tanto peor para ella. Mientras mayores fueran sus flaquezas, más duros serían el maltrato y las ofensas a las que, finalmente, ella misma se plegaría.Alberto no podía tolerarlo. No había recurso a una naturaleza salvaje que no fuera al mismo tiempo adoración humana del poder, y ese camino sin regreso se perdía en las crueldades del Marqués. Hombre de letras químicamente puro, al fin y al cabo, solo él podía elevar a objeto

estético un campo de concentración.

Alberto lo había experimentado después de cada encuentro con Nadia sin necesidad de realizar ejercicios de literatura comparada. El cortocircuito de los cuerpos estaba vencido antes de soltar el primer botón cuando ignoraba los afectos enredados en los fines. Tarde o temprano, los sentimientos florecerían en busca de la prenda olvidada, y se le ocurrió pensar que la única posibilidad de un lance puramente carnal, sin ilusiones de ningún tipo, ofrecido a la felicidad del sexo por el sexo, se hallaba en el matrimonio. En su esfera de acuerdos no había nada que precisara justificación. Allí las cosas se hacían según normas cotidianas en base a fines comunes, como al interior de una unidad económica, y si algo las controvertía, simplemente era expulsado al exterior. Todo lo que yacía fuera de esa alianza ecológica, concebida y premeditada para durar, estaba contaminado de un irrevocable sentimentalismo.

Es lo que tendría que haberle replicado a Nadia aquella vez. Estar casado era una pasión defensiva, una fe del NO en los poderes de la comedia. Pero se había hecho tarde para aclarar sus fantasías o disculparlas, y recordó un episodio sucedido tiempo atrás en los alrededores de la calle Gutenberg. Trabajaba en sus papeles cuando su atención quedó suspendida por un tráfago de bocinas, pitazos, autos policiales y camionetas de la televisión con reporteros, micrófono en mano, bloqueando la cuadra. Por un instante pensó que Nadia estaba enfadada y lo había denunciado ante las autoridades del Ministerio.

—Allanaron la clínica —informó Cabreo desde la esquina, alzando la vista hacia Alberto cuando lo vio asomado al ventanal del tercer piso—.Alguien les pasó el dato.

No comprendió de inmediato. Enseguida bajó a mirar junto a los demás vecinos. El lugar que Cabreo apodaba la clínica escondía tras su fachada comercial un local de pederastas que ofrecían sus servicios regulares a una variada clientela. El caso podía ser catalogado de banal si no fuera porque un juez de dedicación exclusiva, designado para investigar meses antes un caso público de pedofilia entre políticos y hombres de negocios, formaba parte de la discreta clientela del local y acababa de ser identificado como el probo hombre de

leyes. El dichoso Marqués seguía prescribiendo las conductas de los semejantes sin importar su condición, y el escándalo salpicaba ahora a la justicia en la persona del juez de la causa.

Alberto se desentendió del tumulto que se agrupaba frente a la casa de masajes y subió de vuelta a la oficina, olvidando el alboroto.Ahora, sin embargo, su pensamiento volvía al recuerdo del juez, un hombre de letras también, padre de familia y esposo dedicado,cuya vocación eran la ley y las conductas que la infringían. ¿Estaría arrepentido? Por fuerza, se había equivocado al buscar una hebra en el ojo ajeno cuando llevaba una viga en el propio. Otro delito no tenía, solo que con ese bastaba para arruinar su carrera y su vida. Era impensable ejercer justicia sobre los demás si antes no se hacía justicia a sí mismo y aceptaba el precio que le deparaban sus escapadas. De nada servía la retractación pública de sus actos para someterse al imperio de un orden ya viciado si antes no legitimaba esos mismos actos. Lo que había que esperar de él no era humillación sino confianza, discernimiento, virilidad en último término.Vamos, Chile, tendría que haber gritado él desde la ventana de Estudiantes del Mundo, ese mediodía en que la policía sacaba a los testigos escoltados desde la casa de masajes; un esfuerzo más si queremos ser republicanos. Pero ese era otro país, y aquí el juez cerraba la puerta y hacía acto de contrición. Su arrepentimiento podía ser simulado o no, pero la culpa pública extendía un denso cortinaje de rutinas para cubrir la próxima orgía. Un tribunal que escondía sus pasiones no podía ser justo con las pasiones que juzgaba.

Y él,Alberto, ¿cómo justificaba seguir sentado allí, *al borde de la nada como si todo estuviera en su sitio*, de acuerdo a la frase que había pegado en el panel frente al computador para darse ánimo? ¿Cómo podía escribir a los padres y sus amores y silencios si él mismo era padre y traicionaba y abandonaba a los suyos? El malestar reinaba en el oreo de la oficina con un espesor mortecino cuando reflexionaba sobre el asunto. No podía seguir así.Tenía que actuar como el juez de sí mismo, dar una prueba de carácter si acaso retenía algo del episodio que había presenciado tiempo atrás en los alrededores del pasaje Gutenberg. Había ido demasiado lejos y ahora era necesario

recapacitar, aceptar ese fondo borroso que había hecho de sus citas algo liberador pero abominable a la vez.

¿Qué tendría que hacer?

Irse, renunciar, dejarlo todo, piensa en una ráfaga de claridad. Dar una prueba de carácter. Ignora de dónde le viene el concepto, pero no parece mala idea aferrarse a él. Era una imprudencia salir así, desnudo y como si vaciara su propia casa, pero no veía otra alternativa. Había llegado el momento de dejar la Guarida del NO, pero también de desprenderse de las pírricas esperanzas del SÍ, olvidar todo refugio. Hundir la oficinita de una buena vez.Terminar con toda esa literatura de beneficencia en Estudiantes del Mundo.

Por ahora, sin embargo, no va más allá. Por ahora es solo eso: una ocurrencia que roza y amenaza con el pensamiento mientras continúa su tarea.Todavía no sabe lo que significa, realmente, irse.

Era tarde, y Alberto cruzó la vista alrededor de la poca luz que caía desde el techo con la clara noción de poder pinchar entre los dedos el sopor que invadía el reservado de Estudiantes del Mundo. Compartía la idea de decadencia con la mayoría de sus colegas repartidos en las treinta y tantas ciudades donde la organización se reproducía, pero precisamente era gracias a su pertinaz anacronismo que la oficina se mantenía a flote. Nadie parecía dispuesto a darse el trabajo de acabar con ella, ya que hacerlo implicaba un esfuerzo mayor, una auténtica empresa, y en verdad aún podían esperarse algunos beneficios de su lento y seguro acabamiento.

Entretanto, la filial de Santiago punteaba como favorita entre los corresponsales que, una vez al año y en forma secreta, hacían una votación electrónica para determinar la sede ideal entre todas las existentes. Los aspectos considerados relevantes durante la votación tenían que ver con la cantidad de personal a cargo (a mayor responsabilidad, menor puntaje general), la autonomía horaria (premio a la liberalidad), el reconocimiento del gobierno local (mientras más etiqueta, menos privilegios), y el número de mudanzas habidas en un año calendario (índice de movilidad). Santiago lideraba con ventaja en casi todos los ítems, ya que ni siquiera contaba con un

acuerdo oficial para operar. Sumergida en una semiclandestinidad, la oficina local de Estudiantes del Mundo constituía desde hacía tiempo la envidia de los demás corresponsales, y había sido la ganadora indiscutible en las últimas cinco votaciones. Le seguían Lima y Caracas, donde la directora de oficina incluso subalquilaba el inmueble para clases de yoga, y entre todas Buenos Aires punteaba como el mejor alumno para capitanear seriamente el trabajo en la región.

Alberto consideraba poco digno intentar siquiera refutar la mala reputación que se le imputaba a la oficina de Santiago. *Fictio cessat, ubi veritas locum habet*, era su lema. Si la misión principal de Estudiantes del Mundo era la promoción del latín en los remotos parajes de Latinoamérica, la ficción de esa tarea legionaria cesaría solo una vez que se comprobara la verdad. Siendo así, no era extraño que la sección chilena degenerara y se corrompiera con el lucro cesante a medida que pasaban los años.

Era un buen empleo, a pesar de todo lo que se dijese. En cuanto a Alberto, usufructuaba de sus virtudes públicas y vicios privados con la tranquila esperanza de haber encajado su nomadismo espiritual entre sus cuatro muros virtuales, para provecho de una cierta estabilidad territorial. Importaba poco que la oficinita estuviese localizada en la calle Gutenberg, en el trasquilado local de Ñuñoa o debajo de un puente en la avenida La Paz; lo único insustituible era que mantuviese abiertas las comunicaciones con el cuartel general de la rue de Varenne, en el séptimo distrito de París. Era un tráfico diario de averiguaciones y recomendaciones que él administraba sin demasiado apuro, con la ayuda de Maite que iba en las mañanas y de Cabreo que salía de ronda pasado el mediodía. Podría haber vivido siete vidas allí, al cabo de las cuales nada importante habría ocurrido, y todavía entonces le habría sobrado algo de tiempo para volcar sobre el papel algunas ideas relativas al tedio y el sentimiento de *lata* —esa *malaise* chilena por excelencia.

La conveniencia de reportar al jefe-jefe Dubois en el cuartel general de París, con horarios que nunca calzaban con los propios y tareas que demoraban semanas o meses en ponerse en marcha, daba a sus

jornadas un aire de apuro remoto, como si se moviese en cámara lenta hacia una meta real pero imprecisa, siempre retrasado por la conversación en los pasillos del Ministerio, el cruce de los correos electrónicos, las ilegibles instrucciones que saltaban en la máquina de fax y que él debía aclarar, traducir, interpretar. En ocasiones imaginaba haber caído en una tradición nacional por error. Esa vida de provincia era la sabiduría de los pueblos todavía sujetos a la lengua de un imperio fenecido. Sus jornadas eran tediosas e intachables, sobrellevadas con la estoica regularidad de un misionero. Organizaba concursos escolares, tomaba el té con el agregado rumano en su despacho de la embajada bajo los auspicios de un retrato vagamente evocativo del conde Drácula, acudía cada dos años a las reuniones de corresponsales y representantes en la oficina regional de Buenos Aires, difundía las acciones de Estudiantes del Mundo en el interior del país, ofrecía charlas y asistía a foros culturales donde no dejaba de destacar la relevancia de todo aquello a quien se lo preguntara. Pero ¿qué quedaba en pie sino él mismo? Vivir en los pliegues, mantener a distancia la improbable realidad que circulaba fuera de su enclave, era incorporarse a su manera y hacerse respetar. Una capa de cristal dura, serena, se levantaba entre la suave invisibilidad de la oficina y el ruidoso exterior de aquella fortaleza burocrática que había edificado como extensión de su incredulidad. A veces creía que el desgano de haber sido otro, joven y equivocado, alegre como Frank antes de ser Frank, no solo volvía tolerable esa suspensión en el tiempo de Estudiantes del Mundo, sino que también la hacía deseable desde el punto de vista moral. Era un pago a los años vividos: había logrado casi-casi confundir su indiferencia con la realidad.

Pronto cumpliría una década oficiando de director encargado, y había llegado a un punto donde la escritura de los padres era lo único que lograba arrancarlo del sopor que devoraba su horizonte administrativo. Una vez que terminara su manuscrito, pensó, terminaría él también, lo soltaría todo. Sí, *Fictio cessat, ubi veritas locum habet*. La ficción acaba allí donde empieza la verdad, se dijo. Renunciaría, y que Maite tomara la posta. Cuántas veces había acariciado la idea, tentado por el sonoro tráfago del mundo exterior

que circulaba por las grandes avenidas que invisibilizaban el pasaje de la calle Gutenberg. Incluso se había tomado el trabajo de adiestrar a Maite en los informes de gastos que rendía cada mes. Su secretaria ya tenía experiencia suficiente con el personal del Ministerio y no le faltaba cuerpo para impresionar a Dubois. Ella daría nueva vida a la misión, y él quedaría libre de ataduras. Abordaría viejos proyectos postergados, viajaría al extremo sur y navegaría por el cabo de Hornos para despachar directamente a Frank artículos de turismo de aventura. Sería una especie de diario en ruta. Genial. ¿Por qué no? Dubois comprendería. En Francia esas cosas pasaban todos los días. Un país republicano, finalmente. Se lo anunciaría ya mismo: eran las tres y media de la tarde, es decir que en París ya el jefe-jefe habría salido de su despacho y estaría comprando quesos en el Marais o dando vueltas por las oficinas del Quai d'Orsay. Mañana abriría su casilla de correo y encontraría un detallado informe de sus gestiones ante el Ministerio para conseguir una aprobación del presupuesto de cooperación, junto con las razones de su pronto alejamiento. *Putain, merde; ce mec me fait chier*, diría el jefe-jefe antes de ensayar una respuesta conciliatoria.

Pero ¿y si esperaba mejor la próxima reunión de corresponsales en Buenos Aires para informar de su decisión? Entretanto, podía adelantar gestiones para el siguiente encuentro de narradores escolares que pretendía organizar. O llamar a los patrocinadores del concurso Cuenta Conmigo, consultar y reunir los nombres del jurado que premiaría a los jóvenes talentos poéticos con un viaje a España para conmemorar el Bicentenario. Había que poner manos a la obra. Los años pasaban volando. Las fechas estaban ya encima y debía ponerse en marcha. Coordinaría una junta con las embajadas dispuestas a colaborar. Estaban sobre aviso. ¡*Professore Shapiro! ¡Caro mio*!, le diría su aliado de la Consejería Cultural de Italia, un hombre atareadísimo y jovial que se daba la molestia de incluir su nombre en las recepciones oficiales. ¡*Monsieur Shapiró! Enchanté*, repetiría la severa madame de Francia, y el secretario del instituto de España se sobaría los mostachos con aire conciliador: *Pues, sí; hay que ver, ¿no?, hay que ver*. Todos los benefactores unidos por un mismo origen y patrimonio, mientras los beneficiados se dividirían por esa misma

razón y mirarían al cielo en busca de tajada, como siempre. Pero ahí estaba él para servir de puente y facilitar la empresa, reunir los pedazos de lengua disgregada. ¿Quién dijo que Estudiantes del Mundo era un indigente vestido de smoking? Ahí estaba él, ya de vuelta en el timón, al frente del transatlántico para comandar las iniciativas en esta apartada región del planeta donde, gracias al cero coma uno por ciento del presupuesto comunitario, las finanzas generales de la organización respiraban a pleno pulmón sobre las culpas del viejo imperio. De algo había que comer, mal que mal.

Pero, siendo así, ¿era posible renunciar de manera tan ligera? Por qué mejor no tomarse un respiro y echar mano a la prudencia. Había tantas cosas que hacer y proyectos que emprender. Un misionero cultural debía actuar con cautela y paciencia de gato. Eso lo sabía desde el comienzo, y así es como habían pasado diez años. No era difícil imaginar que podían transcurrir otros diez más hasta completar setenta, y luego alcanzar la jubilación al frente de Estudiantes del Mundo, embarcado siempre en iniciativas que lindaban entre lo inútil y lo excéntrico, o se desbordaban, febriles y disparatadas, como cuando había traído al poeta Panero desde un sanatorio de Islas Canarias y este se plantó a orinar en el escenario del instituto español, a mitad de la conferencia de cierre. Parecía la irrupción de una opereta en medio de la misa. Recordaba la sala atiborrada de público, y entre los más entusiastas Alberto había identificado a Hermosillo junto a un grupo de estudiantes que aplaudían con fervor mientras más abundante era el chorro de la micción.

—¡Está haciendo pichí! —oyó que alguien gritaba desde el auditorio.

—Qué asco… —susurró una señora en la primera fila, al frente suyo —. Huele a espárrago.

—Es un poema —intervino Hermosillo, poniéndose de pie y solicitando silencio, lívido como ante una iluminación mientras movía las manos para tranquilizar a la audiencia—. Panero está haciendo un largo poema sobre Chile —anunció en un tono a medias místico y pedagógico.

Un hilo de orín espumoso corría como una serpiente desde la tarima

y bajaba luego hacia la platea. El público se incorporaba de las sillas y celebraba. Perplejo, un caballero de lentes y corbata seguía con sumo interés el trayecto del chorro que enfilaba hacia el costado donde se ubicaban las mesas del cóctel, mientras alguien improvisaba sobre lo que podía considerarse una manifestación de la poética radical de Panero, quien entretanto seguía inmutable y perniabierto arriba del podio, pero con el cierre abajo.

Alberto se había puesto a su lado para evitarle una visión frontal, y se acercó a él con la mayor de las delicadezas.

—¿Te sientes bien? ¿Necesitas algo? —preguntó.

—Hostias… Sácame de aquí, Shapiro —dijo Panero con una voz gastada y carrasposa—. Estoy hasta los huevos de los chilenos.

Cañería de milico, vociferó un estudiante parándose adelante. Alberto tomó a Panero del brazo. Qué momento maravilloso, decían los asistentes, rodeando alborotados y presurosos el brillante hilo de orines en el piso, mientras iniciaban una suerte de rito colectivo sobre el pozón.Todo el mundo se empujaba y se oían grititos histéricos ante la brusca proliferación de pepinos y mangueras desembolsadas bajo los focos. La situación degeneraba en efluvios incontinentes, y con ayuda de Soler, el poeta-enfermero que había viajado junto a Panero desde el hospital de Canarias, Alberto se abrió camino hacia la salida del local, donde buscaron a voz en cuello un taxi entre codazos y solicitudes de autógrafo. Con la cabeza ligeramente doblada sobre un hombro, los ojos hundidos en su semblante blanco y greñudo, Panero miraba el alboroto con expresión de bebé asustado.

—¿Vamos al hotel? —preguntó Soler.

—Sí, esto se acabó —dijo Alberto.

No supo qué ocurría a sus espaldas, pero la gente se agolpaba y reía cuando subieron al taxi. Con semejante cierre, ya podía considerar la operación Panero todo un éxito en la hoja de Estudiantes del Mundo.

El poeta llevaba cinco días en el país, y esa era su presentación final luego de agotadoras jornadas de entrevistas y encuentros en los que Panero mezclaba sin aviso el embotamiento, las drogas y una lucidez lacerante, sostenida sobre un hilo muy fino que provocaba escalofríos con solo escucharlo. Siempre andaba fumando y pidiendo que Soler lo

ayudara a encontrar los frascos de droga que traía en una bandejita de plástico premunida de cuatro o cinco divisiones donde guardaba su serie de medicaciones, cápsulas rojas y azules con molidos incoloros en su interior que con la ayuda de Soler combinaba de manera misteriosa y sin las cuales su esqueleto se desmoronaba entre babas y gruñidos guturales. Hacía décadas que no daba un paso fuera de los manicomios de España, y ahora era la atracción de la jornada.

Un año antes,Alberto había telefoneado al doctor Manchado en Canarias para que autorizara el viaje desde el sanatorio, y luego de meses de tratativas y negociaciones había logrado su acuerdo para permitir que Panero llegara en compañía de Soler, el poeta-enfermero que iría a recogerlo desde Barcelona para iniciar el trayecto a Santiago. Todo resultó según lo planificado. Soler aceptó el encargo de Estudiantes del Mundo con estoicismo y disciplina guerrera, mezclando su propia curiosidad antropológica por Chile con el cariño que guardaba hacia el autor de *El último hombre*, versos que sabía de memoria y se encargó de recitar en un bar apenas tuvo un respiro médico:

Valdivia tiene dioses para los que no cuenta
nada la sangre del hombre,
dioses como árboles sin savia
que llevan colgando de su cuello.
Pero era la noche de Lautaro.

Todos aplaudieron maravillados, y Soler refirió con emoción la travesía desde Canarias, punteada por la irreprimible necesidad de fumar que atacaba a Panero en el interior del aparato que los llevaba a Santiago, en una jornada de más de doce horas de abstinencia, con escalas en Madrid y Buenos Aires antes de terminar en Chile.Aunque allí pocos lo leían, todos conocían la leyenda del autor de los *Poemas del manicomio de Mondragón*, de modo que su presencia podía considerarse el plato fuerte de Estudiantes del Mundo.

Era el invitado ideal para el tipo de encuentros que Alberto se empeñaba en organizar a pulso y con voluntad de cometa solitario, destinado a perderse bajo la Cruz del Sur. No había sido el primero, pero sin duda sería el último: caóticas, sofisticadas, miserables y

orgullosas a la vez, las reuniones tenían el prestigio de lo irrepetible y aleatorio, como microcongresos de literatura radical que Frank celebraba con un aplauso irónico y secreta envidia, mientras Alberto se las ingeniaba para reunir fondos, interesar a las universidades, hablar con las embajadas y conseguir patrocinadores de hotelería para recibir a la corte de milagreros que venían a revolver los fuegos de las letras locales. Porque ese era su objetivo, finalmente: desestabilizar, correr la línea, desviar el paso de la caravana, a medio camino entre la pura provocación diplomática y la exaltación del NO. Un frenesí wagneriano se apoderaba entonces del entorno de la calle Gutenberg para que Alberto se vistiera de maestro de feria, especie de dudoso gerente a la cabeza del circo de animales raros que traía a la ciudad por unos cuantos días.

—¡Viene Aira! ¡Dijo que sí! —clamaba victorioso desde el reservado.

—¿Quién es Aira? —preguntaba Maite, asomando su bello perfil de gitana.

—Tú eres Aira, querida —bromeaba él, tomándola del talle para celebrar el logro con un breve paso de chachachá—. Y todos van a estar repitiendo su nombre en cinco años más.

Luego llegaba Aira y él disfrutaba su responsabilidad operativa como si se tratara de un espía encargado de introducir al territorio una quinta columna. Mezclaba calidad y humor negro en la selección, un cruce difícil considerando el estado de las cosas, pero cuyo acierto era capaz de inyectar una adrenalina particular a sus rutinas, que de otra manera habrían tenido el pálido resplandor de los concursos escolares que organizaba en la Guarida del NO.

—¡Viene Panero! —Alberto casi había saltado de la silla en aquella última ocasión—. ¡Manchado dijo que sí!

—¿Quién es Manchado?

—Un doctor.

—¿Y Panero? —Maite abría mucho los ojos queriendo entender a cuántas personas tendría que atender, alimentar y hospedar la oficina de Estudiantes del Mundo.

—Un poeta —resumió Alberto.

—Son dos, entonces —dijo Maite.

—El poeta viene con su enfermero —aclaró él.

—O sea,tenemos tres:un poeta,un doctor y un enfermero.

—Sí, pero el enfermero también es poeta.

—Dos poetas y un doctor, entonces.

—En rigor son todos poetas y están rematadamente locos, pero el doctor se queda en España y el enfermero viene a Chile.

—Ahhh, Shapiro, me vas a volver loca —dijo Maite, y salió del despacho pensando en llenar de inmediato la pizarra con fechas, hoteles, donaciones, contactos y patrocinios en el menor plazo posible.

Maite era toda eficiencia,y para la ocasión había multiplicado sus destrezas organizativas mientras Alberto conseguía el apoyo oficial del Ministerio, utilizando su mejor tono para convencer a Nadia de las bondades de la operación. Ella prometió hacer lo posible para interesar a sus superiores.Amigos como siempre, dijo, retrocediendo. Claro, amigos como la primera vez, replicó Alberto, y luego encargó a Maite la tarea de abrochar los detalles. De inmediato la sala y el reservado de Estudiantes del Mundo se llenaron de una hiperactividad sospechosa como ante una visita relámpago del jefe-jefe Dubois. Alberto atendía los teléfonos que sonaban todos al mismo tiempo por una vez en el año calendario, Maite agendaba citas y manipulaba la máquina de fax desde primera hora de la mañana, y Cabreo corría de un lado a otro llevando recados, vales de almuerzo, panfletos culturales, afiches y fotografías a los diarios para convencer a los editores que colaboraran en la aventura.Tres mosqueteros infatigables que, al calor de esa última ocurrencia de hacer venir a Panero, habían llenado de furia burocrática el verano de la oficinita.

—Dese la vuelta por Bilbao —ordenó Alberto cuando Panero y Soler ya estaban dentro del taxi.

El auto salió del instituto en momentos que el gentío se agolpaba en torno a la cabina. Alberto iba sentado junto al chofer, y se volvió a mirar. En el asiento trasero, Soler estaba serio y parecía dormitar en su vigilia, los ojos abiertos y una actitud hierática, de perpetuo silencio en el rostro frío. Un soldado de la poesía, pensó él. Un auténtico legionario del NO.

A su lado, Panero hundía cada vez más la cabeza entre los hombros, exhausto al fin. Quizá se había exigido demasiado en los últimos días. Mantenía una inmovilidad luminosa, difícil de precisar, sin embargo, como la tarde anterior en que se habían reunido privadamente en la sala del instituto para seguir la proyección de *El desencanto*, una película documental de los años setenta que el director Jaime Chávarri había realizado sobre la familia Panero. Aprovechando la presencia de uno de ellos en Chile, alguien había propuesto desempolvar aquella joya hundida en los estantes del instituto español para proyectarla junto al poeta. Disfrutaron de la sesión en silencio, aunque a medio camino el film se transformaba en una involuntaria muestra de antipsiquiatría sobre la figura del padre muerto, para cerrarse luego con un estremecimiento sombrío, devastador por donde se lo mirara.

Leopoldo María se había sentado solo, recogido en una de las sillas mientras veía pasar las imágenes del padre, de los hermanos Juan Luis y Michi, y de la madre, Felicidad Blanc, con su altivo pelo blanco: una corte rota de las dos Españas con sus mentiras a la vista. «En la infancia vivimos, y en el resto de la vida sobrevivimos», le decía Panero a su madre cuando ella lo interrogaba sobre el significado de la infancia. Una rara suavidad envolvía al hijo del medio, a Leopoldo María Panero, en el film y en la realidad, una suavidad que se diría inmarcesible y que treinta años después parecía seguir allí, junto a su cuerpo replegado en una sala a oscuras de Santiago de Chile, mientras seguía con sublime atención las imágenes de su propia locura y desencanto, como si la estirpe completa de los Panero se despidiera ante la cámara y Leopoldo María fuera el indudable héroe encargado de cerrar la tumba con una sonrisa infantil, el cigarrillo entre los dedos y la mirada iluminada por un halo de pureza.

Hablaba de Edipo, de los cuerpos deseantes, de las celdas de castigo en los internados y de los premios en las cárceles, dejando caer una palabra fría y severa («yo me destruyo para saber que soy yo, y no todos ellos») mientras remedaba a Artaud y comparecía ante la cámara para proferir verdades atroces con la ligereza de un niño. Era de no creer que estuviese allí sentado cual enorme pájaro con las alas plegadas, espectador sobreviviente del juicio familiar, porque esa

posición no buscada era también un comentario a las imágenes que corrían en la pantalla, aterido frente al relato elegíaco de la madre, la ampulosidad poética del hermano mayor, Juan Luis, y la desesperada impotencia testimonial de Michi, el menor de la familia, hijo eterno de Felicidad Blanc y ambiguo adorador de la mítica autoridad del padre ausente.

Alberto observaba conmovido. ¿Se identificaba con Michi, acaso? Algo sacudía su interior con la fuerza oscura de las analogías. Aunque estaba seguro de no reconocerse en la bufonería egocéntrica de Juan Luis, ligero y satisfecho en su arrogancia de heredero, no alcanzaba a sentir como propios los abismos iluminados de Leopoldo, tan parecidos por otra parte a los silencios de Frank y su negación destructiva. Se estremeció al considerarlo, como si en la sala del instituto la proyección del documental sobre los Panero retratara no solo la España de la transición, sino un dilema mayor, tanto que por un instante tuvo la clara impresión de que su invitado allí presente había escogido su locura, había trabajado para conseguirla y la protegía del verdadero manicomio que eran las familias.

—¿Vas a bajar? —preguntó Soler cuando el taxi que los llevaba a los tres estacionó junto a la puerta del hotel donde se hospedaba con Panero.

—A tomar algo, sí —dijo Alberto.

Un rato después descansaban en el bar; Panero bebiendo agua mineral y Soler compartiendo unas cervezas con Alberto. Recapitulaban y apenas se decían algunas cosas, buscando palabras de despedida.Al día siguiente, temprano en la mañana, partirían de regreso a Canarias. Entonces Alberto hizo un gesto que siempre le había parecido bochornoso, pero que ahora se le ocurría legítimo, como si recogiera una piedra de un lugar que no volvería a visitar: extrajo del bolsillo de la chaqueta el libro que cargaba encima y lo extendió sobre la mesa. Enseguida puso un lápiz sobre la cubierta dura de *Contra España y otros poemas de no amor*.

—Fírmamelo —dijo.

Panero cabeceaba sobre el vaso en ese minuto, y reaccionó de inmediato. Sonrió malicioso, cogió el libro, revisó sumariamente el

título, revolvió las páginas y buscó al comienzo la primera hoja blanca, donde garrapateó una frase nerviosa pero firme, como un graznido. El libro volvió al bolsillo de Alberto y solo cuando ya habían terminado de abrazarse y desearse buen viaje, en la soledad del taxi que se metía en el tráfico del puente y lo llevaba de vuelta al pasaje, él se animó a revisar la dedicatoria. Era una prueba de lo que venía masticando en silencio, y tuvo un sobresalto al leer con total nitidez la caligrafía de Panero. La firma saltaba un poco entre abrazos y agradecimientos, pero no había ningún loco detrás de ese trazo rápido. Detuvo el taxi en la esquina de la calle Gutenberg y bajó para dirigirse a la oficina.

No tenía nada que hacer allí a esa hora, todas las luces estaban apagadas lo mismo aquí que en las sedes de Buenos Aires, Lima y París, pero Alberto se resistía a cerrar la jornada. Estaba inquieto, agitado por un remoto oleaje de ansiedad. El alumbrado era deficiente y tuvo que esforzarse para dar con la cerradura de la puerta principal para luego subir casi a oscuras hasta el piso de Estudiantes del Mundo. Una vez dentro encendió la lámpara de pie y se puso a revisar la larga sábana de faxes enviados desde el cuartel general de la rue deVarenne extendida sobre el piso a manera de súplica. Comprobó el contenido sin alarmarse por las diversas instrucciones y peticiones de contacto, los plazos imposibles de cumplir, los requerimientos de gastos y precisiones de haberes que se deslizaban en forma de acordeón desde la bandeja de la máquina de fax hasta el escritorio de Maite en una limpia caída en picado. Esto era Estudiantes del Mundo y él volvía a su rutina.

Dejó a un lado la catarata de papeles y fue hasta la ventana. La ciudad tenía el aspecto de una máscara encendida en medio de la oscuridad, salpicada por risas o fuegos que la revelaban y parecían apagarla enseguida. Qué poco sabía de ella, como si habitara otra memoria en una lengua secreta. Sin embargo, esta era su casa, había nacido aquí, tan solo a unas pocas cuadras subiendo por la avenida Santa María. Abandonó la posición y se dirigió al reservado. Encendió la base del computador y tomó asiento mientras el resplandor mortecino de la pantalla comenzaba a iluminar el teclado. Levantó los

dedos para anotar algo, pero al instante lo olvidó. ¿Qué era? Una primera frase como una flecha lo sacó de la pregunta. Compuso una oración alusiva a la Guarida del NO. Escribir le quitaría la vida. La evidencia se clavaba ante él con la misma oscura pulsión con que había entrado y salido del período especial. Podía adivinar el trayecto: sus anzuelos y pequeños garfios se hundirían en la carne para exigir un pago justo, y aunque emergiera de allí armado de una bacinica en busca de los molinos de guerra, para él no habría otra vida distinta que esta que ya había hecho; su vida ya contenida y perdida en cada una de las infinitas posibilidades de una vida al consumirse; no había chance de volver a nacer y reinventarse otra vida fuera de esta que ya tenía. ¿De qué escribiría entonces sino de la negación que había vibrado con él, escondida entre las palabras? Esa verdad de carnes y huesos debía llenar la página en blanco hasta copar los márgenes, como una imagen que vuelve a la infancia y adquiere materialidad antes de abandonar por última vez el espejo. Comenzó a trabajar y a despedirse. Las palabras corrían por la pantalla con un zumbido de abeja.

Estaba agradecido de Panero; a él le debía el atrevimiento final de cerrar el manuscrito con la tumba de los padres abierta frente al desconocido que era él mismo. Solo esa última interrogante permanecía, y se desplegaba desde allí sin un plan preciso, suspendida en un punto crítico de su edad madura como al acecho de una llamada que nunca llega.

Entendía que su personaje tenía los caminos contados. Extenuada y muerta la pasión patriótica (naturalmente engañosa porque él la había soñado distinta), y agotada la adoración fetichista (que era vacío y aniquilamiento seguros), pensó que en rigor los cuatro puntos cardinales de Edipo se reducían a dos: el amor conyugal (que llevaba inscrita su gloria y caída al mismo tiempo) y la historia imposible (que pertenecía al ámbito de la pura invención literaria). No había más. ¿Estaría él al borde de un descenso a los infiernos, en el umbral de un desierto, a punto de ser arrastrado por el ojo de una tormenta? Lo ignoraba, pero advirtió que no era incomodidad ni remordimiento lo

que sentía, sino convicción; una urgencia terrible por responder a las exigencias que le planteaba el término del manuscrito sobre los padres donde empezaba la verdad del hijo. Liquidar todo, echar abajo la casa, tirar la cadena de Estudiantes del Mundo al mismo tiempo que cerraba su novela, constituía su condena y de paso también su posible felicidad. Solo lamentaba haber desprotegido a Pilar en el ensayo y error de su trayecto, pero no hallaba otra forma de alcanzar el fin que había escogido para sí mismo. Como si una cosa llevara a la otra.

Levantó la vista y encontró la imagen que colgaba del corcho, junto a un montón de papelitos amarillos y recordatorios de pagos por hacer, pinchados con alfileres de colores en un extremo. Había separado la foto de entre las decenas capturadas durante el último viaje que habían hecho, y al observarla le pareció que el revelado de la película había quedado impreso en un blanco y negro definitivo. No era una mala imagen, por lo demás, acaso un poco hermética, pero por eso mismo sugerente de un momento ya periclitado en el tiempo.Alargó el brazo y recogió la copia entre los dedos. Sobre el reverso blanco leyó la referencia manuscrita que él mismo había anotado: *Blanes, invierno 1999*. Volteó a mirar otra vez la foto.



Bolaño llevaba un atado de libros bajo el brazo y caminaba con Pilar por la explanada costera de Blanes.Alberto se había retrasado a

propósito, luego tomado la cámara, apuntado a las espaldas de ellos dos y presionado el obturador sobre una línea de sombra que corría al centro de la imagen. El día era claro pero suspendido en una tonalidad opresiva, como si la neblina acabara de levantarse o muy pronto fuese a caer encima. La composición tenía un deje enigmático, no por ellos mismos, sino porque al ser capturados de espaldas no podían ser reconocidos por alguien distinto al fotógrafo que había atestiguado el instante. Una explanada de piedra que entraba al mar se curvaba al fondo, donde destacaban edificios y torres, probablemente construcciones recientes en el balneario, a decir por la altura, y el conjunto, con las dos figuras en movimiento —el lado izquierdo más borroso y difuminado, el derecho más claro y luminoso—, se abría a una perspectiva inquietante. Si la fecha era correcta, a Bolaño le quedaban solo cinco años de vida. Era un soplo de eternidad para un escritor, y esa eternidad ya se había extinguido. Pero además había un elemento admonitorio que se colaba en la imagen, descartando de plano la inocencia del gesto. Alberto los había dejado ir a lo largo de la explanada, atrapado de alguna manera en la mera posición de observador, como si el azar le hubiese permitido obturar una imagen del sujeto que observa más que del objeto observado, especie de reflejo donde se adivinaba la presencia del fotógrafo durante la toma. Pilar y Bolaño se iban, dejaban atrás, si puede decirse, ausentes del entorno del balneario, mientras Alberto permanecía. Podía interpretarlo de muchas maneras, pero lo cierto era que las dos figuras se alejaban de espaldas a la cámara con una actitud ni particularmente victoriosa ni tampoco derrotada, sino que simplemente *daban las espaldas* y *metían el cuerpo en las aguas*, se alejaban en su mortandad poniendo todo el ser en ello, mientras una luz borrosa los asimilaba, comentándose a sí mismos en el gesto, según le parecía. Esa diferencia conmovía la toma, desdoblaba su perspectiva como si en verdad se tratase de un autorretrato.Alberto quedaba fuera de la imagen y, al hacerlo, se capturaba en la incómoda situación de quien lo ve todo. Estaba clavado en la posición del testigo.Aquella era su foto.

El repique del teléfono sobresaltó su pasmo, sonando con insistencia a un lado del escritorio. Miró hacia la calle, queriendo adivinar la

hora. Se hacía de noche y la luz agonizaba a través de la ventana del reservado.

Al fin decidió contestar.

—Padre. —Era la voz de Fer que volvía para poner las cosas en su sitio—. ¿Muy ocupado?

—No, no especialmente —dijo Alberto—. Me estaba acordando de ti.

—¿En serio?

—De una forma u otra, ya sabes…

—A ver si paso más tarde por tu casa.

—Claro, perfecto —dijo él—. Comamos juntos. Pilar va a salir con los niños.

—Te veo entonces.

—¿Pasó algo grave?

—Ganas de conversar un poco, nada más.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Alberto.

—Aprovecho de conocer al cachorro.

—Ahhh, es precioso —soltó él—. Lo estoy entrenando para que sea mi guía.

Fer se rió. Buena-buena, dijo.

Acordaron una hora y colgaron al mismo tiempo.

Alberto devolvió la foto a su lugar y lanzó una última mirada sobre el corcho con las preguntas que quedaban sin responder. Dar las espaldas, meter el cuerpo en las aguas, se repitió. Una vez que la luz se hace, ya no era posible engañarse ni jugar al misterio. Debía imponerse una salida y no acobardarse ante la falta de lugar. Enfrentar la prueba del carácter y aceptarse mortal, indistinto, pensó con renovada convicción, y de nuevo no supo de dónde había sacado la expresión, pero le sonaba útil para llevarla consigo. Había que actuar. Ponerse en movimiento. Levantar el velo sobre el hijo eterno cuando este examina su mito. ¿Qué hace Edipo una vez que el arcano se revela a su entendimiento? ¿Cuando un rayo enceguecedor le hace ver su tierra y su hogar recuperados por el crimen? Se arranca los ojos, se oye decir Alberto, hablando solo como si conjurara fantasmas en el reservado. Edipo se retira y vuelve al exilio de donde salió.

6

MUDANZA

—¿Adónde vamos? —dijo Fer por el teléfono.

—Al norte, una semana y volvemos —propuso Alberto—.Anímate.

El muchacho dio su acuerdo, pero a condición de visitar una playa que deseaba conocer en los alrededores de Copiapó.Alberto no puso obstáculos y quedaron de hablar durante los días siguientes.

Para entonces el caos de la mudanza ya dominaba las rutinas y era necesario apurar las despedidas. En la casa, Pilar confeccionaba listas interminables de tareas pendientes y cosas por resolver, tachando las semanas del calendario que se encogía a velocidad sorprendente, mientras Alberto apenas lograba poner orden en sus papeles. Agobiado, y también conmovido por la dispersión que veía surgir alrededor suyo, había decidido ensayar un viaje al norte para poder estar a solas con Fer. Imaginaba una escapada celebratoria y tonificante, al más puro estilo de las crónicas familiares de Hermosillo. Llevarían una carpa y dormirían allí donde los sorprendiera la noche, momento en que armarían campamento y se dirían lo que faltaba por decirse al calor de una fogata, tan lejos de la fallida excursión a Buenos Aires como de los viajes encubiertos por la campiña francesa.A lo único que temía era al aburrimiento de su hijo.

El resultado fue una travesía rara, feliz a su modo, con silencios kilométricos que se extendían durante horas y acababan interrumpidos por lapsos de exaltada conversación, risas, preguntas y confesiones que caían en nuevos huecos de silencio profundo, arenosos y largos como las cintas inacabables de las dunas, los caminos de piedra y el cansino traqueteo del motor vibrando sobre el volante del jeep. Habían estado en Chañaral y Huasco, subiendo luego por la costa hasta Carrizal y continuando aún más al norte, sobre la ruta de Caleta del Medio y Puerto Viejo, llegando a Bahía Inglesa y Caldera, donde el turismo los devolvió rápido a la autopista para regresar de un solo envión a Santiago, tras una semana y media de carretera. Se turnaban el manejo; Fer ya podía controlar el vehículo y Alberto se sentía obligado a confiarle la conducción. En unos cuantos

días más tendrían que separarse; él abordaría el avión a W. y Fer tomaría las riendas de su vida sin más compañía paterna que las dictadas por las leyes del abandono. No lo decía, por supuesto, pero no por ello dejó de pensarlo cada noche cuando armaban la carpa en algún sitio eriazo, ojalá cerca de una caleta de pescadores, y luego de comerse unos sándwiches desplegaban el tablero para descansar del largo trayecto. Disputar una partida —era la expresión que comenzaron a utilizar desde la primera noche en las inmediaciones de Guanaqueros— se convirtió en el rito cotidiano.

Al comienzo, cuando recién dejaron la ciudad, Alberto había ganado sin demasiada resistencia, aplicando jugadas que sabía de memoria y no se ahorraba en honor al principio de competitividad y enseñanza mediante la repetición. Pero luego, a medida que transcurrían los días y noches de ese periplo iniciático donde padre e hijo armaban y desarmaban campamento, comían lo que ellos mismos se cocinaban en la hornilla de gas que llevaban en la maleta, dormían y despertaban juntos en el suelo improvisado de la carpa, atravesaban distancias infatigables sin una meta precisa ni acordada, conduciendo el jeep por turnos de cuatro y hasta seis horas a lo largo de la costa, un precario equilibrio comenzó a manifestarse y extendió las horas frente al tablero de ajedrez como si se tratase de una batalla de otro género. Quizás ambos buscaban vencer al padre en señal de despedida. Como fuera, a la altura de Caleta Apolillada, Fer ya hizo su primer jaque mate con un juego de alfiles que desorientó a Alberto y lo arrinconó de manera prematura. Alberto se obsesionó ligeramente con la idea de una revancha, y al día siguiente manejó casi sin pausa hasta Playa Tontado, entrando y saliendo por caminos intransitables antes de alcanzar la costa. Esa noche armaron la carpa muy cerca del mar; oían el tibio manto de las olas cubriendo la arena y, luego de la fogata de rigor,Alberto desplegó el tablero y volvió a perder, pero luego insistió en un segundo juego que se extendió hasta pasada la medianoche y acabó en tablas. Ambos quedaron contentos con el resultado y Alberto volvió con alivio al libro que había traído consigo. Se durmió con la idea de que la marea subía y los arrastraba, pero nada ocurrió y a la mañana siguiente, mientras conducía, atribuyó la fantasía al deseo

oculto de que aquel viaje con Fer nunca llegara a su fin: que siguieran más al norte, a Chañaral y Taltal hasta alcanzar la costa de Mejillones, y luego atravesaran el desierto y pasaran por Tocopilla y no se detuvieran hasta ver la Caleta Camarones, más allá de Pisagua, cada noche un poco más lejos con una partida distinta y la misma derrota que él sabría encajar mientras continuaran juntos hasta Arica, hasta Chimbote y Tumbes, como si perder significara seguir en la ruta, garantizara su continuidad, y como si la ruta dependiera de su derrota, perder-perder para poder ganar, siempre con la misma apertura de peón cuatro alfil rey para continuar el juego más allá de lo aconsejable, un puro delirio hasta Buenaventura, Limón y Veracruz, si era concebible tal cosa, que no terminara nunca ese viaje de viento y ajedrez que hacían para despedirse y prolongaban con el inminente horizonte de W. al frente.

Pero terminó; era absolutamente necesario que terminara. Alberto ya había dado de sí todo lo que podía desde la determinación y la culpa confundidas, se había entregado por completo a ser padre de Fer en las circunstancias que lo concernían, y lo que no había alcanzado a transmitir ni a suscitar lo dejaba a las chances de lo que el hijo decidiera hacer. Un día quiso asegurarse.

—¿Recuerdas ese viaje que hicimos a Buenos Aires? —soltó a propósito de nada y en medio de la nada, luego de detener el jeep frente a una manada de cabras que atravesaban la ruta.

—Sí, claro. Yo estaba obsesionado con los tatuajes y tú con *El tratado de la desesperación*, o algo parecido.

—¿Recuerdas la vez que estuvimos en Blanes?

—Cuando nos dejaron encerrados con la abuela de Bolaño, cómo no.

—¿Recuerdas el Año Nuevo en París?

—Cambio de milenio y borrachera en la casa de tu amigo, por supuesto.

—Bueno, todo eso es para decirte que no te puedes quejar.

—El que no se puede quejar eres tú —replicó él—. Si no fuera por mí, todavía estarías leyendo encerrado en tu pieza.

Rieron juntos, y eso estaba bien. Padre e hijo cruzaban delicadas

zonas de interferencia, verdades guardadas en las reservas de cada uno, y se animaban a revelarlas sin olvidarse de lo que eran, de lo que serían a continuación. En ocasiones parecía que en un solo viaje habían decidido reunir y ventilar todos los anteriores, exprimiendo al máximo cualquiera oportunidad para medir fuerzas conforme se acercaban a la última etapa.

El ajedrez era el medio y el pretexto. Fer había llevado un viejísimo libro de Capablanca con cubierta azul y un rey negro impreso en el centro, donde el maestro ilustraba con gráficos y comentarios sus mejores derrotas (¿te das cuenta?, decía: se trata de las mejores *derrotas*, las más *grandiosas*; qué buena), aquellas que Capablanca podía considerar célebres por su falta de cuidado y atención, o bien porque su rival era simplemente superior.Ya el hecho de que un campeón publicara y comentara una selección de sus fracasos podía considerarse un lujo bibliográfico, y Alberto se interesó seriamente por el contenido. Aprovechando los trayectos largos, discutían jugadas e imaginaban variantes, analizando las anotaciones que el propio Fer hacía en los márgenes; jeroglíficos del tipo C3AR-C3AD, movida 27, partida Capablanca/Dr. Lasker, San Petersburgo 1914, especies de ampolletas colgadas sobre la página, junto al lomo de los caballos y la corona de las damas dibujadas en las ilustraciones de rigor, impresas todas en un blanco y negro desvaído, casi gris para no distraer la atención de las aperturas, los gambitos y las coronaciones indicadas por el maestro cubano con una simple exclamación: *T x P!*!

Al cabo, Fer había sacado el mayor provecho de esas lecciones.Venció al padre de manera inapelable los últimos tres partidos que jugaron en las paradas que hicieron de regreso a Santiago: una en Piedra Colgada donde se detuvieron a primera hora del día, otra en El Pleito después de almorzar en un boliche al costado de la ruta, y la tercera en Longotoma, cuando ya oscurecía. La última fue la más dolorosa de todas, porque Alberto cazó la reina de Fer al iniciar la partida, pero el muchacho se las ingenió con un medio juego brillante: potenció las torres, adelantó los caballos y neutralizó cualquier reacción agresiva con un peón posicionado como un lobo en el sexto escaque. Pasaron casi dos horas y al final Alberto se rindió,

furioso, con el agua al cuello y resignado a la superioridad del método que aplicaba Fer. Dos semanas habían transcurrido, y al cabo el padre yacía desautorizado, agónico, con sus estrategias vencidas pero, a la vez, con la clara conciencia de haber logrado el objetivo.

Entre Longotoma y Santiago solo se detuvieron una vez a cargar gasolina, y entraron a Santiago ya tarde, con las vías de acceso despejadas durante las primeras horas de la medianoche. Los focos del alumbrado cruzaban por delante marcando sus caras con fugaces pinceladas de luz. Iban callados, exhaustos y satisfechos de la breve odisea por el norte, sabiendo que los días que quedaban serían de mudanza y confusión. Alberto dejó a Fer en su casa de La Reina y el muchacho bajó, besó al padre y se perdió con su bolso tras la reja del patio hasta alcanzar la puerta a medias iluminada entre las sombras de un enorme magnolio que cubría la entrada.

Desde el jeep, a media distancia, Alberto esperó como siempre a que la madre se asomara, abrazara al hijo y la puerta se cerrara. No alcanzó a percibir si ella saludaba y levantaba el brazo en señal de avenimiento, un gesto hecho rutina tras la separación, y mantenido durante años cada vez que Alberto depositaba a Fer en la puerta de la casa. El muchacho destrenzaba la cadena de la reja de calle y volvía a enrollarla varias veces sobre sí misma luego de ingresar, afirmando el cierre con un candado de doble pasada. Guardaba el manojo de llaves en un bolsillo, alzaba el brazo del otro lado de la reja para despedirse y luego Alberto lo veía alejarse por el patio hacia el interior de la casa, paciente y sin prisas, mientras él esperaba dentro del auto hasta que Fer se perdía en el interior de la casa.

La madre era de fierro en esos tratos. No toleraba olvidos ni cambios sin aviso, pero tampoco Alberto se los permitía, sabiendo que la casa se cerraba a cal y canto cada noche como una rémora de los tiempos no tan lejanos en que ella recibía amenazas e insultos cada vez que solicitaba reabrir el juicio o trenzaba alguna diligencia en relación con el juicio.Así lo llamaban entre ellos: el juicio. Qué novedades hay del juicio. A qué horas sales del juicio. Cómo va el juicio, preguntaba Alberto.Y ella, la madre de Fer, respondía: Bien, ahí los tengo a estos conchasdesumadre.Treinta años habían transcurrido,

pero para ella el asesinato del padre no tenía término. Había ocurrido ayer, hoy mismo seguía ocurriendo, y ella no lo olvidaría. El juicio era también una marca de la historia común, ya que fue tras la separación con Alberto que ella había iniciado los trámites y contratado a un abogado para abrir el juicio. Si una cosa explicaba o conducía a la otra, Alberto no podía decirlo, pero la madre llevaba ya diecisiete años dedicada al juicio, reuniendo evidencias para el juicio, hablando con autoridades y ministros de corte en relación con el juicio, golpeando la puerta y haciendo del juicio su juicio. Media docena de militares habían sido encausados desde entonces, y otra media docena había visto su carrera arruinada como consecuencia del juicio. Pero el juicio, al que la prensa y el público se referían como el caso, no lograba inspirar en Alberto una sola palabra justa, bien o mal dicha. Para él, el juicio que para todos los demás era el caso, traducía defectuosamente una experiencia irrepresentable. Había sido testigo de los años perdidos por la madre, y había comprendido que la furia y el ardor de la venganza no hallaban reposo fuera del mito, como si el modelo de Electra estuviese allí para servir de ejemplo y guía por sobre las versiones que otros quisieran elaborar sobre el crimen. La hija se debía al padre, y nada debía distraer su atención de esa fidelidad primordial que la sostenía, garantizando su resistencia frente a las humillaciones y los rechazos cosechados por el juicio. Más allá de este círculo de fuego, el juicio era un cepo, una acusación que se abría y cerraba sobre cualquiera que pasase por allí. Alberto advertía su garra cada vez que recogía a Fer o lo regresaba hasta la casa, de modo que el juicio también recaía sobre él. Era un encuentro desigual, porque el juicio sometía a prueba sus propias jerarquías, ideas y prioridades, en la medida en que la supremacía ética del juicio regía sobre cualquiera de las banalidades que él pudiese elaborar como Guardia del NO. El juicio mismo hacía de él una frivolidad, un juego de palabras que palidecía ante la severidad del combate a muerte que libraba la madre, de modo que la circunstancia del juicio era también el juicio sobre él mismo y sus opciones más o menos ligeras ante el resarcimiento que ella se había prometido. La deuda de sangre exigía otro tipo de aproximación, una obcecación loca y admirable incluso:

recelo, desconfianza, ira negra, fidelidad al muerto como única divisa de entendimiento posible. Esos eran los preceptos de Electra, y Alberto debía seguirlos o arriesgarse a disputas que pondrían en riesgo la habitual familiaridad con que se trataban.Volvía entonces toda su atención sobre Fer, dispuesto a cederle la iniciativa al juicio y las consecuencias que acarreaba, mientras una férrea vigilancia doméstica se imponía alrededor.

Esas eran las condiciones, y la madre cuidaba de mantenerlas bien aceitadas con uñas, dientes y barras. Cada noche, antes de irse a dormir, clausuraba los postigos de las ventanas atravesando desde adentro unas gruesas láminas de hierro que a Alberto se le ocurrían pesadísimas, pasando dobles llaves en las puertas y reforzando los seguros hasta convertir el interior en un fortín inexpugnable. Cada mañana volvía a levantar las barras y abrir los postigos para que entrara la luz. Códigos de alarma, sonidos de emergencia, gruesos candados y pestillos de acceso se desactivaban y volvían a activarse con la oscuridad, al término de cada día y durante los días y noches que tuviese que durar esa historia inescapable como una isla. El juicio era la frontera, el alambrado de agua que separaba la isla del continente, de modo que para Alberto sacar a Fer de la casa, llevárselo incluso por unas cuantas horas, venía siendo desde entonces una posibilidad de sustraer al hijo del régimen de sospecha y alerta roja que imponía la madre con las urgencias del juicio. O eso había creído durante los primeros años del juicio, cuando Fer era todavía un niño y él se afanaba en enseñarle con su propio ejemplo una realidad más bien banal, un mundo *completamente normal*, eran sus palabras, con un padre que trabajaba en horarios fijos y no salía en la sección de tribunales de los diarios, ni tenía policías en la puerta custodiando un ataque intimidatorio que incendiaría la casa por los cuatro costados y los obligaría a salir del país de un día para otro, *hasta que las cosas se calmaran*, según la expresión habitual de entonces, tal y como había sucedido siete u ocho años atrás, cuando Alberto tuvo que recoger a Fer en Madrid a propósito del mismo juicio.

—Nos vamos, de nuevo me están amenazando estos cerdos —dijo la madre un día en medio del revuelo que estaba causando la detención

de Pinochet en una clínica de Londres—. Si quieres puedes ir a vernos a Madrid, o bien te esperas a que volvamos. Como prefieras.

—¿A Madrid? ¿Cuándo? ¿De qué estás hablando? —Alberto protestaba sin salir de su sorpresa.

La súbita decisión de la madre era como una bomba de olor que explosionaba desde las misteriosas catacumbas del juicio, desbaratando lo que para Alberto iban a ser unas tranquilas vacaciones del NO en una playa africana con Pilar durante el mes de diciembre. Pero además de abrupta, la noticia irrumpía sobre sus rutinas con soluciones disparatadas. En vez de dejar a Fer a su cuidado, que parecía lo natural y lógico, la madre lo retiraba del colegio y se lo llevaba a vivir a Madrid, donde el juicio alcanzaba su máxima tensión, precisamente en Madrid, donde los jueces iban tras la cabeza del general de la patria, y adonde ella llegaría para, para… No sabía exactamente para qué: ponerse a salvo, enfrentar el huracán, acompañarse en el juicio, exponer la catástrofe, irradiar el desastre, desestabilizarlo todo, volver locos a los demás, sacarlos de quicio, mudarse a España, enamorarse otra vez… Electra tenía sus motivos, todos plausibles y relacionados entre sí, pero él había renunciado a explicárselos hacía mucho tiempo atrás y ya solo atinaba a encajar la información e imaginar un curso de acción de su parte. Él,Alberto, haría lo que fuera, entregaría todo, sacrificaría su orgullo si era necesario con tal de *normalizar* el entorno de Fer. Bajar la guardia ante ella y subirla ante Fer, esa era la consigna, el movimiento perpetuo del Guardia del NO. Evitar la provocación, sobre todo. Evitarla a todo evento. Sí, lo admitía; era un conservador, un ultraconservador incluso, cuando se trataba de Fer: nada de tirar la vida al camino en busca de iluminación ni irse por ahí a inventar guerras proletarias para zafar del mundo real que imponían los hijos. Eso estaba descartado. Él era el padre, lo había sido de su padre en el exilio y lo seguiría siendo ahora de su hijo, de modo que no le vinieran con cuentos. Si lo apuraban a ser sincero, en realidad él detestaba desde lo más profundo a la vanguardia de la clase obrera y el pueblo como a las mismas mentiras.

—¿Cuándo parten? —repitió con indisimulada furia.

—Ya mismo, el domingo.

—Faltan tres días…

—Tengo todo arreglado —dijo ella—. La embajada me está ayudando.

—¿Qué embajada? —chilló, sin poder contenerse—. ¡No entiendo nada!

—La de España, para que te vayas enterando —dijo ella, olímpica —.Amnistía nos dio los pasajes.

Alberto casi podía ver la fotografía y el nombre de su hijo a la cabeza del Informe Anual de Amnistía para levantar fondos entre las almas sensibles, retratado al momento de tomar el avión, en fuga hacia el mundo libre: *Chile, 1999*, etcétera. Faltaba que lo declararan refugiado para marcar al muchacho como a una res.Tuvo francos deseos de enfundarse una bata de samurái y salir a cortar cabezas con la espada del NO.

—En un mes o dos estoy allá —dijo en cambio.

Colgaron. El esfuerzo de años se venía abajo. Alberto anotó los datos y la hora del vuelo que partiría ese domingo. Era imprescindible acompañar a Fer en esas circunstancias, reafirmar hasta donde pudiera la estabilidad que se había prometido asegurarle. Mi reino del NO por un día de normalidad, se dijo. La empresa no era sencilla. Estaba Electra, estaba el juicio, estaba Chile. La vida privada de las naciones no era ninguna novela, más bien una auténtica pesadilla. En las calles se respiraba odio, surgían amenazas, los alcaldes de los barrios ricos daban instrucciones de no retirar la basura de las embajadas comprometidas en el juicio, y en medio del humo de la batalla él tendría que empezar de cero otra vez; ir a Madrid, convencer a la madre de que volvieran y convencerse él mismo de que hacían lo correcto, de que no existía tal cosa como un ataque inminente de niños bien y señoras huasas recorriendo las calles con bates de béisbol en busca de algún desprevenido para molerlo a palos en defensa de la patria amenazada por la Corte de los Lores.

—Tenemos que cancelar —le dijo a Pilar esa noche, poniéndola al corriente.

—¿Cómo cancelar?

—Sí, ya no hay vacaciones. Nos vamos a Madrid.

—¿A Madrid? ¿A hacer qué?

—A buscar a Fer —dijo—.Vamos a recogerlo en Madrid y lo vamos a llevar de viaje con nosotros a Barcelona y luego a la región del Languedoc o donde tú quieras, pero eso es lo que vamos a hacer.

—¿Por cuánto tiempo?

—Un mes, por lo menos.Y después vamos a París, donde su madre lo va a recoger.

—¿Ese es el plan?

—No se me ocurre otro —dijo Alberto.

—Estoy embarazada —dijo ella como si abriera una ventana para que entrara el aire fresco.

Alberto enmudeció, perplejo.

—No puede ser —dijo.Y se sentó en un sillón, el primero que encontró. Miraba con una mezcla de angustia e ilusión hacia el techo, enredado en las sombras de su paternidad pasada y futura. Una película muda, a lo Buster Keaton, se disparaba delante de sus ojos.

—Sí es —dijo Pilar—.Así que vamos los tres.O los cuatro.

Fue lo que hicieron. Un largo y cambiante periplo europeo de guardianes disfrazados de turistas, y que siguió el itinerario acordado con el objetivo último de no perderle pisada al juramentado regreso de Fer. ¿Por qué las cosas debían ser tan exasperantemente complicadas, hiperbólicas y enredosas? ¿Por qué no sucedía todo entre Melipilla y Santiago, arriba de una micro y con un libro en las manos, en vez de tener que ir a dar vueltas por la Puerta del Sol y el castillo de Roquefort para reencontrase con su hijo?

En esos días Alberto hubiese entregado su palacio barroco en la Guarida del NO a cambio de una simple línea de papel, pero aquello yacía perdido en el patio de su biografía y ahora más valía no mirar atrás.Lo suyo eran las complejidades del socorro, y hacia allá debía enfocarse. Un alma de asistente social, en suma.

Meses después, apenas se sorprendió de que el episodio que había desencadenado la oferta de Amnistía terminara en una farsa internacional, pero al fin la madre estaba de vuelta y él podía retomar su programa educativo con Fer, si bien no de la misma manera. El

chico ya era casi un adolescente, y con el paso del tiempo Alberto fue relajando sus cautelas. La familia aumentaba, sus hijos pequeños pedían atención. ¿Habría exagerado su rol al comienzo? Un poco, sí, pero pensaba que el contraste, *su contraste*, tendría siempre a los ojos de Fer un efecto compensatorio y equilibraría las violencias heredadas. Las cosas podían ser distintas. Bastaba con ocupar la Guarida del NO, quedarse quietos, seguir con el empleo de Estudiantes del Mundo y pagar las cuotas escolares a su debido tiempo. Si la casa de la madre continuaba siendo una isla bajo asedio, Alberto no cejaría en su empeño de sacar al hijo a mirar el mar.Aunque ahora, con los años transcurridos, pensaba levemente distinto. La isla era Chile, que a su vez era un mar alejado de las costas, de modo que mejor era tener los pies en esa historia antes que en ninguna. Ese era el hogar de su hijo, para bien o para mal, y no era posible ni deseable escapar de la historia, por muy amenazante o terrible que resultara, por mucho que la casa de Fer echara raíces en medio del agua.

La noche cayó encima.Alberto contuvo las ganas de hacer sonar la bocina en un adiós agónico. Nos vemos, que duermas bien. Algo así, aunque ya era tarde para llamar la atención del vecindario. Se abstuvo una vez más. Giró el volante y dio media vuelta, pero en vez de salir a la calle principal se detuvo a media cuadra y apagó el motor. Rindió la cabeza con los brazos cruzados sobre el volante, y durante un instante no hizo más que sacudirse. Quedamente, sin testigos y para sí mismo, como si desahogara una combustión interior que aguantaba estoicamente sin adivinar lo que removía. Ahora estaba más que claro, en la plena oscuridad de la calle donde había estacionado el jeep y el horror de sí mismo lo emboscaba.

Se había prometido años atrás no dejar al hijo tras la ruptura con la madre, pero era él quien promovía los quiebres, era él quien se separaba una y otra vez en busca del aire del yo, del artificio de lo nuevo. Una mujer, un hijo, una familia, una casa y un patio se igualaban en su egoísmo. Por qué no también un país.Y si se iba, si se estaba yendo del lado de Fer en unos cuantos días más, ¿no era esto evidencia suficiente de todo lo que estaba dispuesto a dejar atrás con tal de recuperar su artificio? ¿No era él, acaso, quien había provocado

la ruptura con la madre por su terca imposibilidad de abandonarse y amar por miedo al abandono y lo que el abandono traía cuando de verdad se amaba? Peor aún, le había querido dar a Fer una familia *suya de su padre*, con Pilar como madrastra querendona y dos hermanos pequeños que lo adoraban, idolatraban a Fer, pero de un solo tirón Alberto se los quitaba: le quitaba lo que él mismo había entregado, como esos desalmados que recogen sus regalos cuando se retiran del cumpleaños. Se mudaba ya no de casa ni de barrio ni de mujer, sino de país, de idioma, de futuro incluso, hasta allá donde nadie pudiese alcanzarlo. Se lo llevaba todo.

La crueldad anegaba su partida en el instante decisivo. Trató de serenarse. Descongestionado, libre del llanto que oprimía contra los brazos, arrancó el motor y condujo hacia el poniente como a través de una nube sobre las sórdidas y silenciosas esquinas de Irarrázaval.

Encontró a Pilar dormida bajo el dintel de lo que había sido el comedor. Los niños ocupaban un colchón tirado en el cuarto donde antes habían estado los libreros y el televisor. La casa estaba patas arriba desde hacía semanas, y ahora tenía la apariencia de haber sido literalmente lanzada por la ventana, despoblada de muebles, camas y sofás, luego de empacar y despachar en un container todas las pertenencias con destino al norte. El barco llegaría a puerto en el lapso de dos meses y luego un camión trasladaría las cosas hasta W., donde rearmarían el campamento.

Entretanto, la mudanza despojaba de todo atractivo y comodidad lo que había sido su hogar, dejando a la vista el costo de semejante entusiasmo. Lo paradójico era que no había dónde dejar un lápiz entre tanto espacio vacío; los objetos se extraviaban con una facilidad asombrosa en medio del desorden y la precariedad, sin otro apoyo que las maletas y algunas cajas arrumbadas que servían de mesa, silla, velador y botiquín de baño, cada cosa a la vez. El espíritu práctico de Pilar había ideado un sistema de papelitos enganchados en los muros donde se indicaban las ubicaciones presumibles de algunos objetos de primera necesidad, como tenedores y escobillas de dientes, pero el caos devoraba en cosa de minutos el esfuerzo organizativo, aparte de

que durante el día una cuadrilla de maestros llegaba a lijar y pintar los muros en un trabajo de arrastre que los obligaba a mudarse de pieza en pieza según el avance de las obras.

Padecían una mudanza dentro de una mudanza, cajas dentro de cajas como muñecas rusas sin armar, con los vientres abiertos y las partes perdidas con el consiguiente desparrame de ropas y objetos que iban quedando rezagados en la movilización familiar. La casa entera sufría una especie de ocupación progresiva desde el piso superior, con un movimiento de avance tormentoso que se distribuía hacia las habitaciones inferiores conforme tomaba posesión de las rutinas. Desayunaban de pie, dormían en el piso, se buscaban a gritos por los cuartos vacíos y pedían comida a domicilio para no revolver las cajas en busca de platos y servicios. El desorden aumentaba con la proximidad del viaje, y un estado de ansiedad y nerviosismo los ponía de pie a primerísima hora de la mañana, presos del frenesí por tantas cosas olvidadas y sin hacer que se acumulaban en la víspera de la partida. Se afanaban en una épica fuera de control, sin dominio ya del entorno doméstico, y bajo las luces crudas que colgaban del techo Alberto evocaba con ahínco los placeres de una existencia sedentaria que por decisión propia había empezado a desmoronarse.

En rigor, para todos la vida conocida estaba quedando atrás. Lo percibían en las conversaciones y encuentros con los amigos; algo indefiniblemente triste o engañoso escurría entre las promesas de visitarse y volver, mientras una corriente de extrañeza les aconsejaba evitar las reuniones sociales y los asados multitudinarios. Apenas se reconocían en los abrazos familiares, y el hecho de habitar la casa vacía intensificaba las dolorosas sensaciones de la salida. Nada estaba en su sitio, pero tampoco había sitio para nadie más en la mudanza. De pronto, solo se tenían a ellos mismos. Habían quedado solos mucho antes de irse.

—¿Por qué nos vamos, papá? —preguntaban los niños, entre asustados y entusiastas de un proyecto que no alcanzaban a comprender.

—Porque nos vamos —respondía Alberto con lógica fatal.

—¿Por qué nos vamos? —decía Pilar.

—Porque nos vamos —repetía Alberto, y pronto la duda con su afirmación se convirtió en el santo y seña para calmar las quejas, los reclamos, las iras y los enojos cotidianos que surgían detrás de cada trámite irresuelto y cada objeto extraviado bajo el montón de trastos que se acumulaban tras dejar una habitación por la siguiente, avanzando de manera implacable hacia la puerta principal con cada nueva incursión de la cuadrilla de maestros.

—¿Por qué nos vamos? —preguntó Pilar en una ocasión que sonó distinta a las demás, articulando en voz alta pensamientos ocultos como un oráculo que hablase en mitad de la noche, los ojos abiertos en la oscuridad desértica del comedor y los brazos cruzados detrás de la cabeza en señal de inquietud—. ¿Tú sabes por qué nos vamos,Alberto?

—Porque nos vamos —dijo él, terco y solemne, acomodándose al colchón que habían tirado junto a la mampara que daba al jardín.

Fuera, una luz de plata creaba la falsa impresión de un escenario en el pulido rectángulo de losas y pasto. Se habían consolidado en ese puesto, pero dentro de unos días tendrían que desalojar el comedor y refugiarse en la siguiente habitación, junto al baño de servicio. Alberto pensaba que iba a ser necesario idear algún sistema de cortinas para la ducha con los trastos de ropa que habían desechado. Había un impermeable que podía servir, pero no recordaba haberlo visto después de recogerlo bajo un destartalado canasto de leña.

—Te lo digo en serio —reclamó ella—. Quiero decir, aparte de conseguir un trabajo o un puesto en la universidad, ¿tú sabes por qué nos vamos?

—Nos vamos porque perdimos —replicó él—. Nos vamos porque la casa siempre gana, pero la casa pierde si nos vamos. Porque este país es una derrota si no juegas de su lado y contra ti mismo. Nos vamos porque no podemos seguir equivocados y con asco. O si quieres, nos vamos porque se nos ahogó el cachorro en la piscina. Nos vamos porque los hijos merecen ser cuidados de otro modo. Nos vamos porque no queremos vivir con lo que teníamos ayer ni con lo que nos espera mañana en este lugar. Nos vamos porque se acabó el pasado.

—Recuérdamelo cuando estemos lejos.

—Nos vamos porque hemos hecho lo necesario para irnos —siguió él como si Pilar no hubiese hablado y repasara un catálogo de motivos para explicarse ante los oficiales de aduana—. Nos vamos porque tenemos la suerte de poder irnos.

—Y porque terminaste lo que estabas haciendo —apuntó ella.

—Porque terminé mi libro, sí —dijo él—.Y porque si nos quedamos, ese libro nunca habrá terminado. Ese es el sentido de haberlo escrito como lo escribí.

—Se trata de quemar las naves —dijo ella, y sonó como si efectivamente viera alejarse tierra firme desde su posición, boca arriba en el piso del comedor.

—Para mí el libro *es* la nave, pero también es una tumba. Yo abrí una tumba con el libro —enfatizó él—.Y si la dejara así, tal cual, no podríamos irnos. Nadie puede irse dejando abierta la tumba de sus padres, pero al mismo tiempo la única forma de hacerles justicia es yéndose.

—Entonces…

—Entonces tengo que llevármela, cargar con ella. Es lo que estamos haciendo, ¿no te parece? Levantar una tumba es sacarle a la muerte lo que nos quita.

—Supongo que sí. —Ella dudó, como si remontara un recuerdo que conservaba intacto y prefería silenciar—. Pero yo no quiero viajar en una tumba como si fuera un vampiro. Yo quiero la vida, lo mismo que tu libro.

—Es lo que dicen todos los vampiros —se burló él,sombrío.

Quedaron callados un instante.

—¿Ya lo leíste? —se atrevió a preguntar él.

—Sí, hace dos días.

—¿Y…?

—Lo dejé en la cocina, encima de una de las cajas.

La respuesta lo desarmó. Cuando más necesitaba una señal para saciar su curiosidad, Pilar se mostraba evasiva, reacia a comprometer una opinión cualquiera. Contrariado, invadido por una irritación que disimulaba mal su despecho, no había vuelto a insistir en el tema, esperando un mejor momento. Ahora él buscaba el manuscrito como

si fuese una llave maestra. ¿Dónde había dicho Pilar que lo dejó? En la cocina, pero eso había sido un par de semanas atrás, antes de salir de camping con Fer, y entretanto las cosas habían cambiado de lugar una media docena de veces. Alberto avanzó en la penumbra buscando la linterna que Pilar solía colgar junto a la puerta, cerca de los quemadores. La encontró del lado opuesto, en la salida al pasillo, y comenzó a hurguetear entre los tarros de pintura y las brochas y espátulas dejadas por la maestranza. No encontró nada parecido a un cartapacio de trescientas páginas con la portada de lámina gris que había recogido de la casa de Frank tres meses antes y llevado de vuelta a su velador. ¿Cómo se le había ocurrido pasarle el impreso justamente a Frank? Un impulso autodestructivo, sin duda, porque de su amigo solo podía esperar un comentario sarcástico, silencios, hiel pura, activación de todas las alarmas sembradas durante años de complicidad en la Guarida del NO. Y qué mal había tomado Frank su decisión de recuperar el texto antes de adoptar ningún compromiso, pero estaba seguro de haber hecho lo correcto. Pilar, en cambio, leería el manuscrito con los ojos vendados, sin importarle la autoría. Su atención no estaba puesta en él, y así él podía confiarse a ella.

Resultaba perturbador, sin embargo, que Frank y Pilar, siendo sus más leales, se mostraran distantes y eludieran pronunciarse directamente sobre el asunto. Aquella precaución alimentaba en Alberto una duda hiriente. Quizá se había equivocado de plano al escribir ese único libro como si se tratara de un testamento.Tanto mejor muchos libros que dijeran algo a cambio de uno solo que pretendiera decirlo todo. Pero un miedo antiguo había bloqueado semejante desarrollo, un miedo al miedo que era miedo al deseo y al abandono, pensó, la lengua de piedra que cargaba encima como un animal extinguido, rendido a la trampa del caso especial: mi daño, mi herida, mi rabia infinita. Lo admitía. Su desprecio a medirse con sus iguales, página a página, era una impostura, la más despreciable de las muchas que había alimentado en la Guarida del NO. El escritor joven de cincuenta años era otra impostura.A los veinte años había amarrado su corazón al deseo de escribir, lo había dejado todo por ese destino incierto, y había fallado. Había fallado él, pero culpaba a la

literatura. Su camino se había torcido apenas iniciado el trayecto, inerme ante las diversas formas de la destrucción que lo cortejaban. Entonces se había negado. *Él* se había negado. Y hete aquí que al cabo de treinta años la herida persistía. No la herida de la literatura, que en verdad no existía porque la literatura era un gato de muchas vidas, sino la herida de su mundo quebrado y disperso que solo podía ser recorrido y extenuado por el imperativo biográfico: salvar al padre, cuidar al hijo. Siendo así, no era tan raro después de todo que los tiempos de ambos se enlazaran y confundieran en un solo libro que era el suyo, su novela quincuagenaria como una vocación suspendida. Lamentable, pero todo lo que podía escribir era su fallo ante lo que se había prometido. ¿Se autocompadecía? Más que eso, estaba furioso. Llegaba tan tarde a reencontrarse con el punto de partida. La vida se le había ido buscando el regreso a ese momento, y ahora que lo tenía ante sí lo descubría bañado de un halo de vida póstuma. Un espanto. Por suerte se iba; por eso se iba.

Apuntó el haz de la linterna hacia el fondo vacío del pasillo, sin encontrar más que sombras desnudas y juguetes estacionados como trampas a lo largo del piso. Siguiendo por la planta principal, llegó hasta el pie de las escaleras con la idea de subir y echar una ojeada; quién sabe si algún maestro albañil se había interesado en el manuscrito, llevándolo arriba para pegar una siesta, pero enseguida tuvo que renunciar a la idea cuando descubrió el acceso bloqueado por una escalera de mano atravesada sobre los peldaños. Alrededor todavía quedaban algunas cajas rezagadas con los brazos abiertos esperando ser recogidas. El olor a pintura y yeso recién moldeado bajaba del segundo piso, amenazante.

Decidió resignar la búsqueda hasta la mañana siguiente. Volteó y tropezó con el cordón del teléfono. Un ruido aparatoso campaneó desde el extremo opuesto. Dirigió la luz hacia el rincón y avanzó inclinado para reenganchar el auricular sobre el soporte cuando descubrió el lote de papeles. El manuscrito estaba puesto de revés y servía de recadero con un lápiz al costado. De modo que allí terminaba su esfuerzo de años, en eso se había convertido su *pathos*. Recogió el cartapacio y reparó de inmediato que las hojas estaban

sueltas. No quedaban rastros del anillado de espirales que con tanto cuidado había mandado a hacer. Sobre el reverso blanco de las páginas había notas de variado tipo escritas con trazo rápido. Números de teléfono, recordatorios, listados de compras y asuntos pendientes. Revolvió el manuscrito al azar y encontró dibujos de los niños y más listas garrapateadas con precios estimativos a un costado.Vender el equipo de sonido, rematar los estantes, retirar los visados. Clínicas donde obtener certificados de vacunación. Entregar llaves de la casa en la playa. Hablar con el jardinero.Vaya capital el que tenía entre manos. Con semejante patrimonio ya podía explicarse la demora en terminar su primer libro. ¡*Vaciar la piscina*!, leyó, con letra manuscrita entre vistosos signos de exclamación, y la coincidencia lo desconcertó un instante, como si aquella anotación al sesgo de Pilar estuviese al mismo tiempo inscrita en las páginas del texto que sostenía vacilante. Un minúsculo laberinto de espejos se abría y multiplicaba la escena de un modo parecido a las imágenes en abismo, con una figura engastada en otra idéntica que a su vez reproducía la anterior, y así sucesivamente hasta desaparecer en el punto de fuga. La instrucción manuscrita de Pilar volvía aún más inquietante el hallazgo. ¡*Vaciar la piscina*! Se paró y revolvió páginas buscando la descripción de un hombre que paseaba la mirada en el silencio de la casa, reproduciendo al infinito su postura dibujada contra la oscuridad del pasillo, al fondo del cual asomaba lo que bien podía ser un riñón de agua con un pequeño manchón negro que flotaba rígido entre los focos.

Resintió un leve mareo. ¿Quién escribiría a quién cuando se precipitaba en el abismo? Y al revés, ¿qué pasaría si la ficción lo empujaba en su caída? Se le ocurrió la descabellada idea de que Frank hubiese intervenido el texto y mandado a imprimir una nueva copia antes de devolvérselo, como una jugarreta endemoniada. La gran broma de su negador.Ya que Alberto había decidido echar abajo la Guarida del NO, Frank sería su testigo y lo escribiría a él, su desertor. Imaginó la sonrisa del gato de Cheshire en la cara de Frank y de inmediato sacudió el legajo casi con terror. Mejor salía de allí ahora mismo.

Con los papeles bajo el brazo llegó hasta la cocina, donde encontró espacio libre para depositar lo que quedaba del cartapacio, sobre la repisa junto a los quemadores. Sin el anillado era inútil tratar de ordenarlo hoja por hoja, y ayudado por la luz de la linterna calculó que debía faltar al menos un tercio del mamotreto original. Consideró la posibilidad de conservar las páginas remanentes o guardarlas junto a las copias judiciales que llevaría en una de las cajas aún sin cerrar, pero recapacitó. Hacerlo era una debilidad sentimental que solo podría acarrearle más bultos y dudas. Que su manuscrito se mezclara ahora con las listas de tareas pendientes no parecía un destino tan inapropiado.Al fin y al cabo, solo trataba de eso: orientarse a sí mismo y a los otros, si cabía; servir para algo. Mejor devolver el manuscrito al lugar donde lo había encontrado y que continuara su vida útil de recadero junto al teléfono. Sacrificarlo y olvidarlo. Ya reimprimiría una nueva copia cuando llegase a puerto y desarmara las cajas y repusiera el equipo con los adaptadores apropiados. Cuando obtuviese un poco de paz y tranquilidad. Cuando la nave dejara de moverse. Cuando la orilla se borrara como una mancha delgada en el horizonte. Cuando el frenesí de la mudanza dejara de parecerle una historia dentro de otra historia que él había contado y debía cerrarse allí, en el centro extraviado de su *ümwelt*, de pie en la oscuridad del pasillo de una casa despoblada que los restos de un manuscrito multiplicaban en la oscuridad del pasillo de una casa despoblada…

—Alberto. —La voz de Pilar lo sacó del espejo donde se iba metiendo.

—Sí —dijo—.Aquí estoy.

—¿Qué pasa? —Ella hablaba desde algún lugar de la sala.

—Nada, tranquila. Estaba buscando algo.

—Ven… —dijo ella—. Mañana yo te ayudo.

—Ya terminé, espera un minuto.

—No te demores.

La voz de Pilar sonaba muy cerca pero a un nivel más bajo respecto del piso de la cocina, y él tuvo la impresión de que preguntaba desde la boca de un sótano. Recordó que al llegar la había encontrado dormida en el suelo, bajo el dintel del comedor donde se habían

refugiado, retrocediendo hasta esa última retaguardia del primer piso.Ya no les quedaba más que salir fuera ante el avance de la brigada.

—Alberto… —insistió ella.

—Voy, voy.

—¿Cómo te fue con Fer?

—Bien —dijo—. Me ganó todas las partidas.

Apagó la linterna y se desentendió del manojo de hojas como si saliera de la cocina hacia un cuarto perfectamente amoblado con una gran cama al centro. Por supuesto, no era más que un deseo o un recuerdo, y buscó a tientas el borde del colchón. Se desnudó, y a pesar de la amplitud vacía que lo rodeaba, en ese momento tuvo la clara sensación de que allí, enlazado por el tibio resguardo de Pilar, no había espacio para las tumbas.

7

LA VIDA ÚTIL

Vine a Washington hace dos años sin saber si volvería a Chile, ni cuándo ni cómo. Supongo que esa falta de plan hizo que cargara con las compulsas judiciales como si se tratara de una cuestión personal.

Había convicción en el gesto. Estaba obsesionado con la idea del juicio, de la exposición de una verdad posible que de forma oblicua parecía iluminar los preparativos para irse y nos conducía vertiginosamente a la salida. En parte, supongo que veía en la causa del abogado un espejo de mi propia situación. Cuando ya no quedase nada, cuando estuviese solo en algún rincón oscuro, cuando la desesperación golpease mi puerta y me llevase de la mano hacia la línea de fondo de aquella aventura, yo extraería los archivos de su silencio y vería mi esfuerzo retratado como un artículo de fe para darme ánimos y ponerme otra vez de pie.

También era un principio constructivo ante el caos de la mudanza. En Santiago la empresa de embalaje había anunciado la llegada de los pionetas con el container para dentro de tres días, y la orden era apilar de manera perentoria todos los objetos grandes o pequeños que llevaríamos para ser recogidos por el equipo de cargadores. Muebles, libros, piedras, un jardín japonés, cachos de vino… Parecía un desalojo que nos obligaba a elegir entre lo accesorio y lo esencial. En mi caso, lo esencial era dejar atrás: irse, partir, yo ansiaba salir de Chile, y había decidido cargar las compulsas con la paradójica esperanza de que me recordaran los motivos de esa premura.

El container iba a ser despachado por barco y llegaría a puerto un mes después, justo a tiempo para nuestro aterrizaje en Washington. Pero si una mudanza es siempre una especie de naufragio —la prueba de que la noción de realidad puede concentrarse en un solo segmento de tiempo sin someterse a las continuidades del pasado ni del futuro—, nuestro presente agregaba un vértigo particular: nos movíamos de país, de continente, de idioma y de vida, y lo hacíamos con los medios que teníamos al alcance. Nadie nos perseguía, nadie nos empujaba a reunir frenéticamente nuestras pertenencias y a cargar con ellas a lo

largo de una calle custodiada por soldados; no habían llegado las tropas de asalto nazi a tomar posesión de nuestra casa ni a ocupar nuestro jardín a lo Finzi-Contini en pleno barrio de Providencia, y aun no solo no había sucedido nada de todo esto, sino que, al contrario, la amenaza parecía descartada por la corriente viva de los hechos que se alborotaban en sentido opuesto, aligeraba la densidad de su torrente y corría liviana hacia un océano de parca indiferencia.

Las compulsas, pensé en un momento, eran los documentos oficiales de ese olvido, el alma de los hechos que ahora viajaba conmigo.Venían dentro de una de las cajas de menor tamaño, enredadas con álbumes de fotos y documentos universitarios, y me sorprendió la terca manía con que yo mismo las había ordenado antes de dejar Santiago.Algunas actas se habían desprendido del archivador y volaban sueltas como plumas, así que decidí apartarlas y reunir todo el material antes de que se extraviaran en el acomodo de la nueva casa.

Puede que ese acto del todo inocente haya decidido la ruta de una obsesión, pero lo importante era aferrarse a un elemento conocido, estabilizar el navío, dejar de trasladar maletas y fijar el suelo bajo los pies. De hecho, la mudanza recién comenzaba con la descarga de las cajas.Trabajábamos sin descanso. Íbamos y volvíamos de las tiendas de Ikea, comparábamos precios, acarreábamos estantes, yo armaba libreros, ponía lámparas. Gastaba un montón de dinero en probar distintos enchufes para las tomas de corriente. Dejé el alma intentando descifrar la entonación sincopada de los afroamericanos que ofrecían por teléfono los servicios más diversos e inútiles. Era un trabajo extenuante rehacer la casa, como vivir dentro de una sala de máquinas que funcionaba día y noche sin parar, lo que obligaba a focalizar la atención en una meta distinta para no enfermar de los nervios. Las compulsas tenían ese don, y no fue raro que ajustara el frenesí de la mudanza a la inmovilidad que el pasado me ofrecía. Luego descubrí que también formaban parte de mi presentación en Washington, garantía suprema de lo que había sido y constatación al mismo tiempo del testigo que yo era.

No había urgencia, entonces. Recién llegados a la ciudad, hospedados en un hotel del barrio universitario y con apenas unas cuantas maletas de equipaje, la realidad podía tocarse con la punta de los dedos.Toda ella estaba al alcance del deseo loco de salir, irse. Esa experiencia de novedad volvía a mí como la marca de una felicidad sin destino, un puro gasto del primer día del mundo amarrado a los pies. Conocía bien su orden de prelaciones. Las avenidas sin nombre, el confuso tumulto de la ciudad revelada, las manchas del tiempo abolidas por una luz huidiza… Todos esos fenómenos formaban parte del secreto conocimiento que acompañaba los movimientos de la llegada. El primer día del mundo había sido siempre el día después de la fuga.Aunque solo durase unas semanas o un mes cuando mucho, e incluso por eso mismo, no había alegría mayor que desplegar la naturaleza propia de esa libertad de desplazamiento. Aquí ese desplazamiento estaba asegurado, formaba parte de la cultura del país. Había que festejarlo, y ese primer día salimos del hotel y atravesamos por debajo de una autopista hasta localizar una calle lateral que subía hacia lo que sin duda debía ser el barrio comercial. Pilar estaba radiante, los niños corrían contentos, y yo saboreaba la gloria de caminar en el mar. La verticalidad intensa del cielo, la amplitud del horizonte hacia el oeste y el sabor del aire pegajoso con sus motas de nubes blanquísimas confundían la ciudad con muchas ciudades a la vez, especie de cruce de caminos ya visitados pero agrupados en una configuración distinta, sin otro apego que el dictado por la invención del espacio que se abría alrededor. Estábamos en pleno agosto y el aire sofocaba la marcha. Nos paramos en una esquina donde la sombra cubría un ángulo de la vereda. ¿Dónde estamos?, preguntó uno de los niños. En la calle M, dijo Pilar tras leer el cartel colgado del semáforo. Nos miramos entre todos, divertidos. Ella podría haber dicho cualquier letra y habría sido lo mismo: habíamos aterrizado allí como si nos hubiésemos mudado a vivir a una novela.

Decidimos trasladarnos a la calle Reservoir el mismo día que llegó el container con las cajas de la mudanza. No recuerdo bien qué hicimos

en el intervalo que permanecimos en el hotel, pero tampoco importa mucho. De seguro evitamos pisotearnos unos con otros en la estrecha habitación que habíamos alquilado, e hicimos salidas de reconocimiento y anduvimos en los alrededores para hacernos una composición de lugar, ya que, visto en el mapa,Washington, o D.C., como se conocía popularmente, tenía la forma de un queso mordido en uno de sus costados, pero al recorrerla cualquiera notaba que en verdad se trataba de un arduo tobogán de rotondas y transversales que dispersaban la ciudad en muchas direcciones, con la base inferior hundida en el pantano sobre el cual había quedado montada. Era fácil perder el sentido de orientación, pero bastaba con mirar el color de piel de los vecinos para saber si se estaba lejos o cerca de la calle Reservoir. En los suburbios se respiraba el confort esterilizado de los blancos, hacia la franja este y sur dominaban la población negra y los centroamericanos, y en nuestro barrio, al noroeste, la presencia de los campos universitarios aseguraba una atlética armonía en la mezcla de razas.

Todos parecían llegar de otra parte,por lo demás,un poco a la manera del servicio de mudanza que trasladó el container con las cajas en un camión procedente de Baltimore. El despacho estaba a cargo de tres cargadores, un controlador y el chofer. Los cargadores eran todos jóvenes, inmigrantes como nosotros. Dos de ellos eran lituanos, y otro un ruso que dirigía las operaciones de descarga arrastrando las cajas desde la bodega del camión a las espaldas de sus compañeros que esperaban al pie del largo y oscuro maletero. Los tipos llevaban unos mamelucos de color oscuro con sujetadores en la cintura para soportar objetos pesados. Luego apareció el supervisor de la operación. Era notoriamente más bajo que sus compañeros pero de rango superior, con bigotitos en las comisuras de los labios y corte autoritario, salvadoreño o centroamericano, y se paseaba de un lado a otro sosteniendo una planilla rosada sobre una superficie dura que le permitía anotar detalles sin que la hoja de control se doblara con el viento que soplaba sobre la calle Reservoir. Dentro de la cabina, un hombre de color reposaba del viaje y había apagado el motor para revisar con actitud distendida un impreso de la liga de básquetbol.

Cuando fui a ofrecerle un poco de limonada, rechazó el refresco levantando una lata de cerveza. De modo que esto era el *melting pot*: un negro al volante, un mexicano como segundo de a bordo, y tres hijos del socialismo real convertidos en bestias de carga. El dueño de la empresa debía ser un WASP, bisnieto de los padres fundadores.

Pilar se paseaba casi desnuda dentro de la casa, y tuve que llamarle la atención cuando empezó la descarga. Ella apenas me hizo caso. Identificó de inmediato la caja donde venía el reproductor y enchufó el aparato con un adaptador que había comprado en la tienda donde fuimos a buscar un lote de ampolletas el día anterior. A partir de ese minuto la música de Cash acompañó la operación.Yo estaba un poco nervioso viendo a Pilar moverse delante de los pionetas con un pareo brevísimo abrochado alrededor de la cintura. Es cierto que hacía mucho calor, pero le pedí que subiera arriba para no entorpecer la faena. Los niños no entendían nada. Nadie entendía nada, y los mandé a jugar al patio mientras las cajas empezaban a acumularse al centro de la sala como testigos petrificados en un tribunal. Cuando la operación ya terminaba, al cabo de dos o tres horas de intenso trajín, el chofer dejó su cabina en un arrebato solidario y quiso cargar una de las últimas cajas, acaso siguiendo un instructivo de la empresa con el lema: aquí-todos-ayudamos-a-todos-y-no-haytrabajo-feo, pero con tan mala suerte que pasó a llevar el farol exterior junto a la puerta de entrada. Los cristales salpicaron a un lado y otro del umbral, dejando una estela de vidrios astillados sobre el piso. *Ssshit*, dijo el negro, arrastrando las consonantes. *Fuck you*, dije yo, porque era de los pocos insultos que conocía. Nos miramos con una mezcla de asombro y curiosidad. Era un tipo grandote, musculoso, cubierto con una polera sin mangas que dejaba a la vista unos bíceps nervudos y venosos. Llevaba un pañuelo rojo amarrado sobre la frente, estilo Jimi Hendrix, algo que yo recordaba haber visto en viejas cubiertas rockeras de discos de vinilo, y tuve la impresión de que estaba enojado. En dos zancadas estuvo sobre mí, mirándome desde arriba del farol que acababa de destrozar: *What*?, dijo. Desde el umbral, el mexicano miraba impertérrito con su planilla sostenida contra el vientre. Supuse que las jóvenes bestias del socialismo real estarían en el camión ahora

vacío, aprovechando la pausa para descansar. *What*?, repitió el negro, como si no pudiese creer lo que acababa de escuchar por boca del recién llegado y necesitara un recordatorio. Levanté las manos de forma instintiva, las palmas bien abiertas para que las viera, un gesto de *mani pulite* que me quedaba de mis tiempos en la universidad, y dije okey-okey, no pasa nada, yo lo pago, me hago cargo, somos amigos, somos hermanos, somos todos inmigrantes, viva África, viva América Latina, los pueblos unidos, mientras el mexicano le hablaba por detrás; *move on, Richard*, decía con acento de feria, *move on, man: move on*, tenían que irse, repetía, que dejara ya el asunto, y Richard cabeceaba encima de mí sin convencerse del todo, dudando entre aplastarme con un dedo y dejarme respirar bajo el agobiante calor y un ligero aroma a cebolla cruda que se desprendía de su sudadera sin mangas.

Firme aquí, dijo el mexicano, interponiéndose con prudencia, y yo obedecí; por supuesto, mientras Richard ladeaba la cabeza, balanceaba los brazos sin poder creerlo todavía, y se giraba para luego alejarse, negligente y soberano con ese balanceo muscular que las películas copiaban hasta la caricatura.Vi que pasaba por encima de la última caja que había quedado atravesada en el umbral de la puerta y firmé todo lo que el mexicano exhibió para deslindar a la empresa de cualquier responsabilidad por daños y perjuicios ocasionados durante el servicio. Nos dimos la mano. Buena suerte, me dijo al retirarse, como dándome la bienvenida.

Me acerqué a la puerta y vi a Richard ya subido en la cabina, frente al volante, y a los cargadores fumando dentro del maletero del camión mientras el mexicano golpeaba las latas de la carrocería con la palma abierta para dar a entender que el trabajo estaba terminado.

—¿Qué pasó aquí? —dijo Pilar, apareciendo delante de la última caja estacionada en la puerta, entre los vidrios rotos y la cáscara del farol machacada en el piso.

—Llegamos —respondí, y fue como si dijera una isla, orilla, sombra, aire.

Esa noche o la siguiente, durante la primera semana de mudanza en

cualquier caso, escribí un poema sobre las cajas. Fue una sorpresa. Veinticinco años atrás yo había renunciado a la idea de lo que se llama una voz poética, si tal cosa existía, pero de pronto rehacía el camino y volvía a tomar el lápiz para caer en vertical sobre la página.Veinticinco años es mucho tiempo; no había compuesto versos desde el regreso a Chile con mi padre, cuando abandoné la idea por mentirosa, de modo que después de un cuarto de siglo el mío no podía ser un gran poema, ni siquiera un poema mediocre, pero era un poema. De eso sí que estaba seguro: nadie podría arrebatarme esa felicidad. La prosa es fuego y piedra, pero la poesía es aire y tumba luminosa, gloria sobre las cenizas (*Ashglory*, en la traducción que encontré un día merodeando en los puestos de libros viejos, cerca del río, y cuyo título me arrojó de cabeza a los versos que ardían en mi andadura: *No one / bears witness for the / witness*). La poesía no necesitaba publicarse para existir; era luz realizada.Yo lo sabía bien porque no era poeta.

Mi poema salía de las cajas, cientos y cientos de cajas con libros que no volvería a leer y otros que nunca abriría, pero que seguían a mi lado como pruebas de una existencia obstinada. Aunque no los leyera, esos libros sin abrir eran el verdadero horizonte de la mudanza. Es lo que pensaba mientras sacaba los volúmenes de sus cajas y los reordenaba, haciendo de la nueva disposición una posibilidad distinta a las ensayadas en la Guarida del NO.

No volvería a tocar la cuerda nostálgica de A. (A. de Arlt, por ejemplo), y ya podía despedirme de la exactitud fantástica de B. (B. de Borges, por ejemplo), instalarlos en un lugar de homenaje al alcance de la mano pero sin los privilegios del uso cotidiano, en tanto que C. (C. de Cortázar, por ejemplo) y D. (D. de Di Benedetto, por ejemplo) tomaban palco seguro en mi deformada inclinación hacia la literatura argentina, mientras F. (F. de Fogwill, por ejemplo) encabezaba una auténtica revuelta en la sección rioplatense de la biblioteca de la calle Reservoir, se volvía imprescindible y alineaba a los demás desde el centro hacia los costados, siguiendo un orden que era un puro estallido; el impensado Fogwill, con su locura y su rabia y su caótica ternura ya no resultaba ajeno ni excesivo, sino más bien entrañable,

cómo no lo había visto antes, apenas podía creerlo, tan tarde y tan lejos que llegaba empujón el bravucón para recorrer a mi lado esa vida nueva en D.C., pero así sucede siempre entre la obra muerta y la obra viva: es necesario un desplazamiento significativo de la perspectiva para que el milagro ocurra y el velo se disipe.

Una de esas tardes de agosto apareció el hombre de Nigeria, nuestro vecino. Venía para avisar que no le gustaba el ruido de la máquina mata-mosquitos que el propietario de nuestra casa había dejado instalada en el patio. Le hice caso, desconecté el aparato que se arruinó en ese mismo momento, y luego me arrepentí. El hombre de Nigeria no tenía ningún derecho, salvo el de la antigüedad. Debí haberle enrostrado que desde muy temprano en las mañanas y hasta horas avanzadas de la tarde los maestros de la Empresa Fernández pasaban la jornada martillando las paredes de su casa, que colindaba con nuestro sitio. Hacían trabajos de refacción y andaban todo el día subidos en el techo, cantando rancheras y mirando hacia el interior del living de la casa donde Pilar se paseaba en calzones. Me acordé de *Perros de paja*, una película de Sam Peckinpah en que unos campesinos jóvenes violan a una antigua compañera de travesuras cuando regresa al pueblo con su marido matemático. La mujer era interpretada por Susan George, y fue una de las primeras imágenes nítidas que tuve del comportamiento erótico de las mujeres (o al menos de las mujeres jóvenes, hermosas y deseables como Susan George): ellas eran volubles; podían seducir detrás de una ventana, arremeter, gozar y sufrir al mismo tiempo, aunque fuera difícil imaginar un giro de cámara semejante en la corrección del actual cine norteamericano. Solo sobrevivía la rudeza voyerista de los campesinos, que en este caso eran albañiles salvadoreños contratados por el hombre de Nigeria para su ruidosa remodelación inmobiliaria. Siguiendo al pie de la letra el guión del pasmado marido matemático, en ocasiones yo salía a fumar a la terraza e invariablemente encontraba a los maestros centroamericanos descansando en lo alto de sus puestos de observación.

—Qué tal, ¿cómo sigue el trabajo?

—Bien, aquí; con un poco de calor —respondían ellos.

—¿Quieren que les traiga agua? ¿Algo fresco para tomar?

—Si la señora quiere, claro que sí.

—Voy a ver —decía yo, y me entraba a la casa.

Nunca entendí si solicitaban la presencia de Pilar por respeto al profesor de matemáticas o excitados con lo que veían por las ventanas, pero un buen día los maestros salvadoreños no volvieron más a cantar rancheras ni a esperar que Pilar saliera al patio con un jarro de refrescos: dejaron tiradas las escaleras, los baldes, tarros y palas junto a una montaña de escombros arrumbados de mala manera. El trabajo no daba muestras de haber terminado, pero un silencio de claustro reinó de pronto en los altos del techo y bajo los árboles del patio.

—¿Qué pasó? —pregunté al vecino a la primera oportunidad que tuve de abordarlo—. ¿Se acabó por fin la ampliación?

El hombre de Nigeria meneó la cabeza hacia los lados, negando dos veces antes de montar en su Mercedes de color negro, un jeep que parecía blindado para atravesar Bagdad y que debía costar cincuenta mil verdes por lo muy bajo. Se acabó el dinero, *No money*, me dijo. No entendí bien al comienzo. Era inverosímil que alguien subido en un vehículo de lujo con doble tracción de guerra pudiese pronunciar semejante frase en un barrio residencial de D.C., pero semanas más tarde anunciaron por cadena de radio y televisión que el país estaba en la bancarrota. Habíamos entrado en recesión, crisis o como quiera que se llame el momento en que la ruina de los ricos golpea a todos los demás. Según los analistas, se trataba de una depresión con todas sus letras.Antes de un año, el hombre de Nigeria abandonó el barrio.

—Qué bien —dijo Pilar cuando los vio mudarse—, llegamos justo a tiempo.

No sé si ella lo lamentaba o qué, pero aquel era el minuto de meterse la mano al bolsillo y adquirir la casa del hombre de Nigeria para que los maestros de la Empresa Fernández terminaran el trabajo. De haber tenido, era el momento de hacer cálculos y comprarse un trocito de imperio, pero para entonces nosotros ya nos habíamos gastado todo el dinero del libro.

Apenas zafé del desorden de las cajas hice una breve visita de enrolamiento a la universidad, donde entregué los papeles de mérito con un cierto bochorno, una sensación áspera de victoria, y luego me matriculé en el curso de Ética y Comportamiento Académico, paso indispensable para formar parte del cuerpo docente en el rol de profesor visitante. ¿A quién pretendía engañar? No es que me faltaran luces para ocupar el puesto, nada de eso; pero el único destino posible de la investigación que aseguraba mi presencia allí era, precisamente, mi falta de destino. O al menos su amenaza. La elocuencia de este dictamen venía de lejos, pero se hacía más y más persistente conforme yo creía tener derecho a otra cosa distinta, como un rumor interior alimentado de pleitos y reparos. El caso se prestaba a la sospecha, pero cada vez que había intentado cambiar mi suerte, el resultado había sido más o menos el mismo: es decir, lograba con cierta facilidad lo que me proponía ante los demás, pero sin que nada sustantivo cambiase ante mí mismo. O ese derecho nunca había estado en mí, o bien había caducado en un tiempo innombrable, remotísimo. Quizás había pasado demasiados años interdicto en la Guarida del NO, atrapado en una red de dependencias y servidumbres. La brutal paradoja era que, mientras más esfuerzos realizaba por el derecho a ocupar el sitio que me correspondía en la aldea de los hombres, más me alejaba de ese sitio y con mayor detalle emergía la inconsistencia de aquella determinación.

La prueba más reciente estaba a la vista en el título universitario que llevaba bajo el brazo para mi enrolamiento. El título, ese famoso título que había sido la pesadilla familiar durante años, me había sido concedido tan solo meses antes de salir de Chile, en una ceremonia más parecida a una premiación de veteranos de guerra que a la entrega de una medalla de mérito. Éramos siete elegidos entre un grupo de treinta postulantes a la titulación especial, mayores de edad todos e invariablemente barrigudos, con diversas heridas de guerra y explicaciones y reproches y justificaciones y mala conciencia y todo cuanto puede obstaculizar el recto camino de un hombre a la edad madura, pero el caso era que ni tal rectitud ni tal derrotero se habían hecho presentes veinte o veinticinco años atrás, y allí estábamos

ahora, después de un cuarto de siglo, con los huesos vencidos y las espaldas encorvadas buscando una pírrica justicia académica que reparara los agravios recibidos. Nos conocíamos perfectamente bien unos con otros; no había ningún misterio en ese otorgamiento *summa cum laude* con la fecha vencida, ni togas al aire ni parientes emocionados en la impropia ceremonia de reivindicación, sino una formalidad severa, íntima, heroica y solitaria al mismo tiempo, y luego de ser llamados uno por uno al estrado para recibir sin pompa ni fanfarria nuestros diplomas de manos del rector en el salón de actos vacío, al final los siete cruzamos nuestras manos en un gesto de bravura, sin destino, como digo, porque seguíamos siendo los mismos exonerados de antes, los expulsados, los interdictos o los simplemente abrumados por un tiempo que ya no se borraría de nuestras frentes por muchos títulos que cada uno de nosotros decidiera acumular. No habría reparación real, auténtica, para esas vidas ya vividas desde la negación, y solo el cansancio impedía que uno de nosotros no soltara una perorata vengativa que trajera a la memoria nuestra auténtica naturaleza de topos, habituados a buscar pepitas de oro en las galerías subterráneas del ascenso social.

La ceremonia acabó en un bar, por supuesto, donde fuimos soltando confesiones y luces hasta muy tarde, sorprendidos del final de una historia que se había extendido innecesaria e injustamente en los trayectos de cada uno, y que de manera engañosa invitaba a dejar atrás, en un tiempo nuevo, lo único que nos distinguía con propiedad y podíamos conservar sin ruborizarnos de nosotros mismos.

—Y ahora qué vas a hacer —le dije a Martín cuando el bar ya cerraba sus puertas y nos despedíamos en la calle.

—Pedir aumento de sueldo —contestó él sin una pizca de ironía.

Era productor de cine, había pasado dos décadas haciendo clases mal pagadas en un instituto privado, las mejores clases a las que podían aspirar los jóvenes talentos de la industria audiovisual chilena, y ahora por fin podría exigir una compensación equivalente a los conocimientos que entregaba.

—¿Y tú? —me dijo.

—Me voy en unos meses —anuncié.

—Ah, sigues en lo mismo.

—Sí, supongo que sí. Como todos —dije, y me reí, y luego sentí su esqueleto pavorosamente doblado cuando nos abrazamos.

Calculé que muy pronto cumpliría sesenta años.

La escena se me grabó como un negativo fotográfico de la salida de Chile y me siguió durante todos esos meses de trámites previos sin que yo lograra extraer un significado nítido de su persistencia. Pero ahora, en la oficina de enrolamiento universitario, bajando las escaleras hacia un piso inferior al nivel de calle, el negativo revelaba todos sus misterios con un movimiento de resaca. Me paré delante de la ventanilla de recepción y comprendí de inmediato que el bochorno, esa ola de pudor, culpa y ofensa que cubría mi ser de una sola palada, nacía del diploma que ahora exhibía, no de mi falta de destino. Estaba de pie no *a pesar* de la falta de destino, sino precisamente *porque* ese no-destino me había puesto de pie.

—*Sir*… —oí que alguien llamaba.

El empleado me extendía una tarjeta de identificación interna con una clave para realizar el curso en línea sobre Ética y Comportamiento Académico dentro del Campus, junto con un buen lote de impresos con situaciones a considerar para el examen (Caso de incendio, Caso de romance con alumnas y/o colegas, Caso de ataque terrorista, Caso de asalto sexual, Caso de locura súbita y violencia a mano armada, este último aparentemente el de mayor incidencia estadística, según el cuadro de uno de los impresos).

Agradecí las credenciales y partí a recorrer el lugar.

El sitio era espléndido, como para quedarse a vivir, con dormitorios estudiantiles, edificios por especialización académica, canchas, gimnasio y una biblioteca de cinco pisos con un subsuelo de textos raros conservados a baja temperatura y volúmenes incunables con noticias de la China imperial. La sección de «Viajeros y cronistas de las Indias» estaba ubicada en el cuarto piso, y pronto se transformó en mi favorita. En sus cartas de relación, esos expedicionarios de la libre empresa enseñaban cómo mentirle a sus financistas mientras se abrían camino y naufragaban en mares nunca antes visitados. Fue una impresión útil, movilizadora desde el comienzo. Podía sentirme

agradecido de la generosidad del Campus, refugio natural de alguna manera para la larga marcha inmóvil del escritor latinoamericano en el exilio, arropado en la vieja sensación de llegar tarde al cine cuando tantea en la oscuridad de la sala una butaca libre donde sentarse.

¿Acaso no comenzaba a remedar de un modo patético la experiencia del padre y su malograda reválida profesional durante los años de destierro? En el fondo, sí; yo reproducía su obediencia a los parámetros pertinentes que habían sido su castigo y sobrevida, aunque en mi caso todo esto sucedía en un tono menor. Me daba cuenta. Lo que había sido su tragedia, ahora era mi comedia.

En lo inmediato, el hallazgo tenía un efecto devastador si realmente pensaba hacer una carrera de investigador académico en Washington, pero también se extendía rápidamente a otras zonas de interés. De hecho, la definición de un nodestino abarcaba todo el proyecto en D.C., o incluso tocaba a la falta de plan en D.C., de modo que no había escape fuera de ese modelo. La falta de destino en el país de los predestinados me volvía un personaje doblemente cómico, por lo demás, lo que coincidía con mi disposición a iniciar cualquier aventura por descabellada que fuera. Aprender a cazar mariposas. Matricularse en el grupo de *hiking* de la universidad. Tomar cursos de trompeta en el conservatorio donde iban los niños. La única solución al no-destino era reinventarse, separarse de lo que uno venía siendo y crear una vida nueva en un planeta distinto, pero con la indeleble certeza de haber alcanzado un conocimiento y una vehemencia que ya no nos sirven de nada, salvo para iluminar la extrañeza de esa estación de término que diluía todos los caminos. Así se había fundado la excepcionalidad de este país, finalmente, de modo que no era tan desafortunado cambiar de nombre y convertirse en otro, hacer del deseo de ser otro ya no una ficción, sino la realidad de esa ficción. La mudanza era un antorcha que me desplazaba lejos de la biografía en el momento mismo de iluminarla, por así decirlo. Quizás esto fuera el verdadero exilio: un quieto y ardiente desapego en el centro de un espectáculo sin motivo, especie de éxtasis del extranjero.

Creo que fue a partir de ese instante que mi investigación académica y la vida en Washington se me antojaron un espacio

conjetural, polifónico, abierto a todos los accidentes imaginables, mezcla de razas e historias que se interceptaban con apenas unas cuantas líneas de argumento para justificarse. En último término, sacar adelante un doctorado, fungir de embajador de alguna causa, levantar un lobby delante del Capitolio, pasar la tarjeta de visita en los cócteles de la burocracia internacional mientras se bajaban algunos kilos en bicicleta los días domingo, eran todas formas de vida corriente para el medio millón de población flotante que llegaba hasta la ciudad.

—Todos se van al final —me confidenció un día Mario con evidente resignación—. Salvo nosotros, que ya no tenemos mucho donde ir.

Era verdad. Mario ya no era de ninguna parte, o quizá solo un funcionario internacional. Había sido chileno durante un tiempo, pero lo había dejado atrás cuando reparó que llevaba doce años planeando el mejor momento para volver. Desde entonces, D.C. era su casa por muy ajeno que se sintiese a veces, cuando despedía a los pasajeros que habían sido sus amigos durante cuatro inviernos sucesivos. Para los Marios, es decir para él y su mujer, el lugar tenía algo de estación planetaria donde ellos habían decidido permanecer en el rol de inopinados anfitriones. Nos habían recibido a nosotros y a muchos otros antes que a nosotros, y nos despedirían luego tal como habían hecho con los anteriores. O es lo que yo pensaba en esos primeros tiempos en que recién comenzaba a tomarle el pulso y la ciudad se me aparecía como un gran museo enclavado entre los bosques.

Poco después de mi enrolamiento aprobé el curso en línea sobre Ética y Comportamiento Académico, con un total de 42 respuestas correctas entre 50 preguntas con alternativa. Mis fallas más notorias: qué hacer en caso de *intercourse,* cómo no reírse de las bromas sobre chinos, negros e hispanos, y qué hacer cuando un alumno aventajado sacaba una ametralladora y disparaba *random* en los pasillos a la hora de mayor tráfico de gente.

Llevaba ya algunos meses instalado en Washington cuando me anunciaron que mi libro había ganado el premio al que postulé en España. Una sensación de deuda saldada me inundó.Ya unas semanas

antes los responsables del concurso me habían ubicado por correo electrónico para solicitarme un teléfono en caso de que el manuscrito saliera favorecido. Al menos estaba en la terna final, y la eventualidad me llenó de una ansiedad vergonzosa. Despertaba a Pilar en medio de la noche, husmeaba a primera hora la bandeja de entrada en la casilla del computador, escribía a López Alfonso para saber más noticias. Pobre papá, las cosas que había padecido para terminar acorralado en los catálogos y forcejeando un lugar para el hijo cronista. Pero no se trataba solo de una apoteosis filial; también y por sobre todo primaba la necesidad de reconocimiento a una historia que no admitía indignidades. Mientras publicara en Chile el maltrato estaba asegurado, y calculé que haciéndolo fuera del país el texto tendría mayor respaldo para defenderse solo y resistir, cosa que finalmente fue lo que sucedió.

Nada iba a resultar simple y claro, sin embargo.Ya antes de escribir la primera frase del libro yo sabía que el esfuerzo formaba parte de mi no-destino *dedans la lettre*, por así decirlo, pero al mismo tiempo deseaba evitar que esta misma condición dominara sobre la novela de los padres. La idea era que yo debía salvarlos de Chile, ya que ellos no me habían salvado a mí de mi país. Decidí entonces enviar el manuscrito a España y a la vuelta de correo el editor, López Alfonso, mostró interés, sugiriendo que presentara el manuscrito al concurso de la misma editorial si así lo deseaba. Fue lo que hice: antes de salir de Chile retiré la novela de manos de los editores locales, imprimí cinco ejemplares, empaqueté el asunto y despaché las copias con mis datos en sobre aparte, pero aquello bastó para ofender a la chacra local: Ruiz se enfadó con alaridos de despecho, Frank dejó entrever manejos de sandía calada, y un crítico susurró mi nombre mientras orinaba en la oscuridad de un callejón. Me llamaron por larga distancia. Una voz anónima deslizó frases obscenas y enseguida colgó. Las noticias eran alarmantes y contradictorias. Reaccioné con apuro, hice gestiones ante la Guarida del NO y el Palacio del SÍ, busqué retomar contacto disimulando de mala manera la vena hinchada por la ansiedad.Todo fue inútil. De un modo incomprensible, al menos para mí, yo acababa de agraviar a la esforzada masa crítica local. Ahora sí que tenía

razones de peso para la mudanza. Ni el perro muerto, ni la Guarida del NO, ni el cachorro ahogado en la piscina, ni las arengas patrióticas del Marqués de Sade eran razones válidas para irse, sino solo esta otra: me acababa de pelear con todos los que iban a ser mis compañeros de ruta y eventuales cómplices en caso de publicar un libro. Me había quedado solo y completamente aislado.Vaya, vaya; era cosa de no creer hasta dónde me había llevado la necesidad de reconocimiento.

—No entiendo qué coño pasa con ustedes —se lamentó López Alfonso, ladeando la cabeza como un viejo profesor resignado a tratar con los porros del curso—. De verdad que no entiendo —insistió, dando cuenta de un plural fatídico, una mancha sin número ni género, acaso sin chance, proyectado sobre los siglos pretéritos y futuros.Torció el gesto hacia los lados, los codos siempre apoyados en la mesa del bar de la calle Caspe donde nos habíamos reunido, cerca del hotel donde yo estaba alojado, y volvió a mirarme pidiendo apoyo —. Explícamelo, coño; tú que vuelves para allá: ¿por qué tan mal rollo entre los chilenos?

—Yo no vuelvo —dije muy convencido.

Acababa de aterrizar en Barcelona, y ya para entonces había quedado clara mi condición de persona *non grata* en el parnaso local, en parte porque los había ofendido con el camino propio y en parte porque ahora Ruiz debía hacerse cargo de un premio en el cual no tendría ningún otro protagonismo que el de hacer su trabajo como un buen empleado. En nuestra última comunicación por el correo electrónico, antes de dejar Washington, Ruiz me había informado sobre su idea de presentar el libro en una conferencia de prensa a las ocho de la mañana en una fuente de soda cerca de su casa. Deseaba mi acuerdo para proceder. Respondí que prefería adelantarla para las seis y media, y así asegurarnos de que no llegara nadie. Nunca contestó.

—No entiendo a los chilenos —volvió a decir López Alfonso, como si hablara con la almohada en mitad de un insomnio desolador. Corrió a un lado la taza de café con medialunas y con voz dura, apenas modulada, agregó con cristalino desaliento—: Explícame por qué razón no pueden tolerar que las cosas funcionen moderadamente bien,

y en cambio necesitan revolver la noria y escupir encima hasta secar la lengua. —Y aquí gesticuló hacia los lados con ambos brazos como si quisiera abrirse paso en un campo de malezas y espinas, bufando con una mezcla de furia y perplejidad al mismo tiempo, insistente y desganado—. ¡Leches! Si fuera por el asunto de los euros, vaya y pase, pero aquí no hay nada de eso, joder, la plata es la misma en Santiago, Buenos Aires o Madrid; entonces, ¿cuál es el secreto?, ¿cuál es el rollo? —insistió, y me miró como si yo lo supiera. Hubo un cruce de humores en el cual ninguno de los dos dijo nada—. Me gustaría enterarme, coño —bramó al final, casi rendido, dejando caer el cuerpo contra el respaldo de la silla que lo aguantaba.Abrió las manos para ilustrar su buena disposición, la pausa abierta para acoger cualquier argumento o palabra de consuelo, alguna forma de anestesia incluso. Explícamelo, parecía decir, tú que eres chileno, tú que vienes de allá y algún día tendrás que volver, porque tarde o temprano tendrás que volver, mal que mal Chile es tu país, no puedes seguir viviendo mucho más tiempo fuera; si has de volver, tienes que saber.

Respiré hondo. Qué podía decirle. Que éramos la Nueva Extremadura; que la rabia; que el derecho al pataleo; que la ira de Dios contra Felipe II, en fin. Preferí callar. Soltaría espuma por la boca con lo primero que dijera.

—¿Qué vas a hacer con el premio? —preguntó López Alfonso, supongo que para distender.

—Pagar impuestos en tres países distintos —dije—.A ver si después queda algo para comprar una motoneta.

Él se rió. Después hablamos de Bolaño y yo prometí invitarlo a D.C. para un encuentro que pensaba realizar en el Departamento Latinoamericano, aprovechando la resonancia que estaba alcanzando su obra en Estados Unidos. Eso terminó por calmarlo. El escritor apacigua a su editor, así debía llamarse esta película. Luego subimos a su oficina y empezó la jornada de cinco días que debía concluir con la entrega del premio y el retorno a la ciudad.

En el avión de regreso no pude evitar el amargo recuerdo de López Alfonso mientras se quejaba con desconsuelo en el bar de la calle Caspe. ¿Por qué tan mal rollo entre los chilenos, en efecto? ¿Qué

pasaba que la única manera que teníamos de hacer las cosas era meándolas a conciencia, de pie y mirando a los demás con un orgullo absurdo y desafiante? ¿Por qué, además, aceptaba la falta que me atribuían y realizaba movimientos y pasos de baile y solicitaba permisos y condonaciones y preparaba venganzas para desbaratar a los que me desbarataban y así entrar en la lidia? ¿La estaba cagando yo también cuando prestaba atención a la conjura de la tierra lejana en vez de disfrutar los bosques recobrados y la vida útil donde la felicidad a ratos de veras me alcanzaba? Cuántas preguntas, cuántos huecos que se abrían. Pero quizás ese era mi camino en Washington: la descomposición. El nodestino de mi ser escritor. Hay que ver, me dije. Hay que ver.

Poco después de volver a la ciudad gasté mis primeros dineros literarios en un pasaje para Fer. Desde la salida de Chile, los murmullos del abandono no habían dejado de frecuentar la casilla del correo electrónico con un suave aire de inquina, y me apuré en reparar lo que amenazaba con transformarse en una acusación en toda regla.

De: inescasa@yahoo.com.esp
Para: viejoperro@gmail.com
Asunto: ninguno
Espero que estén todos bien.Tu hijo piensa viajar a verlos si le envías pronto un pasaje. Saludos.

Los mensajes de Electra eran breves, cortantes, incluso un poco ofensivos. En un primer momento llegaron a desafiar algunos preceptos del decálogo (*el padre dejará al hijo, pero el hijo no dejará al padre*), desestabilizando el sentido de ciertas decisiones. Un reproche seco, no explicitado, se deslizaba en los correos cada vez que encontraba un nuevo mensaje en la casilla, y me atormentaba pensar que Fer pudiese desconfiar o descreer de los lazos que yo creía haber forjado. El encono y los malos entendidos solo iban a crecer con la distancia, de modo que aceleré cuanto pude esa primera visita de Fer, y luego una segunda, y enseguida cada cuatro o seis meses, nunca por

sobre ese máximo; lo importante era despegarse sin soltarse del todo, como un cometa o cualquier otra metáfora horrible que pusiera paños fríos a la amenaza.

Al cabo del esfuerzo, Fer llegaba a la calle Reservoir y su presencia era una invariable fiesta de abrazos y planes de salida ejecutados velozmente para no perder tiempo en frivolidades, rápido antes de que vinieran los lamentos por la inminencia de su partida. Sus estancias duraban diez o quince días cuando mucho, salvo la vez que permaneció con nosotros casi los tres meses del verano chileno y consiguió trabajo en un bar de la calle M, donde íbamos a recogerlo los sábados por la noche.

Por esa misma época también apareció López Alfonso que había venido desde Barcelona como invitado al prometido encuentro sobre Bolaño, y durante esa semana en que coincidimos todos en la ciudad, me pareció por un momento que la mudanza tocaba a su fin, después de ocho meses o poco más. Con Fer instalado en las rutinas de la casa, el traslado quedaba normalizado y yo ya podía dejar atrás la vida de las cajas que me acompañaba desde entonces. Mis aprensiones se diluían y el largo viaje tomaba otro cariz, menos febril y evidente.Ahora podíamos despedirnos sin mancha ni reclamo. Fue la impresión que retuve la tarde que fui a dejarlo al aeropuerto con los niños. Ellos se abrazaron en la entrada de Policía Internacional, aguantaron las lágrimas y yo esperé mi turno pensando en la familiaridad de ese adiós que se había vuelto costumbre.

Lo veía marchar recto y sereno en dirección al embarque, con la mochila al hombro, la mano alzada diciendo chao y el aire un poco distraído entre las mamparas de acceso a la sala de abordaje. Un joven enamorado y vital, pensé, que concluye la visita a su padre con plena conciencia de estar yéndose a su propia vida al otro lado del mundo, de haber puesto su propio sueño por delante, ojalá lejos del patrón de situaciones imposibles donde yo había servido como Guardia del NO durante años. Fer ya sonreía, ya el miedo quedaba atrás, ya *mi miedo* quedaba atrás, del lado de acá de la fila de ingreso a la manguera del avión, y fue extraño, una cosa singular, porque Fer hizo un gesto con el mentón levantado hacia donde yo estaba, diez o quince metros

detrás del cordón de policía, como si preguntara qué más quedaba por decirse y resolviera la respuesta por sí mismo. Yo no hice nada, o quizá sonreí. Él repitió el gesto, casi un desafío lanzado al desgaire. Como si el punto de vista girara en redondo y fuera él quien describiera mi saludo de buena suerte. De pronto la cosa se volvió inquietante. Me quedaba cuando él se iba, ¿pero adónde? Su aventura estaba del otro lado. ¿Eso quería decirme? Fue solo cuestión de segundos, pero el mentón de Fer había tomado de pronto la palabra y me narraba, a mí, su padre, mientras un espectro soplaba en voz baja junto a mi oído: tranquilo, estamos juntos, no te agites. Has sido un buen padre. Debes saberlo. Eso es lo único importante. Pilar dijo algo que no entendí en medio del bullicio y le envió un beso con dos dedos en los labios. Fer traspasó el umbral del detector mientras una lucecita verde se encendía sobre su cabeza. Enseguida recogió la mochila de la cinta de inspección mecánica y se volvió de cara, pero ya sin el gesto de desafío que yo trataba de descifrar. Miró por última vez a los niños, agitó ambos brazos haciendo aspas en el aire, giró de espaldas y se marchó dejándome con la idea del humo y del polvo en una batalla que tronaba lejos.

Fer se sacaba de encima, por así decirlo; él mismo levantaba la tapia que yo había construido alrededor para protegerlo y protegerme, dando por cerrada la tarea. Ahora no habría nada que se interpusiera en mi caída si tenía que caer ni en mi ascenso si tenía que levantarme. Estaba solo al centro de una esfera que vacilaba en la ingravidez.

Miré a los niños, mi vida útil.

—Vamos —dije.

Ellos corrieron conmigo, saltando.

—A qué jugamos —preguntó la niña.

—A que perdemos el avión —dijo el niño.

—Y nos quedamos atrapados —replicó ella, entusiasta.

Los vi correr por delante, a lo largo del enorme corredor del aeropuerto de D.C. que con tanta bienvenida y despedida se había transformado en nuestro punto de referencia, la estación espacial donde bajarse para llegar a casa. Ante ellos no era necesario levantar una tapia ni alambradas de contención; aunque vivieran en el peligro

se tendrían el uno al otro, y por ahora no estaban amenazados en ningún sentido. Sobrevivirían, como el primer día que los acompañamos al colegio del barrio y el niño formó filas en el patio junto a sus nuevos compañeros, marchando en dirección opuesta cuando la profesora dio la orden de seguirla: *Follow me*!, dijo, pero el niño miraba al cielo y no comprendía una sola palabra de inglés, de modo que apenas reparó que se había quedado solo mientras todos los demás ya entraban a clases. Luego se acostumbró a ser inmigrante y ahora corría por el aeropuerto jugando a quedarse.

Los llamé. Que no se alejaran tanto, dije.

Alcánzanos si puedes, coqueteó la niña, y corrió más lejos todavía.

Tuve un acceso de entusiasmo, pero mi cuerpo estaba pegado al piso. Las piernas traqueteaban. Tenía más de cincuenta años y ya no podía jugar a empezar todo de nuevo.

Con Pilar llegamos al Grupo de Biografía a través de Elizabeth, una apoderada del colegio que se interesaba por las historias de viajes. Los integrantes se reunían una vez al mes en una institución privada de la ciudad, en horas de la tarde y bajo la supervisión de un editor local que llevaba años publicando trabajos con títulos tan armónicos como *Keep your garden*, *Singing in the pool* y *Back to the road*. La regla era ensayar tramas de acción y la especialidad apuntaba a convertir a los asistentes en expertos contadores de historias. En D.C. veíamos poca gente, de modo que la invitación nos pareció divertida y aceptamos.

El jueves siguiente estábamos sentados alrededor de una larga y noble mesa de ébano en la sala de estudios, con la atención puesta en la cálida voz del director que conducía la sesión desde la cabecera. Elizabeth hizo amago de presentarnos, pero el maestro quiso que tomáramos la palabra directamente y nos cedió la iniciativa, como si se tratara de una prueba de admisión ante el Grupo de Biografía. Pilar contó una historia y yo conté otra. Fue sorprendente, porque ambas historias no siempre se topaban. Peor aún: después de una década de matrimonio, los motivos y personajes centrales de nuestra salida de Chile diferían bastante en su presentación. Ella habló de nosotros y yo hablé de mí. Mala cosa. Pilar elaboró una historia amable de *nuestros*

vínculos estrechos con Washington y la vida norteamericana, de los planes que *teníamos* y de lo que *esperábamos* lograr en plazos más o menos establecidos y razonables. Su relato era coherente y nítido, casi elegíaco, y produjo una cuota importante de admiración en la concurrencia. Luego llegó mi turno. Agradecí la invitación en un inglés salvaje, y seguí adelante, de una liana a otra como Tarzán en Hungría. Me confundí un poco, por supuesto. Que era investigador visitante, pero también escritor, y me gustaba hacer esto y lo otro. Mi presencia allí era circunstancial, dije, un paso de tránsito o un paréntesis antes de regresar a mi biografía en Chile. Mi auditorio escuchaba con indisimulable aprensión, como si observase a un bicho raro detrás de un vidrio a punto de quebrarse en pedazos. La impresión que dejé debió ser fatal. Al final de la sesión, los asistentes me estrechaban la mano y apretaban mi brazo con aire luctuoso. Pilar era una fiesta, entretanto: le daban besos y se reían.Yo iba a tener que mejorar mucho si deseaba un puesto en el equipo.

Nice, me dijo el editor al despedirnos. Estaba curioso por saber cómo seguiría mi historia en lo sucesivo. Se la voy a escribir, le dije. Él abrió los dedos de una mano huesuda y vigorosa: *five*, dijo. En cinco páginas, para la próxima sesión. Le dije que lo intentaría.

—Voy a escribir una autobiografía del director del grupo —le dije a Pilar en broma cuando volvimos a la casa—.A ver si me aceptan.

—Te estás pasando —dijo ella.

—¿Por qué? —me defendí—. ¿Qué hice de malo?

—Ellos solo querían ser amables.

—Ellos son *siempre* amables.

—Y tú fuiste un plomo.

—Yo *soy* un plomo —repliqué—. Me gusta la pólvora.

—Como si no lo supiera —dijo ella.

Nos habíamos quedado en la cocina, después de cortar unos quesos y abrir una botella, y Pilar dibujó una negativa con la cabeza que me pareció sentenciosa. Decidí alejarme hacia la puerta trasera para fumar bajo el dintel y evitar que las alarmas antihumo se encendieran y llegaran los bomberos, la ambulancia y el patrullero del barrio a levantar acta de violación sobre las cláusulas de alquiler.

—Qué lunáticos —me oí decir.

Ella miró hacia donde yo estaba sin hacer mucho caso. Voy arriba, anunció luego, resignada. Dio media vuelta y subió a la pieza como si caminara sobre un montón de papeles arrugados. Despedirse había quedado de pronto fuera de lugar, pero la sentencia final permanecía: voy arriba. Ahora que lo pienso, creo que era su frase más recurrente durante ese período.Voy arriba. O voy al centro. O voy a encerrarme a hablar por teléfono. O voy con los niños a pasar la tarde donde los Marios. O voy a Nueva York por dos días y a San Francisco por cuatro. En fin, Pilar se estaba yendo desde hacía bastante tiempo; quizá desde el mismo momento en que pisamos la ciudad, cuando abríamos las cajas —una tras otra, cajas y más cajas de distintos tamaños donde literalmente volvíamos a montar la casa que habíamos tirado por la ventana— y ella manifestó un asombro desdeñoso al ver que yo reacomodaba los archivos.

—¿Y eso qué es? —preguntó.

—Actas judiciales —expliqué—. Compulsas chilenas.

—¿Te vas a poner a leerlas aquí?

—El pasado es mi trabajo —me defendí.

—Vinimos para irnos —dijo ella—. Que no se te olvide.

Me alcé de hombros, dando entender cierta resignación.

Ahora pienso que Pilar tenía razón, pero supongo que ya es demasiado tarde para replantear todo el asunto.Acaso por eso se estaba yendo todo el tiempo, y acaso porque se iba yo quería alcanzarla y la llamaba con esa forma rara de alejarla un poco más.

Una vez que Fer y López Alfonso partieron, una sensación de pesadez y agotamiento físico me invadió. No puedo atribuirlo a nada particular, pero es posible que los trabajos de instalación tuvieran algo que ver y solo entonces cobraran su precio. Los días transcurrían sin que llegara a tocarlos realmente. No es que no tuviera nada en que ocuparme, porque había un montón de cosas que se habían retrasado con las visitas y requerían una atención urgente, pero entre la partida de López Alfonso y luego de Fer, algo de mi propia rutina en la ciudad cedía como una máquina que ha perdido un tornillo y se agitara sin

fuerza ni tracción suficientes. El enigmático hueco se abría y crecía mientras intentaba mantener ocupada la cabeza en los deberes de la sobrevivencia, mi investigación universitaria y las obligaciones domésticas. Mis goznes sonaban, faltos de aceite y resuello, cada vez que atravesaba la plaza de Dupont, tanto que debía hacer esfuerzos para que la extrañeza no me ganara en la entrada del Campus. Preveía que algo así pasaría después del esfuerzo de la mudanza, y cuando comenté mi presagio con López Alfonso, él no hizo más que confirmarlo.

—Es así —me dijo—. La edad es ese jodido sonido, justamente.

—Nada que hacerle, entonces.

—Leer —agregó él con irreparable profesionalismo.

Me dieron ganas de recitar a Mallarmé y su tristeza de la carne, pero no era justo con la cita: yo no había leído todos los libros, siempre habría uno nuevo para agregar a la lista, y nunca me cansaba de las revelaciones.

—¿Qué más se puede leer? —pregunté en cambio.

Él comenzó a disparar títulos de los muchos posibles, y entre ellos sacó a luz el *Diario* de Rama.Yo no tenía idea de su existencia, y luego que López Alfonso partiera de vuelta a España, apuré el paso en dirección a la biblioteca. Tuvieron que mandar a pedir un ejemplar a través del sistema de interpréstamo universitario, porque no aparecía catalogado entre los miles de libros que formaban la colección propia, con sus cinco pisos de estantes donde solía perderme en la felicidad de unas horas que parecían vaciarse y purificarse en la discreta extensión de los cubículos. Cuando una semana después dieron aviso que podía ir a retirar el pedido, me asombró ver que se trataba de un breve volumen publicado en Montevideo en los años ochenta por una pequeña editorial sin continuidad ni catálogo.

—Acá él tuvo problemas —me había dicho la señora Williams en su despacho del Departamento de Español, una oficinita muy mona y acogedora con un ventanal y vista amplia hacia los jardines del Campus.

Yo le hablaba de la venida de López Alfonso y de lo interesante que resultaría para ella y el departamento que se sumaran a las jornadas

sobre Bolaño que organizábamos con los españoles, cuando se me ocurrió comentarle mi interés por el autor de *La ciudad letrada*. Hasta entonces yo solo sabía que Rama había residido un tiempo en Washington y luego en París, donde un día tomó un avión y el avión se cayó y Rama murió como si cumpliera un perfecto destino latinoamericano. No hubo ceremonias de homenaje ni actos honoríficos, y me intrigaban su estadía y sus razones para irse, acaso porque me parecía ver en ese tránsito suyo por la ciudad una imagen suspendida de lo que podía ser el mío. Ignoraba la existencia del *Diario*, pero su ensayo sobre las castas de funcionarios en la sociedad colonial era capítulo obligado en el programa de doctorado. Cuando pregunté por sus motivos de salida, sin embargo, la señora Williams no pudo ni supo aportar ningún dato fidedigno.

—Era un asunto con las visas de trabajo, creo. —Y frunció la nariz con un cierto desprecio por la vulgaridad de mi pesquisa.

Parecía una buena persona, pero noté que se incomodaba visiblemente al tener que referirse a un Rama de carne y hueso cuyas tesis se enseñaban desde hacía quizá cuántos años, reproducidas de un semestre a otro por los trabajos de los estudiantes y las publicaciones académicas a las que un Rama sin casa ni país había dado origen en su destierro, llevando su obstinación más bien inútil a un congreso de literatura aún más inútil, cuando abordó el avión y el avión se cayó y su exilio acabó entre los fierros del aparato que lo llevaba de París a Bogotá. El suyo era un caso ejemplar del intelectual latinoamericano sin escritorio, con un derrotero existencial tanto o más interesante que sus tesis, pero la señora Williams sacudió la mano para despachar rápido el asunto.

—Por aquí pasa tanto escritor que luego desaparece —agregó, y levantó los brazos para dibujar unas comillas con sus dedos en el aire, subrayando la palabra «escritor», gesto soprendente donde los hubiera —. *Who knows*? —agregó con pronunciada distancia, como si pensara en otra cosa.

Preferí no insistir. Yo era investigador visitante y había sido presentado como escritor chileno, designación que según notaba todavía era capaz de levantar más de una ceja y provocar la inmediata

desconfianza entre los doctores de literatura latinoamericana. Supongo que pasado el colérico entusiasmo del boom y de las narrativas de género, allí solo se leía con respeto a Guaman Poma y al inca Garcilaso, mientras más lejano mejor, ya que solo se puede respetar y estudiar a quien antes hemos olvidado, solo entonces se pueden leer con ardor y pasión las cartas del muerto que uno ha matado. De modo que dejé caer mi indagación ante la señora Williams. *Laissez tomber*, me dije, para qué pelearse. Yo estoy de visita y ellos juegan en su cancha, con su público y las garantías habituales. Lo mejor era realizar mi trabajo en silencio, bajo la neutra condición del investigador invitado. Extendimos la charla solo por formalidad y luego me puse de pie para despedirme.

—Entonces cuento con usted para la jornada, profesora —dije, pensando en la inminente llegada de López Alfonso y sin reparar todavía en los celos que el proyecto podía levantar en la intrigante vida académica de la señora Williams.

—Doctora Williams, por favor —corrigió ella, alargando su brazo como una culebra para saludarme a través de la mesa desbordante de trabajos y tesis.

Le sonreí. Era nuestra primera entrevista personal y ya me largaba sus títulos de dominio. Qué mujer imprudente. Más tarde me fui enterando de que objetaba la investigación sobre ficción documental que yo había emprendido, alarmada por cualquier novedad que soplara sobre su rancho del doctorado. Éramos colegas de alguna manera, pero no la culpo. De seguro debió tomarme por uno de esos escritores piratas que iban por el mundo con un cuchillo entre los dientes denunciando que no había tal cosa llamada literatura latinoamericana, todo era un puro invento de la academia, alegaban, mientras se abrían paso entre bandazos y volteretas de mercado. ¿Era ese mi caso? Quién sabe, pero aquí yo era mucho más latinoamericano que en Chile, y la prueba estaba en la recepción que me daba la doctora. Un escritor latinoamericano era exactamente eso: alguien o algo de quien desconfiar, y la tierra estaba llena de ellos. Por todas partes. O quizá fuera que le disgustaba la jornada de Bolaño. Cómo saberlo. La literatura y la academia hablan idiomas tan distintos que

juntos son como esos niños que se comunican con gestos de las manos para poder entenderse. La señora Williams adelantaba un brazo, yo movía la cabeza. Por más que simpaticen, ese trato no puede durar. La literatura tenía que desaprender lo sabido para poder hablar, mientras la academia respondía con las abstracciones del dispositivo, los paradigmas del pliegue, las vueltas del rizoma, el quiebre de la borradura y otro pequeño puñado más de términos científico-técnicos saqueados de los laboratorios del saber exacto y lanzados como arma arrojadiza sobre la cabeza de la literatura y su prosa del mundo, su opinión multiplicada y devoradora, su único saber que era el no saber que sabe, su decir sin saber otra cosa que aquello que decía. Siguiendo una manía incorregible la academia archivaba, clasificaba y etiquetaba ese caos de signos a través de una jerga límpida, tan hermosa como hermética y difícil de transitar, cuestión que la literatura aceptaba un poco por comodidad y otro poco porque ya no tenía donde ir.Y así lo que había empezado como expansión de su conciencia acababa de rodillas al servicio de otro saber que no era el suyo.

—Visítenos cuando quiera —deslizó la señora Williams.

—Claro, muchas gracias —dije, tomando la salida.

¿Qué más iba a responderle? Su recelo ilustraba a la perfección las zigzagueantes relaciones que yo había mantenido con la academia. Pero la señora Williams había pronunciado la palabra correcta: «Visítenos», declaró con elocuencia y auténtica generosidad. Su intuición era acertada; yo era un visitante, y no solo del saber académico y sus protocolos. Ser visitante era una forma de estar, y si un amor a primera vista justificaba mi presencia en el lugar, ese mismo flechazo entrañaba dificultades irremontables cuando intentaba proyectarse más allá. Disfrutaba y sacaba provecho del luminoso tráfico de la academia, pero era incapaz de entregarme por completo a ella, aparte de la infinita miseria de su vida funcionaria. ¿Qué tenía yo que ver con la teoría, en efecto? Poco, en verdad. Cada vez menos, a pesar de cierta fama que me antecedía y los excesos con que revestía mi investigación documental, que se llenaba de citas y notas al pie conforme cumplía con el plan establecido. Mis relaciones

con los estudios literarios nunca habían dejado de ser puramente instrumentales, y la resistencia a la especialidad prevalecía. Por lo demás, un doctor era alguien que servía para algo, figurativamente hablando: sanaba enfermos, aliviaba el dolor, confortaba a los desdichados, mientras que la literatura era una enfermedad que no servía para nada. La literatura, pensaba yo, es un mal incurable que ni siquiera nos salva del mal; un contagio que puede acarrear la felicidad tanto como la desgracia, proteger tu vida pero también destruir a los tuyos, un albur que hay que sostener en el aire y que morirá de tristeza como los locos en un sanatorio si se la encierra en los quirófanos del saber abstracto. Los venenos de la literatura eran los antídotos de la teoría, pensaba y estaba convencido de ello, de modo que en vez de pelearnos con la doctora Williams tendríamos que habernos abrazado a la entrada del hospital para llorar juntos la desdicha de esa enfermedad que nos había alcanzado y no servía para nada (es lo que me decía entonces, aunque ahora pienso distinto: si alguien se interesa por la literatura, y sobre todo por la literatura latinoamericana, lo único sensato que cabe hacer es sentarse en el cubículo junto a la doctora Williams, agradecer la panorámica sobre los jardines y ponerse a estudiar y leer y corregir y comparar y reconstruir sin descanso los senderos y las tramas cubiertas de huesos y polvo, única esperanza tal vez de hallar un camino de regreso a la literatura, cuestión que nunca me interesó hacer en mi vida útil, debo decirlo, y lo repito ahora que soy viejo y voy casi ciego por estas digresiones sobre la deliberada ignorancia del escritor sin literatura, la literatura sin escritores y todo lo demás).

Descartado el final feliz con la doctora, partí a la biblioteca donde solía trabajar hasta tarde en mi pesquisa de ficción documental, cuando un silencio espeso parecía desplazarse desde el río hacia los ventanales del cuarto piso, invadiendo los corredores. Una paz inquebrantable contrastaba la atmósfera interior de los carriles con los textos de guerra que eran mis favoritos. Los pasillos se ahuecaban con el paso de las horas, mientras del otro lado de los ventanales, fuera, el viento sacudía entre temblores de hojas la quietud arqueológica que reinaba dentro de la sala. ¿No era hasta aquí donde Fred Murdock

había decidido encaminarse para ser fiel a los secretos de la tribu roja, antes que entregarse al deber de las revelaciones monográficas? ¿Quién daría refugio a esos misterios sino el arco invisible de los estantes de la biblioteca? Mi amor por los libros renacía con su ejemplo. Recorría con esmero las expediciones de los conquistadores, remontando sus crónicas de viaje con la sensación de que los objetos se acercaban al nombrarlos, un efecto común en ciertos espejos que relacioné con el *Diario* de Rama cuando este finalmente llegó a mis manos.

Abrí una primera entrada al azar y quedé clavado en la página: «Angustia vital. Tiene que ver con la edad, con la convicción de que ya hay esperanzas frustradas, con la necesaria aceptación de las realidades y de las inminencias del fin.Tener que decirte: lo que debes hacer es lo que ya hiciste, está en el pasado, no en el futuro, y por lo tanto debes medirlo objetivamente en sus reales límites. La en apariencia inagotable fuente de la posibilidad está cerrada».

Tuve que soltar el libro y pasearme un rato para poder seguir. Luego, Rama se pregunta qué hace en Washington, qué sentido tiene seguir viviendo en Washington. «Se viene como un desmoronamiento súbito, sin anuncio previo, y no hay ninguna respuesta válida», escribe en otra entrada que yo no necesitaba memorizar. «Querría volverme mañana mismo a casa», dice.Y extraña su provincia, él, que la detestaba como buen provinciano que era, de donde surgían todas las dualidades y fricciones que lo llevaban a percibirse a sí mismo como alguien rechazado por su entorno, un personaje «más bien temido o apenas tolerado como un indiscreto testigo», en la medida en que sus proposiciones no se ajustaban a la demanda de esos mismos provincianos que eran sus pares.

Resultado: Rama no se hacía ilusiones respecto a su estadía en la ciudad ni menos respecto a su eventual regreso a la patria. Su *Diario* estaba escrito sobre una delgada línea de sobrevida. Había huido de la represión en Uruguay y de la matanza en Argentina, enfrentado celos y oposiciones terribles en su exilio venezolano —y esto a pesar de los logros profesionales obtenidos en la edición crítica de textos olvidados o depreciados del patrimonio literario latinoamericano— para recalar

finalmente en Washington, donde nunca había logrado establecerse ni llevar una vida normal como investigador. Las autoridades le negaban el visado, la gran mayoría de los profesores de la academia recelaban su originalidad, su mujer detestaba la ciudad, y en todo el país se respiraba la caza de brujas desatada por el sueño americano del momento. Mudado a París, sin patria ni bienes, un día tomó un vuelo para asistir a un encuentro literario y el avión tambaleó y luego cayó y el *Diario* acabó en las costas latinoamericanas sin que Rama tuviera que pedirle nunca más favores a nadie. Moría incompleto, sin vuelta, despojado y lúcido a la vez, fragmentario en la desgracia y, por sobre todo, abandonado a su suerte. Solo su testimonio, parco y objetivo, sobrevivía del exilio. Por lo demás, las confesiones del *Diario* resultaban tanto más iluminadoras que sus teorías sobre la connivencia entre la clase de los letrados y el poder, y sin duda mucho más contundentes que los trabajos que lo citaban profusamente en las tesis de grado.Ya en 1982, con casi treinta años de distancia, Rama se refería al «resecamiento de la academia» y su discurso vacío, así como a la novela latinoamericana, «tema que ya se acaba», anota, mientras viaja de college en college dando conferencias sobre la promesa incumplida.Así se trasladara a Praga o Tánger, la fuente de la posibilidad ya estaba cerrada para él cuando sobrevino el accidente de avión, que visto en perspectiva no parecía tan azaroso después de todo. Su *Diario* concluía un trayecto intelectual que se desmoronaba en medio del irremediable nomadismo.

Un escalofrío sacudió mi lectura, como una advertencia. A esas alturas, yo ya conocía bien la ruta del charlista latinoamericano en los generosos campos de Norteamérica; una conferencia de dos días en Wellesley, otra de cuatro en Portland, un seminario de una semana en el medio oeste. Hablaba de mí: yo era mi tema, el sobreviviente. Un formato idéntico para distintos auditorios en cada aparición, o era siempre el mismo público en un Campus diferente. A veces, cuando tocaba conferenciar en un college cerca de Washington, me hacía acompañar de un amigo guitarrista, devoto de la Nueva Canción Chilena, muerta y enterrada hacía cuarenta años. Batíamos palmas. Testimoniaba mi pasado con un Power Point de imágenes alusivas,

poéticas, no necesariamente duras. No mentía, pero dramatizaba en función de las exigencias del momento, como si llevara conmigo las lecciones del Grupo de Biografía. Casi muero en las calles de Santiago el día del asalto a La Moneda, en Buenos Aires escapé por un pelo de la Triple A, caminé solo por América Latina durante seis meses, etcétera. Mi padre y yo.Yo y mi padre. El hijo eterno vivía para contarla. Aplausos y tarjetas de visita. Aplausos y tripa. Náuseas. Para el seminario de Bolaño cambié el diseño y mostré diapositivas: una tras otra, todas absurdas, como pruebas de que lo menos necio era pasar de costado. Mi vida de charlista iba viento en popa, y solo me faltaba un agente para sistematizar el negocio.Tomé clases de inglés con una mujer llamada Joy en busca de mayor fluidez en las presentaciones. En Miami pedí masajes en el cuarto del hotel antes de bajar a la conferencia. La vocación histriónica del judío me salía a pedir de boca. La Costa Este era la tierra prometida de mis antepasados, después de todo, la ruta lógica interrumpida a mitad de camino en las pampas del Sur. En Boston asistí a un encuentro de especialistas: éramos ocho invitados, y con el organizador y su asistente llegamos a diez en total, público incluido. Nadie más nos acompañaba. Las sesiones eran a mediodía en un salón para doscientas personas. Nos distribuimos metódicamente: durante la primera sesión hablaron cuatro y escuchamos los otros cuatro, más el organizador y su asistente. El día siguiente rotamos y ellos escucharon mientras nosotros hablábamos. Al llegar el tercer día decidimos transformar la plenaria en una conversación en un bar cerca del edificio. Sacamos conclusiones y nos hicimos unas fotos. El organizador pasó una hoja en blanco para que cada uno dejase su comentario final sobre el encuentro. Las salchichas estaban deliciosas, pero el café un poco aguado, escribió el colega uruguayo que venía de París.

«¿Qué hago aquí? ¿Qué hago en la vida? ¿Qué sentido tiene todo esto», se preguntaba Rama entretanto, retorcido entre los fierros de un avión que no lo llevaba a ninguna parte y tenía a Bogotá por destino. ¿Qué hacíamos, en efecto, todos nosotros allí, cuando era evidente que ya la, en apariencia, inagotable fuente de la posibilidad estaba

cerrada?

No sabía, pero en mi caso venía a decir: tu pasado es lo que no hiciste, hacia allá has de levantar la mirada. Es lo que debes hacer para cerrarlo de una buena vez. Estar en uno mismo; tú, que nunca has estado en ti.

Con esos pensamientos fatigaba las calles. En ocasiones, no pocas, una tristeza violenta y cruda me paralizaba en las esquinas al salir de las clases con Joy. La añoranza me alcanzaba, y el *mal du pays* que yo creía haber dejado atrás detenía mis pasos. Meditaba y medía las resoluciones del momento con la realidad. No tenía sentido proponerse un futuro que llegaría solo unos cuantos metros más allá. Este presente no tenía cabida sino como un cierre crepuscular del viaje.Y me quedaba mudo, recorriendo con la mirada el trajín de Dupont, sin ganas ni ánimo para seguir por ninguna de las transversales que confluían en la rotonda. Hasta una tarde en que, paralizado ante el tráfico, vi surgir y crecer el antiguo rumor de los objetos lejanos que se acercaban a través del espejo.

Los personajes avanzan inmóviles. Los he puesto delante de mí en lo que podría interpretarse como un acto de pura cobardía. Pero la evidencia me dice que los personajes no son personajes, o no solo eso, así como tampoco yo soy yo, mi personaje. Se trata de otra cosa, pero no he podido descifrar su sentido. Hay una tensión que se resiste a alumbrar, y sin embargo dependo de ella, de su opaca tenacidad. He buscado entender, pero el qué se me escapa. Una línea muy delgada parece sostener nombres, sitios, fechas y frases, pero las cosas que narro solo me pertenecen a mí; esta realidad es todo lo que hay, por así decirlo. Me explico: lo que cuento sucede en las palabras del testigo y en ningún otro lugar. Es el defecto natural del documento: la huella se vuelve estatua, se exagera una mancha hasta convertirla en algo sólido, pétreo, mientras la invención se angosta y se recata, intimidada por las ínfulas de unos cuantos hechos donde se pierde la verdad. El beso que recogió la falda vuelve a subir sobre el mismo muslo para adorarlo mil veces, la bala que atravesó el pecho de un hombre resuena sobre otros cien indefensos, el hallazgo de una frase

se corrige hasta hacerla desaparecer en el papel. Cada gesto es carne de otro hueso pero carne al fin, trasuntos que pasan de un estado a otro sin que sea posible establecer si ellos llamaron al testigo o el testigo los convocó a ellos. Quién sabe hacia dónde iremos a parar, me digo. El testigo habla por todos y nadie a la vez; ese es su secreto. Ya no importa saberlo, me repito; ahora somos lo mismo y debemos permanecer así, mezclados y en transformación. Lo único cierto es que ellos avanzan fijos en un mismo lugar, abren sus cartas y me exigen igualdad de condiciones para seguir adelante. Que cierre los ojos, me dicen. Que avance sin cambiar de lugar. Que al igual que ellos, también yo pierda mi libertad. Obedezco mientras el tiempo escurre sin hacerse notar.

El primer personaje de ficción novelesca que concebí como alguien enteramente distinto de mí se llamaba Bruno Marconi. Nunca llegué a nada con él, pero me siguió durante años, tieso y extraviado al fondo de un baúl.Tenía un carácter tardío como mis cuarenta años y era abogado de gente inocente, además de cargar con la mala conciencia de su época y gustar del anonimato. Esas mismas características ponían en sus manos un caso de desaparición de personas en los años setenta, en el cual se prometía llevar hasta el final su propia responsabilidad. Lector de Hobbes, creía que la ley era necesaria pero engañosa, una especie de ficción a la que todos debían plegarse para lograr sobrevivir como comunidad.Admitía en esto una contención o un pudor que por deformación profesional lo llevaba a remitir en los pleitos ajenos su lugar en el mundo.

Era un hombre solitario, apartado de la manada, con una oficina en el centro de Santiago donde atendía a sus clientes entre muebles destartalados y viejos tomos de derecho penal. Además de su privacidad, cuidaba de su mujer, Rita, que había sido su secretaria antes de perder la vista en un ataque dirigido en contra suyo. Para él, amar a alguien se reducía desde entonces a la imposibilidad de abandonarla. Otra lealtad no reconocía, y Rita parecía comprender y revelar ese límite cuando las sombras cruzaban su mirada en el departamento de Providencia donde habían fijado residencia, en el

primer piso de un edificio de la calle Huelén, para así evitar tropezones. Una señora iba durante el día para ayudar en las cuestiones domésticas, y a veces también se quedaba en las noches, cuando Marconi decidía permanecer en su bufete de calle Mac-Iver.

Últimamente, aquello ocurría de manera frecuente. Se encerraba a considerar las chances del caso que llevaba consigo con no poca esperanza de ganarlo algún día, revisaba las declaraciones y examinaba las actas judiciales hasta que la noche lo sorprendía con la vista cansada bajo el brazo de la lámpara, sin fuerzas para salir a la calle. De acuerdo a sus estimaciones, el fallo del tribunal debía llegar tras el receso de las fiestas de septiembre. No podía demorar mucho más, y había tomado la determinación de no dejarse ver ni exponerse bajo ninguna circunstancia. Eran demasiadas las cosas que estaban en juego, y con esa precaución resolvía el término de la jornada. Entonces llamaba a Rita o hablaba con la señora Clara para pedirle que se quedara en el departamento de Huelén.

Esa noche acababa de telefonear para decir que no llegaría a dormir.

Se había puesto de pie junto al ventanal del despacho, las manos en los bolsillos y la mirada un poco ida sobre la cúpula de la Biblioteca Nacional iluminada por unos focos laterales que le daban un aspecto fantasmagórico al conjunto, con el cielo pálido y desnudo arriba del alumbrado de la calle Mac-Iver.

Pensé con inquietud en la trama que lo traía de vuelta. Marconi volvía al más puro estilo de Onetti cuando se paró de la cama en la avenida América y escribió *Cuando entonces*, el agónico relato donde Magda es la vaga sombra de Santa María y de todos los personajes que lo habían acompañado hasta su exilio en Madrid. La historia llevaba el tufo de un refrito, y solo al publicar *Cuando ya no importe*, cinco o seis años más tarde, en 1993, y reescrito esta vez en forma de dietario, los seguidores de Onetti fueron resarcidos de esa primera reaparición considerada fallida. Al año siguiente Onetti falleció.

—¿Te vas a morir? —ironizó Pilar cuando le comenté del asunto.

—Yo no soy Onetti —dije—.Ya hubiese querido, pero no soy.

—Entonces es Marconi el que se va a morir —concluyó ella—. O lo

vas a matar.

—Quién sabe —dije yo—. No está nada claro.

—¿Cuál es el argumento? —preguntó ella—. ¿De qué va la historia?

—Lo mismo de siempre —dije.

—Ahhh, líos de culpa.

—Sí, de qué otra cosa voy a escribir —me disculpé—. Es lo que conozco: un hombre, una mujer, mala conciencia, amor, el crimen, la traición, ser infiel o desleal.

—¿Desleal? —preguntó sorprendida—. ¿Qué diferencia hay con la infidelidad?

—Una es transitiva y pasajera, la otra no.

—Ninguna de las dos me gusta.

—Tampoco a mí —dije.

Era cierto, pero Pilar se mantuvo desconfiada. No le faltaban razones, y yo se las había dado de continuo con mi neurosis del adulterio, como calificaba ella mi patológica recurrencia a indagar en el círculo de profecías autocumplidas y situaciones que revivían la falta original. Pero esta vez yo olfateaba algo mayor, más serio si se quiere, y no estaba dispuesto a dejar que ella recelara de un episodio que recién comenzaba a emerger con su atmósfera de olvido.

—Hay otra mujer —dije para despejar el tema—. En la historia de Marconi —aclaré de inmediato.

Estábamos en la cocina y Pilar giró en busca de unos hielos.

—Cómo se llama —dijo tras una pausa.

—Ni idea, por ahora no tiene nombre. Ni siquiera sé cómo llegó hasta él.

—Un misterio, entonces.

—Más o menos, aunque el propio Marconi intuye que puede estar en peligro a solo semanas del fallo final.

—Pero acepta.

—Acepta, sí.

—Qué tonto —dijo Pilar—. Igual que esos corredores de maratón que antes de alcanzar la meta se resbalan, tropiezan o se equivocan de puerta y nunca llegan.

—Sí, pero no puede evitarlo. Es una distracción autodestructiva, o

algo así.

—¿Se encuentran de casualidad?

—No, Marconi está a punto de ganar el caso y ella se interesa en entrevistarlo a propósito de lo mismo. Por eso lo busca. Está empeñada en una tesis de grado o una tarea parecida.

—Es raro que él no se proteja y exija más datos.

—Pregunta, pero no quiere saber.Ya no quiere defenderse de nada.

—Es un irresponsable.

—Está cansado, necesita un respiro. Ponte en sus zapatos. Está a las puertas del cielo con el caso Alegría, y hace más de diez años que mantiene una conducta intachable en medio de ese infierno.

—¿Es el tiempo que lleva dedicado al juicio?

—Más o menos, pero el asunto empezó mucho antes que él apareciera, desde la muerte del sindicalista…

—Quién.

—El que mataron en un taxi, a comienzos de los ochenta.

—Mataron a muchos en ese tiempo, antes y después.

—Pero este era especial… ¿Cómo es que se llamaba?

—¿Tucapel?

—Ese mismo,Tucapel.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—A él lo matan por hacer oposición al Gobierno, pero culpan del crimen a Juan Alegría, un carpintero de Valparaíso. ¿Te acuerdas? Le hacen firmar una carta inculpatoria, lo drogan, lo inyectan, lo emborrachan y luego lo matan. Pero el crimen de Alegría, su verdadero crimen, es ser pobre, por eso lo eligen. Su crimen es no tener a nadie, estar solo en el mundo, separado de mujer e hijos, sin trabajo estable, con apenas uno o dos compadres con los cuales se junta a tomar en las noches. No sabe ni por qué lo matan. Muere sin saber por qué muere, ¿te das cuenta?

—Me acuerdo —dijo Pilar, ya menos impaciente, más dispuesta a escuchar.

—El asunto llega a manos de Marconi a través de un colega que trabajaba para los curas y se lo traspasa cuando la Iglesia desmantela su equipo de abogados. El caso estaba sobreseído temporalmente y

casi no había chances de resucitarlo cuando Marconi se hace cargo. Pero tuvo suerte y encontró una hebra de la cual tirar. Pidió la reapertura y el juez se la concedió.

—¿Todo eso está en las compulsas?

—En parte sí, salvo que Marconi es pura ficción. ¿Quieres que siga o no?

Pilar hizo sí con la cabeza, y por fin apareció una sonrisa.

—Lo interesante es que él ha ido juntando cabos para llegar donde está. Primero obtuvo la declaración de un ex agente de apellido Roa, que inculpaba a otro de nombre Mauro, y sin la cual el abogado jamás se habría atrevido a contactar al jefe del grupo para ofrecerle la posibilidad de una rebaja en la pena. Esto es clave porque allí Marconi se la juega al todo o nada: puede recibir un tiro en la jeta o un acuerdo para declarar. No sabe, pero igual viaja a Buenos Aires, donde el tipo vive medio escondido. Para su sorpresa, encuentra a Mauro derrumbado moralmente. Sin apoyos logísticos, amistades ni dinero, el ex agente subsiste en una pensión de la calle Bolívar a la espera de que alguien venga a matarlo o meterlo preso. En ese estado, Marconi obtiene mucho más de lo que ofrece, y Mauro confiesa de *motu proprio*, por así decirlo, su participación directa en ambos asesinatos, el del sindicalista y el del carpintero, relación que hasta entonces no había sido considerada ni por el tribunal ni por Marconi. Hasta entonces nadie pensaba que el mismo grupo hubiese participado de ambos crímenes, a pesar de la vinculación que podían tener.

—¿Qué es *motu proprio*?

—Por consentimiento voluntario, sin presión de nadie.

—Ahhh, y por qué no lo dices así: por consentimiento voluntario.

—Déjame, estoy en el personaje. A Marconi le gusta mezclar los latines que aprendió en la universidad. ¿Puedo seguir?

—Dale. Qué más.

—El nombre de Mauro estaba vinculado al asesinato del sindicalista, no al de Alegría, que fue lo que más sorprendió a Marconi cuando escuchó su confesión. Lo que hasta ese minuto era una pura especulación afiebrada por las teorías del complot, terminaba en una inculpación voluntaria de Mauro que excedía en mucho las pruebas

que el abogado tenía en su contra.

—¿El tipo creía que estaba pillado y prefirió hablar?

—Tal cual, quería una rebaja y Marconi puso cara de palo cuando entendió por dónde iba la confesión.

—Parece un thriller político.

—Es un thriller —corregí—. Aunque no sé si político. *Suum cuique*, Marconi vuelve a Santiago con la confesión firmada y sigue adelante con el caso, donde se mezclan además la viuda de Alegría, un par de detectives que conocían la historia por dentro, y un montón de otra gente que comienza a interesarse en el asunto a medida que sube la apuesta en los tribunales.

—Ahí es donde aparece ella, tu mujercita sin nombre.

—Sí.

—¿Qué hace con él? ¿A qué se dedica?

—Escucha a Marconi, igual que tú ahora, pero sin un vaso de martini en la mano. Más bien con una grabadora y un bloc de notas en las rodillas.

—Es joven y guapa.

—Ni tan joven, pero guapa.

—¿Como yo?

—Tiene un parecido —me reí—. Más o menos de unos treinta años.

—Mejor sigue, cada vez parece más claro que estás dando vueltas para decir otras cosas.

—Ahí te equivocas, igual que Marconi.

—No entiendo.

—Él comete un pecado de vanidad, no le desagrada la idea de ser admirado por su esfuerzo, y abre su despacho para que ella lo visite y hagan la entrevista. Su única precaución es obtener seguridades de que el material no será utilizado de ninguna forma hasta que no exista un fallo del tribunal, y bajo esa condición hace el ridículo durante dos semanas: apunta con el índice hacia el techo, se pasea dando cátedra, elabora teorías que disfrazan el gusto de oírse a sí mismo. Habla de una *muerte chilena* para referirse al caso de Alegría, porque el hecho de encubrir con la propia vida el asesinato de un tercero es una muerte bastante chilena, después de todo, con aquella impropiedad de

morir por héroes que resultan ajenos.

—¿Eso es tuyo o de Marconi?

—Lo compartimos, como los latines. El caso es que Marconi divaga, nervioso, mientras ella lo taladra con la mirada durante esas sesiones de tarde en el despacho de Mac-Iver.A veces adopta un aire metafísico para explicarse: venir al mundo sin haberlo decidido ya es suficientemente duro como para luego tener que hacerlo en el último rincón del planeta, en Valparaíso, dice, con todo ese mar delante que no sirve para llegar a ningún lado, y menos como humilde carpintero. Pero más grave y penoso que esa existencia al garete es morir sin saber por qué te matan, eso ya es una calamidad universal. Es como una declamatoria la que hace. Desde esa perspectiva, para Marconi el episodio apenas daba cuenta de lo que había detrás, de la responsabilidad colectiva que el juicio dejaba pendiente.

—¿Hablaba así, con esas palabras?

—Sí, le gusta escucharse. Marconi es como un estafador disfrazado de abogado, o un loco que juega a ser cuerdo, o un cínico que cree ser honesto.Y ella lo sigue, muy atenta; qué conclusión había que extraer, preguntaba la no tan joven pero guapa. Simple, le dice Marconi: la ley no tenía significado; la ley estaba vacía en este caso, y todos actuaban de acuerdo a eso. Lo decía parado al centro del estudio y con los brazos abiertos en actitud magnánima, como un predicador. Así… No te rías, esto es serio.

—Pero es que parece teatro. ¿Ya lo escribiste?

—En eso estoy, pero lo tengo acá. —Y me señalé el seso con un dedo—. Imagínate: se han quedado los dos solos en el despacho, ya es tarde, casi las ocho de la noche, y parecen estar alcanzado las cumbres de la ética en una oficina perdida al fondo del pasillo de un edificio de la calle Mac-Iver, en Santiago de Chile. La banalidad del mal, le dice la no tan joven pero guapa, sabiendo que la cita de alta cultura política hará buena impresión en el abogado. O algo mucho peor, replica Marconi, tajante, gratificado con la posibilidad de intercambiar tópicos con una eventual discípula. Alegría no le hacía daño a nadie. Era un carpintero; lijaba maderas, clavaba tablas, silbaba a las mujeres que pasaban por su lado. No tenía enemigos. Era lo que se dice un pan

de Dios. La banalidad del bien, razona ella entonces con cierto desliz coqueto, y se reprime de inmediato, advertida del efecto poco elegante que producen sus palabras. Ha dado un paso en falso, y agrega: Quiero decir, de qué sirve portarse bien si todo termina tan mal. Cada uno es lo que es, resume Marconi, bíblico, y la mujer no tan joven se queda un momento suspendida en la respuesta, deja el bloc sobre el borde del escritorio junto con el lápiz, y adopta enseguida una actitud confidente. ¿Por qué se dedicó a esto?, pregunta, fuera de libreto y como si ya no quedasen más interrogantes en el cuestionario.Solo por saber, agrega con aparente candidez. La grabadora se ha detenido y el sonido de las bocinas de la calle Mac-Iver llega hasta ellos con la regularidad de los cambios de luz en el semáforo de la esquina. No entiendo, se incomoda Marconi. El defender casos anónimos, insiste ella. No debe ser muy gratificante. A Juan Alegría nadie le va a hacer un monumento, y tampoco van a bautizar una calle con su nombre. Era un indigente que trabajaba para tomarse unos tragos. Nada más. Pero eso no lo hace menos importante,al contrario,dice el abogado,casi con escándalo. Es la víctima en estado puro, sin contagios de ningún tipo. Su entrevistadora asiente, cierra el bloc y lo recoge dentro de su bolso, dándose por vencida. Después medita un segundo. Que no se nos olvide empezar por ahí la próxima sesión, le dice con habilidad de bruja, poniéndose de pie y lista para despedirse. Ha logrado introducir el suspenso en la entrevista, un giro que Marconi no se esperaba.Ahora ella es la dueña de las pausas y los reproches. Si te fijas, en una o dos semanas tendrá mucho más de lo que necesita: los horarios, las costumbres, las entradas y salidas del despacho, el rumor del edificio sin guardia cuando las oficinas se vacían después de la siete de la tarde; todo eso habrá quedado registrado en otra parte cuando ella ya se haya ido y Marconi acomode el cuerpo al sillón, precavido de no andar solo por la calle en medio de la noche. De todas formas, le dice ella mientras da unos pasos hacia la salida, usted debe haber tenido sus razones para no renunciar al caso, después de todos los años que han pasado. Marconi va a soltar otro latinismo a modo de balance, pero ella se adelanta. Respóndeme mañana, abogado, le dice, poniendo delante un tuteo que

lo desarma.

—Otro Guardia del NO que se muere de ganas de decir SÍ —dijo Pilar.

Me acomodé en el taburete, encajando el golpe.

—Y qué hay con eso —dije.

—Que toda tu historia es como una coartada que se viene abajo.

—Ahora soy yo el que no entiende.

—Terminar en la cama es falta de imaginación de tu parte.

—El sexo es imaginación también —dije—. De todas formas, Marconi solo reacciona cuando se da cuenta del peligro donde ha quedado metido.

—Pero ya es demasiado tarde.

—Sí, no puede cambiar el pasado. Entiende que se ha dejado ir con la mujer, y por ese camino puede arruinar el caso, ser chantajeado y también perder su vergüenza, que es lo único que sobrevive en estas circunstancias.

—¿Por eso me lo cuentas?

—No entiendo…

—Sí, ¿por qué me cuentas toda esta historia? ¿Por qué vuelves atrás? ¿Por qué tienes ahí en la cabeza la historia de Marconi en vez de tener la vida que tenemos? No niego que pueda ser muy interesante, muy imaginativa, muy valiente incluso, pero qué necesidad hay de ser valiente o cobarde, para qué o para quién… No entiendo…¡¡NO-EN-TIENDOOO!! —soltó de pronto, y el vaso reventó, brusco, de súbito, contra el piso.

Hubo un silencio, pesado y humeante. Un misil acaba de caer en la cocina.

Pilar destapaba su rabia con los dientes apretados y silbando para no gritar.Traté de reducirme, apretando los hombros por si buscaba hacer blanco con la botella.

Dime, urgió en cambio, y apretó los puños: ¿Por qué haces esto? O bien: ¿Por qué me haces esto? Pero la frase no llegó completa a sus labios, se quedó dando vueltas, ahogada como un pájaro en una bolsa de zapatos.

—Necesito ver claro —dije sacando un ala.

—¿Ver qué? —ladró ella—. ¿Cómo acabas con todo?

Hice un gesto al desgaire, de desvarío o sinrazón.

—¿Ver qué? —me encaró, sin soltar la garra.

—Esto —dije al fin, dibujando una estúpida redondela con los dedos.

—¿Esto qué? —ametralló ella en un estado casi paroxístico—. ¿Yo? ¿La casa? ¿El mundo? ¿Quién?

—Cálmate, por favor.

—No, no me voy a calmar —anunció—. Al contrario, estoy harta.

—Olvídalo, fue un error contarte esa historia.

—Ya estamos en el error, así que mejor la terminas.

—Necesito saber qué hago acá —dudé,fastidiado,cediendo terreno —.Qué hay detrás,o qué es lo que quedó atrás.No te parece sintomático, por ejemplo, que los Marios se hayan pasado una vida planeando volver, para quedarse al final pegados en este lugar y dándole vueltas siempre a la misma idea.

—Y a ti qué te parece: allá los espera la punta del zapato.

—Entonces a qué insistir. Es lo que me intriga. Por qué sigue sonando la misma música después de tantos años.Algo debe haber, no te parece.

Pilar cabeceó desanimada, sin ganas de contestar.

—A veces se me ocurre que nos alejamos de todo, no solamente de Chile —insistí—. En una de esas estoy buscando la forma de volver yo también.

—No puedo creerlo.

—¿Qué, no te gusta la idea?

—Pero es que todo eso murió, cómo no te das cuenta. Marconi murió, si es que alguna vez estuvo vivo; y murió porque tú quisiste matarlo, sin ir más lejos, porque necesitabas cambiar, salir del estilo de medio rincón que te molestaba tanto en ti como en los demás; querías respirar, ¿te acuerdas? Vámonos, me decías. Esto se acabó: Chile, la novela, tus padres, lo que alguna vez pensaste que ibas a realizar en el lugar que iba a ser el tuyo y no lo fue ayer ni lo será mañana, y yo no lo creo, pero aunque así fuese qué te importa, qué importa lo que se perdió si lo hacemos otra vez, y cada día que sea

necesario lo volvemos a intentar, pero en cambio aquí estás, hinchado de veneno y envenenándonos a todos como si te fueses a despedir.

—Necesito mi alimento.

—Tú sabrás, pero yo llego hasta acá. No puedo seguirte. Supongo que te das cuenta. NO-PUE-DO-MÁS —y otra vez quebró las sílabas con cierto énfasis guerrero.

—Mejor aclara esa última parte —dije,tramposo,cambiando mi responsabilidad por la suya, y aquello sonó como la púa de un viejo disco pegado en el surco, totalmente desorientado.

—Déjalo —dijo ella—. Deja que las cosas se pierdan. ¿Cuál es el problema? A eso vinimos, ¿no? Queríamos cerrar el capítulo, hacernos humo, ¿te acuerdas?

—Y eso cómo se hace.

—Ni idea, tú eres el que escribe. Pero yo estoy cansada de que confundas a tu mujer con una prueba de resistencia.

Le sonreí. Su imagen era exagerada pero plausible. Pilar era un balazo para las metáforas, eso yo ya lo sabía. En algún momento nos quedamos mirando los vidrios rotos tirados en el piso sin que ninguno de los dos se moviera de su sitio.

—Casémonos de nuevo y vámonos a vivir al lado del mar —dije.

—No seas tonto, ya estamos casados.

Pilar se levantó y con gesto resignado paleó los vidrios y tiró un trapo al suelo. Luego volvió a sentarse. Parecía desahogada.

—Esto parece una escena de Cassavetes —pensé en voz alta.

—Así es el matrimonio, ¿no? —dijo como si hablara sola ella también.

—Fe en el caos, querida —la animé, y enseguida silbé—: *I wish you where here*.

—Estoy, pero no me ves. Estás ciego.

—Como Edipo —dije.

—Sí, tu personaje favorito.

—Una prueba más de que nadie puede salir del mito propio.

—Puede ser, pero si me acuerdo bien, Edipo fue siempre un agradecido del exilio que lo acogió.

—Es cierto, pero murió amargado, resentido, con sangre en el ojo y

queriendo que una maldición cayera sobre su gente hasta el último día.

—Una cosa va con la otra. Si te olvidas, se acabó.

—Eso sería como salirse del argumento.

—Y qué hay de malo. Por qué tanta necesidad de pertenecer a un argumento. La vida también se puede vivir como algo inmediato, sin demasiadas ideas, sobre todo una vez que se agota el argumento.

—Como un inmigrante, dices.

—Sí, la vida tal como es para la mayoría de la gente.

—Yo soy minoría —dije.

Pilar dejó pasar la provocación.

—Estoy cansada —murmuró al fin—. Debiéramos regalarnos unas vacaciones.

—Aprobado.

—Así aprovechas el tiempo para pensar en Marconi.

—Mi refrito —dije, dándole la razón.

—¿Cómo era la escena donde volvía?

—Nada muy especial. Es su *memento mori*, de alguna manera.

—Cuéntamelo —dijo, ofreciendo tregua.

—Promete no interrumpir, aunque te enfurezca.

—Hecho.

—La escena es así: Marconi está solo en el despacho, se levanta de la silla, camina al ventanal, mira hacia fuera, y se queda ahí, con los manos tomadas por detrás, observando la cúpula de la biblioteca y con la vista perdida en los errores cometidos. Más o menos eso. Sabe que ha puesto todo en riesgo por nada; no solo la justicia del caso, que adquiere un sentido impensado, casi religioso en su conciencia, sino también su seguridad física. Piensa en la hipotética venganza que puede caerle encima una vez terminado el juicio. Palpa en el aire la destrucción que empuja desde las sombras. El asalto le parece inminente, y solo queda por descubrir cómo y cuándo ocurrirá. Por más que el tribunal falle en favor de Alegría, e incluso por ese mismo motivo, lo que quede de su trabajo será destruido, emporcado, escupido, maltratado, y finalmente reducido a un escándalo menor con una jovencita.Vendrán por él, eso es seguro; mostrarán fotos en

los periódicos, revelarán documentos, el esfuerzo de toda una vida. Y el de una vida que no le pertenecía, además. Casi veinte años después de haber iniciado el proceso, un desliz, un capricho de último momento, bombeado por la vanidad de sentirse joven y requerido, echaba por tierra su acariciado logro profesional. Se había descuidado en el último tramo de la carrera. Ahora todo se venía al suelo. Estaba solo en el despacho y miraba hacia la cúpula de la biblioteca con el recuerdo vacío de la gloria que había dejado escapar entre los dedos. No tengo la menor idea de lo que pasa después, cuando suena el teléfono en plena noche y Marconi se sobresalta.

Miré a mi lado a ver qué impresión hacía esta última parte del argumento, pero Pilar se había dormido, la cabeza reclinada sobre los brazos enlazados que hacían de almohada.

Nada más cruel que el amor conyugal, eso seguro.

Noche de insomnio.

Ganas de escribir una lista de propósitos.

Y escribo: un año perdido, dos, quizá la vida entera esta vez.

Pensé que Pilar estaba cometiendo una injusticia con Marconi. Acabar con él se decía en un segundo, pero algo muy distinto era llevarlo al callejón y que el tiro en la nuca removiera su memoria. Hay personajes que se resisten a morir, así como otros a cambiar de nombre o facilitar sus identidades en beneficio de las coincidencias. Incluso sabía de amigos tan queridos como Frank que se resistían a figurar en una dedicatoria, pero eso era otro asunto.

La sacudida de Marconi no me resultaba leve ni ajena, en cualquier caso, y si a la vuelta de los años el abogado emergía de las sombras más lento y despojado de lo que había entrado en ellas, su reaparición tenía los visos de un arreglo de cuentas con sus propias maneras y derrotas. Imaginaba una palabra suya, final, aunque quedaba pendiente el precio que yo debía pagar por prestarle atención a un muerto que habla. Ese pasado exigía ser escuchado con la misma urgencia con que yo necesitaba creer, pero eso no iba a ser posible sin

un nuevo pacto, enteramente distinto del anterior, y en esto Pilar llevaba cierta razón al desconfiar de las copias judiciales. ¿A qué precio, en efecto, lograríamos recomponer la situación en medio de nuestra peleas, y descartado el hecho cierto de que yo seguía junto a ella a pesar de que se iba? Su irritabilidad iba en aumento, nuestro diálogo se volvía cada vez más espeso, las rencillas cortaban el aire al interior de la calle Reservoir mientras los días se volvían pesados y fastidiosos, sin espacio para maniobras reconciliatorias.

Tendría que quedarme solo, pensé. Ese era, finalmente, el precio a pagar por la reaparición de Marconi y la mujer no tan joven pero guapa que visitaba al abogado, reducida por la luz del escándalo hasta volverse casi una chiquilla de trenzas que amarraba su bicicleta y entraba con asombro de colegiala al café donde se habían citado la primera vez, en la avenida Providencia. Lo buscaba con la mirada haciendo un esfuerzo entre el humo del salón que flotaba sobre las mesas y se acercaba hasta donde estaba él y preguntaba usted es Marconi, cierto, Bruno Marconi, y él aceptaba su nombre y se daban la mano, ella tomaba asiento y acontecía con su demanda ya anunciada por el teléfono, desfachatada y graciosa de una manera difícil de precisar, la mirada limpia y un cuerpo robusto pero de maneras delicadas, como una mujer hecha de barro y redondeces, festiva y despreocupada de su inquietante ambigüedad, de modo que el abogado solo podía acceder a la solicitud de ayuda esa primera vez, no importaba quién la enviara ni lo que buscaba realmente, si acaso obedecía a algún propósito no declarado o era solo su necesidad de un guía profesional para su tesis de grado lo que la había llevado hasta el café, yendo del recato inicial a la súbita determinación con que se resolvía a proponer una entrevista larga, de días o semanas, en su despacho y a la hora que mejor conviniera con los horarios del abogado.Tengo oficina en el centro, cerca de Santa Lucía, aclaraba él, poniendo trabas engañosas, condiciones pueriles destinadas más bien a probar su interés, a ocultar que ya la amaba y estaba dispuesto a aceptar los obstáculos.

—Tendremos que reunirnos allí —dijo.

—O sea que acepta —se alegró ella.

—Con embargo de publicar nada hasta que yo diga; sí, acepto…

—Prepárese, porque voy a abusar de usted.

—Es lo que imaginaba —se reía Marconi, y era la primera risa auténtica que destapaba en mucho tiempo, o así me lo representaba: liviano, súbito, dejándose llevar por la ligera oscilación que encendía la presencia de la mujer.

El temblor no hizo más que aumentar durante las siguientes visitas. Era una llama leve pero constante que se introducía en el flujo sanguíneo y lo ponía a arder sin apuro, mientras Marconi reconocía el fenómeno y su procedencia en el intercambio de saludos con la estudiante, si así podía llamarla.

Un impensado deshielo recorría su esqueleto al observarla sentada delante de él, con la grabadora encendida como un elogio inmerecido y las preguntas que se desordenaban con sus respuestas. ¿Hace cuánto tiempo que viene alegando este caso? ¿Diez? No, doce, corregía él, porque la viuda de Alegría había entrado en contacto con él incluso antes de interponer la primera querella. Eso había sido en 1988… Hum, no; tendría que chequearlo.Y pasaban a otra pregunta, pero un pedazo de Marconi,un abogado más pequeño e infantil e inseguro se quedaba parado en un rincón, perplejo de la distancia con que se le aparecían los sucesos ante la joven pupila que en los tiempos de Juan Alegría apenas debía gatear frente a la pantalla del televisor. ¿Eran quince o veinte? ¿Cuánto tiempo llevaba juiciosamente dedicado a defender el caso?

La cuenta lo perdía, pero lo importante era la convicción en la justeza de su causa.Visto que el crimen de Alegría, la enormidad de su vileza, ocupaba con exclusividad su primer y último pensamiento, Marconi había creído aborrecer de la compañía de los demás, fueran colegas o aburridos clientes con pleitos menores. Replicaban la normalidad que él detestaba, viniendo cada mañana del desayuno al infierno de Alegría. (Un caso ejemplar, aleccionaba él, porque hoy todos saben que el crimen del carpintero había servido de cobertura al asesinato del sindicalista encontrado en Quilicura, pero entonces, hace de esto veinte años, solo la viuda de Alegría había levantado la voz

para denunciar la falacia del relato elaborado por el equipo de detectives encargado de informar del hallazgo: no había un borracho de Valparaíso que realizaba trabajos de maestranza y que, en busca de dinero, había viajado a Santiago, cogido un taxi, asesinado al conductor, robado una linterna y regresado al puerto para retomar su vida de indigente alcoholizado; tampoco hubo culpa ni remordimiento que asomara en el entendimiento de Juan Alegría cuando supo que el conductor del taxi asaltado en Quilicura y encontrado en la cabina era el del célebre sindicalista; ni sintió alarma cuando lo visitaron los agentes de la brigada con Mauro a la cabeza en la miserable vivienda de la calle Montalbán, en el sector Miramar de Playa Ancha donde vivía separado de su mujer e hijos; y apenas se asustó más de lo que la miseria permite cuando lo llevaron a una casa en Viña donde los esperaba el Brujo con sus artes esotéricas, dispuesto a forzarlo mediante hipnosis con el fin de que escribiera de puño y letra una carta inculpatoria donde aseguraba haber matado al famoso sindicalista, despidiéndose luego de los suyos, perseguido día y noche por el fantasma de Tucapel, según decía la nota; y a pesar de que no entendía por qué lo mataban justamente a él, sí supo en cambio que iba a morir una vez que los hombres de Mauro lo forzaron a ponerse de pie, ya de vuelta esa misma noche a la casa de Montalbán, donde lo obligaron a tragar un vino agrio del cuello de la botella mientras lo sostenían: Mauro de un brazo y Charlie del otro, mientras Zúñiga o Valenzuela cogían la hoja de gillette y comenzaban a insultarlo: hijo de puta, conche-tu-madre, maricón culeado, asesino, como si de verdad pensasen que tenía la culpa o quisieran convencerse de que la tenía, había matado de un balazo al sindicalista y ahora todo el mundo voltearía la cara hacia ellos, los sospechosos de cualquier desmadre, los culparían nuevamente y sería una molestia tener que salir a encontrar al verdadero criminal que se desangraba sobre el colchón en la casa de la calle Montalbán, tras inferirse sendos cortes en las muñecas con una hoja de afeitar, mientras Mauro lo sostenía de un brazo, Charlie del otro, y Zúñiga o Valenzuela rajaban verticalmente la piel de los antebrazos, primero a la izquierda y luego a la derecha, de un tirón, pero con cortes tan profundos y certeros que

allí mismo el grupo se dividía y los hombres comenzaban a discutir el procedimiento mientras la vida se iba en una nube que pasaba sobre su frente y alcanzaba a oír, ya distante, las voces de contraorden: Cómo se te ocurre, huevón. Mira cómo salpica esta mierda. Mejor tíralo en el colchón para que se seque.Ya, cállense todos, se acabó esta huevada, ordena Mauro: Nos vamos. Limpien todo.Y salen. Se pierden en la noche. ¿Así es como había sucedido? ¿Fue así como lo mataron? Más o menos, dice Mauro, buscando aire en las aletas del ventilador que gira arriba de sus cabezas, colgado del cielo de la confitería donde han tomado asiento. Más o menos, dice y se pasa el dorso de una mano por la boca, como para limpiarse. Descríbalo entonces, replica Marconi, cortándole la retirada, y el excapitán duda un segundo, balancea la quijada, calcula si acaso todavía tiene chances de huir o pegarle un tiro al abogado en recuerdo de los tiempos idos, pero enseguida se repone y despeja la cara con una sacudida, coge el lápiz y acerca el papel que Marconi ha puesto delante de él, sobre la mesa del boliche donde se han reunido, en el barrio de plaza de Mayo, cerca de la calle Bolívar. Cuánto me van a descontar, pregunta Mauro antes de rendirse por completo. Eso lo determina el juez, dice Marconi sin hacerle caso, imperturbable, sabiendo que se juega el pellejo al encarar a Mauro sin otro resguardo que las conversaciones previas sostenidas desde Santiago: Usted escriba lo que sabe, nada más. Mauro lo mira queriendo creer que el abogado también alegará por él ante el juez; dirá que su confesión fue voluntaria, sin condiciones y merece consideración. Piedad es lo que busca Mauro antes de condenarse. Las rebajas se ven por separado, insiste Marconi, adivinando la súplica, y Mauro asiente, un segundo. Luego hace a un lado el plato con los restos del chorizo y comienza a redactar la confesión que hasta entonces Marconi nunca creyó poder obtener, firmada y por escrito: A Alegría lo matamos porque estaba solo, era un pobre diablo. Aquello fue suficiente: con la inculpación en la mano y ya de vuelta en Santiago, el abogado presentaría por quinta o sexta vez al tribunal una petición de reapertura de la causa, en vista de los nuevos antecedentes, dejando que la brigada hiciera su parte con las órdenes de captura para Charlie y los demás involucrados.)

Marconi se llevó una mano a los ojos como si cerrara el paréntesis.

Él también estaba harto. Había lidiado día a día con el proceso, deshaciendo uno tras otro los nudos hasta distinguir con espantosa nitidez la línea que conducía desde un extremo de la mentira a la injustificable verdad. Así lo exigía también el personaje que representaba, por lo demás; un poco ausente y casi secreto bajo los refinados ocultamientos acumulados a través de los años que llevaba dedicado al proceso. En cierto modo, el caso de Alegría era la excusa perfecta para no dejarse ver. Siempre lo había sido, para bien o para mal, como un territorio embrutecido por la tarea. De modo que apenas cabía extrañarse de que la mujer no tan joven pero guapa surgiera como un resarcimiento en el día claro y transparente del verano. Casi tenía olvidado el gusto por los detalles que ahora le revelaban un solitario mechón de pelo corrido hasta la base del cuello, los labios carnosos y húmedos, la severidad que de pronto cuadraba su frente con la elevación de la nariz. La belleza era una lástima, un auténtico desperdicio cuando pensaba en el escaso provecho que sacaba de ella, y solo le sorprendía que en la última curva del camino una absoluta desconocida sacudiera el coma que había sido su vida, espíritu de la ley finalmente, sujeto de una tabla con el nombre de Juan Alegría pintado a un costado para entrar libre de vanidades en la muerte.

A ella tanto rigor profesional le resultaba enigmático. O es lo que debía pensar. ¿Nunca se había desviado siquiera un poco? ¿Cómo podía ser?, preguntaba. ¿En todos estos años jamás había hecho nada inconveniente? Las dudas habían saltado de los labios de su estudiante como una invitación antes de esfumarse en el aire. Él argumentaba, tomaba confianza. En cierto momento ambos se reían de algo que no recordaba. Luego, con el paso de las semanas, dejaron el despacho para ir a reunirse en bares y terrazas. En total no se habrían encontrado más de siete veces, nueve cuando mucho, pero de pronto Marconi se descubrió esperando su llegada, paseándose con ansias de reloj y el corazón ridículamente agitado dentro del pecho. Estaba prendido. Ella, en cambio, no daba señales de padecer ninguna revuelta interior.Arremetía desde la calle, chisposa y vital, digitando misteriosamente su móvil con movimientos rápidos para desconectarse

o volverse aún más notoria entre el gentío. Se saludaban con cierta ceremonia y Marconi se atajaba para no caer de bruces delante de su pupila, el alma apretada por algo que no se atrevía a nombrar. Se daba cuenta del riesgo, pero prefería estirar sus chances antes que liquidarlas con un mal paso. La seguía con los ojos, la pensaba con el recuerdo, la añoraba con todo el cuerpo estrujado por la necesidad de tenerla cerca. No lograba distraer su mente del seguro paso hacia el abismo. Si posaba la mano en su cadera, pensó, la piel del paraíso ardería como pasto seco.

Ya estaba completamente entregado la tarde que prolongaron la charla en una terraza mientras oscurecía alrededor. Era la escena prometida desde el primer encuentro. Hablaban y se repetían hasta que de pronto ella notó que eran pasadas las once de la noche y él pidió la cuenta. Se levantaron y caminaron juntos por el parque, hacia unas torres de departamentos en el sector de plaza Italia, donde se pararon bajo las luces de un edificio como al final de un camino. ¿Te mudaste?, preguntó él, extrañado luego de haberla oído decir que vivía en el sector oriente. No, dijo ella, es el departamento de una amiga que anda fuera. Quiere que le riegue las plantas. Una explicación sencilla, pensó él, o muy sofisticada.Tendría que acompañarla para estar seguro. Como sea, Marconi asiente dando crédito a la evidencia y observa la altura del edificio midiendo masas, velocidades, fuerzas de caída. Luego baja la vista, seguro de haber resuelto el problema. ¿No quieres subir un rato?, dice ella entonces, y él duda. Puede ser, vacila Marconi, sin decidirse. Como quieras, abogado, dice ella con esa forma de tuteo que lo atraviesa. Durante un instante, Marconi permanece completamente inmóvil y estupidizado por la sospecha. No dice nada; ni qué bien, ni me apetece entrar, ni menos aún se le ocurre insinuar la vertiginosa ecuación que arma en su cabeza. En cambio se aparta con la súbita cautela de quien recuerda una deuda de dinero que no puede cancelar. Ella no hace amago de insistir. Se despide con un beso en el costado, gira, cruza la mampara y llama al ascensor con desgano, consciente de que también Marconi estará lamentando lo poco que ha obtenido de la cita. Casi enseguida, sin embargo, el sentido de oportunidad los devuelve a

ambos con rubor y apuro al punto de partida, en medio del corredor que une la zona de los ascensores con la calle, como si cada uno hubiese olvidado en el bolsillo del otro la llave de su propio cuarto. Con las cabezas gachas, aliviados por la simetría, no mencionan siquiera la excusa del paquete de cigarrillos que ella ha guardado por coquetería, y más bien aprietan los cuerpos hacia el pasillo donde el neón les quema las caras. Se besan con rabia, furiosos de tantos preliminares, y esperan, frente contra frente, la llegada del ascensor que los sube al cielo, enredados por el atrevimiento y la asombrosa familiaridad de los besos. Un alivio recorre a Marconi durante el trayecto, mientras las cuerdas del ascensor empujan y suspenden la máquina en el aire durante un tiempo que se le ocurre infinito. Quiere llegar rápido o quedarse a vivir en esa caja. Arriba, sobre el extremo del pasillo, una estridencia de trompetas los recibe dando saltos detrás de una puerta, en cuyo pomo se sostiene un globo celeste que vacila en la media luz. Se oyen grititos y risas del otro lado. Ellos sonríen tontamente, como si la fiesta los incluyera. Suben tres escalones del entrepiso hacia la izquierda y luego giran. Sobre el costado, a media altura, un capricho arquitectónico deja un boquete del tamaño de una herida de obús por donde se cuela la noche transparente. Ella se afana con las llaves en la cerradura mientras él se asoma para mirar fuera. Unas líneas de colores irregulares se desvanecen a la distancia, hacia el sur, en la oscuridad de los barrios que Marconi apenas logra identificar. Ella entra y él la sigue. Camina como tirado de una cuerda, golpea la puerta tras de sí y distingue en la oscuridad diminutas entradas de piel repartidas alrededor del cuello de su guía, bajo el desorden del pelo ensortijado que cae sobre sus espaldas y le da un aire salvaje, espeso, difícil de apartar. Se sumerge en ella como en una alucinación perversa cuando la boca de la mujer lo recoge de la sombra y llena sus manos con formas claras y reconocibles. Marconi piensa en una fruta nueva del tamaño de una castaña, redonda y lustrosa, cuya envoltura debe retirar despacio y con delicadeza para no arrancar la carne. Empuja y es empujado bajo el umbral de un cuarto en completo desorden, frente a una cama de sábanas revueltas. Se siente transportado a un suelo de feria, con cáscaras y tablas

repartidas en el piso. Aquí, abogado, la oye decir en lo oscuro. Primera vez que pisa el lugar, y se mueve con sigilo, dejando caer las manos sobre cada pliegue y oscilación del cuerpo que lo exige a través de las ropas. Ella se ablanda, regada por los besos, mientras las caricias de Marconi ahora viajan tranquilas por la suavidad del torso, la turgencia de los pechos, una vez y otra como si lustrara la hoja de una planta interior. Al menos allí está seguro, piensa en un instante de extravío, recordando chispazos de la conversación mantenida en el restaurante. Luego, sin pretexto alguno, concluye que el motivo de la cita no puede ser otro que este: esparcirse, husmear en pasajes sin salida, introducirse por canaletas de un infinito de carne que lo acogerá bajo su manto protector apenas termine de escurrir el tiempo que le queda. Piensa en los segunderos de un reloj, pero ella lo devuelve al cuerpo: lo besa y lo retiene en la boca, sus labios lo sustraen, bajan y suben en un oleaje que a él debe parecerle decisivo cuando toma a la mujer de la cintura y se la lleva a la cama como una muñeca.Tus manos, abogado, tus manos, le dice maravillada por la ofrenda, dejándose adorar, dispuesta y rendida como un confite. La mujer no tan joven pero guapa cierra los ojos y en un campanazo imagina que todo es una gran equivocación; el hombre que está a sus pies, las entrevistas, el trabajo para la tesis de grado, el departamento de su amiga. Pero ya ha dado su acuerdo y continúa adelante, sujeta la duda y prolonga el vértigo con su compañero doblado y sediento en la boca del nido. Se retrae y puja. Ofrece resistencia y da la bienvenida. De pronto piensa en el abogado como en un abejorro zumbando bajo su cintura, en la base del tronco. Un animalito fácil de aniquilar. Bastaría con cortarle las alas para dejarlo quieto, sin escape posible, pero prefiere obsequiarle un recuerdo: mejor que aletee, que zumbe, que pique un poco y muerda todo lo que se le antoje. Extraordinario, la pupila y el maestro. Olvidado de quién es y lo que hace allí, Marconi se desliza lejos también, siguiendo la ráfaga de placer. Está feliz, de vuelta en la vida, aun cuando la posición de los cuerpos diga lo contrario. Rendido, distingue una imagen borrosa de sí mismo como si anduviera a tropezones por un túnel. Una luz clara, sin manchas, destaca el contraste. Una mirada furtiva lo sigue a media distancia,

apostada en un rincón. Como si tanteara las cosas con las manos y las revelara a medida que avanza. Pero eso es imposible. Sabe que Rita apenas distingue un objeto de otro. No quiere abrir los ojos.

Antes de que acabara octubre el lance estaba roto. Marconi tendría que haberlo previsto, pero atesoraba su historia imposible con el arrebato de una agonía. Había disimulado con esfuerzo su apuro por volver al departamento de plaza Italia, y las dos veces que lo hizo tuvo la incómoda sensación de que otra gente pasaba por allí y dejaba sus bolsas y mochilas tiradas en el piso. Un tráfico de personas que él presumía de la misma edad que su estudiante dejaba huellas en el lavaplatos y junto al equipo reproductor, donde él había visto cintas de video arrumbadas en número creciente y formando una irregular cadena de montañas a ambos lados del televisor. Cuando preguntó por el contenido, ella lo miró compasiva. Qué chistoso eres, abogado, dijo. Fue como un anuncio de retirada. Ya había notado cierta flojedad en su ánimo, un desgano que torcía su perfil hacia la calle, ocho o nueve pisos más abajo, de modo que no se sorprendió que lo eludiera con viveza cuando él insistió en saber si había alguien más durmiendo con ella en el departamento. Nunca logró esclarecerlo.

—Tengo hechas las transcripciones —anunció ella por teléfono una tarde, trayendo a su memoria el acuerdo del embargo—. Sería bueno revisarlas.

—Te espero el jueves acá —dijo Marconi, dando por descontada su visita.

—Seguro que sí —lo tranquilizó su pupila.

Colgaron y la frase quedó en el aire, engañosa, manchando las horas y los días que siguieron sin que ella apareciera.Al cabo, un mensaje de texto sustituyó a la mujer, junto con un documento de cincuenta páginas cuyo contenido excesivo y retórico Marconi no tuvo el valor de revisar. Que tengas mucha suerte, abogado, decía el encabezado del mensaje.

Al principio un dolor agudo lo embistió. Eso era todo lo que quedaba de ella: el recuerdo húmedo de las horas pasadas y la dulce red donde él había naufragado. Luego recapacitó. No había romance

posible entre ellos, la ilusión del buey viejo se hundía en esa mirada compasiva con que ella lo había visto tal cual era, con su patetismo y su ruego.

¿Dónde andaría ahora? ¿En qué otros secretos habría entrometido su figura cruda y pálida, tan fresca que parecía venir siempre despertando de la cama? Durante las semanas que siguieron creyó haber vivido un sueño turbio y devorador, mientras se resistía a la tentación de enviarle una señal por el correo electrónico o volver al edificio para atisbar las luces del departamento de plaza Italia. Las veces que cedió a la curiosidad y pinchó su nombre en la pantalla, nadie contestó. No había rastros de la mujer no tan joven pero guapa. Tampoco el teléfono registraba llamadas perdidas, y cuando por fin se acercó y la buscó por el citófono del edificio, una voz de pollo al otro lado lo hizo desistir.

Se consoló pensando que estaría en manos de otro consejero académico para resolver los asuntos de la tesis, pero aquello no era sino una fórmula para aliviar su recuerdo o alejar el fantasma de una mala jugada. Sabía de sobra que sus enemigos en la Consejería Pública no le perdonarían ninguna licencia por pequeña que fuese; revolverían su hoja de vida en busca de cualquier pifia y sacarían provecho de ella si llegaban a encontrarla. La coincidencia entre la aparición de su estudiante y la última etapa del litigio tendría que haberlo alertado, pero su deseo de no saber había primado, dejando expuesto al escarnio público el artículo más querido de su profesión. Ahora su privacidad había quedado al alcance de la ley.

Una inquietud extrema lo levantó de la silla. Caminó al ventanal y con las manos tomadas por detrás, en gesto contrito, procuró serenarse. Quizá también ella había sucumbido a la distracción y replegado su curiosidad al enterarse que el proceso entraba en su etapa crítica. Quizá se había esfumado para evitarle un desastre, justamente. Quizá regresara después, trayendo de vuelta una buena defensa. Lo que fuera, él debía ocuparse de armar la suya propia.

El calendario apremiaba y decidió apurar una estrategia para acabar rápido con las presentaciones finales. El fallo sería dado a conocer ese mismo mes, y se vio inmerso en un frenesí de consultas y gestiones de

último minuto. Habló dos veces por teléfono con la viuda del carpintero en Valparaíso, revisó declaraciones y extrajo del lote que archivaba en el despacho las compulsas con los primeros escritos del caso. Buscaba seguridades, un poco de compañía, pasar el mal trago de su imprudencia. «Informo a Us. que el día 11 de julio recién pasado, personal de la Brigada de Homicidios concurrió hasta el domicilio de Población Emergencia, casa n° 2 de Playa Ancha,Valparaíso, donde constató el suicidio de Juan Alberto Alegría Mundaca…»

Dejó de leer. La acción del suicidio había quedado subrayada en las compulsas con un destacador amarillo, y Marconi pasó páginas en busca de la nota incriminatoria tal y como había sido redactada de modo fraudulento en el original: «Esta historia no me la van a creer pero el finado Tucapel Jiménez se me a parese por todas las noches y yo no quise matarlo, y yo no sabía quien hera solo quería agarrarle un billete asartar unos dos Taxista y benirme pero el se me resistió y cuando le dispare a la cabeza, y no moría saque el cuchillo y selo enterre en el cuello, se lo rebolbí pero yo no sabía lo que hacía y que hera el. Le chupe la plata, sus documentos, el taximetro y cuando supe quien hera los boté pero me guarde la linterna por que haveses no tengo lus, y la plata no heran mas de $ 1.000, me persigue dia y noche y yo no quiero seguir bibiendo. Perdoname mamaita y cuidame a mis huachitos. Julio 1983. Juan Alegría M.». Apartó a un lado el oficio con la transcripción de la carta manuscrita, junto a una copia del original hilado por líneas temblorosas y salpicado de manchas de aceite y sangre entre calamidades ortográficas. Rebuscó más, invadido por la inquietud.Algo se le escapaba entre esas hojas desfallecientes. ¿Sería posible que no hubiese leído correctamente las declaraciones durante todos esos años? ¿O que hubiese olvidado un detalle importante entre las miles de páginas acumuladas por las compulsas? Su discípula había introducido y espoleado la duda, pero más aún la brusca desaparición que reforzaba la idea del descuido.Trajinó las compulsas, página cuarenta y uno: «Soy Rosa Georgina Mundaca… Soy la madre de Juan Alberto Alegría Mundaca… En 1971 (Juan) contrajo matrimonio con Esmeralda Castillo Monardes, con quien tuvo tres hijos… En el año

1979 empezó a beber vino porque le contaron que su mujer lo engañaba… Además él estaba en conocimiento que mi marido, Guillermo Martínez Concha, mantenía relaciones sentimentales con su mujer, razón por la cual yo me separé de él. Poco antes de que su esposa lo abandonara, Juan Alberto empezó a trabajar en el Plan de Absorción de Cesantía…».

Leyó en diagonal, a saltos, lo que seguía hasta la página cuarenta y tres: «Luciano Román García Delgado… Debo señalar que no le conocí a Alegría ningún amigo íntimo, pero sí sé que se juntaba a tomar vino con personas del sector donde vive mi suegra y también con compañeros de trabajo».Y luego la misma compulsa en página cincuenta y dos, y siguientes: «Esmeralda del Carmen Castillo… En el año 1969 conocí a Juan Alegría Mundaca, con quien comencé a convivir en el año 1970, pero con fecha 10 de febrero de 1971 nos casamos en el Registro Civil de Valparaíso. […] Al año siguiente de habernos casado, Juan empezó con su afición al licor, a juntarse con otras mujeres y a ausentarse de la casa. […] Efectivamente, mantengo relaciones sentimentales con mi suegro, Guillermo Martínez Concha, padrastro de mi marido, lo hice porque él ofreció ayudarme y esta situación originó que él se separara de mi suegra.Además, debo reconocer que antes de abandonar a mi marido me vi en la necesidad de ejercer la prostitución, porque él no me daba dinero para mantener a mis hijos. […] No supe que haya trabajado en Santiago… pero es posible que haya viajado a la capital porque allá se encontraba mi hermana Ana Castillo Tapia, con la cual mi esposo mantuvo relaciones sentimentales».

Repasó, alucinado, las evidencias que saltaban desde una declaración a otra. Siguió leyendo. Compulsa página cincuenta y cuatro: «Ana Rosa Castillo… Juan Alegría Mundaca era mi cuñado, porque estaba casado con mi hermana Esmeralda Castillo. Efectivamente en el año 1979 empecé a pololear con él, y tuvimos relaciones sexuales poco tiempo después. […] En marzo o abril de 1982 regresé a Viña del Mar, a casa de mis padres… y en noviembre del mismo año estuve visitando durante un mes a mi cuñado en su casa en Población Miramar. Como mi hermana Esmeralda me acusó

con mi padre, este me obligó a irme a San Antonio, donde estaba el padre de mi guagua, y desde esa fecha no vi más a Juan Alegría».

La secuencia describía una orgía. Por primera vez lo veía claro, con una transparencia dolorosa. Una orgía de gentes pobres y humildes, unidos en un aquelarre de fuego donde reinaba la traición. Padrastros, hijos huachos, hermanas golosas y vengativas, madres despechadas.Y entre medio, alguien había estado allí para observarlos, identificarlos, seleccionarlos. Claro que sí. Era la pieza ausente de la prueba, porque Mauro había encabezado el operativo, confesado por qué y para qué se hacía, pero nunca había llegado a declarar quién, exactamente, había escogido a Alegría. Nadie nunca se lo preguntó tampoco, acaso porque no interesaba entonces. Los informes que Marconi tenía ante sí habían sido evacuados por la brigada, con la firma de un inspector de apellido Villarroel, e incluían diecisiete fotografías correspondientes al sitio del suceso, al cadáver de Alegría Mundaca y a las vestimentas que llevaba cuando fue descubierto. Rubricando el conjunto de las declaraciones, se señalaba la causa de la muerte: «Anemia aguda por hemorragia. Heridas cortantes de muñecas con sección vascular. Heridas de tipo suicida».

El abogado levantó la vista, se frotó los ojos que le ardían bajo el tubo fluorescente. Tendría que cambiar de lámpara, modernizarse. Revolvió papeles, se puso de pie, extrajo otro juego de archivadores desde el estante y regresó a sentarse. Buscaba un fósforo en el bosque. ¿Era esto lo que había venido a husmear su discípula? ¿Un rastro de pólvora seca entre las miles de páginas acumuladas por las compulsas? ¿Por eso había decidido dar vueltas con él hasta marearlo, para comprometerlo en la bacanal infinita? Despejó recriminaciones y se dio ánimo.Ya era tarde, casi en exceso, cuando lo descubrió entre los últimos folios de una de las muchas declaraciones de la viuda: «Estando yo viviendo con mi marido, estuvo viviendo en la casa un tipo alto, muy bien vestido, siempre andaba con ternos oscuros, el que llevó mi marido a vivir allí, yo nunca hablé con él, este andaba con maletín, a veces salía, otras oportunidades se quedaba en casa todos los días, este no dejaba que le hicieran la cama ni tampoco que le lavaran la ropa, este estuvo en mi casa como quince días y nunca

hablé con él, yo le buscaba conversación y no daba nombres ni contestaba, le pedí en una oportunidad que se fuera de la casa y así lo hizo, este desapareció un día de mi casa. Este estuvo viviendo el año anterior a la muerte de Luis Alberto. Un día que este no estaba, mi hija de doce años le trajinó unos papeles y vi unos pasajes que este tenía para Francia, retó a la niña y después de esto él se retiró de la casa».

Luego, la viuda se demoraba en la descripción de un sujeto de bigotes, pelo corto, alto, de un metro ochenta, de buenos modales y cierta elegancia, o lo que la viuda consideraba elegante a comienzos de esa década infame. Marconi tuvo ganas de correr para ir a mirarse al espejo, pero un súbito abatimiento se lo impidió. Pobre de mí, murmuró. Pobre de todos nosotros. Enseguida marcó la página y trazó un subrayado lateral, largo como un escalofrío.

Ahora es cuando debiera sonar el timbre del teléfono y sobresaltar a Marconi en medio de la noche vacía. Pero no ocurre nada de eso.Ya no es necesario. La incredulidad ha sido vencida por esta otra invención policial que escoge a Juan Alegría como autor de un crimen real y luego lo mata como a un perro en cumplimiento de las reglas dramáticas. La exigencia de un nuevo pacto quedaba cumplida con la arbitrariedad del procedimiento. O es lo que yo pensaba. Era el espíritu de la época el que dirigía las acciones, depositando en manos de Marconi el núcleo central de su alegato: no ya la falta de culpabilidad del acusado, su defendido, sino el monto de su inocencia.

Con esto la verosimilitud de su presentación ante el tribunal quedaba respaldada.Tenía pruebas, testigos, evidencias. Hacer justicia a los hombres era acabar con la ficción. No llegó a utilizar esas palabras, claro, pero fue lo que procuró demostrar durante las sesiones finales, solicitando ante la corte que la compensación fuera proporcional al daño infligido. Se mostró implacable e impecable en la argumentación, y el mismo día que el juez decretó el pago de la millonaria indemnización, Marconi se oyó dando la noticia a la viuda con una voz gastada por la victoria. Al cabo de veinte años de juicio, de pronto la muerte de Alegría adquiría la forma de una especulación financiera.

—Su marido ganó, la felicito —anunció por el teléfono, restándole todo crédito a su propia perseverancia. Imaginó a la doña con los ojos muy abiertos, llevándose una mano al pecho en la salita del comedor donde se habían encontrado infinidad de veces a lo largo del juicio, él siempre didáctico y ceremonioso, mientras ella resignaba la mirada hacia la bahía, sentada y con las manos tomadas sobre el mantel de plástico, aceptando sin chistar las esperanzas del abogado por sobre la miseria que se levantaba del cerro y se arremolinaba en torno al ángulo del ventanal.

—Venga a verme la próxima semana y le tendré todos los papeles para la firma —añadió Marconi.

—Ahhh, voy a tratar —se quejó ella—. Mis huesos apenas obedecen, sabe.

Él la animó y luego la viuda se deshizo en agradecimientos antes de colgar. El lunes siguiente se presentó en el despacho con la cartera sujeta como un hueso bajo el sobaco, sabiendo que el abogado la guiaría por bancos y notarías con la discreción acostumbrada. Sus honorarios quedaban asegurados.Allí terminaba su trabajo; allí empezaba otra vida para ella y una especie de muerte para él. Hacia adelante solo distinguía rumas, desniveles, junturas que no encajaban.

Acompañó a la viuda a la parada de buses hacia la costa y se despidieron con la seguridad de que no habría otra ocasión. Ella tomó asiento junto a una ventanilla, levantó un saludo y mientras el bus retrocedía Marconi vio pasar como en rápida secuencia la oscura trama de Alegría que se alejaba. La fortuna de los que pierden, pensó. Caminó de vuelta hasta el despacho y se detuvo en el camino para comer algo en las mesas del mercado. Deseaba ver un poco más allá, indagar lo que el término de esa ficción le deparaba. ¿No había sido ese el fondo de su alegato final en la corte? Nadie tenía derechos sobre la muerte de un semejante, y Juan Alegría había sido privado del suyo: saber por qué morimos y quién nos mata es lo único que nos hace humanos en este mundo, no la libertad de los periódicos ni el techo o el abrigo. Menos aún el trato en los colegios. El único derecho humano irreducible, diría Marconi en un arranque de entusiasmo teórico unos cuantos meses atrás, cuando se entretenía aleccionando a

su alumna con tesis novedosas, era el de la propia muerte. No había otro.

Miró hacia los lados, como si pudiera volver a verla y sin que le importara ya para quién o qué reportaba después de sus visitas. De todos modos, siempre habría alguien vigilando encima de él y listo para escabullirse; ese hombre sin nombre que había estado junto a Alegría para seleccionarlo entre muchos posibles seguiría allí, impertérrito, oculto entre los cientos de páginas de las compulsas; podía advertir su ominosa presencia en el anonimato callejero que lo rondaba, acechante, mientras él, Marconi, permanecía flechado y adolorido como nunca pensó estarlo a su edad, la edad del juicio. La ciudad se vaciaba alrededor, mecánica y rutinaria, desprovista de las expectativas que la presencia de la mujer no tan joven pero guapa había despertado, su alocada tristeza yendo al encuentro de un tesoro furtivo que él ni sospechaba poseer. Ahora todo aquello había terminado, junto con la certeza de haberse enamorado. Amor, se dijo; qué palabra sencilla y difícil. Él nunca la había pronunciado ante Rita, por respeto hacia ella, sin duda. Puede que ante nadie, en rigor. No quería lastimar a quienes quería.Y sin embargo, su aliento era lo único que podía levantarlo y hacerlo caminar de vuelta al despacho; lo único que quedaba en pie tras el juicio de Alegría y la insensatez que, en el vórtice de las atribuciones falsas, había llegado hasta el crimen del garrote vil.

Pero ¿y si no hubiese sido así? O más bien, ¿si el caso de Alegría hubiese sido una excepción a la regla, un procedimiento destinado a confirmar la necesidad de la ley? ¿Si los hechos en verdad se pertenecieran a ellos mismos, gratuitamente, y carecieran del patrón de organización que él les asignaba? ¿De dónde sacaba él, por ejemplo, que la conducta de su pupila debía llevar una dirección prefigurada por otros actos igualmente cargados de interés? ¿Eran todas ideas falsas las suyas? ¿Qué pasaría si nada hubiese sido como él lo imaginó desde un principio? ¿Si no hubiese propósito escondido ni trampa ni plan capaz de esconderlo a él mismo?

Las preguntas volaban sobre su cabeza como las mismas palomas que se agitaban a su paso. Se detuvo en medio de la plaza. Si solo

fuese real ese alumbramiento que había temblado entre sus manos un segundo y protegido de costado para que nunca se apagara… ¿Qué pasaría entonces?

Ahhh, esa sí que era una ficción. La ficción del amor que, ella sí, podía prescindir del timbre telefónico en medio de la noche para hacerse creíble. La única ficción que se bastaba con lo que era y no requería garantías de verosimilitud para poder existir. La única posible de vivir, se decía, ahora que regresaba al despacho con pasos largos y rotundos como si volviera de la muerte que había escogido.

La frase del día: atravesar la noche.

—Me voy —dijo Pilar desde la puerta del cuarto donde yo trabajaba con la mesa desbordada de papeles, revistas y anotaciones adosadas al archivador de las compulsas—. Nos vamos con los niños —agregó.

—Dónde —dije yo, girando hacia la puerta y sin levantarme de la silla.

—A la casa de los Marios, mientras andan de vacaciones —explicó ella.

—Ahhh, no sabía… ¿Cuándo?

—Este fin de semana.Así aprovechas de quedarte solo.

—Cuánto tiempo.

—Un mes y medio, dos, hasta que vuelvan de su viaje.

—¿Vas a cuidarles la casa?

—Esa es la idea. Puedes ir cuando quieras. Estás invitado.

—Gracias.

—Me llevo el auto —dijo.

—Claro —dije.

Hizo una pausa como si reconsiderara su determinación inicial.

—Deberías cuidarte y dejar de fumar —dijo.

—Cuando termine esto —prometí.

—Ah, es una novela póstuma —se mofó.

—¿Por qué?

—Las compulsas nunca se terminan —explicó—. Son copias, existen

por millones.

—Puede ser —contesté—. No lo había pensado.

Volví a mi trabajo,pero ella siguió parada junto a la puerta.

—No puedes seguir así —se lamentó, conclusiva—. Supongo que te das cuenta.

—Me doy cuenta —dije—. Pero voy a seguir hasta donde tenga que seguir.

Pilar movió la cabeza, no recuerdo si afirmativa o negativamente, como si calculara el tamaño de las frases recién dichas y ya sin amarras. Luego salió del escritorio y yo volví a los papeles.

Los peores momentos del matrimonio se parecen a los del comunismo en sus mejores días: por precario que sea el presente, la conquista del mañana mantiene en marcha la rueda de la historia. Un último esfuerzo de la moral es necesario: cerrar los ojos, mantener el rumbo, apretar bien la boca, desoír los cantos de sirena, demostrar entereza y capacidad de sacrificio… El matrimonio y el comunismo miran hacia el futuro y lo construyen día a día, confiados en que las tribulaciones del yo no son más que accidentes en el proceso de erradicación del deseo, ese terco apetito de la mercancía. El objeto del deseo puede variar: una frase bien hecha, un contrato millonario, las pestañas de una enfermera. El comunismo se interpone, ataja las provocaciones y corrige el rumbo.

Y todo esto para explicar que acepté a regañadientes la partida de Pilar por unos días o meses, confiado en la marcha inexorable de la historia.Acuérdate de que soy tu marido, le dije cuando ya se despedía. Cómo olvidarlo, dijo ella, respuesta que me sonó a reproche en el momento menos adecuado de la crisis, considerando que era ella la que se iba. No muy lejos, es cierto, porque los Marios vivían a diez minutos de la calle Reservoir, por lo que el distanciamiento no implicaba otra cosa que el enojoso hecho de tener que pasarse el fin de las vacaciones y parte del otoño atrapado en la ciudad. Aquello podía ser incluso benéfico, un descanso reparador en la larga marcha, de modo que no debía preocuparme. Lo inquietante era el precedente. Pilar se iba; es cierto que a la esquina del barrio vecino, pero igual se iba.Y esto es algo que no puede ocurrir; algo que debe ser evitado y

resistido de la manera más firme que cabe imaginar. Un escritor no puede ni debe quedarse solo.Así lo creía también Simenon. Cuando la mujer del escritor se va (o el hombre de la escritora, si se quiere, aunque no estoy seguro de que la circunstancia se aplique del mismo modo categórico en relación con el sexo opuesto: ellas responden mucho mejor al cambio en las reglas del juego), lo que sobreviene es la catástrofe. En un primerísimo instante inicial, y diría que de manera bastante frívola, la paz del héroe invade el recinto: he ahí un hombre solo con sus fantasmas, dispuesto a dar batalla por su soberanía imaginaria. Luego, en verdad, casi de inmediato, las dificultades cotidianas reducen sus ímpetus y hacen pasar su épica del lado opuesto de la separación. Ella es la razón de su ser; la musa de sus sueños y pesadillas, la inspiración y el control, la sustancia del frágil equilibrio que sostiene ese mundo de nada. Solo entonces él, el escritor, puede crear, hacer ficciones, contar historias. Por eso la mujer del escritor no puede irse, nunca. Si la mujer del escritor se va, a él lo único que le queda es transformarse en el escritor de las mujeres, de todas las mujeres con que se le aparece el nombre de su mujer, y que era un poco lo que me estaba sucediendo a mí.

Además, estaban los inconvenientes domésticos.Tropezar con las sartenes, no encontrar el lugar de las toallas, ignorar la clave del aire acondicionado. Pero uno se rehace, se arma de valor como quien dice. Por el momento, solo se trata de incidentes menores y perfectamente manejables mientras se acomoda a la nueva situación. Al octavo o décimo día, sin embargo, el escritor añora endemoniadamente a sus niños; dos semanas después, a su mujer; y al cabo de un mes, el aire de su familia ausente ocupa ya toda la circunferencia de su alma medio aturdida. En qué habré estado pensando, se dice, observando con aspereza el calendario que se resiste a ir deprisa. Habla repetidamente con su mujer a través del teléfono. Ahora, sin embargo, él es solo uno más en la larga lista de llamadas que ella atiende con premura. Perdona, tengo que cortarte, dice Pilar. Él insiste media hora después y pide hablar esta vez con sus hijos, pero ellos están viendo la televisión en el plasma de los Marios y no desean ser interrumpidos. Tres semanas ya es demasiado. No lo soporta. Piensa en ellos todo el

tiempo, a cada pesado minuto de la noche y a primera hora del alba cuando despierta, como si un pájaro lo arrancara del sueño para escupirle en la cara la vida masticada y deshecha.

Al término del primer mes tiene los nervios rotos y decide visitar a su familia en la piscina de los Marios una calurosa tarde de agosto. Es sábado y con fingida indolencia echa al bolso un traje de baño y un libro. Simulará pasar de casualidad a refrescarse y tomarse unas copas. Su sorpresa es mayor cuando encuentra a Pilar rodeada de amigos y conocidos que apenas se dignan a saludarlo. Hola, escritor, le dicen. Lo han olvidado por completo, o han decidido castigar al eterno marido, centrando toda la atención en Pilar. No lo sabe por ahora. Él los mira de refilón.Todos ríen y conversan. Otros chapucean en el agua. Cuando él hace un comentario, se hace un silencio amargo y lo quedan mirando como a una cucaracha. Ahora entiende: ha quedado expuesto en su inutilidad. En qué habré estado pensando todo este tiempo, se repite muy adentro para que no lo oigan.Y tuerce el gesto cuando Pilar le pide quedarse esa noche con los niños, aprovechando que ha venido a hacerles compañía.Tiene que decidirse luego, o ella avisará a la señora Sonia para que acuda en su reemplazo.Adelantándose a cualquier decisión, los niños vienen a abrazarlo, felices de tenerlo otra vez cerca, aunque sea por una noche. A ella la han invitado a salir. Cómo. Dónde. Quién.Amigos, dice Pilar, restándole toda importancia.Y vuelven las risas de los invitados y las caras vueltas hacia ella como si se tratara de una mandarina que cuelga del árbol del bien y del mal. La adoran, los babosos, y él se resigna a ser un padre responsable que cuida obedientemente de sus hijos. Puede que ese sea su destino en el no-destino que le ha tocado: vivir solo y apegado a sus hijos. Como Edipo. Por suerte trajo un libro para distraerse, porque los Marios solo tienen historias del petróleo y catálogos de viajes en los estantes, después de veinticinco años de sacar cuentas en la burocracia internacional y obtener al fin una jubilación plena a los cincuenta y cinco para poder remolonear tranquilos por el mundo. Buenos amigos, los Marios; ella un poco loca, pero él todo un caballero con colecciones de arte abstracto en las paredes. Pilar viene bajando las escaleras y le da un beso en la mejilla

antes de salir. Se ve preciosa. El talle estrecho, barrido por un vestido de una pieza y sujeto de un cierre largo que baja por sus espaldas, dejando a la vista una estructura ósea bien concebida, con el pelo suelto y los labios humedecidos a propósito. Parece una italiana a punto de zambullirse en los brazos de un millonario. Pero con quién. Dónde. Cuándo. Tírate en el sofá, hay unas mantas en el clóset de arriba, dice ella, y sale. Mañana tomamos desayuno todos juntos, con los niños, anuncia. Él confirma con la cabeza. Gracias. ¿Por qué dice gracias, si es él quien presta sus servicios para que ella salga? ¿Por qué no cruza el pasillo y sale ya mismo de allí? Un dolor agudo, penetrante, lo inmoviliza. Ha logrado expulsar de su vida a la mujer que ama, se dice; la madre de todas las infidelidades. Oye de pronto la puerta de calle que se cierra. Recapacita. Se queda rumiando la derrota. Masca el ruido de un motor que se aleja con el acelerador enfiestado. Imagina sentado al volante a un tipo de polera amarilla y lentes oscuros en un descapotable, los vellos del brazo brillantes bajo los focos y la velocidad. La vida pop. Se para detrás del cristal de la mampara corrediza que da hacia la piscina de los Marios y observa la luz sumergida de los focos en el agua. Su cara es una máscara que vacila sobre las ondulaciones de la superficie. Una sombra quiebra el perfil de su vigilia, a la altura de la frente. La imagen de un cuerpo que flota inerte cruza su recuerdo. No es más que un instante que se desvanece. Oye a los niños jugar arriba. Recorre con la mirada el espacio entre el living y las escaleras, con su despliegue de minimalismo encajonado, formas gélidas, colores disecados en la abstracción de los muros.Vida pop y arte abstracto, resume. Buenos amigos, los Marios. Excelente matrimonio. Cómo se las arreglarán.Y vuelve a pensar en su padre, que era comunista y aun así se quedó solo. Piensa y repiensa. ¿Por qué? Ya quisiera él ser comunista también, y no estar tan confundido ni llevar el corazón estrujado.

Supongo que este debería ser el momento más interesante de lo que llevo escrito. El curso de la trama parece perdido entre las páginas y no se sabe qué ocurrirá hacia adelante. Es un instante de suspensión e ignorancia total, el más riesgoso de todos. El relato es una especie de

red que flojea y vacila por el exceso de peso, mientras un fósforo se quema en la punta de los dedos.Algo así ocurría en la soledad de la calle Reservoir, con la salvedad de que esto no era una novela. Tampoco una pipa. No sé lo que es, siendo sinceros: una nota a pie de página, un Diario secreto, un salpicado de apuntes, una Relación de Conquista y Vida Útil en D.C.…

No estaba nada claro, y el momento era delicado. Lo llamaré el momento Dora para diferenciarlo del siguiente, que es el momento Blanco. El momento Dora se hizo tangible un par de semanas después de haber pasado la noche donde los Mario, cuando los plazos que la propia Pilar había decretado se volvieron improbables.

—Tengo buenas noticias —dijo ella por el teléfono—. Nos vamos a quedar aquí un tiempo más.

—¿Qué pasó con los dueños de casa? —quise saber.

—Es por ellos —explicó Pilar—.Ya sabes cómo es el trabajo de Marios; le salió una asesoría del banco en alguno de estos países del Asia, no me acuerdo cuál, pero van a estar fuera dos o tres meses más, hasta que termine su contrato. Me pidió que nos quedáramos.

—¿Y yo?

—Puedes seguir en la casa.

—Qué buena noticia —dije.

—Debería alegrarte —apuntó ella.

—Claro.

—Aprovecha —dijo.

—¿Qué cosa?

—La tranquilidad, la soledad, lo que sea que necesites.

—Si hay algo que *no* necesito es soledad. Incluso está contraindicado.

—Termina lo que estás haciendo, entonces. Tómate tu tiempo.

—Voy a ver —dije—. Quizás el problema sea al revés.

—Le pedí a Sonia que te ayudara los días de semana —dijo ella, evitando abundar en el tema.

—Está bien, gracias —dije.

Nos despedimos. Pensé que Pilar hacía lo correcto al imponer esa distancia. Por paradójico que parezca, la mayor parte de la gente que

ha dejado de creer en el matrimonio nunca se separa y es capaz de perseverar durante años por muy hostigosa que resulte la convivencia. Justamente porque han dejado de creer, ya no se separan más. De modo que ella todavía creía. O al menos es lo que yo quería creer. La ruptura era signo de esperanza. Solo quienes creen, y por lo mismo se separan y vuelven a intentarlo una y otra vez como una flecha lanzada al mar, son capaces de dar batalla por el amor conyugal. El terror al quiebre, en cambio, solo podía significar cobardía y egoísmo.Antes morir que volver al extenuante desgarro de una pasión. ¿Era esto lo que intentaba evitar? ¿Ahuyentar los dolores de tripa? Pero si esto era así, y aun cuando no lo fuera, ¿podía decirme con firmeza de propósitos que creía en ella tanto como en mí? ¿Creía en algo todavía? ¿Creía en lo que escribía? ¿Para qué escribir si no parecía haber nada sustantivo en mí ni en los otros que valiese la pena recuperar y completar? Calma, tranquilo, no se agite. Calma. Escribe. Se trata solo de preguntas aguantadas en la boca de la edad madura. Del otro lado de este aturdimiento y rigidez inconfesables, la vida útil espera por ti. Es lo que me decía fumando bajo el dintel de la cocina, con la puerta abierta para evitar el encendido de las alarmas.

Fue entonces cuando descubrí a Dora agazapada detrás del vidrio, sobre el costado externo.

Era casi de noche, una hora avanzada de la tarde en cualquier caso, un dato importante a retener considerando que Dora volvería a presentarse al día siguiente, y luego al siguiente y así durante los días y semanas que siguieron al hallazgo, siempre puntual y perfecta, delicada y trágica como una luciérnaga. No me gustan los bichos ni las arañas, pero Dora era peculiar: a eso de las siete emergía del tubo de la canaleta y aprovechaba las sombras de la luz eléctrica en la terraza para desplegarse sobre el rincón superior derecho de la ventana. Pasaban unos minutos en los cuales ella iba y volvía del agujero, asegurándose de que el territorio siguiera a salvo de intrusos, y luego escupía la seda, unos hilos finísimos que buscaban agarre en la parte inferior del marco y terminaban anclados en los bordes exteriores, dibujando una trama ligera pero insólitamente firme. Consulté un sitio de arañas en internet, pero la explicación y las fotos resultaron pálidas

referencias ante la hipnótica operación que se llevaba a cabo enseguida: Dora deslizaba su pequeño cuerpo a lo largo de los hilos de seda utilizando sus ocho patas en un ejercicio de equilibrio prodigioso, con su veneno bien almacenado bajo la quijada y cuatro pares de ojos diminutos que espiaban el entorno, ocupando enseguida un centro imaginario en la tela para materializar desde allí el núcleo de la red. Hilaba a una velocidad envidiable, a lo Simenon, sin dejar de escupir motas de seda que iba tejiendo en círculos, desde el centro hacia fuera, proyectando una red que ampliaba su circunferencia hasta ocupar prácticamente todo el cuadrado de la ventana. La operación se realizaba durante unos veinte o treinta minutos en total, al cabo de los cuales Dora tomaba un pequeño descanso y acurrucaba el cuerpo al centro de la tela. Qué hacía entonces, no puedo saberlo. Soñaba con manjares, pensaba en sus hijos, se felicitaba a sí misma por la casa propia tan bien diseñada y mejor ejecutada. De lo que sí puedo dar fe era del alivio que yo sentía al poder centrar la atención en algo distinto del drama propio. Dora era mi compañía. Estoy tentado de decir mi maestra, pero sería cargar demasiado las responsabilidades. Me fascinaba mirarla. La noche descendía sobre la terraza y el ligero viento del otoño sacudía la tela sin estropearla, como si acariciara el manto de seda y se dejara envolver por ella. El componente sádico de la naturaleza daba término al espectáculo cuando la casa de Dora se transformaba en una trampa mortal. Un mosco desprevenido se incrustaba de pronto en algún sector de la red y luego se debatía, aleteando enloquecido. En ocasiones, Dora esperaba a que el bicho fatigara su sobrevida y solo entonces, percibiéndolo vencido, se abalanzaba sobre la presa y con habilidad sorprendente cubría su cuerpo y amortajaba su resistencia con nuevos escupos de seda. En cuestión de segundos la inmovilidad de la víctima quedaba asegurada. Otras veces, el revuelo de la tela daba aviso de la presencia de una presa mayor, por lo que Dora se precipitaba de inmediato sobre ella para evitar daños irreparables al tejido. Cuidaba su casa como una dama, y por muy superior que pareciera en fuerza y tamaño, el intruso nunca ganaba. Dora parecía invencible en el combate cuerpo a cuerpo, y su viveza para trabar al enemigo y amordazarlo era incontestable. Al

cabo de una jornada de caza, que podía extenderse hasta las diez u once de la noche, la red de Dora era un dibujo roto, una especie de vestido estragado por el viento y perforado por pequeños bultos blanquecinos, recubiertos de saliva a la espera de ser devorados.

Un estremecimiento solía acompañar mi despedida, cuando apagaba la luz de la terraza y subía al dormitorio, como si el espectáculo cotidiano de Dora me sumiera en mi propia tela de araña.

Entre un Edipo y otro, entre el Edipo maduro que es rey y el Edipo que es viejo y ciego en su exilio en Colona, lo que hay es tiempo. No sabemos o se han perdido las obras que hablan de su devenir en el extranjero, y solo queda imaginar el tiempo inevitable de su peripecia como un cumplimiento trágico del destino. La tragedia y el destino consisten justamente en el paso del tiempo que se cierra sobre el héroe a cada momento. Lo más que le queda es elegir su tumba como la marca de una autoridad desfalleciente. Su inmortalidad está asegurada en la falta de futuro, por decirlo de alguna manera.

Refiero esto no para enaltecer mi circunstancia, sino para que se entienda el transcurso del tiempo una vez que me quedé solo en la casa de la calle Reservoir, y lo que sucedió después. Mi sensación más recurrente e incómoda entonces era la clausura personal en un tiempo ido. Había recuperado mis rutinas en la universidad, recibía a los niños después del mediodía, me ocupaba de ellos hasta que la señora Sonia se los llevaba donde los Marios, y luego volvía a mis asuntos con serenidad de veterano. Una vida sencilla, monástica hasta cierto punto. Mis recreos eran esporádicos, las distracciones nada espectaculares, y el fútbol español que pasaban por el cable cada vez menos competitivo. Lo único que mantenía en pie la expectativa eran las clases de inglés que Joy me daba.

Nuestro trato era idiomático, al menos en origen: a través de un aviso electrónico en la lista de Craig, había leído que ella necesitaba practicar español por razones de trabajo, de modo que le propuse un canje que resolviera mis propias dificultades. Ella me hablaría en castellano y yo en inglés, a ver qué salía. Nos reuníamos en un bar cerca de Dupont, y practicábamos. Luego, con el tiempo, un mínimo

de justicia poética me llevó a pagar los consumos de forma regular, ya que Joy era de una belleza escandalosa para los mustios parámetros de la ciudad, donde los vestidos color pastel y las rubias hinchadas eran la norma de los gimnasios. Antes de cumplir veinticinco años, Joy se había casado y separado enseguida, y ahora cursaba un MBA en periodismo mientras cubría el Congreso para una cadena local. Solía llegar adelantada al bar del hotel, un sitio conveniente para los dos y que concordamos para un horario de tarde los martes y jueves. La clase consistía en hablar, así que hablábamos todo el rato, nos contábamos mentiras de nosotros mismos y de los otros, ella en español y yo en inglés, y nos corregíamos mutuamente, ella en inglés y yo en español, de modo que después de sesenta minutos pasados en ese trance lo que quedaba era una revoltura de preposiciones mal encajadas de mi parte y géneros invertidos por parte de ella. Pero nos queríamos a través del error, y esa creciente fraternidad nos fue impulsando a una mayor confidencia hasta llegar a las puertas de una intimidad que había que alejar con esfuerzo para no arruinar el convenio.

Los ojos pardos de Joy me atajaban a la entrada de esa tierra prometida, y yo obedecía, retenía su amistad sin necesidad de incursionar más allá, admirado y de alguna forma también agradecido por su madurez de estilo para tratar con la falta de futuro que representaba un eventual romance entre los dos. De las muchas cosas que llegamos a confesarnos y decirnos, Joy calló escrupulosamente cualquier referencia al afecto que nos iba igualando sin llegar a tocarnos, en parte por afán pedagógico y en parte por incomodidad cultural. Ella no quería dejar en la cama el curso de idiomas que había iniciado con relativo éxito, al menos no de momento y menos con hombres casados y con hijos.Yo sabía de cientos de mujeres que buscaban hispanos en los campus para aprender una dimensión más secreta de la lengua, pero Joy no improvisaba al respecto. Ella pertenecía a la era del post sexo: cuidaba su cuerpo como una selva fría que exhibe con gesto declamativo sus trofeos y proezas, un andamiaje de músculos, piel brillante y vaporosa naturalidad gestual esculpidas más por espíritu deportivo que por frivolidad juvenil,

dedicada durante horas a trabajar la cintura, el cuello, los tendones de las piernas, las espaldas y los pectorales como artefactos dramáticos de una belleza sin uso, lustrosa e intocable.

Tchüz-mi, decía, y la boca, fina y de labios curtidos, dibujaba una pequeña flauta con el extremo abierto bajo la nariz recta para que la imitara. Como si fumara del cabo de una pipa un tabaco peligroso.

Me tentaba, la bribona. Era irresistible y pavorosa, pero no había mejor profesora de inglés que Joy entre las muchas que yo había ensayado. Esto último puede parecer extraño leído así, en medio de ninguna parte, pero es la verdad. El inglés para mí era sinónimo de mujeres desde la escuela primaria, y a lo largo de una vida las había tenido en tan gran número y bajo condiciones tan diferentes, que ya podía doctorarme en profesoras más que en el idioma mismo. Presenciales o a distancia, en lecciones particulares o colectivas, las maestras invariablemente terminaban siendo mis amigas al concluir las muchas clases y cursos que yo había tomado, sin que nada indecoroso hubiese sucedido entretanto. Solo risas, distracciones, alguna que otra confesión o rubor deslizado al completar la lección. Las coqueterías de Miss Rincón en los paseos del colegio, Katy y sus mejillas con hoyuelos en la universidad, el paladar incansable de Lorrie, la lengua rasposa de Miss Elizabeth en los cursos impartidos en el Instituto Norteamericano en Santiago, y el remoto timbre de seducción que una enigmática Laura Miller aplicaba en sus clases por internet desde algún lugar de Europa, me habían convencido de que mis aspiraciones por dominar una segunda lengua corrían parejas a la diversión que despertaba en las profesoras.

Joy era, desde esta perspectiva, un golpe a la cátedra. El erotismo de los corazones no la tocaba, y menos el de los cuerpos. Ella seguía una línea autónoma y parecía bastarse a sí misma; había alcanzado la edad viril que en mi caso se había ido reduciendo hasta casi desaparecer bajo las muchas dificultades que yo estaba encontrando en el matrimonio. A diferencia de otras experiencias, sus clases de inglés estaban hechas para aprender. Me refiero a sacar lecciones de ella misma, por supuesto, ya que de eso trataban siempre los cursos de inglés: aprender de las mujeres. Joy había alcanzado la serenidad de

juicio, y eso la distinguía. Era una mujer con su edad viril bien puesta, y esta característica mordía, atrincaba, urgía.Yo era lo que ella deseaba lograr en la vida, en términos generales, pero había un desequilibrio notorio entre su apetitosa soltería y mi empeño en rebajar el nivel del debate, por así decirlo, porque su buena disposición a formar familia e hijos no importaba a qué precio, que eso era la edad viril, contrastaba con la condición de hombre casado y constituido que escurría fuera de mi vida en Washington.

—*Tchüz-mi* —decía—, *no Tœtch-mi.*

Joy corregía mi lamentable pronunciación con los labios separados en una boquilla, pero en ningún caso para jugar a las escondidas. Que la escogiera, no que la tocara, decía Joy. Que fuera hombrecito y remontara la edad viril era lo que declamaba con insistencia mi profesora y alumna.

Las reuniones presenciales habían mermado con el correr del tiempo y ahora nos hablábamos por el correo para practicar nuestras aptitudes escritas. De vez en cuando salíamos a tomar unas cervezas y luego nos despedíamos antes de las once, debido a sus despachos mañaneros. Nada demasiado intenso, ahora que lo pienso. Pero constante.Volvía entonces a la calle Reservoir y me distraía con las noticias en internet y contestaba los correos electrónicos que raleaban en la bandeja de entrada. Por alguna razón, las noticias de Chile eran siempre preocupantes. Algunas parejas amigas se separaban, gente querida se dormía y no volvía a despertar, llegaban brevísimos mensajes funerarios sobre hombres y mujeres que ya no volvería a ver más. Era fácil darse cuenta de que mi mundo conocido desaparecía con el paso de los meses y años sin que nada nuevo llegara a reemplazarlo.

Realmente no sabía en qué podía terminar todo aquello la tarde que llamaron desde Santiago para saber si me interesaría asistir a una conferencia con ocasión del Bicentenario. Me puse en guardia, como ante un salvavidas relleno de plomo. No tengo plata; lo siento mucho, dije. Acá estamos en recesión. Lo estamos invitando, señor, aclaró la voz. Son cinco días, y está considerado un pago de honorarios. ¿Incluye pasaje y estadía?, pregunté. Por supuesto, respondieron.

Acepto, dije sin pensarlo más. Qué tengo que hacer. Nos interesa su aporte como chileno fuera de Chile, explicó mi anfitrión. Ah, muy bien, dije, hay mucho paño que cortar al respecto. Es solo una charla, un seminario, aclaró él de inmediato. Tengo experiencia, dije. Aquí doy muchas charlas. Eso nos dijeron, dijo la voz, ¿tenemos su acuerdo entonces? Claro, por supuesto, confirmé. Perfecto, vamos a proceder entonces, concluyó el funcionario del otro lado; volveremos a llamarlo en unas semanas para arreglar los detalles. Enseguida colgaron.

Quedé perturbado, no lo voy a negar.Tuve la sensación de asomarme a un campo minado, o poco menos. ¿Sería una broma de la Guarida del NO? Imposible, el tipo había dejado un teléfono y rápidamente confirmé la procedencia. Qué hacer, entonces. Todas las ansiedades acumuladas en la calle Reservoir resurgían de pronto y me asaltaban en medio de una excitación casi febril. Rebobinaba la partida, las cosas dichas y los conflictos que habían estallado a distancia, remotos e insondables, alimentando el recelo ante la tierra lejana. Ir de visita, llegar sin anunciarse, era más de lo que podía aspirar residiendo en D.C., la ciudad de los espías finalmente. No debía desaprovechar la oportunidad. Había que prepararse. Clarificar las ideas. Leer mucho. Releer todo, en verdad. Decidí tomar un curso acelerado de literatura chilena para que no me pillaran volando bajo. El tiempo apremiaba. Empezaría a tejer la tela ya mismo. El ejemplo de Dora me animaba. Un frenesí nuevo me envolvió.Vengan, necesito de ustedes, voceé en la casa vacía mientras rebuscaba cajas y luces en el orden de los estantes. Había que comenzar desde el principio, aprovechando que el clima comenzaba a enfriar: Ercilla y Zúñiga, Blest Gana,Vidas mínimas, hijo de doctor, furias y penas, lugares sin límites, piezas oscuras, mujeres locas, gente en paracaídas… Ahhh, *pérfido amor tirano, ¿qué provecho piensas sacar de mi desasosiego?* Era como asomarse al período azul. Leía de la mañana a la noche, aprovechando cada minuto libre, con un sándwich de queso a mediodía y litros de cerveza almacenados en el refrigerador, entregado a una especie de incontinencia volitiva, puro ardor y desesperación, yendo cual ratón de biblioteca hacia el living de la casa y de vuelta a la universidad con nuevos y más fervorosos planes para

cazar al gato.A veces me paraba a recitar una frase atrapada en la cabeza como una idea fija: «Hache flotaba a la deriva en la ciudad desierta». ¿Qué habrá sido de él? Olvidado en un rincón, con toda seguridad. Un rumor de caídas se precipitaba en cámara lenta, sacudiendo las distancias. Era pavoroso mirar atrás y sumergirse en la amplitud del pasado, ir hacia abajo de peldaño en peldaño hasta perderse de vista. Recordar, repetir, reelaborar… Las tres erres del doctor Freud se ajustaban como un verbo al duelo que yo cargaba. Porque este era un trabajo de duelo, de eso ya no me cabía duda. Revisaba, leía y anotaba mientras Dora tejía sus filigranas milagrosas al contraluz, del otro lado de la ventana.

Un cierto espíritu de superación acompañaba el impulso del reencuentro. Quería mostrarme seguro, e inventé enigmas didácticos, acertijos retóricos para someter a prueba mis habilidades. ¿Qué sabe del Cristo del Elqui? Mucho, fue un señor de barba larga que enseñaba en los campos del sur después de atravesar el desierto del norte. ¿Quién es Pompier? Un insulto, una máscara, el amigo de un amigo. ¿Qué habían hecho los maestros del hambre durante los días de la rendición incondicional? Se borraron el nombre. Se tajearon la cara. Se cortaron las venas en la tina del baño. ¿Qué es la literatura chilena? Una parodia. ¿Esa es su respuesta definitiva? Sí, la literatura chilena es como la sonrisa del gato de Cheshire, y suelta una risa judía cuando está en problemas.Y usted ¿quién es? Un escritor chileno. ¿Es judío? Bueno, mire usted, cuando estoy en Chile soy judío, cuando estoy fuera de Chile soy chileno, y cuando no quiero contestar digo que soy hijo de un conde polaco venido a menos. Muy bien. Última pregunta: puede rechazarla o aceptarla, arriesgándolo todo y doblando la apuesta, ¿qué me dice? Acepto. Aquí va: ¿qué razón tiene para decirnos la verdad y nada más que la verdad? Estoy en contra del secreto profesional.Excelente,correcta la respuesta. Lo felicito.Aquí tiene sus honorarios.Vuelva el próximo año.

Era divertido, pero a veces parecía la risa de un condenado a vagar en los extramuros. Ridículo por donde lo mirara, porque yo no tenía casa en la literatura chilena, nunca la había tenido, y sin embargo insistía en mi derecho a entrar, como si la invitación autorizara la

impostura. Quizá tenía miedo a morir lejos de Chile, pero de todo ello quedaba una inquietud que me picaba más que el mito: cuánta patria, cuánto hogar necesita un ser humano para estar en el mundo. Es lo que se preguntaba el libro que me había traído López Alfonso desde España.Y el libro respondía: mucha, toda cuanta pueda acumular alguien que vive de las palabras, se alimenta de los gestos y las voces que rodean la vida de su pasado, respira el aire de su infancia que revolotea entre los parques y cruza las esquinas de su viejo presente. Quien no tiene patria ni hogar difícilmente puede prescindir de una casa; no puede darse el lujo del filósofo que predica la destrucción, precisamente porque cuenta con la seguridad de no ser destruido. Solo es libre de destruir quien cuenta con la garantía de un hogar, decía el libro que López Alfonso había traído de España. La intemperie era para los muy ricos o los muy pobres, y en último caso para los creyentes. Por eso también, y contra lo que ella misma pensaba, Pilar estaba mucho mejor preparada para situarse donde cayera la noche, a pesar de no haber vivido nunca fuera; contaba para ello con la seguridad y la confianza de haber sido educada en la vena de la tribu, firme ejecutora de una estructura sólidamente arraigada en la pata familiar.

Mi situación era muy diferente, y el resultado quedaba a la vista. La añoranza, decía el libro, o era López Alfonso quien me lo había dicho en una de nuestras caóticas conversaciones en Dupont, la genuina añoranza de patria no se traducía en un compadecimiento y lamento cursi, sino en autodestrucción. Consistía, sencillamente, en desmantelar el pasado parte por parte, pieza a pieza, hasta pulverizarlo por completo, todo lo cual no podía realizarse sin desprecio y un sentimiento de rechazo hacia todo lo que yacía perdido en uno mismo.

Pero había un último trago al fondo de la botella, porque si el exilio y la emigración habían sido para mí vivencias tempranas, todavía más importante y definitiva había sido la experiencia de volver. Entre todos los acontecimientos que rodean y animan la vida de un exiliado, o mejor aún la de un inmigrante, el acto de volver constituye, lejos, el más relevante, el evento decisivo en su vida de paso, a una distancia

sideral de la partida con su arbitraria contingencia, su causa eficiente y perecible. Por eso entre irse y volver hay que elegir lo primero. Irse es desarmar, aprender todo de nuevo, cada vez, sin que importe si el resultado te sitúa o te aleja en relación con los demás.Volver, en cambio, siempre es peligroso.Volver es corregir y corregirse, darse una misión o ajustar cuentas de forma abusiva.Yo había vuelto a Chile más veces de las que me había ido, en una palabra, y esa era la identidad de mi no-destino.

¿Qué era regresar sino quedarse solo, además? En el regreso no hay alianzas que trabajen a tu favor. La tierra se mueve bajo tus pies con vagas y siniestras intenciones. Te acechan las lombrices solitarias. Dejaste de ser en las casas que te acogen. Ni siquiera reconoces tu caligrafía cuando firmas un poder para que te representen dignamente.Te quejas y dejas de quejarte, porque ahora entiendes que estás lejos de donde saliste y cada vez más cerca del mito que te consuela y es tu única casa.

La primera nieve de diciembre caía sobre la terraza cuando levanté la cabeza. Miré en torno: un color azul claro iba cubriendo el paisaje sobre los techos y las ramas de los árboles con una cadencia sostenida. Parecía que el tiempo no hubiese transcurrido alrededor, o bien ya lo hubiera hecho sin tocarme siquiera. Como si el tiempo con sus medidas e intervalos se extendiese ahora en un vasto movimiento sin límites. Como si el tiempo se hubiese acabado, pensé, porque también Dora se había ido y no volvería hasta la primavera siguiente.

Una de esas noches tuve un sueño que me apuré en anotar en el cuaderno. Por algún motivo impreciso estaba en Valparaíso, caminaba por las calles del plano y me topaba con Bolaño tal como lo recordaba en persona —alegre, dicharachero, malicioso—. Una extrañeza profunda me inundaba por el hecho de encontrarlo allí, vivo. Eran su cara y expresión reales las que encontraba, no un fantasma ni nada parecido a un espíritu. ¿No estabas muerto?, le preguntaba. Tengo que contarte un montón de cosas, contestaba él, y su actitud era la de alguien que había cometido una pequeña maldad. Luego caminábamos por el plano y cada vez me sorprendía menos que no estuviese

efectivamente muerto, sino al contrario. Parecía más activo y saludable a medida que hablábamos. Por instantes era magnífico volver a tenerlo cerca y bromear juntos. Me sacudía al interior del sueño y volvía a quedarme dormido, como si cayera en un espejo que reproducía la perspectiva mientras más me hundía en su reflejo.Volvía a despertar y caer, pero siempre dentro del sueño, y enseguida me encontraba como en una segunda parte, si puede decirse, pero esta vez no estaba Bolaño y el lugar tampoco era Valparaíso. Había un pasaje sin muros como el que suele formarse en los sueños, y al salir de él algún signo externo me indicaba que estaba en Santiago, no sé bien dónde, pero sí que se trataba de un bar donde se habían reunido sus amigos de Barcelona. Mi sorpresa entonces se transformaba en apuro. ¿Sabían que Bolaño no está muerto?, les digo con premura para que sepan la noticia que acabo de conocer. Uno de ellos, creo que López Alfonso, me mira desconcertado. Es un secreto, insisto. Hay muy poca gente que lo sabe, pero se hizo el muerto para poder seguir escribiendo. ¿No es extraordinario? Me lo dijo él mismo hace solo un momento. Ellos asienten. Hay una calma total en sus gestos, como si se tratara de un cuerpo de guardia a la entrada de un desierto, y solo entonces me doy cuenta de que ellos están en el secreto desde mucho antes, pero yo no lo sabía. Recién ahora me alcanza la falsa noticia de su muerte, y ellos me invitan a tomar asiento. Me cubro la cara. Una sensación de alivio me invade, pero igual estoy exhausto cuando despierto.

Traté de sumergirme otra vez en el sueño, pero sin éxito. Ya se había ido, y al día siguiente me pareció que algunas imágenes sueltas echaban raíces en el recuerdo. Quizá los preparativos de un eventual viaje a Chile incidían, pero tenía la impresión de que las paralelas de Santiago y la calle Reservoir se reunían al fin en la línea de fondo de mi caída. Incluso releí algunos libros de Bolaño, pero de una manera distinta, profesional si se quiere, ya sin las interferencias biográficas. Y recordé que Pilar había sido la primera en poner en mis manos su *Estrella distante*, en un viaje a Cuba que habíamos hecho en los años noventa, antes de conocerlo en Santiago. Recorríamos la isla de un extremo a otro, viendo amaneceres en el trópico y policías y delatores

que hormigueaban en los bares, mientras el arte de Wieder surcaba los cielos enfermos. El libro me había entusiasmado desde el primer párrafo. ¿De dónde salió este tipo?, le pregunté a Pilar una noche bajo la luz del velador, en una choza que habíamos alquilado a unos campesinos cerca de Trinidad. Frank me lo recomendó, dijo ella. Bueno, ¿no? Vive en España. Más que bueno, repliqué. Bueno, nuevo y también necesario. ¿Están pensando invitarlo a Chile? Sí, dijo ella. La idea es que alguien venga a hablar de literatura. Entonces la respuesta de Pilar me había sonado un lugar común, pero ahora la frase se cargaba con el paso del tiempo. Sí, Bolaño había venido a hablar de literatura, y a decir que se moría.

Nevaba en Washington. Nevaba y siguió nevando sin descanso durante tres días con sus noches hasta que un enorme manto de quietud cubrió las calles y los bosques como una fortaleza blanca e impenetrable. Una insonoridad total reinaba tras la tormenta. Las conexiones de internet habían dejado de funcionar y me dediqué a seguir por televisión los informes meteorológicos donde un sujeto agitaba los brazos sobre el mapa del Atlántico y advertía del cierre de aeropuertos y rutas de salida de la ciudad. Llamé donde los Marios. La situación allí estaba controlada. Los niños se divertían con un muro de nieve caída en el patio. Habían modificado una tabla de playa para construir una especie de trineo y deslizarse cuesta abajo. Cómo está la casa, preguntó Pilar. Bien, dije. Un poco desangelada, pero sin novedades. Qué dicen los niños, pregunté. *Midlife crisis*, dijo ella. Dicen que estás en una *midlife crisis*. Me reí. Ojalá estuviera solo en la mitad, comenté. No te preocupes, lo llevan bien, agregó ella. Luego nos despedimos.

Desde la terraza de Reservoir, el resplandor de la luz conmovía la espesura del paisaje. La ciudad era otra en la nevada, suspendida e inmóvil como una gran caja blanca abandonada en el bosque. Nunca antes me había parecido tan bella, atrapada entre las quebradas y rotondas, alzada cual inocente refugio alpino en el silencio de la luz. No sería mala idea dejarse ir por sus calles como el primer día; flotar incauto entre otros viajeros que llegaban por semanas o meses y terminaban como los Marios, instalados durante décadas en algún

barrio de las afueras, sin llegar nunca a dominar ni conocer por completo sus meandros y secretos. Una ciudad de pasajeros que trotaban del día a la noche y dejaban sus vidas flotar como corchos al costado del río, pensé, con gentes venidas de muchas partes y que algún día partirían con la resbalosa sensación de no haberla comprendido del todo, escamoteada detrás de los opresivos edificios federales, los paseos turísticos y las agencias de la burocracia mundial donde Mario había encontrado su jubilación anticipada como una jaula del arte abstracto.

Una vida tranquila, más sabia que estimulante, se abría paso al alcance de la mano, aun considerando los ritmos exasperantemente parsimoniosos de la ciudad, como si se tratara de un set de televisión donde el apuro fuera ejecutado con extraordinaria lentitud. Una ciudad despersonalizada a propósito, pensé. De forma permanente me cruzaba con rostros perplejos, idos, delatando cierto extravío bajo rasgos marcadamente foráneos. Qué hago aquí, qué sentido tiene todo esto, parecían preguntar en medio de los paseos de ciclovía y caminos en el bosque.Afganos, eslovacos, bolivianos… No solo las rutas de evacuación señaladas en las esquinas y el constante tráfico de aviones daban que pensar, por otra parte. La misma disposición del tiempo libre transmitía la idea del archivo y del final. El Museo del Retrato, la Biblioteca del Congreso, el Archivo Nacional, el Museo de Historia Americana, el Museo del Espacio y la Tecnología, el Museo de Historia Natural, el Museo Afro-Americano, el Museo Indoamericano, el Museo de la Prensa, el Museo del Espía… La capital del poder se esmeraba por reunir, catalogar y explicar el rastro del mundo que deambulaba por sus calles sin que nada se perdiera en el ruido. Ni los horrores cometidos ni los orgullos levantados quedaban fuera del escrutinio. Al mismo tiempo, algo ineluctable se derrumbaba en D.C.. Arriba, sobre las azoteas de los edificios, el vuelo cercano de los aviones irrumpía en la perspectiva y daba un aspecto alucinatorio a la línea de monumentos que centralizaban el diseño de la ciudad. ¿Se estrellarían nuevamente algún día? La religión había fundado el país; la religión lo destruiría a su vez. Entretanto, la ciudad seguía sorda y acogedora, impertérrita como una pirámide que se desmorona en cámara lenta

dentro de la piedra.

Miré hacia el cielo, ahora despejado y luminoso. La temperatura había aumentado y en cuestión de horas el hielo comenzaría a escurrir hacia los desagües. A la distancia, una losa cristalina cubría las aguas del Potomac. Comencé a palear duro un sendero de salida antes de que el sol endureciera el camino hacia la calle.

You like it?, dijo Joy. Moví la cabeza, dudando. El verbo para describir la serie no era propiamente el genérico utilizado por Joy. Acabábamos de visitar la sala de los maestros holandeses con sus escenas de campo, músicos y tabernas que eran parte de la colección permanente, cuando encontramos la escalera de caracol que conducía hacia La Torre. Era un altillo que la Galería Nacional utilizaba para muestras especiales, no muy vastas pero bien dirigidas, y nos habíamos topado con un atril instalado al pie de la escalera donde se anunciaba una exposición traída desde Houston, obra del letón Mark Rothko.

Decidimos visitarla y subimos a La Torre.

Eran siete cuadros. Podría decir que eran las siete plagas, pero no: eran siete telas, todas de mediano formato, instaladas una junto a otra en una sala única donde una música sacra, envolvente pero discreta, sonaba alrededor. Las telas eran todas iguales, y estaban vacías. No había nada en ellas; ni flores, ni manzanas, ni hombres ni tambores. Rothko había pintado negro sobre negro, en distintas tonalidades y matices, y el problema consistía en descubrir el color donde no había sino ausencia de color. Cada cuadro era una variación del negro, en rigor, pero al centrar la atención sobre la superficie indistinta los detalles surgían poco a poco, de un modo casi imperceptible, como un revelado fotográfico en donde la tela absorbía distintos grados de exposición y se abría paso en busca de la luz.

Con Joy habíamos tomado asiento en una banca rectangular colocada al centro de la sala para observarlas mejor. Número 2, 1964. Número 5, 1964. Número 7, 1964. Me estremecí. El mismo tipo de estremecimiento que me invadía con Dora, cuando la veía devorar los pequeños bultos amortajados en la tela. No había nadie más en La Torre, salvo un guardia de museo que se mantenía a prudente

distancia, mimetizado en el pequeño pasillo donde estaban las explicaciones y atribuciones de los críticos. Para qué. La iglesia de Rothko era el arte, eso se veía, pero no de cualquier tipo. Las cosas, en tanto tales, se habían vuelto superfluas para él. Era hijo de inmigrantes, él mismo un judío de Letonia que había estudiado y abandonado los estudios, militado en la revuelta de su tiempo y luego se había decepcionado de ella, cambiado su nombre Marcus Rothkowitz por el de Rothko para no ser molestado por sus orígenes, y atravesado diversos períodos de ensayo y error para terminar finalmente en lo que los críticos llamaban un pintor abstracto. Pero aquello no era nada de abstracto. El pensamiento de la muerte no es abstracto, ni la tumba que lleva consigo ni la luz del negro sobre el negro que surgía una vez agotado el éxtasis. Eso no era abstracto, por favor, y de las siete telas allí plantadas surgía como una vibración que a falta de mejor idioma solo quedaba llamar *totalidad*, o *persistencia*, goce y terror místicos. Rothko había encarnado el negro y se había incluido en él con una intensidad que cortaba el aliento del observador, impedía que la experiencia perdiera fuerza y verdad en el paso a la representación. El arte visto y practicado de esa forma era un sacrificio. No había más. Cómo no verlo. Cómo no haberlo visto antes de que terminara con su vida…

You like it? Joy miraba fijamente y un tanto desorientada hacia el muro. Balanceé un juicio preliminar con la cabeza, un poco aturdido también por la impresión fúnebre de la serie. Nos quedamos mudos un rato largo, sin apartar la vista de las telas como ante un secreto que nos habla al oído. En un momento dado, el guardia se acercó y avisó que la galería cerraría sus puertas en unos cuantos minutos. Nos incorporamos y bajamos la escalera de caracol.

Fuera, el hielo de la nevada nos golpeó en la cara, sacudiendo las ideas del arte abstracto que los Marios atesoraban en sus muros. Era invierno y oscurecía temprano. El cielo ahora parecía bajar sobre nuestras cabezas. Caminamos con Joy buscando un lugar donde refugiarnos del frío. Las calles estaban barrosas y estilaban en las esquinas entre montones de nieve acumulada.Yo estaba intrigado, además. Era una de mis primeras salidas después de la tormenta, y

con Joy habíamos quedado de aprovechar la reapertura de la Galería Nacional para juntarnos a tomar algo. No había un plan preciso, pero ya una cierta inclinación física se había declarado mientras permanecíamos sentados delante de las cenizas de Rothko. El cuerpo de Joy buscaba calor y se pegaba al mío ante el negro de las telas, como si el largo invierno proveyera la excusa perfecta para reunirnos. Quizás era el momento de aceptar las evidencias pasadas por alto, de modo que cuando ingresamos a la Russia House supuse que hablaríamos un idioma distinto esta vez. Al mismo tiempo, yo no estaba nada seguro de lo que hacía. Enfilamos hacia la barra y allí nos arrimamos, contentos de la intimidad y de los vodkas que iban llegando. Recuerdo los ojos pardos de Joy, la luz rojiza que bañaba el interior de la Russia House y le daba a su mirada un resplandor sombrío, y la magnífica silueta de su cuerpo liberado de abrigos, bufandas y gorros, esculpido en los gimnasios y marchas reductivas como una ofrenda erguida en el taburete de la barra. Joy me hablaba de sus proyectos futuros con la actitud severa de quien ha recibido el encargo de construir una represa.Yo intentaba dar el mejor consejo. No sé, quizá pensaba en la mujer no tan joven pero guapa que había deslumbrado a Marconi. Los vodkas seguían llegando y las horas pasaban. La tensión física subía con la bebida. Sus manos se movían rápido, como si hilaran una tela alrededor del espacio que ocupábamos. Eran blancas y suaves. Lo sé porque en un instante las recogí entre las mías y la tersura de la piel me hizo tartamudear. Debí besarla. Sin duda la besé, queriendo recoger la sangre que sentía crecer y arremolinarse en una marea vertical que subía hasta mi cabeza. Las lenguas se ovillaron una con otra.

*Tætch-mi,*musitó Joy en mi oreja;*please tætch-mi,just tætchmi*, repitió despacio y sin cansarse, de una manera completamente privada y subyugante. Fue sorpresivo pero imperioso. Además de ser una atleta consumada, Joy también podía ser una mujer ardiente. Reía, se quebraba. Su boca hablaba ahora el idioma del deseo. Sentí que el remolino crecía, revolvía las aguas y me mareaba en su torrente. Salgamos, dije. En algún momento nos pusimos de pie, pagamos el consumo y nos vimos en la calle.

La Russia House es un bar emplazado al costado de un triángulo formado por dos avenidas, Connecticut y Florida, y una calle secundaria, no recuerdo su nombre. Esto es importante porque alguna relación debió tener en lo que ocurrió a continuación, cuando salimos con Joy, bajamos las escaleras de la Russia House y atravesamos hacia la vereda opuesta, donde está Florida Avenue. Es una zona bastante transitada que en las noches acumula vicios y explosiones, y en donde después de ciertas horas abundan los borrachos y las ofertas extravagantes. Miré mi reloj. Era pasada la medianoche.Y si la elegía. Si en vez de solo tocar a Joy la elegía, como ella alguna vez me había aleccionado para dar con la pronunciación adecuada: *Tchüz-mi, no tætch-mi*. Qué matiz más desconcertante habían delineado entonces sus labios. Avancé un pie y de pronto todo fue cielo. Un sonido quebrado, de galleta rota, salió de mis huesos. Más que dolorosa, la caída fue súbita y bastante aparatosa. Ignoro cómo ocurrió, pero quedé boca arriba en el piso. Seguramente resbalé en el hielo, porque ahora estaba de espaldas y un frío punzante me arañaba los hombros y la cintura. El ardor inicial en la rodilla, de donde había salido el sonido seco de la rótula, se esparcía ahora por toda la pierna. Arriba y al frente, sobre mi cabeza, la noche era un trapo negro que cubría el firmamento. Estaba pegado al suelo, y Joy se inclinaba sobre mí con una ceja levantada en señal de alerta. *Are you okey*?, dijo. Traté de mover la cabeza para indicar que sí, que estaba bien, solo necesitaba un poco de calma, pero tenía el cuello tieso como una palanca y en vez de forzar el movimiento consideré prudente averiguar qué estaba pasando. Te caíste, dijo Joy, ensayando su mejor castellano. ¿No quieres levantarte? Claro que sí, me estaba congelando allí tirado de espaldas, pero a la vez tenía que esperar y ser paciente. Respiré hondo. Tomé demasiado, dije. Me parece que sí, dijo Joy. Comenzamos a reírnos, olvidando cualquier apuro. Ahora entiendo a los rusos, admití. El vodka calienta el cuerpo y derrite la nieve.Ya no la siento. Joy se inclinó a mi lado. Se había sentado en cuclillas, sobre los talones, manteniendo el equilibrio con asombrosa destreza mientras me pasaba una mano por la cara. Sus dedos se detenían a despejar de suciedades la frente y los labios, y luego subían sobre los

párpados. Pensé que me estaba sacando la suerte. Cinco de espadas arriba en el centro, significa toma de decisiones. Ese es tu futuro. Cuatro de copas, tu segunda carta, es cómo te ven los demás. Habladurías. No hagas caso de nadie. La tercera y última carta indica destino. ¿Lo ves? Es un arcano mayor, la Rueda de la Fortuna. ¿Cómo era posible? Dejé que sus caricias recorrieran mi cabeza y la pusieran a descansar, sedada por los dedos de Joy que iban y venían sacudiendo los cubitos de hielo que me habían salpicado encima con la caída. Era el instante de hacer proposiciones realmente serias o dormirse arrellanado en el confort del vagabundo, el *homeless* con su carrito de supermercado arrastrando paquetes y bolsas de veneno y apuntes personales de su vida póstuma chorreando por los costados. Estaba boca arriba como enterrado en un intervalo de hielo, y abrí los ojos bajo la enormidad fría. Iba a necesitar lentes de aumento para descifrar ese caos de signos que se estrellaban y combinaban en la oscuridad del cielo.Todas las sutilezas del negro con sus cambiantes detalles descendían sobre mi tumba abierta. Porque esto era lo que veía mientras yacía tirado de espaldas.Yo había viajado como al interior de una tumba y ahora esta era mi casa, mi cajón abierto para no morir.Ah, pobre de ti, abandonado. O bien había insistido en traer el libro conmigo para enterrar a los padres aquí, en un lugar apartado de la tierra lejana. Mi aventura tenía ese horizonte de llegada: encontrar un sitio donde el pasado pudiera descansar al fin.

Me acordaba de Rothko, pero en verdad me acordaba de todo. De los niños, de Fer y Pilar, de Frank, de la mujer de Sade y la visita de Panero, de las partidas y de los regresos a Chile, de mi padre que había sido comunista y se había quedado solo, y de mi madre atrapada en un entusiasmo sin saber a quién amaba, de las camas vacías de los testigos y de las historias imposibles de la literatura, y hasta de la doctora Williams me acordaba. Quiero fumar, dije, como un condenado a muerte en el amanecer, y relajé la posición soltando los hombros que habían dejado de quemarme bajo el cuello del impermeable que llevaba puesto. Joy recogió el paquete del bolsillo y me tendió solícita un cigarrillo encendido. Gracias, dije, y vi otra vez sus ojos pardos encima de mi cabeza como dos diminutas brasas que

ardían al fondo de la noche y se plegaban al dibujo del cielo. Inesperadamente, Joy quiso una pitada y echó el humo con indolencia, dibujando con los labios un tubo fino y carnoso. Hace años que no fumaba, dijo ella. Lo haces muy bien, dije. Si tu voz fuese más ronca, diría que lo has hecho toda la vida. Lo hice durante toda una vida, dijo. Cuántas cosas feas y malas deben existir que nunca me has contado, bromeé. Ella sonrió, ni coqueta ni severa, imperturbable, pensativa sin resultar afectada, instalada en una serenidad de espíritu que muchas veces yo interpretaba como símbolo de la edad del post sexo donde se cimbreaba. Lo siento, Joy, dije. Pareció no entender. Me ayudé con el inglés. *So sorry*, insistí. Me gustaría poder improvisar contigo, pero no puedo. Qué es lo que no puedes, dijo ella. Estar a tu lado, hacerte feliz, dije. Si lo intentara, al año siguiente ya serías desgraciada. Eres una belleza, la mujer más atractiva del Distrito de Columbia y sus alrededores, pero nunca podré darte lo que quieres conseguir y necesitas.Vivimos en universos distintos; no sabes la pena que me da, pero aprovecho que estoy medio borracho para confesártelo. Mi vida es otra. Algo así farfullé. Y tú, dijo ella, quieta, sin evidenciar una sombra de despecho, como algo que fuera de interés universal; qué necesitas tú, dijo. Qué es lo que quieres.

Iba a responder cuando las balizas azules y rojas de un auto policial irrumpieron en la zona lateral de mi campo de visión. Enseguida una gorra con orejeras se asomó en la vertical del cielo. Es solo un resbalón, un mareo, dijo Joy, incorporándose junto al policía. *It's just a dizziness*. El hombre soltó una advertencia cuyo sentido se me escapó, pero Joy se mostró diligente y excusó la situación culpando al pésimo estado de las veredas, mientras yo intentaba rehacerme.

El policía quiso anotar los datos y se alejó con Joy hacia el auto que esperaba con las luces girando en círculo mientras yo me quedaba mirándolos con la respuesta en la boca. Qué necesitas tú.Y tú qué necesitas.Volatilizarme. Cambiar de piel, volverme bestia; desaparecer detrás de tus maneras de monja y leoparda, seguir esa vibración elástica del cuerpo que desplaza su armadura hacia matorrales umbrosos y salvajes. Pero y luego qué. Seamos serios, pensé, lo que se repite no tiene destino, y eché atrás la cabeza para despejar la nube y

ponerme de pie. Apoyé los codos en el cemento frío buscando impulso. La noche se extendía como una marea negra en el cielo de Washington.Ahí estaba mi tumba abierta. Seguí mirando, petrificado, ante el lienzo oscuro: Número 1, 2007; Número 2, 2008; Número 3, 2009… Y así hasta completar la serie, sin salirse del dolor y las cenizas. Una suerte de suicidio para Rothko, pero también de alumbramiento para el que observa. Un suicidio de resurrección y no de destrucción, si esto era posible. ¿Era posible? *¿Qué era posible para mí cuando la, en apariencia, inagotable fuente de la posibilidad estaba agotada?* Cerrar la fosa, por supuesto. Hacer sacrificio. Despedirse.Tenía que volver a mi isla oscura y desandar el trayecto aunque ya nunca más regresara después de esta visita. Llevar de vuelta a los padres al lugar donde se pertenecían. Sáltate a Edipo, me dije. Refútalo y haz tu vida útil. Es la única elección que queda por hacer, fuera de las que ya hiciste y esperan por ti donde los Marios, si aún no es demasiado tarde para revertir y enmendar y sacudir la jaula del arte abstracto adonde se han ido los tuyos.Vamos, grandulón. Levántate ya mismo y desbarata el mito y su veneno, no hagas del resentimiento su patria y la mía. Cierra la tumba del exilio eterno. Las tumbas no deben seguir abiertas. Regresa. Empieza por ahí. Luego ya verás. El final, el final. Nacer de nuevo por un segundo, como un disparo allá lejos, en la tierra lejana.

8

FOREIGN BRAIN

Una resaca turbia desnudó su recaída en el cuarto de hotel. Arriba, un foco de luz lunar apuntaba sobre la frente de Alberto como el dedo de un marciano que lo interrogaba desde la oscuridad. Se había dormido de través.Abrió los ojos y volteó a mirar.

Una nota esperaba junto a la cama, sobre la mesa del velador. Trató de alcanzarla y renunció de inmediato. Dos garfios apretaban sus sienes y tiraban desde el cráneo con un peso muerto. Se sacudió, sin aire, como si un ratón anduviera entre los tubos de su cabeza.Abatido, repasó las imágenes de la víspera. Música de baile en la terraza, risas, golpes en la puerta, cuerpos que se enredaban e irrumpían entre tropezones y reclamos.Toda el ansia de la llegada se había quemado en ese lapso de nada, como un misterio simple y pueril.

Se incorporó y quedó sentado al borde de la cama, con la vista en el ventanal. Debían ser pasadas las dos de la madrugada, porque no escuchaba ruidos en la calle ni música proveniente de la terraza del hotel donde acababa de celebrarse la fiesta del Foreign Brain. La luz exterior de los postes se colaba a través del ventanal, iluminando el desorden del cuarto como un set de noche americana. Sentía el cuerpo estragado, sumergido en un frasco de alcohol burbujeante que aflojaba sus extremidades y lo mantenía tenso desde la base del cuello hasta la frente, vigilante y sin reposo. Lo peor era desvelarse a primera hora de la madrugada y ver cómo el tiempo pasaba delante de él.

¿Sería esto volver, comenzar a morir? La pregunta dio vueltas un instante por la mente de Alberto como una moneda que saltaba entre sus dedos y no se decidía a caer. Regresaba a su vergüenza —así lo pensó— y tuvo la clara noción de que se exponía a ella no por gusto sino exigido por el malestar que le producía, una fijación dolorosa cuyo misterio se le escapaba bajo los embates de la bienvenida. Ese sarpullido eléctrico es todo lo que ha obtenido desde su llegada: lances, fugas, señales, epifanías del abandono, vagas certezas ante una biografía que deja de importar, una edad que deja de existir, e incluso una experiencia que deja de referir a nada real, mientras el mundo

conocido se disuelve en una luz serena, casi indiferente. Sí, ha regresado; ahora no tiene dudas al respecto. Imagina una caverna donde su travesía se busca entre signos inscritos en los muros, haciendo el camino de vuelta con una antorcha que se arruga con el paso de las horas.

Misterio, qué palabra rara. Qué palabra perdida. Ahora solo querría despejar la fatiga del cuerpo inmóvil y seco. Se estaba ahogando allí dentro. Se arregló las ropas y recogió la nota del velador. De inmediato reconoció el estilo imperativo de Nadia, su disgusto trazado con falso despecho: «Desgraciado. Sigues igual». El reproche iba dirigido en este caso contra su conducta de hace unas horas, aunque él apenas recordaba haber hecho nada indebido. O quizá por eso mismo. Todo lo más se había derrumbado, exhausto sobre la cama.

Recogió su camisa para cubrirse y antes de dejar el cuarto tiró la nota de Nadia al cesto de papeles.Ya se verían las caras y se disculparía en persona durante las sesiones del Foreign Brain.

Un rato después, Alberto emergía desde los ascensores con la actitud de quien ha olvidado algo y le urge recuperarlo. Miró en torno, hacia la insomne quietud del lobby donde unos pocos huéspedes yacían clavados en la barra del bar, y siguió su camino en dirección a la puerta de entrada, atravesando el hall central que a esa hora estaba desierto. El portero hizo un saludo con la cabeza y las hojas de la mampara se abrieron a su paso de forma automática. Caminó unos pasos fuera y enseguida se detuvo, de espaldas a la recepción, confundido en la luz amarilla del ingreso mientras oteaba la noche de la Alameda hacia un lado y otro, quizás arrepentido del impulso o queriendo precisar su origen. Luego se repuso. Necesitaba estirar los pies, reconocer el terreno, seguir noche adentro por el borde exterior de su llanura hasta cansarse.

Dándose ánimo, enfiló por la vereda sur hacia la calle Londres y los pasajes del sector, metiendo medio cuerpo en los locales nocturnos para despistar el malestar que lo seguía. Tan solito, corazón, dijo una voz a su lado. Una mujer ya vieja apoyaba el cuerpo en un portón, bajo un haz de luces rojas y azules sostenidas de un cable

eléctrico.Alberto sonrió y siguió hasta la esquina de la calle París, sobre esa extraña intersección de capitales europeas apretadas en una manzana de provincia, con su aire nostálgico y tremebundo colgando de los falsos faroles de luces crudas. Giró hacia el oriente y caminó hasta Santa Rosa, donde se paró a mirar la avenida ancha y siniestra.

Un túnel insondable se abría hacia el sur, mientras del lado de la Biblioteca Nacional, mirando hacia la Alameda, tres o cuatro autos policiales hacían girar sus balizas ante lo que parecía un corte de tránsito sobre un costado de la calle Mac-Iver. Caminó hacia las luces, pero al acercarse a la esquina de la biblioteca tuvo un sobresalto: los autos se habían atravesado en la calle y unos policías de civil recogían datos entre los escasos transeúntes que pasaban por el lugar.Todavía estaba a tiempo de volver sobre sus pasos, aun cuando resultara sospechoso ese brusco cambio de dirección. Decidió seguir, pero aminoró la marcha frente a la redada policial. La cuadra se volvía interminable, larga y sórdida como un pasillo de sangre seca en las baldosas. Debían ser cerca de las tres de la mañana ya. Qué hacía a esa hora dando vueltas por esa franja de calles sin amparo y esquinas al vacío, era una pregunta a la cual no iba a saber responder si acaso le pedían su identificación. Nadie sale de una cama que no es la suya después de las dos y media de la mañana, y menos sin saber lo que desea hacer. Hay una hora y un tiempo para salir a la calle y llegar a otro sitio, pero pasado ese límite se hace demasiado tarde para salir o llegar a cualquier otro lugar. Ni siquiera tendría que haberlo pensado.Ahora solo le interesaba eludir la tenebrosa expectativa de la esquina de Mac-Iver hacia donde se dirigía de forma irremediable.

Unos metros más allá descubrió, a su izquierda, un letrero luminoso con un cartel en la puerta. Abierto toda la noche, decía. Por fortuna la gran aldea de internet seguía trabajando, y sin pensarlo más ingresó al local. El interior estaba desierto, a excepción de una pareja joven que consultaba una página de fiestas de trasnoche.

Alberto tomó asiento en una de las terminales y comenzó a teclear sobre la pantalla del computador sin fijarse demasiado, navegando al desgaire por las comunidades de internautas. Decidió filtrar la búsqueda y recayó en una serie de sitios que podían interesarle. De

pronto se detuvo sobre unas fotos en blanco y negro con vínculos activos a un espacio de conversación, revisó los datos del dominio y, curioso, pinchó sobre el cubo verde situado en el rincón inferior de la pantalla. Un protocolo automático le pidió ingresar algunas señas y datos para iniciar la sesión. Obedeció y no esperó a tomar la iniciativa. Hola, dijo Alberto. Hola, dijo el cursor: cómo te llamas. Alberto, dijo él.Yo soy MM, dijo el cursor. Veo que somos vecinos; vivimos en la misma ciudad, agregó MM. Sí, pero ahora estoy en otra parte, aclaró Alberto. Dónde estás,Alberto, preguntó MM. En un café en Santiago, dijo él. Son casi las tres de la mañana y hay un lío enorme en la calle, con policías y detectives deteniendo a todo el que pasa. Mataron a alguien, dijo MM. Quizá, dijo él. En Chile nunca se sabe. Estoy de acuerdo, dijo MM. Por eso estás despierto a esta hora, bromeó MM. No puedo dormir, dijo Alberto. Salí a caminar y me topé con un local abierto de internet y me puse a mirar fotografías hasta que encontré la que tienes colgada en tu sitio.Te interesa la fotografía, dijo MM. Como aficionado, sí, dijo Alberto. Hago y colecciono fotos, sobre todo cuando estoy de viaje.Y tú qué haces, preguntó Alberto.Vivo aquí en Washington, hace años, dijo MM.Ya, ¿pero trabajas a estas horas?, dijo Alberto. Es parte de mi rutina, dijo MM. Duermo hasta mediodía, hago clases en las tardes y trabajo en las noches. Me gustan las horas puras. Un buen horario, dijo Alberto. Es cuestión de costumbre, dijo MM. Ya sabes cómo es esta ciudad. Sí, claro, dijo Alberto. ¿Qué haces en Chile, Alberto? Me invitaron, dijo él. Escribí un libro y me invitaron. Felicitaciones, dijo MM.Yo he tomado montones de fotos y nunca he recibido una sola invitación. Es cuestión de contactos, dijo Alberto. Supongo que sí, dijo MM. Me gusta mucho la foto que colgaste en el sitio, dijo Alberto. Creo que conozco a uno de los que están en el puente. En serio, dijo MM. No estoy seguro, puede que me equivoque, dijo Alberto. Sería una coincidencia fantástica, dijo MM. Ha pasado mucho tiempo. Si, ya lo sé, dijo Alberto. Pero al menos me resulta familiar. Ah, qué bien, dijo MM. Sorprendente. Sí, dijo Alberto, aparte de que la foto llama mucho la atención. ¿De veras? Totalmente, dijo Alberto. Esa gente mirando hacia un lugar que no es ninguna parte, tiene algo como suspendido.

Son testigos, dijo MM después de una pausa en el cursor y como si se hubiese tomado el tiempo de encontrar la mejor definición.Testigos chilenos, aclaró. Sí, dijo Alberto. Fue lo que me pareció. Pero yo no diría que miran hacia ninguna parte, alegó MM. Cuando hiciste la foto, seguramente no; pero ahora sí, dijo Alberto. Ahora miran a ninguna parte. Puede ser, dijo MM. No lo había pensado de esa forma.Al final una foto es el tiempo que pasa por ella, dijo Alberto, o es lo que me parece a mí. Es posible, dijo MM, al menos en este caso puede que tengas razón. Me gustaría poder utilizarla, dijo Alberto. Tengo que hablar en una conferencia y es el tipo de imagen que ilustra lo que me gustaría decir. Qué tipo de conferencia, quiso saber MM. Una oficial, institucional, sobre chilenos fuera de Chile, dijo Alberto. ¿Das muchas conferencias? Sí, dijo Alberto, soy una especie de charlista profesional. Qué bien, Alberto. Me da gusto saberlo, dijo MM. Es una actividad un poco tonta, dijo Alberto. No digas eso, solo los necios maltratan lo que hacen, dijo MM. Si hay gente dispuesta a escuchar lo que dices, entonces ha de ser valioso. No opinarías lo mismo si oyeras la historia completa, dijo Alberto. Apuesto que sí, dijo MM. Tengo muy buen oído. Jajá, dijo Alberto. Otro día, quizá. ¿Me dejas usar la foto, entonces?, insistió Alberto. Sí, lo que quieras, dijo MM, está a tu disposición. Por algo somos vecinos. Gracias, dijo Alberto.Te voy a enviar una copia para que puedas proyectarla desde tu computador, dijo MM. Perfecto, dijo Alberto, y tecleó en la pantalla una dirección de correo. Te la mando mañana, dijo MM. Perfecto, repitió Alberto, invadido por una dicha infantil mientras observaba con mayor atención la imagen. Descuida que vas a tener tu foto, dijo MM. Pero con una condición, agregó. Dale, dijo Alberto. Que me llames cuando estés por estos lados, dijo MM.Trato hecho, dijo Alberto. Cuando vuelva nos juntamos.Y cuándo será eso, dijo MM. Pura curiosidad, agregó. No sé, dijo Alberto. Debería saberlo, pero realmente no lo sé, dijo Alberto. Entiendo, dijo MM. No te hagas problema, yo te envío la foto, dijo MM. Gracias, dijo Alberto. Fue una suerte haberte encontrado.Aquí estoy casi siempre, dijo MM. Excelente, ahora me voy a dormir, dijo Alberto. Estoy muerto. Tengo la sensación de haber estado sin pegar un ojo durante años. Como en

una foto, dijo MM. Sí, dijo, como en tu foto de los testigos, dijo Alberto.Vaya y descanse, amigo, dijo MM. Gracias, dijo Alberto.También tú. Que tengas buenas noches, MM, dijo Alberto.

Una vez que regresó al hotel, saludó al recepcionista con familiaridad y hasta se detuvo a conversar unos minutos con él antes de subir a su cuarto.

El empleado preguntó si había tenido tiempo de visitar las nuevas luminarias de la plaza de Armas. No todavía, dijo Alberto. Pero lo voy hacer. Está bonito Santiago. Aproveche, apuntó el recepcionista. Sí, está bonito, convino él. Luego se despidieron.

Apenas daba crédito a su hallazgo cuando se paró y llamó al ascensor, sosegado y lleno de júbilo esta vez.

Era domingo, y desde la mesa del comedor Alberto observaba a Cynthia preparar el café a través de un hueco abierto en la cocina para depositar los platos y evitar el rodeo hacia la sala.

—¿Te gusta más cargado? —preguntó ella—. Necesitarás recuperarte.

—No, así está bien, gracias —dijo él—.Ya dormí suficiente.

Alberto relajó los hombros y apartó los platos. Era cierto. Los tormentos del viaje y la llegada quedaban atrás. Había gastado el sábado sin salir del hotel, sumido en un sueño profundo que saltó sobre las horas del almuerzo y que solo había interrumpido al caer la noche, cuando se distrajo con el lote de libros que Ruiz y Florenciano habían puesto en sus manos, siguiendo la expresa recomendación de empezar por lo que ellos mismos habían escrito y luego seguir con el joven escritor de éxito que comenzaba a dar que hablar. Se está abriendo paso, le había soplado Ruiz con cierta lascivia.Alberto seleccionó al joven escritor y dejó el libro en el velador. Entonces bajó al restaurante del hotel, comió algo ligero y luego buscó la sala de internet para recoger desde la bandeja de correos, puntual como estaba prometido, la foto que utilizaría para su conferencia. Curioso que nunca se hubiese topado con MM en Washington, y llegara finalmente a tomar contacto con él a una hora indecible de la madrugada. Quizá debía reconsiderar sus prejuicios sobre la

comunicación digital.

Cynthia vadeó la cocina y dejó la cafetera sobre la mesa, junto a las pequeñas tazas de arcilla. Sirvió una para ella misma y otra para Alberto, mientras su hermano mayor, Rubén, miraba con detenimiento la escena desde el lado opuesto de la mesa.Tenía un vaso de vino al frente e hizo un gesto con la mano abierta cuando ella hizo amago de ofrecerle una taza. Seguía sus movimientos con expresión quieta, paciente, y esperó a que Cynthia se retirara hacia la terraza del antejardín, donde el calor del verano amainaba bajo la sombra de un abedul.

—Así que de incógnita —dijo Rubén, midiéndolo con una mueca.

—Es una manera de presentarlo, vamos a ver si resulta.

—¿Te vas el fin de semana?

—Tengo una invitación para quedarme un poco más, pero no está decidido.

—Cuenta con la casa si necesitas alojamiento —dijo Rubén —.Tenemos piezas de sobra.Tú sabes, estamos en pleno síndrome del nido vacío.

—Me doy cuenta —dijo Alberto—. Gracias, te aviso si me quedo.

Rubén aprobó con un golpecito de cabeza y secó el vaso de una empinada.Volvió a llenarlo de inmediato. Ofreció con un gesto de la botella inclinada para saber si Alberto lo acompañaría, pero él apuntó a su taza de café para rechazar la oferta. Ya durante el almuerzo había bebido en abundancia, elogioso de la selección de vinos y agotando las novedades sobre la vida en la calle Reservoir, sin entrar en detalles para no alarmar a su hermano mayor. Esperaba que la situación con Pilar se compusiera al regreso, pero más valía ser discreto al respecto.

—La familia bien, entonces —dijo Rubén, conclusivo.

Alberto dijo sí y sonrió. Era la tercera vez que su hermano preguntaba lo mismo de distintas maneras a lo largo de las dos horas que llevaba de visita en la casa, y lo conocía lo suficiente como para saber que masticaba el momento oportuno para desenrollar una inquietud.

—A ver —dijo Alberto, allanándole el camino—. Qué es lo que te preocupa.

Rubén levantó las cejas, un gesto que el hijo primogénito había heredado del padre, no sin orgullo cada vez que lo sorprendían en falta como un niño que esconde un globo inflado detrás de su cabeza. Soltó una risa cascada, apretada en la garganta, y extendió el brazo en busca del paquete de cigarrillos. Recogió los fósforos y sonrió con malicia.

—Bueno, para empezar, nunca entendí bien por qué te fuiste —dijo.

Alberto levantó los hombros.

—No quería seguir acá —dijo como una disculpa.

—Pero era el momento de aprovechar, te estaba empezando a ir bien. Es lo que no me cuadra.

—Supongo que necesitaba cambiar de idioma —explicó—. Pensar en otra cosa.

Rubén iba a replicar algo cuando Cynthia pasó por el costado. Dejó su taza de café en la cocina y anunció que iría a recoger a su hija en casa de unas amigas.Alberto aprovechó para incorporarse.

—Espero verte de nuevo —dijo ella.

—Me gustaría pero está difícil, tengo una semana de sesiones aburridísimas con el seminario.

—Qué pena. —Cynthia lo besó en la mejilla—. Saludos por casa, entonces.

—Gracias —dijo él, y quedó de pie junto a la mesa.

Rubén seguía sentado en su puesto. Alberto comprendió que los gestos medidos y la pausa anunciaban una nueva arremetida de su hermano. Despidió a Cynthia sin levantarse, con un vago giro de la mano, y volvió a hablar solo una vez que la puerta se cerró.

—Tú sabrás —dijo al fin—, pero ese libro tuyo era para conversarlo, ¿no?

—No te gustó —se adelantó Alberto, previniéndose.

—Hay cosas que me gustaron mucho, la verdad casi todo me gusta —resumió Rubén—. El problema es más bien de orden interno.

—Echaste de menos algo —dijo Alberto, siempre de pie.

Había decidido no volver a la silla y enfrentar los reproches de su hermano con el cuerpo en movimiento. Dio un par de pasos hacia el estante y luego volvió a la mesa.También a él le habían entrado ganas

de fumar. Cogió un cigarrillo y lo encendió. Rubén no echaba de menos nada, al contrario, decía: me sobran muchas cosas.Y soltó una risa para sí mismo, de nervio o asombro. No entendía por qué razón, por ejemplo,Alberto revelaba episodios que les pertenecían solo a ellos, a la familia; qué tanto podía ganar o perder un libro cuando se ventilaban asuntos que no tenían por qué llegar a oídos de los demás, se trataba finalmente de los padres, cuál era el afán de sacudirlos y mostrarlos como si fuesen parte del interés literario, cuando en verdad la memoria era un asunto más bien privado, o al menos había rincones que debían quedar a salvo de la curiosidad pública. La falta de pudor incordiaba a Rubén. Incluso había llegado a pensar que una cosa era la necesidad de escribir el libro, y otra muy distinta decidir su publicación.

—Para qué exponerse, en realidad, si ya está hecha la cura —dijo—. Eso es lo que interesa al final, ¿no? Hacer el duelo y sanarse. ¿Qué más quieres?

—Lo dices porque eres psicólogo —dijo Alberto.

—Lo digo porque soy tu hermano —dijo Rubén—. Si hablara como psicólogo te llevaría como un bicho de feria para exponerte delante de mis colegas.

—Entonces no entiendo.

—Los padres de tu libro son *nuestros* padres, acuérdate de eso. No hay otros. Son los únicos padres que tenemos y no vamos a poder cambiarlos, por mucho que escribas cinco o seis libros más sobre ellos. Es así de claro —siguió Rubén, adoptando cierto aire pedagógico y magisterial—. Esas cosas deben quedar en la familia, nos pertenecen a nosotros, a ti y a mí; entonces, cuál es el afán de someterlas al comentario general. Es abusivo con ellos mismos, de alguna manera. Los padres son los padres y los hijos son los hijos, no hay que mezclarlos. Entiendo que quieras purgar heridas, pero no que saques provecho de ellas.

Discutieron. Acusarlo así era un exceso. Dio ejemplos, citó casos, ilustró su posición, y Rubén lo rebatió a su vez. El yo, el yo y el yo, decía. ¿Y los demás qué? Un humo ceniciento se elevaba sobre la mesa a medida que se agitaban. Alberto no estaba en posición de juzgar,

solo de hacer memoria, alegó casi como una excusa. Claro que se contaban escenas del padre y la madre que eran copia exacta del original, pero también había otras que no eran reales y sin embargo les pertenecían, eso no se podía discutir, nada era tal y como allí se decía de manera evidente, aclaró: para él se trataba de aceptar como muy alta la probabilidad de que hubiese sucedido así, porque la ignorancia que sumergía a los hijos en el mar de los padres era, a fin de cuentas, lo único que quedaba para ellos, los hijos. De eso se trataba ser hijo, precisamente: no saber.

—Me estás diciendo que no ocurrieron las cosas que dices que ocurrieron —dijo Rubén en una especie de trabalenguas admirativo.

—No, claro que no —dijo Alberto, ya crispado—. O no todo. O buena parte. En realidad todo lo que cuento puede ser verdadero o falso, salvo lo que ya es mentira de plano. —Y se estremeció al decirlo.

—¿Qué disparate es ese? —dijo Rubén, que pasaba del alivio al horror en cosa de segundos. Se agitó, irritado—. ¿Qué me estás contando?

—Eso mismo —dijo Alberto, y sintió que algo vacilaba en su relación de hechos, a punto de quebrarse en pedazos, mientras su hermano se ponía de pie y se igualaba con él, atento a la confesión que veía venir y despeñarse desde lo alto de la torre donde se guardaban los blasones familiares—. Lo que estás oyendo. —Se recuperó Alberto, y esta vez fue él quien tomó asiento en una de las sillas y cogió el vaso que Rubén había dejado sin terminar al incorporarse. Dio un sorbo rápido y sin que le temblara la voz, como si leyera un parte de guerra o una lista de difuntos, siguió hablando—: La mentira es precisamente aquello que no sucedió pero tendría que haber ocurrido. Supongo que a eso es a lo que llaman ficción —dijo—. Porque yo nunca me quedé a su lado en el exilio; yo lo abandoné, sencillamente. ¿Te das cuenta? Lo dejé solo. Pero el libro parece decir todo lo contrario. Por eso me fui, por eso tenía que irme una vez que lo terminé. Estaba contento y aliviado de haberlo escrito, pero más contento todavía de poder irme y llevármelo bajo el brazo, en vez de quedarme a escuchar los rechazos o los elogios sobre una historia que

los demás malamente podían entender. Necesitaba que pasara el tiempo, que todo se olvidara. ¿Te das cuenta? Ni tú ni nadie podía saber que yo había abandonado el lugar que pretendía haber ocupado. Estábamos solos, nos habían dejado solos, y apenas pude dejé solo a nuestro padre yo también, lo abandoné, y él podría haber muerto allí pero yo no me habría enterado. Lo único que yo quería era salvarme, sobrevivir. No quise verlo, ¿entiendes? ¿Entiendes lo que te digo? ¿Entiendes ahora por qué me fui?

Terminó el resto de vino y notó que la mano le tiritaba al dejar el vaso. Rubén permaneció inmóvil, vuelto de espaldas y con la vista hacia la mampara del jardín, como si ordenara mentalmente las primeras sombras en la terraza. Exhaló un aire espeso, cortante, atragantado en la imagen confiada que se había hecho de esos días que regresaban con el relato de Alberto.

Dejó que los segundos pasaran y alcanzaran los minutos hasta que el polvo y la sangre se aquietaran en su corazón.

—Qué horror —dijo Rubén sin voltearse, los pies y las espaldas pegados al piso con una rigidez de tumba. Se pasó una mano por la cara como si fuera un trapo y repitió, despacio, para sí mismo esta vez —: Qué horror. —Y luego hizo una pausa antes de volver a hablar—: Perdóname —dijo—. No sabía… Qué mal debes haberlo pasado.

Era la primera vez que alguien se disculpaba con él.

—Está bien —dijo Alberto—.Yo sé que voy a tener que vivir con eso.

Y luego se calló.

Las reuniones del Chilean Foreign Brain se extendieron durante cinco días, y el público asistente fue invariablemente el equipo de cerebros invitados a la tormenta de buenos deseos, según el ácido comentario proferido en voz baja por uno de los colegas que venía del sur de Francia. Eran diez o doce convocados, aparte de un contingente del Ministerio que recogía al grupo en las mañanas, no muy temprano, y los transportaba en un minibús al edificio de la Academia Diplomática donde se realizaban las discusiones.

La primera jornada transcurrió entre pompa y abrazos: la doctora en

nutrición expuso algo relacionado con un plan de comedores infantiles donde las lechugas y los niños serían amigos para siempre, sembrando y cosechando sus propios almuerzos en huertas supervisadas por expertos en el tema. La proposición fue recibida con aplauso cerrado y la doctora de Londres hizo una venia y agitó sus papeles, dando a entender que daba su visto bueno para la publicación del proyecto. El director del Foreign Brain, Máximo Chamorro, se levantó de la primera fila de butacas y salió a su encuentro para estrecharla con fruición. Estaba complacido y satisfecho.

Era funcionario de línea dura, formado en veinte años de burocracia y suficiencia progresista, factores que le hacían creer a pie juntillas en la disciplina interna y hablar sin tapujos de *nuestra gente*, en aparente referencia a un juramentado cuerpo de guardia que garantizaba el vigor del Estado y la prosperidad del país, mientras el resto de la población, desde su punto de vista, flotaba de espaldas en las aguas del litoral. En las conversaciones de pasillo, Chamorro había dejado entrever que la asistencia a las sesiones del seminario tendría alguna incidencia en el pago final de los honorarios, por lo que la obediencia a las dinámicas de trabajo quedó establecida de una vez y para siempre.Todos comprendieron el mensaje y no hubo deserciones durante los días que siguieron al anuncio.

Impasible, Alberto mantuvo el tipo y se comportó como un caballero que ha venido a perfeccionar su formación histórica cada vez que ingresaba al edificio de la academia. El interior era blanco como una camisa,de cielos altos y contrastados por el granate oscuro que se extendía sobre las alfombras y los pisos de madera que crujían bajo la mirada de decenas de retratos ilustres colgados a lo largo de los muros. Los invitados pasaban frente a ellos con paciencia de huéspedes,mientras un orgullo impersonal inflaba el pecho de los anfitriones. Luego de saludarse y ofrecerse los buenos días, el grupo subía al segundo piso, donde el programa establecía dos charlas por la mañana y una más extensa después del almuerzo.

Las reuniones se desarrollaban ante un estrado con podio y micrófono, en un auditorio no más grande que una sala de teatro de ensayo, pero bien tenida y acondicionada, con cómodas butacas

dispuestas en semicírculo y en donde los participantes se distribuían a su gusto, a distancia unos de otros para poder ocuparse de sus propios asuntos. Ya sentados, tomaban notas, se guiñaban un ojo, consultaban sus computadores personales e intervenían sin mayor protocolo. Una camaradería escolar crecía entre ellos y los identificaba según los lugares de residencia: aquí Aix, levantaba la mano el matemático de Aix; Londres, decía la nutricionista de Londres; Toronto, anunciaba el filósofo. Y luego el aludido soltaba una breve ráfaga de ideas. Durante una de las sesiones, el estrado fue ocupado por un enólogo afincado en California, encargado de implementar tecnologías de última generación en una propiedad del cineasta Francis Ford Coppola. La frivolidad dio pie a una súbita excitación del auditorio, y se levantaron preguntas atropelladas sobre la hija cineasta, Sofia, el sibaritismo del padre y un rumor publicado en la prensa de espectáculos sobre un proyecto de filmar en el desierto chileno. Ya podremos hablar de eso más tarde, en la pausa del café, se interpuso Chamorro con la elegancia de un cadete de la Stasi.

Alberto se amoldaba al esquema de las jornadas sin apenas protestar. Asistía con regularidad a las sesiones y volvía al hotel junto a los demás, donde aprovechaba el tiempo libre con llamadas pendientes, lectura de la prensa y averiguaciones. Daba sus señas y recibía recados. Sí, se quedaría unos días; que por favor se comunicaran con él para tener más noticias. Algunos amigos lo buscaban. No, no tenía chances de escapar a los compromisos. Después de la siete de la tarde podían reunirse en el lobby, pero no mucho más que eso. Ni pensar en arrancarse a la playa. Una agenda de hierro lo mantenía ocupado desde muy temprano en la mañana, si consideraba las sesiones del Foreign Brain. Salía poco y determinado a volver cuanto antes a su cuarto, donde descansaba de las maratónicas conferencias e intentaba con escaso éxito entregarse a la lectura de la biblioteca que Ruiz le había encomendado.

Desde un comienzo había desechado los volúmenes que sobrepasaran el centenar y medio de páginas, sabiendo que no tendría tiempo para llegar hasta el final. Semejante expectativa lo llenaba de una inquietud supersticiosa. Abría entonces el libro del nuevo escritor

de éxito y al rato se le caía de las manos, como un artefacto blindado por el universal. De modo que así renacía la literatura local, más protegida que situada. Por qué no. Entonces tomaba *El Nuevo Día* y terminaba leyendo con renovado interés los últimos comidillos de la farándula.

Era difícil sustraerse al programa del Foreign Brain, por lo demás. Estaban todos como atrapados en una sesión rotativa de chilenidad y proyectos de futuro que en principio a Alberto se le ocurrió carcelaria, pero que luego consideró útil y hasta instructiva, siempre que pasara por alto al infumable director Chamorro. Entraban al salón entre murmullos y voces de contento, consultaban el programa de mano con fingida expectación, el presentador del Ministerio daba lectura a una breve introducción referida a los hechos y andanzas del siguiente conferencista, un aplauso daba la bienvenida y el aludido se ponía de pie y subía los tres escalones del entarimado con la carpeta corporativa bajo el brazo para iniciar de inmediato su exposición.

No eran más de diez participantes, doce cuando mucho si Nadia se dignaba atravesar la vereda opuesta, donde el Ministerio todavía mantenía sus oficinas en medio de la mudanza que se desarrollaba en las narices de la academia. Se había cruzado con Alberto un par de veces, entre saludos más bien tiesos, dando a entender que también para ella corría el servicio del deber. Los invitados, entretanto, rotaban en el podio con la habilidad de un pelotón que ha tomado una colina y multiplica las señales alrededor para dar la impresión de muchedumbre.Al término de una de las sesiones, Chamorro tuvo incluso la perversión de proponer una mesa redonda que cruzara algunos de los temas tratados durante la jornada, la cual sería grabada por las cámaras del Ministerio para conservar un registro. Una complicidad de internado se impuso. Todos acudieron solícitos al cruce de ideas, y los sofismas de Toronto acapararon el protagonismo mientras las cámaras grababan la sesión en provecho de las futuras generaciones de cerebros radicados en el extranjero. Al finalizar, ya hambrientos y exhaustos de tanta simulación, Alburquerque solicitó copia del material para cada uno de los participantes, a modo de resarcimiento. Chamorro aprobó la moción. Estaba exultante con el

resultado y anunció como gran sorpresa que trabajaba intensamente para lograr que la Presidenta en persona recibiera al Chilean Foreign Brain en audiencia privada al término del encuentro. Su empeño era propio de un sádico.

—Ustedes son mis invitados —dijo con munificencia—. Merecen lo mejor.

Hubo una exclamación general de agradecimiento y luego todos bajaron al comedor, en el primer piso, escoltados a lo largo de las escaleras por los retratos de los padres fundadores que colgaban de los muros. La severidad de tono dominaba al arte. Entre los retratados había políticos, diplomáticos, escritores, historiadores y cónsules de la causa de Chile, por lo que recorrer esos rostros con la mirada en lontananza era como extraviarse a su vez en sueños que pasaban llorando o corriendo por los laberintos del edificio buscando una salida.Alberto imaginaba escoltas de cera, momias talladas en las paredes, fantasmas resignados a vagar por siglos en esas soledades.

—Por acá —llamó el director Chamorro cuando estuvieron en el primer piso, guiando una vez más al grupo con una convicción digna de mejor empresa. El funcionario se las ingeniaba para que un simple almuerzo de puré con carne fuera celebrado como una conquista democrática y, en medio del asfixiante empaque, la doctora de Londres comentó: La papa es fundamental en la dieta de América Latina.

Ya eran todos amigos cuando llegó el turno para la conferencia de Alberto. Durante la víspera, los asistentes bromeaban en la recepción y se pasaban tarjetas en el bar con la vaga promesa de escribirse unos a otros después del toque final.

—¿De qué vas a hablar? —le preguntó Aix.

—De los chilenos fuera de Chile —dijo Alberto.

—Ah, entonces podemos participar.

—Todos los mayores de cuarenta y con criterio formado van a participar —dijo él.

Aix aprobó sin entender. Luego terminaron los vasos y se despidieron. El día en cuestión se anunció turbulento desde la primera hora. Chamorro andaba con el ánimo sombrío porque aún no le

confirmaban la audiencia presidencial y descargaba su frustración sobre las inasistencias de algunos invitados a los que decía tener identificados. Un biólogo de Islas Baleares figuraba en la lista gris, lo mismo que Alberto, que había evadido la vigilancia en un par de ocasiones, aprovechando el clima de siesta que reinaba en las tardes.

Era natural que el grupo menguara con el correr de la semana, pero Chamorro se mostraba inflexible al respecto. Era necesario un esfuerzo adicional y demostrar cohesión interna, arengó después de la sesión del jueves, y había hecho correr la voz de que todos sin excepción debían concurrir durante la mañana siguiente al salón del segundo piso. Escucharían las exposiciones de Alburquerque y Shapiro, en ese orden, para luego dar cierre al encuentro.

—Espero que hayan dormido bien y no tengan compromisos pendientes para hoy —lanzó Chamorro con indisimulable mal humor ya nada más al abrir la jornada.

Enseguida dio inicio a las presentaciones del día.

—Nos van hacer un retrato —murmuró Aix sobre el hombro de Alberto, indicando hacia la puerta con un ligero gesto hacia el costado.

Nadia acababa de entrar y contaba con el dedo a los asistentes, pasando la vista como si calculara los gorros que debía traer. Llevaba una cámara de fotos colgada del cuello y se movía despaciosa en la solemne quietud que dominaba la sala. Casi enseguida retrocedió hacia la puerta, dando pequeños pasos hacia atrás.

Alberto supuso que regresaría al cierre para hacer una foto de equipo con Chamorro sonriendo al centro del grupo. Era lo que se estilaba en estas ocasiones. El gran capitán y sus invitados. Se desentendió y abrió su computador.

Tenía la impresión de llevar meses o años reunido en el Foreign Brain, y ya para entonces el único entusiasmo de los asistentes consistía en adivinar el menú de los almuerzos que inquietaban a Londres. Cinco jornadas sucesivas con ideas brillantes era demasiado, un exceso de confianza, y la conferencia de Alburquerque fue recibida con un alivio agónico, un último aire en la recta final, luego de lo cual pasaron todos a la pausa del café, en el pequeño pasillo adjunto a la

sala. Los invitados despertaban o se sacudían con un respingo de fervor ante el término inminente del encuentro, tal como si fuese el primer día y la novedad los esperase en la sala, de modo que todos volvieron presurosos a tomar sus asientos para recibir a Shapiro con genuina curiosidad cuando este subió al estrado e inició su presentación sobre los chilenos de la diáspora.

Había un cierto interés antropológico en escucharlo, además, posiblemente debido a que un escritor es siempre un infiltrado entre personas normales; alguien que se desplaza sin hacerse notar o bien lo hace de manera muy notoria y evidente, exactamente como lo haría un fantasma, y nadie antes en el grupo había conocido a uno de carne y hueso.

Se había puesto un traje oscuro con una corbata anudada firmemente al cuello, pero las hombreras de las chaquetas demasiado rectas y las mangas excedidas delataban su falta de costumbre con la etiqueta. En un momento pareció como embutido en una cápsula pronta a salir disparada hacia el espacio, aunque no daba muestras de nerviosismo. A sus espaldas, proyectada sobre el telón que había solicitado expresamente para conectar con su computador, una foto en blanco y negro ocupaba el muro como un gran lienzo que servía de cortina de apoyo a su presentación.

La foto que ustedes están viendo soy yo a los quince años, empezó diciendo Alberto. No me veo, pero me reconozco, dijo. Al fondo a la izquierda, y volteó un segundo para quedar de frente ante la imagen, dándole las espaldas al Foreign Brain.



Efectivamente allí estaba, casi el último de la fila hacia la izquierda. Enseguida retomó, enfrentando a la esmerada audiencia que se acomodaba en las butacas con muestras de simpatía y cierta condescendencia pastoral. La intención de Chamorro había sido cerrar la jornada con una presentación no demasiado sesuda, lo justo para que el escritor del grupo se divirtiera con anécdotas descabelladas y livianas, pero la contrariedad se apoderó del auditorio con la primera frase lanzada desde el más allá. Ellos somos nosotros, dijo Alberto, los chilenos fuera de Chile. O mejor voy a ponerlo en términos personales y ustedes verán si les viene el sayo.Yo soy uno de los testigos, dijo. Me veo apoyado en la baranda del puente, casi desapercibido por la posición, en diagonal al lente y con un brazo debajo del mentón para sujetar lo que seguramente resulta ser mi futuro. Estamos en un puente y miramos hacia el centro de Santiago.Ya todos sabemos lo que tenemos al frente, no hay para qué repetirlo. La imagen fue tomada hace casi medio siglo, una enormidad de tiempo, y es de un chileno fuera de Chile como todos nosotros, dijo Alberto, eso es lo que interesa, subrayó. Me atrevo a mostrarla aquí porque los chilenos fuera de Chile podemos reconocernos en ella, la llevamos en los bolsillos, por así decirlo, desde que Chile aparece y desaparece en nuestras vidas como una manía. Esto es difícil de entender viviendo

acá, y no se me ocurriría exponerlo ante una audiencia local, pero yo sé que ustedes me siguen porque lo han experimentado. La memoria es la foto, entonces. La pregunta es qué ven los testigos de esta foto que los convierte en pares, en chilenos fuera de Chile, continuó Alberto, lo cual viene a ser lo mismo que preguntarse qué es estar fuera de Chile, y Londres comenzó a enervarse con tanto circunloquio y la emprendedora de Florida cambió repetidamente la posición de sus piernas. Una tragedia, es la respuesta más evidente, dijo Alberto.Todos los que tenemos más de cuarenta años llevamos esa respuesta en la boca, y la sufrimos. Fuimos testigos de una tragedia. Cual más cual menos, somos parte de la foto de los testigos en el puente. No importa de qué lado estuvimos, siempre que hayamos estado. Lo que nos une es haber tenido miedo, no el hecho de haber pensado distinto, porque incluso los que celebraron tuvieron miedo de su felicidad.Algunos se fueron y otros se quedaron, y luego volvieron y otros partieron después, y el tiempo pasó, pero la foto nunca se movió, dijo. Las fotos no se mueven, es lo que me gusta de ellas. Las fotos tienen paciencia y hay que esperarlas a ver qué nos dicen y revelan con el tiempo a su favor. Para mí, esta foto de los testigos en el puente es como el enigma de Edipo, dijo Alberto. Se acuerdan de la historia, ¿no? La esfinge propone un enigma que envenena a la ciudad, y el ciudadano Edipo resuelve el misterio nombrando al hombre. El hombre, dice Edipo; ese ser que anda en cuatro patas cuando niño, en dos cuando crece, y en tres cuando envejece, que es como decir el tiempo que pasa por la foto. De alguna manera, los testigos en la foto también están frente a un enigma que deben resolver.Y deben hacerlo con sus propias vidas, por así decirlo, dijo Alberto.Todos sabemos que quien está dentro del palacio en llamas es un personaje trágico, un hombre que escoge la tragedia, y todos lo admiramos por eso. Muere por nosotros, dijo Alberto, los testigos en el puente. Lo raro es que no ha querido combatir mientras tuvo la oportunidad de ganar, pero ahora que está derrotado decide pelear, y lo hace solo. Es una digresión, pero para decirlo en palabras de un escritor chileno fuera de Chile, y hoy terriblemente ignorado, nadie sabe lo que el Presidente busca con esta singular batalla. Pero así es: se trata de un ejemplo de bravura y

heroísmo. Combate cuando está perdido. Su único destino es morir en el palacio de Gobierno, pero su vida real ya golpea la casa del mito, la casa de la literatura, que es bastante más duradera y difícil de bombardear. El mito fija el transcurso del tiempo y nos protege de la dispersión. Perdón que suene un poco didáctico, pero a eso me dedico. Como decía, el sacrificio entonces no tiene salida, retomó Alberto, es una situación imposible que deja a los testigos como inermes y atrapados en el puente. O colgados del puente, dijo Alberto, esto depende de la interpretación que demos a la foto. No es que pretenda pasarme de listo, pero después de meditarlo largamente, después de muchos años pasados dentro y fuera de Chile, y después de vivir como testigo de ese momento amargo y gris, como reza el discurso, déjenme decirles que ya no estoy tan seguro de que lo que vean los testigos sea una tragedia. De verdad, decididamente ya no creo que sea una tragedia. O mejor dicho, la tragedia tiene la particularidad de un sacrificio que se cierra sobre sí mismo y encierra a los testigos dentro de ella, como una trampa, dijo Alberto, una jaula sin barrotes donde nuestro héroe muere luchando sabiendo que va a perder, en la sublimación de la derrota, diría, mientras los testigos quedan en el limbo, se suspenden en esa derrota ejemplar, y ahora fue Alburquerque y el científico de Baleares quienes se inquietaron y tosieron y reacomodaron las nalgas ante lo que comenzaba a parecer una pirueta impropia en un recinto fiscal. Esta es una charla para gente adulta, advirtió Alberto, encajando la inquietud del auditorio, y comprendo que a los jóvenes y a más de algún hombre o mujer madura los dejen fríos estas consideraciones un poco anacrónicas sobre un episodio casi perdido en la memoria; pero estamos en confianza, vivimos muy lejos de aquí, somos chilenos fuera de Chile, y si nos tomamos el trabajo de venir hasta Santiago es para hablar a puertas cerradas de nuestra contribución al país sin que nadie nos escuche. Este es el Foreign Brain, dijo, con un ímpetu reivindicativo que sonó burlesco, así que voy a seguir con el mito grecolatino para ubicarnos en la foto de los testigos donde estoy yo a los quince años, dijo, como si moviera el foco o cambiara de riel sin solución de continuidad. Perdonen el desorden, pero así me expreso mejor, aclaró,

saltando de una idea a otra. ¿Qué se puede esperar de un mocoso adolescente que está en el puente y que, treinta y cinco años después, en la celebración del Bicentenario que aquí nos reúne, descifrará el tiempo pasado por la foto como la marca de una vida equivocada? Porque he vivido una vida equivocada, de eso ya no me cabe duda alguna. La vida del testigo es siempre una vida equivocada, se la mire por donde se la mire. No me voy a extender mucho más sobre lo que significa vivir y morir en la piel del testigo, pero allí estoy yo, en el puente, preparándome para una vida equivocada. Puede sonar patético dicho así, pero no lo es ni lo he padecido de esa forma. Ni de lejos. Incluso diría que la mía ha sido una vida interesante hasta donde puede serlo la vida de un testigo.Todo lo cual no quita que haya sido una vida equivocada. No me voy a quejar. Pero ya que es posible mirarla de un modo retrospectivo y corregir lo que todavía puede corregirse, tengo que admitir que he vivido una vida equivocada. La vida del testigo está equivocada en la medida en que no le pertenece, es una vida que no ha elegido; su vida no es suya y más bien los hechos lo han elegido a él para convertirlo en testigo. Si dependiese de él, seguro que habría escogido ser músico, artista, ingeniero en minas, nutricionista o biólogo marino en las costas del Caribe, que son algunas de las disciplinas que ustedes practican con probada competencia, como lo atestigua la invitación a esta reunión. Para el testigo, desgraciadamente, nada de esto es posible, dijo. El testigo, y lo digo con conocimiento de causa, solo puede escoger entre dos opciones: hablar o callar. Nada más.Y si habla, tampoco podrá escoger su temática dentro de un menú de fantasiosas posibilidades, sino solo hablará de aquello de lo que es testigo.Tuve que venir hasta acá, al Foreign Brain, para entenderlo; de hecho, hace solo unos cuantos días nada más que lo comprendí del todo, cuando alguien me pidió perdón, dijo Alberto. No una disculpa banal, ni un perdón televisivo, ni una excusa para cientos de espectadores como el que se ha escenificado tantas veces en muchos sitios. No, yo hablo de alguien que nos pide perdón porque se ve tan abandonado y confundido y desolado como lo estuvieron esos testigos en el puente, y al pedir perdón se iguala con el abandono que sentimos entonces y nos salva

de la crueldad y del rencor que necesitamos como testigos para sobrevivir. Solo cuando el otro nos pide perdón logramos saber dónde estamos y qué lugar ocupamos en el mundo. Solo entonces podemos perdonarnos a nosotros mismos por haber sido testigos, dijo, y perdonar a nuestros muertos y dejarlos descansar, después de haberlos llevado de pie durante noches infinitas para consolarnos del dolor que nos han causado con su partida. Lo que quiero decir, resopló con el aliento atragantado, es que para el testigo que está en el puente nunca fue tan cierto aquello de que la historia termina allí donde comienza el mito, y con ello su libertad de movimientos. De modo que no es ninguna sorpresa que nos vayamos de Chile, dijo Alberto. Queremos movernos a nuestro aire. Nadie se asombra por eso. Lo único verdaderamente sorprendente es que volvamos a Chile, dijo, y hubo una carcajada nerviosa en el auditorio que al instante se apagó. Las manos de Alberto se agitaron y una botella de agua que alguien había dejado sobre el estrado estuvo a punto de caer. Ya termino, dijo, dominando el temblor ante el público que se impacientaba.

La conferencia se refería a ellos, por supuesto. Los chilenos de la diáspora eran su público, lo mismo que el objeto de su exposición y la idea misma del Foreign Brain. De eso hubo conciencia inmediata, aumentada por la ironía crepuscular que el charlista imponía a su presentación como si quemara una paloma en el centro del escenario. No es que Alberto apuntara con el dedo, sino que se apuntaba a sí mismo, exactamente como un testigo lo hace en un juicio abierto frente a una audiencia selecta. Los asistentes lo escuchaban con una tensión rayana en la irritación o el pánico, aun cuando ningún otro auditorio podía comprenderlo mejor que el Foreign Brain. Quién otro daría fe a su discurso sino el matemático de Aix, la doctora de Londres, el científico de Baleares y la emprendedora social de Florida, chilenos que difícilmente regresarían al país ni aun deseándolo, en parte porque hacerlo significaba renunciar al esfuerzo ya realizado de irse y en parte porque solo de esa forma remota podían seguir creyendo en la vinculación con la tierra lejana. Necesitaban de Chile para escapar de Chile, y la bien ganada distancia garantizaba que cada uno llevara su imagen anclada en lo más profundo de su interés

verdadero. Aplicados e industriosos, cada uno cumplía con los requisitos de éxito, distancia y compromiso que les suponía el Foreign Brain, aunque en ese instante, reflexionó por su lado Toronto en un rapto de autocrítica,Alberto probara ser el único invitado que durante la semana de conferencias había estado lo que se dice sentado en una piedra, pensando, y ahora tenía algo más o menos serio que decir.

Había seguido hablando, inflado de luces y palabras, cuando se oyeron pasos del otro lado del auditorio.Todos los notaron menos él, que en su estático avance por las asociaciones libres parecía cada vez más aislado en el podio. Estaba contando algo sobre las relaciones con la tragedia, una idea más bien genérica, cuando la puerta se abrió a un costado del podio.

Nadia encabezaba la delegación con la cámara colgada del cuello.A su lado venía Chamorro, que en algún momento de la conferencia había salido del auditorio, urgido por un aviso en su teléfono móvil, y detrás de ellos, rodeada de dos asesores o lo que parecían ser asesores, surgió el rostro alegre, amistoso, casi pícaro de la Presidenta.

El revuelo en la sala fue inmediato.Todos se pusieron de pie de forma automática, sin pensarlo siquiera, sacudidos por el respeto y ese instinto de supervivencia que impone la presencia repentina de una autoridad de poder. Alberto quedó en vilo, perplejo, como colgado del borde inferior del puente que coincidía con la testa de su cabeza, mientras Londres y Baleares, que estaban en la primera fila de butacas, se abalanzaban con las manos extendidas.

—Por favor, no deseo interrumpir —se apuró ella—. Solo quería saludarlos.

Hizo un gesto de humildad, cruzando los brazos para que los asistentes ignorasen su aparición, algo que con toda evidencia no era posible ni conveniente, y al instante se vio cercada por el contingente del Foreign Brain que se atropellaba entre sonrisas, uno por uno, dando sus identidades y procedencias con breves reverencias de felicidad.

—Tengo un compromiso en la tarde y no voy a poder recibirlos, tal como era mi intención, así que vine para estar al menos unos minutos con ustedes —se disculpó, mientras Nadia comenzaba a pulular y

sacar fotos sin esperar más instrucciones. Chamorro no se despegaba de su lado, y comenzaron los retratos de familia; uno, dos, tres, hasta que ella interrumpió el besamanos con una cordialidad desusada para el cargo.

—Quiero decirles que estamos muy contentos de tenerlos en Chile. Ustedes son un aporte para el país y los tenemos muy presentes —dijo, y enseguida agregó—: ¿Puedo sentarme?

Un instante de pavor se apoderó de Chamorro y se extendió como una mancha sobre la audiencia del Foreign Brain. Ninguno de los allí presentes esperaba algo así. ¿Qué podía sacar en limpio la Presidenta de una conferencia sobre energía solar, los emprendimientos en Florida, las viñas de California o, ya puestos, del incendio en la plaza y la vida equivocada de los testigos en un puente, treinta y cinco años atrás? Misterio, pero Alburquerque reaccionó rápido y ofreció su butaca mientras cada uno retomaba su lugar.

—Por favor, siga —indicó ella entonces hacia el estrado donde Alberto se había quedado plantado, entre boquiabierto y abducido.

Intentó reponerse, agradeció con un asentimiento de cabeza y miró sus papeles como si se tratara de un abismo o un arrecife ventoso que lo golpeaba en la cara.

—¿De qué hablaba? —insistió ella, reparando con curiosidad en la foto proyectada sobre el telón—. ¿Cuál es su tema?

—De las situaciones imposibles, Presidenta —dijo Alberto, vacilante.

Ella aprobó en silencio, asintiendo con la cabeza. Un ambiente de plenaria se instaló de inmediato en el salón semivacío. La ocasión no se prestaba para bromas y Alberto tenía que terminar de una forma honrosa su exposición. Ahora sí que iba a necesitar de toda su elocuencia si quería salir airoso. Por fuerza debía conocer la historia personal de la Presidenta doctora. Habían matado a su padre en una cárcel militar, ella misma había padecido tortura y exilio, y ahora encarnaba la generosidad del reencuentro entre la historia colectiva y el sufrimiento personal. Era la revolución de terciopelo, lo más emocional, espontáneo, materno y natural que el país había conocido nunca como figura del poder, y todos esos atributos ahora esperaban

sentados que Alberto terminara la conferencia. Él no podía ni debía ignorar esos datos si deseaba continuar por la misma cuerda. Esto no era una peña literaria; ni siquiera un congreso de literatura donde las provocaciones ya no eran bienvenidas pero solían ser toleradas.

Alberto se aclaró la garganta y agradeció. Solo unas cuantas palabras más para redondear, dijo, y enseguida aludió a la experiencia filial. Como ustedes saben, todos somos hijos de nuestros actos más que de nuestros padres, apuntó, y así como en la historia de Edipo el héroe es obra de sus actos, también yo soy hijo de una obra, un único libro que me ha tomado la vida, dijo Alberto, ha consumido mi espera y ha desembocado en cierto caos familiar y, por qué no decirlo, también en un derrumbe personal. Es una pequeña confesión. No hay riesgo mayor para el testigo que escribir lo que sabe, soltar el relato que ha guardado durante tantos años. Se le va la vida en ello, se arruina por escribir, paga por escribir de alguna manera, lo cual no sería tan dramático si no incluyera también la vida equivocada que ha llevado, dijo Alberto. Una vez que lo ha entendido, no hay vuelta atrás. Ahora lo ve todo claro: su foto arriba en el puente, su apego al mito, su añoranza de una patria, el incendio que atraviesa el tiempo donde su imagen se ha fijado para siempre, su falta de libertad, en una palabra, todo eso queda a la vista del testigo cuando este se decide a hablar.Porque,o somos masa o somos testigo,o nos incluimos o nos vamos, dijo Alberto; esas son las opciones que la historia nos dejó a quienes estamos en el puente y quedamos fuera de Chile, dijo Alberto, y el matemático de Aix-en-Provence sumergió ligeramente el espinazo en la butaca y miró a Chamorro en medio de una picazón generalizada que corría por el auditorio. Alguien carraspeó. Saquen a este loco de aquí, parecía decir Chamorro con mirada fulminante. Olvidar está descartado, dijo Alberto, como si oyera su pensamiento. El testigo debe entonces elegir: se ha hecho viejo con el paso del tiempo y solo le queda un día por delante. Debe decidirse. Entonces elige perdonar, dijo Alberto, decide hacer sacrificio de su vida equivocada y tirar lejos su biografía, adonde ya no la pueda ver. Quiere la vida en todas sus letras: el hombre dijo Edipo, dijo Alberto: a cuatro patas primero, sobre sus dos pies cuando es adulto, y apoyado en un bastón cuando

es anciano. Aunque perdonar no es el término apropiado, aclaró Alberto. Perdonar es un verbo abusado por la religión, y como la religión y la política son el teatro del perdón, mejor hablemos de desobedecer. Sí, se trata de desobedecer al mito, dijo Alberto. El testigo desobedece y vuelve a quemar al héroe solitario en su palacio, si se me permite la expresión. El hijo de su obra decide salirse de la foto y prenderle fuego al fuego. Ahí está, debajo del puente, pero más inerme que antes porque ya ni siquiera cuenta con la compañía de los suyos. Sin embargo, se siente libre. Se ha sacado un enorme peso de encima, y Alberto se volvió de espaldas al auditorio para quedar efectivamente bajo la foto de los testigos, empequeñecido por la perspectiva del telón, una figura que se apagaba entre rescoldos y movía las manos para darse a entender. Como un vagabundo o un paria, pensó Toronto, recordando los libros leídos sobre la verdad del héroe-mendigo mientras lo veía llamear desde las butacas del fondo de la sala donde se había acomodado. Enseguida,Alberto volteó hacia el auditorio. Lo dicho entonces, dijo concluyente, con un último aliento: al testigo le queda solo un día y decide aprovecharlo. Sale de la foto y salta hacia el río o la calle. Desobedece. Se larga del puente de los testigos. Un paso más y volverá a creer en el Viejito Pascuero, dijo. Fin del testigo, fin del mito y fin de la conferencia, dijo Alberto. Y muchas gracias por tomarse la molestia de venir hasta aquí, Presidenta.

Hubo un desconcierto transparente y agudo, vertical, capaz de aislar a Alberto en la tarima por una milésima de segundo. En la primera fila, la doctora se puso de pie y aplisó su falda como quien se sacude unas migas de pan. Parecía a punto de salir con un golpecito de cabeza. A otro perro con ese hueso, Foreign Brain, imaginó Toronto que pensaría. Pero no; se levantó de la butaca y, tras el gesto de alisar la falda, se sonrió y comenzó a aplaudir. Sonreía sin disimulo, abiertamente, tal como se vio después en las fotos de Nadia. Enseguida todos se pusieron de pie y aplaudieron con ella sin entender por qué.

El Foreign Brain fue clausurado esa misma tarde tras el almuerzo, con el detalle de que a la mañana siguiente los invitados recibirían en el

hotel una copia de las fotos capturadas durante el cierre. En sobre aparte, agregó Chamorro, cada uno encontraría los honorarios correspondientes por la participación en las jornadas, junto con un diploma de asistencia. En el pasillo se levantaron los vasos para hacer un salud y todos respiraron aliviados.

Alberto se mantuvo en silencio, quizá no del todo convencido de su intervención, algo que solía ocurrirle, pero en cualquier caso ajeno y apartado de los brindis que se repetían, como si después de la arenga que había pronunciado su presencia sobrara o fuera innecesaria en la mesa del epílogo. Luego, ya de vuelta en el hotel, hubo abrazos de despedida, intercambios de tarjetas y confirmaciones de vuelo. Nadia distribuía copias de las fotos en carpetas personalizadas y sonreía profesionalmente dando vueltas entre los invitados. Fue entonces cuando vio a Frank aparecer en el lobby.

Una semana había transcurrido desde el encuentro en su casa de La Reina, pero al verlo husmear en el salón,Alberto tuvo la impresión de que aquello había sucedido muchísimos años atrás.Así de lejano y diferido parecía todo ahora.Ya no resentía ninguna intriga ante su presencia, y desde donde se encontraba, acodado sobre la barra del bar, detectó sin asombro las maniobras que Frank realizaba para vadear a un grupo de invitados hasta dar con las espaldas de Nadia.

Golpeó su hombro con unos toquecitos por detrás y ella se volvió y ambos intercambiaron risas y besos de costado. Buenos compañeros, pensó Alberto sin dejar de observarlos. Hablaban entre ellos de un modo casi íntimo. Se le ocurrió que desde su llegada, o más bien desde su partida de Chile, había tenido al frente algo que le incumbía y tocaba sus intereses, pero que él no alcanzaba a dilucidar. Me moriré y solo entonces sabré, pensó. Pero ya será tarde para confortarse o quedar en paz, y por más que ahora renuncie o abrace, despida o acoja, me vaya o me quede, seguiré sin ver lo que ha estado delante por tanto tiempo, sin apenas moverse, como un muro que no comprendo y solo puedo aceptar.

—Hola —dijo Frank.

Nadia y él se habían desprendido del grupo de invitados para acercarse al bar donde Alberto descansaba con una copa al frente. Se

saludaron como si hubiesen transcurrido apenas dos horas desde el viernes anterior.

—Buenas —dijo Alberto.

—Sigues por estos lados.

—El domingo me voy.

—Lástima que no te quedes más tiempo. Nos estaba yendo bien con lo tuyo.

—¿De veras? —se extrañó Alberto.

—Sí, claro que sí —dijo Frank, despejando cualquier suspicacia—. Me enteré de que incluso existía la posibilidad de invitarte a hablar en la universidad.

—Fue una idea que surgió —dijo Alberto, como si disculpara el atrevimiento de Florenciano—. Pensé que no había funcionado y preferí no insistir.

Frank soltó un chasquido.

—Las cosas tienen su momento —dijo.

—Puede ser —dijo Alberto—. Ya no hay apuro, en todo caso.

—¿Y el plan de Ruiz para presentar tu libro?

—Sigue ahí… La verdad es que el tiempo se nos fue volando.

—Qué pena —dijo Frank—. Podríamos haber armado algo.

—Mejor dejarlo donde está —dijo Alberto sin lamentarse.

—Y que despierte en cien años —se burló el otro.

—El sueño de los justos —repuso Alberto—. De todos modos, voy a llamar a Ruiz para darle las gracias. Cuando hablé con él, a mitad de semana, estaba todo en veremos.

—¿Se portó bien?

—Fue amable, sí.

—Ven con nosotros —intervino Nadia, que balanceaba el cuerpo en uno de los taburetes y había permanecido en silencio—.Tenemos fiesta y seguro que Ruiz va a estar allí.

—Sí, acompáñanos —dijo Frank, amistoso—. Lo vamos a pasar bien.

—Pensé que no salías de tu casa —dijo Alberto,sonriendo.

—Hay que celebrar que Carbone esté un año más viejo —malició Frank.

—Anímate —dijo Nadia, acariciándole un brazo.

—Tengo una cita —dijo Alberto—. No puedo correrla.

—Bueno, si te desocupas y tienes ganas, vas a esta dirección —dijo Nadia, y anotó rápido en una servilleta el lugar—.Vamos a estar hasta tarde.

—¿Queda en el centro? —Alberto revisaba la dirección.

—Es un club nocturno, a unas cuadras de aquí —dijo ella—. Si no apareces, te llamo mañana para despedirnos.

—Yo me despido acá —dijo Frank, y esperó a que Alberto se incorporara del taburete para darle un abrazo.

Nadia se apartó a un lado y hubo un instante de vacilación, como si Alberto retrocediera incrédulo hacia el tiempo lejano de la Guarida del NO y el olvido iluminara el camino para salir de allí; ven, ponte de pie, parecía decir Frank; déjame estrecharte, hemos sido amigos y lo seguiremos siendo aunque tú no lo quieras. Déjate de payasadas.Y esta vez Alberto ya no se resistió. Se puso de pie y con torpeza, aparatosamente, abrió los brazos para que Frank pudiera descansar sobre él. Se sujetaron con confianza, y luego Alberto besó a Nadia en la mejilla y recuperó su asiento en el taburete. Nos da tiempo para ir a comprar un regalo, dijo ella. Claro, dijo Frank. Tengo el auto aquí al lado.Voltearon los dos. En un momento ella saludó con un gesto de manos a un miembro del Foreign Brain que cruzaba hacia la recepción. Determinada, entrometida, voluntariosa, llena de energía por gastar. Una capitana de hombres. Frank iba a su lado con la impenitente sonrisa del gato de Cheshire puesta en la cara.

Desde donde estaba, Alberto los siguió con mirada limpia, caminando juntos hacia la salida como si nunca más los volviera a ver.

El malestar de la charla aún seguía pegado a su piel cuando decidió salir a la calle para coger un taxi. Dio la dirección y se distrajo un rato mirando por la ventanilla, pero el escozor volvió a morderlo.

Se le había hecho una costumbre terminar sus intervenciones de mal modo, picado por el disgusto de no haber sido del todo claro. Resultaba poco convincente ante él mismo, demasiado académico o inflado por sus propios alegatos cuando buscaba hacer sentido con una existencia derramada más allá de sus bordes, un puro líquido

indiferente al piadoso intento de recuperarlo en los límites de alguna causa. Si tan solo le estuviera permitido mantenerse en silencio mientras exhibía una verdad desnuda, él estaba seguro de poder llenar un estadio de fútbol reclinado en su canto. Pero en cambio debía hablar por la boca de la necesidad y atropellarse y perder pie y dar espectáculo con los infortunios del charlista. Acertaba cuando callaba, en rigor; solo entonces evitaba el desarrollo patético de las pruebas personales, nunca suficientes.

—Dos cinco seis —dijo el taxista, indicando con un dedo hacia la numeración del edificio—. Me parece que es aquí.

Alberto se inclinó a mirar por la ventanilla. Luego pagó y salió del auto con una breve sacudida debido a la estrechez del asiento.

Al frente tenía un edificio bajo y cuadrado, sin interés alguno, con rejas cruzadas en los vidrios y una entrada de estacionamiento fuera de uso que ahora servía de pasillo de ingreso. Se internó en la plácida oscuridad hasta topar con el citófono de llamada empotrado en el muro, pulsó el timbre del primer piso, una voz femenina salió del otro lado y él dio su nombre. La reja de ingreso se abrió con una bocina ronca y Alberto pasó dentro. Iba a golpear la puerta contigua que encontró a su derecha cuando la mujer que había contestado asomó una expresión sigilosa, sosteniendo la puerta entornada para asegurarse del intruso.

—¿El señor Shapiro?

—El mismo —dijo Alberto.

—Adelante —dijo la mujer, abriéndole paso—.Ahora le aviso a la señora.

Alberto se vio al centro de una pequeña sala de estar, con estantes de libros y un televisor de armadura antigua ocupando un sitio estelar, montado sobre una cómoda y apoyado contra una de las ventanas que daban a la calle. Se paseó mirando los libros y unas fotografías familiares enmarcadas con vidrio, dispuestas a lo largo de las repisas como un álbum antiguo y bien conservado.

—Pase, por favor —dijo la empleada a sus espaldas.

Indicaba hacia una puerta lateral, y Alberto obedeció. La sala se abría sobre otra más pequeña que daba a un patio interior de forma

rectangular donde la luz del atardecer se colaba entre el olor a tierra recién mojada. La dueña de casa venía hacia él con la mano extendida. Llevaba una falda amplia y negra que bailaba en torno a sus piernas bien dibujadas a pesar de la edad. El cuerpo era delicado y frágil, pero se movía con un vigor animal dentro del estrecho espacio interior que conducía a la terraza.

—Adelante, adelante —dijo, llamando a Alberto hacia el centro de la estancia—. ¿Le costó mucho llegar? ¿Le gustaría algo de comer? ¿Una cerveza, quizá?

Alberto agradeció, sí, por qué no, dijo: una cerveza estaría bien. Ella llamó a la mujer que había conducido a Alberto y transmitió el pedido. Enseguida tomó asiento e invitó a Alberto a acompañarla. El patio era de baldosas y una mesa baja, de patas curvas, separaba las sillas de hierro forjado y almohadones sobre los cuales sentarse.

—A esta hora es muy agradable tomar el fresco en esta parte de la casa —dijo ella. Ladeaba la cabeza y mantenía el cuello ligeramente alzado, como si se orientara por el olfato.

Está ciega, pensó Alberto. Y se estremeció al pensar en el tipo de vida que le esperaba. Sonreía hacia el jardín con pasmosa serenidad, sin embargo, en una quietud que Alberto imaginó resignada y peligrosa a la vez. Por detrás de su hombro apareció una cerveza que la empleada depositó sobre la mesa.

—¿Va a necesitar algo más? —preguntó la mujer.

—No, muchas gracias —dijo ella sin voltearse—. Mejor te vas ahora antes de que oscurezca.

—Bien, hasta mañana entonces, señora —se despidió—. Permiso, señor.

Alberto la saludó con un gesto y escuchó los pasos de la mujer en la sala principal y luego la puerta que se abría y cerraba a sus espaldas. Un ruido de motores llegó desde la calle.

—Así que usted es el escritor.

—Sí, publiqué un libro, y luego he querido hacer otro, pero me ha costado seguir.

—Uno ya es suficiente si lo hace bien, ¿no le parece? —dijo ella.

—Puede que tenga razón —dijo Alberto—. Me convendría mucho

pensarlo así.

Ella se rió, soltando una corriente de agua por su boca. Jijijí, y luego se recogió el pelo hacia atrás, como si esa breve agitación no conviniera a su estado. Recién entonces Alberto reparó en sus pómulos hundidos, marcados por una palidez enfermiza. Las manos eran dos tablas finas, de dedos largos y huesudos como dardos a punto de salir disparados en su movimiento incesante sobre las cuentas del collar que mantenía aferrado, pasando continuamente las figuras redondas de un extremo a otro del hilo. Alberto pensó en mandas contraídas con la sombra, y luego en el blanco que llega al cerebro cuando se corta el nervio ocular de los ciegos.

—¿Qué fue lo que pasó? —dijo entonces, y se oyó raro, como si la pregunta no aludiera a nada preciso.

Ella tuvo un leve alzamiento de hombros. Retomó aliento. Miró al hueco de cielo que entraba por el jardín y parpadeó intentando verlo realmente.

—Murió atropellado hace dos meses cuando volvía a su oficina —dijo—. Nadie lo ha podido explicar, dicen que fue un accidente, pero el auto se arrancó.

—¿Lo andan buscando?

—Así parece. Hacen redadas, acordonan el sector y chequean a los conductores que pasan por allí, pero no lo van a encontrar. No pueden encontrarlo.

Hubo una pausa en la que Alberto creyó ver una de las manos de la mujer deslizarse del regazo donde descansaba y atravesar la superficie de la mesa.

—Ahora andan diciendo cosas para tirarle mugre encima, como que tenía historias raras y que alguien quería tomarse la revancha, pero aun si fuese cierto yo no lo culpo. Quién podría hacerlo.

Alberto asintió sin hacerse notar. Hubo un silencio que pareció definitivo, solo atenuado por el silbido del regador que salpicaba las plantas desde un rincón de las baldosas. Eran de color guinda, pero deslucido por las suelas y el sol que debía caer de costado sobre el patio.

—No sé por qué le cuento esto —agregó ella, avergonzada.

—Por favor —dijo Alberto, disculpándose a su vez.

Sentía la imperiosa necesidad de preguntar más, pero se contuvo. Se quedaron en silencio, atajados por el aroma que despedían las madreselvas dispuestas en semicírculo, arrimadas contra la pared posterior donde los insectos iban a revolcarse. Una lagartija corrió por la banda visible de la tierra y se perdió tras un arbusto, entre las baldosas y la línea de macetas con un ficus y otras plantas de interior que Alberto no lograba reconocer. El patio era estrecho pero parecía albergar un parque en la calculada disposición de sus cercados, hiedras y macizos.

—¿Hasta cuándo se queda, Alberto? —preguntó ella a su lado.

—Me voy el domingo —dijo él.

—Le queda un día —advirtió Rita, y volvió a reír con un sonido de aguas en la garganta—. Es bastante tiempo para alguien que escribe, ¿sabía eso?

—Yo no sé nada —dijo él, y sonó sincero.

Rita pareció medir su respuesta. Ahora sí estaba seguro de que ella deslizaba su mano fuera del regazo de la falda y buscaba otra orilla para apoyarse.

—Es curioso, porque a pesar de que veo nublado y apenas distingo el contorno de algunas cosas, yo sé que este jardín es hermoso.

—Sí, claro que es hermoso —corroboró Alberto.

Recogió la mano, huesuda, incorregible, y se quedó mirando la porción de cielo ya oscuro. Las plantas se agrandaban con la noche. Un grillo se entrometió en la quietud del jardín, y Alberto dejó que el tiempo hiciera la foto de ellos dos sentados en el patio interior sin otra familiaridad que la mano de la viuda posada como una hoja húmeda entre las suyas. Tuvo la sensación de quedarse largo rato quieto y a salvo, seguro como cuando se encuentra un horizonte al cual dirigirse.

—¿Me acompañaría a la pieza? —dijo ella de pronto—. Me gustaría recostarme.

—Claro —dijo Alberto.

Soltó su mano y se incorporó para guiarla por puertas que nunca había atravesado. Ella se puso de pie y avanzaron hacia el pasillo a tientas, cuidándose el uno al otro para no tropezar.

—Usted no sabe nada y yo no veo nada. —Se rió la mujer de nuevo —. Bonita pareja para pasar el último día en Chile, ¿no le parece?

Alberto dijo sí, bonita pareja, y en un instante quiso que el agua clara que corría por su boca no se detuviera hasta llegar al cuarto. Ella pidió encender la luz y apoyó un brazo en el borde de la cama. Una pantalla de género cubría la lámpara que colgaba del techo y hacía que la visión del cuarto resultara penosa, con la cama al centro, un velador al costado y el armario de ropa empotrado al muro.

—Olvidé apagar la regadora —dijo ella de pronto, deteniéndose con el cuerpo erguido bajo la luz macilenta. Echó hacia atrás los hombros, agobiada—. Si no es mucho pedir, te importaría si…

—Claro —dijo Alberto, y salió hacia el pequeño jardín donde habían estado conversando. Buscó la llave de paso y la giró hasta que ya solo hubo unas cuantas gotas que escurrían sin fuerza hacia la baldosas. Se incorporó, cerró la mampara de acceso al patio y fue hasta la sala del televisor, desde donde descubrió a la mujer que en ese momento se recogía la blusa por sobre la cabeza y quedaba de espaldas con los tirantes del sostén a la vista. Su corazón se agitó, revuelto y desbocado ante la epifanía de la carne que resplandecía bajo la luz del cuarto.Vaciló. La piel azulada y trémula de la mujer excitaba terriblemente sus sentidos al dejar medio cuerpo cubierto bajo la falda, libre de ropas desde las caderas hasta los hombros. Creyó enceguecer a su vez, sin poder apartar la mirada. La visión se expandía, amplia y magnífica, desplegando la figura solitaria en medio del cuarto, con el pelo revuelto en la base del cuello y las puntas caídas sobre las espaldas. Estaba subyugado por la visión, y tuvo el vértigo del hijo ante la madre cuando ella dobló el torso y con un ligero movimiento pidió que se acercara y le ayudara a descorrer el broche del sujetador. Un dolor intenso golpeó su sangre, y por un instante distinguió con absoluta claridad el peligro que insinuaba la viuda. Se sacudió y, solícito, avanzó por el breve corredor hasta llegar al cuarto para atender su reclamo. Con dedos temblorosos, desabrochó el tirante y descolgó el sujetador que la mujer recibió con los brazos plegados y las manos formando dos copas vacías. Gracias, dijo ella. La voz sonó distraída. Percibió un olor a aceites. Ella dio unos pasos

hacia la cabecera de la cama y movió los brazos en busca del camisón. Un cuerpo frágil pero bien dibujado, que dentro de poco requeriría atención y cuidados infinitos. Luego,Alberto se puso a su lado para que ella se introdujera entre las sábanas. Encendió la lámpara del velador y pidió que Alberto apagara el interruptor de la luz central que había quedado encendida. Obedeció, y creyó oír que la viuda lo llamaba desde el cuarto una vez más cuando abrió la puerta antes de retirarse.

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las personas y lecturas que contribuyeron a esta historia. Nombrarlas a todas sería volver a escribirla, de alguna manera, por lo que limito estos agradecimientos, en primer lugar, a Paula Recart por los lazos del tiempo y las horas robadas en la tarea; a mi hermano Ricardo por las ocupaciones y tribulaciones del corresponsal; a Ignacio Echevarría por los valiosos y siempre prudentes comentarios en la lectura del manuscrito; a mis editores y en especial a la confianza y apoyo de Melanie Jösch, de Random House en Chile; a Cristián Leighton por su indeclinable interés en este trabajo; a la incondicional y pronta autorización del fotógrafo Marcelo Montecinos para utilizar material de su álbum *Irredimible*, y a la abundante bibliografía de autores citados bajo métodos muy distintos a lo largo del texto. Ninguno de ellos es responsable por los excesos cometidos, pero sí de la cautela que procuraron traspasarme, seguramente con menos fortuna de la deseada.

Parece innecesario, por otra parte, repetir que las situaciones de este libro pertenecen a la ficción, incluidos los personajes que no lo son y se negaron a cambiar de nombre. Este último detalle, pertinaz respecto de algunos hechos y personas reales, me obliga sin embargo a despejar posibles atribuciones.

La novela que el lector tiene entre manos es la historia de un contagio, de una ofensa o de un chiste elogioso, según como se mire. Su origen está en un correo postal que recibí cuando ya me había trasladado a vivir fuera de Chile, y luego de presentar en mi país una novela anterior, *Bosque quemado*, cuyas resonancias autobiográficas dieron lugar a una variedad de equívocos sobre la realidad y la ficción de lo que allí se narraba. La cosa habría llegado hasta allí, parte de un fenómeno común en la actual porosidad de los géneros, de no haber sido por el mentado correo. Su contenido era una de esas carpetas

plastificadas y de buen tamaño que siempre desatan una ligera ansiedad. Procedía de España y contenía un informe de prensa ni muy delgado ni muy grueso con los recortes sobre la difusión de la novela. Me senté a revisar el contenido, pero no pasé de la primera hoja. Sobre la esquina inferior izquierda de la página cultural de su periódico, un periodista había publicado la nota de marras con una foto del autor acompañando la información.

Lo importante es la foto, diría un artista, y admiré, perplejo, la noticia del esperpento que se abatía sobre mí. El efecto era desopilante.

Quien sepa algo de la iconografía de la literatura chilena reparará de inmediato que el personaje en cuestión es el poeta Enrique Lihn, profesor y amigo en el Departamento de Estudios Humanísticos donde yo había pasado mis mejores años de estudiante antes de que los militares clausuraran la carrera. Su gesto, inconfundible, honraba el título de la nota: entre asco, horror al mundo y autosospecha, Lihn desafiaba el encuadre de la cámara con el desorden de su rostro. Así también crecía como poeta y guía de malogrados conforme pasaban los años desde su prematuro fallecimiento. Numerosos libros y novelas lo evocaban de manera no siempre nítida, y en Chile abundaban las reediciones comentadas de su trabajo literario.

Yo lo recordaba y me faltaba. En la universidad nos había enseñado a leer y desleer, poniendo delante un trato de igual a igual que lo distinguía de los poetas y escritores ya reconocidos; compartía fracasos, se agarraba la cabeza a primerísima hora de la mañana delante de un párrafo de Jakobson para luego desenredar otro de Shklovski, se despreciaba a sí mismo por perder el tiempo haciendo clases y llevar fichas metódicamente revueltas, unas fichas de bordes oscuros y arrugados que sin embargo utilizaba con severidad y constancia para no perderse en las interpretaciones. Borges no usaba tarjetitas, protestaba siempre a modo de autocastigo; pero a nosotros, sus alumnos, nada nos importaba menos que Borges tuviera una memoria prodigiosa o quebradiza, y sí en cambio atendíamos con una fidelidad rayana en la adoración aquellas descalabradas clases de Lihn el desconfiado, el pájaro en el alambre, el generoso tremebundo que

caminaba un poco hinchado a lo largo del túnel llovido y resbaloso de la década de los ochenta.

A él yo le debía mi primera lectura pública a los veintiún años, en una sala de ese mismo edificio de la calle Ejército donde daba sus clases, y también el perplejo honor de su padrinazgo, y la visita al lecho de moribundo, y muchas otras cosas que dije y dejé de hacer, tanto que ahora su foto era toda mi abundancia en la comedia del reconocimiento: al fin coincidía con Lihn, mi maestro y mi miedo.

Porque Chile se trataba del miedo, sin duda: miedo a no ser más que un escritor chileno en los tobillos del mundo, un perfecto desconocido que nadie lee porque su lamento y su risa resultan incomprensibles, ahogado por el polvo de la tiza en el pecho, mirando el mar hacia ninguna parte y obligado a instalar un negocio de compra-venta como sucedáneo de los sueños. Un buen lugar para morir pero no para escribir, que era precisamente lo que Lihn había escrito y vivido haciendo del esperpento un destino. No se había arredrado, y esa había sido su lección: meterle miedo al miedo, excederse contra él, sacar su lengua de poeta en el país donde se escribía la mejor poesía de la lengua. ¿Era esto lo que deslizaba el recorte como una broma ejemplar? ¿Quería hacerme saber que nunca saldría del horroroso Chile por más que cambiara de ciudad, de nombre y de idioma cuando se presentara la ocasión?

Quién sabe, pero la publicación de prensa me empujaba a los abismos de la chacota.Y también a los de la ficción sin ficción, o autoficción, que fue lo que me propuse hacer. Decidí entonces utilizar el recorte a mi favor. De una manera general, se supone que en una novela el *yo* que habla siempre es *otro*, un trasunto impersonal de experiencias propias y vidas ajenas que hacen del narrador un fantasma perfecto. Es lo que dice la convención, pero con el recorte a la vista ocurría que *ese otro era yo*, lo que a simple vista resultaba falso al considerar que se trataba de Lihn. Incluso más: *el otro que era yo tampoco era yo*, si se me permite el abuso de confianza. El tajo en la máscara era otra máscara de la máscara, en una secuencia que prometía ser interminable.

Recordé que el propio Lihn había precisado ese desajuste de la

identidad literaria en *El arte de la palabra*, y volví a revisar mi ejemplar en el capítulo «Suplemento al colofón», donde describe su coartada imposible: «Los desdoblamientos del narrador ubicuo e intemporal —uno y muchos— funcionan en el sentido de borrar, junto con los originales o con la existencia de los mismos, cualquier narrador que pudiera tomarse literalmente por el autor real. Esta vez el artilugio o la coartada consiste en la confusión que le provoca al lector la polivalencia de un narrador uno y múltiple que se desdobla y se pierde —se hace humo— entre sus diferencias y sus semejanzas, aspectos contradictorios de un ¿sí mismo?».

Me sorprendió la simetría del argumento.Allí por donde pasara Pompier, su personaje, no volvería a crecer la responsabilidad del discurso. Es lo que había escrito Lihn: el caos, las duplicidades, el deseo tomaban el primer plano para incordiar al sujeto, confundir al lector, crear la fantasía liberadora de un espacio errante y sin ley. Era la subversión del arte de la palabra contra el orden establecido de un país imaginario llamado Miranda, y así también comparecía su imagen cuando yo sacaba el recorte a la luz.Volvía a mirar la foto de Lihn encajada en la nota de prensa y me parecía ver allí el enigma incierto de una esfinge. El recorte exigía de mí algo, aunque no sabía qué; una lucha, un ajuste, o simplemente una disposición literaria hacia los demás que, como decía Pompier de sí mismo, se caracterizaba por «una indisposición al Orden Establecido que se empeña en representar».

Tres noches de insomnio bastaron para convencerme de las relaciones de contagio que el recorte guardaba con mi propia situación irregular, para utilizar un título entrañable de Lihn. Por otra parte, la noticia falsa de un hecho cierto que me concernía se presentaba como un tema de ficción inesquivable, y supongo que el recorte me otorgó la clave para poder encararla. O mejor dicho, su invasivo y ansioso vaivén, la extraña e inasible falta de lugar que marcaba al documento. Un día ponía a Lihn delante y al siguiente volvía a sacarlo.Así una vez y otra, suspendido como una pieza que busca calzar en el dibujo vacío del puzle. Poner a Lihn. Sacar a Lihn. Ese movimiento incesante construyó el camino. Así se escribió esta

historia de duplicidades, escamoteos y desdoblamientos. Con una variante central: allí donde pasara mi personaje, volvería a crecer la responsabilidad del discurso. O su empeño.Treinta años después, Pompier tendría un testigo.

Exhibo estos cruces en defensa de la supersticiosa verdad del lector. Quizá sea innecesario, pero con ello creo rendir un justo agradecimiento a la imagen que recibí por correo años atrás con la foto de ese otro que tampoco era yo, aunque no sea más que para promover e imaginar junto a él, y siempre con Lihn, la posibilidad final «de un mundo en que nada influya sobre nada».

Edición en formato digital: noviembre de 2012

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 9789568228477

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Chile:
Merced 280, piso 6, SANTIAGO DE CHILE
Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210
E-mail: editorial@rhm.cl
www.rhm.cl

